

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

# PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

POR

EDMUNDO GOSSE

TRADUCCION

POR

LUIS DE TERAN

Profesor en el Ateneo de Madrid.

Precio: TRES pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, 6

MADRID

# LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA"

que se hallan de venta en su Administración.

calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alefortado.**—Cartas amorosas, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Anónimo.**—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Alborno, 1 peseta.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3. El Delito Colectivo, 1,50.
- Arno.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Asensio.**—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta.—Pinzón, 3 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pts.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pts.
- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El cabecilla, 3 pesetas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión, 7 pts.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 p.
- Becerro de Bengoa.**—Vida de Trueba, 1.
- Bergeret.**—Vida de Mouton (Mérinos), 1 pta.
- Berzevicy.**—Beatriz de Aragón, 7 pts.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bouhot.**—Historia de la literatura antigua, 6 pts.
- Bourget.**—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Breal.**—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Bréfil.**—La elocuencia política en Grecia, 7.
- Bret Harle.**—Bloqueados por la nieve, 2 pts.
- Bryce.**—La República Norteamericana, dos tomos, 13 pts.—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 pts.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6.
- Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 ps.
- Bunge.**—La Educación, 12 pts.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Burnouf.**—Las religiones, Literatura y Constitución social de la India, 7 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Miñho y Lexis.**—Economía política, 2 tomos, 10 pesetas.
- Caillaux.**—Los impuestos en Francia, 3 tomos, 18 pesetas.
- Cambroner.**—Las Cortes de la Revolución, 4 pts.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 6 p.
- Campanor.**—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternezas y flores: Ayes del alma: Fábulas, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 ts., 24 ps.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 pesetas.
- Castro.**—El libro de los Galicismos, 3 ps.
- Champ communal.**—La Sucesión Abintestato en Derecho Internacional privado, 10 pts.
- Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 8
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Comperus.**—Su Majestad, 3 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Daudet.**—Jak, dos tomos, 6 pts.—Novelas del lunes, 3 pts.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pts.
- Delorme.**—César y sus contemporáneos, 6 p.
- Deschanel.**—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.
- Doellinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Vida de Concepción Arenal, 1 pta.
- Dostoyuski.**—La novela del presidio, 3 p.
- Powden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas:** Actes, 2 pts.
- Eitzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 p.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pts.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pts.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pts.—Los veinte ensayos, 7 pts.
- Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring, 7 pts.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch.
- Fernan-Flor.**—Vida de Zorrilla, 1 peseta.—De Tamayo, 1 peseta.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Flint.**—Filosofía de la longevidad, 5 pts.
- Fisher.**—Economía política y geométrica, 5.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.—La Filosofía de Platón, 2 tomos 12 pts.—Compendios de los grandes filósofos, 2 tomos 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Fromentin.**—La Pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 3 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.—Justicia y Civilización, 4 pesetas.
- Gautier.**—Vida de Heine, 1 peseta.—Las bonbas prusianas, 3 pesetas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay.**—Los salones célebres, 3 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pts.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pts.—El sentimiento religioso en la Literatura griega, 7 pesetas.
- Giuriani.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.—El Plagio, 8 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Gladstone.**—Vida de Lord Macaulay, 1 p.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.

# PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

1164958

DR

10/2



BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

# PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

POR

EDMUNDO GOSSE

TRADUCCION

POR

**LUIS DE TERAN**

Profesor en el Ateneo de Madrid.

---

LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, C

MADRID

Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

1012

ESTADO DE LOS BIENES DE LOS SEÑORES DE LOS REYES

ESTADO DE LOS BIENES DE LOS SEÑORES DE LOS REYES

ES PROPIEDAD

ESTADO DE LOS BIENES DE LOS SEÑORES DE LOS REYES

# PADRE E HIJO

## ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

---

### PRÓLOGO

Hoy en que la ficción se presenta bajo formas tan ingeniosas y verosímiles, tal vez es necesario decir que el relato que sigue es, en cuanto le ha sido posible al autor, atento hasta la minucia, escrupulosamente exacto. Si no fuera exacto en el estricto sentido de la palabra, su publicación sería burlarse de quienes pudieran sentir la tentación de leerlo. Se les ofrece como un documento, como el testimonio escrito de condiciones, de educación y vida religiosa que han desaparecido para no volver nunca. En este concepto, es de esperar que este libro, diagnóstico de un puritanismo expirante, no carecerá de enjundia.

Ofrece también subsidiariamente el estudio del desarrollo de las ideas morales e intelectuales, durante el primer período de la infancia. Estas han sido anotadas con tanta fidelidad como conciencia, y podrán tener algún valor a causa de las condiciones extraordinarias en que se han producido. El autor ha observado que los que han relatado los acontecimientos de su infancia, han diferido redactarlas hasta el momento en que la edad ha debilitado la limpidez de sus recuerdos. Otro defec-

to, quizá más habitual aún de estas especies de biografías, es que son sentimentales y están falsificadas por la admiración y la piedad que el escritor experimenta por sí mismo. El autor de estos recuerdos ha pensado que de emprender el examen de sus tiernos años, debía hacerlo mientras que su memoria permanezca todavía perfectamente intacta, y antes de que hayan apelado a su juicio las influencias de la vejez.

Solamente en un punto se aparta el relato de la absoluta exactitud. Salvo error, a excepción del hijo, una sola de las personas mencionadas en este libro vive aún. No obstante, ha parecido preferible, para evitar todo lo que pudiera parecer una falta de miramientos, cambiar los nombres de varias de las personas de que se trata.

Es raro que la historia de una lucha completamente espiritual, mezcle lo divertido con la ironía y la discusión de los más graves asuntos. La cosa, sin embargo, ha sido aquí inevitable. La mayor parte de los libros cómicos, cierto es, se esfuerzan en ser divertidos desde el principio hasta el fin, mientras que la teología se avergüenza de despertar siquiera una sonrisa. Pero la vida no es así, y este libro carece de valor si no es realmente un trozo de vida. La situación descrita aquí ofrece una mezcla extraordinaria de cómico y de trágico, y es inútil explicar a los que sientan todo lo patético, que esta comedia aparente oculta una verdadera tragedia.

## CAPITULO PRIMERO

Este libro es el relato de una lucha entre dos temperamentos, dos conciencias y casi dos épocas. Concluye, como era inevitable, con una ruptura. De los dos seres humanos de que se trata, el uno estaba destinado a seguir una marcha retrógrada; el otro no podía evitar el ser arrastrado hacia delante. Llegó un momento en que no hablaban ya el mismo lenguaje, en que no compartían las mismas esperanzas y no les sostenían las mismas aspiraciones. El que vive tiene, por lo menos, el consuelo de pensar que, hasta el fin, se conservaron mutuamente sentimientos de respeto y una melancólica indulgencia.

Su afección recíproca se vió asaltada por fuerzas, a cuyo lado no son nada los cambios producidos por la enfermedad, la ausencia, los reveses de fortuna. Es una dolorosa satisfacción el que ambos fueron capaces de obedecer a la ley que manda honrar y mantener los lazos estrechos de la familia. Si así no hubiera sido, no se habría contado nunca esta historia.

La lucha empezó temprano, pero no evidentemente desde la primera infancia. Para dar a conocer a mis lectores las condiciones de vida, bastante extraordinarias, de estas dos personas, y dar una idea de sus temperamentos, que eran tal vez radicalmente opuestos, es necesario contar desde luego con toda sinceridad e independencia lo que yo puedo recordar, añadiendo algunos detalles que debo, como se verá, a tradiciones de familia.

Pobres, pero de buena cepa, mis padres no eran ya jóve-

nes; vivían aislados, y mostraban una sensibilidad extrema y altiva, de la que no se daban cuenta. Perteneían a lo que se llama la clase media, y, otro parecido más entre ellos, ambos descendían de familias que, después de haber gozado de mucha holgura en el siglo XVIII, habían disipado poco a poco su fortuna. En las dos casas, este declinar del dinero fue acrecentado por una disminución de energía moral. En la familia de mi padre fue lento el caso; en la de mi madre fue muy rápido. Mi abuelo materno, nacido en la opulencia, compró, en los primeros años del siglo XIX, en seguida de casarse, una finca en el Norte del país de Gales, en las pendientes del Snowdon. Parece que allí llevó un tren ridículo; sostenía una jauría y daba fiestas extravagantes. Tenía una mujer que le animaba a esta vida de disipación, y tres hijos: mi madre y sus dos hermanos. Hay que decir, en elogio de mi abuelo, que se dedicó mucho a la educación de sus hijos, proclamándose discípulo de Rousseau. No hubo de seguir, sin embargo, con mucha fidelidad los principios del *Emilio*, porque puso a su hija, desde los primeros años, profesores que la enseñaron las cosas prohibidas por Rousseau: la historia, la literatura y las lenguas extranjeras.

Mi madre era su favorita, y, en su vanidad paterna, se esforzó cuanto pudo en hacer de ella una sabihonda. Leía el griego, el latín y hasta un poco de hebreo; y, lo que era más importante, se ejercitó su espíritu en desarrollarse por sí mismo. Pero sobre las cuestiones esenciales, mi madre tenía ideas diametralmente opuestas a las de sus padres, harto acomodaticias, demasiado amigos del lujo y de los goces de la vida. En unas notas íntimas que escribió ella al llegar a los treinta años, hace esta observación: «No me acuerdo del tiempo en que no amaba yo la religión.» Más adelante se sirve de frases más expresivas todavía: «Si he de datar mi conversión cuando, por primera vez, deseé y busqué la santificación, tengo que volver a mi niñez; si he de retrasarla hasta mi último pecado voluntario, apenas ha comenzado.» La vida consagrada a los placeres que

llevaban sus padres causábale un profundo disgusto, como ocurría en otras muchas jóvenes en aquellos tiempos del despertar general de la conciencia; y cuando mi abuelo, que continuó con sus desenfrenados gastos hasta la ruina completa, se vió obligado a vender su finca y a vivir en la mayor indigencia, mi madre fue la única persona de la familia que no lamentó tal cambio. En cuanto a mí, creo que hubiera querido a mi vituperado abuelo materno, aunque su conducta fuera ciertamente poco discreta. Murió él a los ochenta años, cuando yo no tenía más que nueve meses.

Por una curiosa coincidencia, la vida llevó a mis padres, por caminos semejantes, a una concepción idéntica de la vida religiosa. Mi madre, que tuvo por punto de partida la Iglesia anglicana, mi padre la Iglesia wesleyana, habían llegado, casi sin consejos, tras diversos ensayos teológicos, precisamente a la misma actitud frente a las diferentes Iglesias protestantes. Dentro de los límites en que las sectas se hallaban de acuerdo con mis padres, las sectas eran luminosas; en todos aquellos puntos en que se alejaban de ellos, deslizábanse más o menos definitivamente en una penumbra cuya responsabilidad les incumbía, en tinieblas religiosas a las que mis padres no querían seguir. Así, por una selección razonada, mi padre y mi madre, sin violencia, se habían encontrado gradualmente fuera de todas las comuniones protestantes y se encontraban solamente con un cierto número de calvinistas, extremados como ellos, en puntos que casi se podrían llamar negativos, sin sacerdotes, sin ritual, sin fiestas religiosas, ningún ornamento, fuera el que fuese; nada más que la comunión y la explicación de las Sagradas Escrituras unían hasta cierto punto a aquellos espíritus austeros. Llamábanse ellos mismos sencillamente los *Hermanos*, y la gente les daba el nombre más largo de *Hermanos de Plymouth*.

La casualidad y la similitud de ideas juntaron a mis padres en las reuniones de Hermanos. Ambos estaban solos, ambos eran pobres, ambos absolutos y decididos en su independen-

cia intelectual. Mi padre tenía cerca de treinta y ocho años, mi madre más de cuarenta y dos cuando se casaron. Desde un cuarto amueblado de las afueras, llevóla él directamente a la casita de su madre, en el Nordeste de Nápoles, sin un solo día de luna de miel. Mi padre era zoólogo y escritor de libros sobre historia natural; mi madre escribía también y había ya publicado dos tomitos de poesías religiosas, el primero de los cuales, no sé cómo, tuvo cierto buen éxito, porque obtuvo una segunda edición. Más adelante consagró su pluma a obras populares de edificación. No hay palabras para expresar hasta qué punto eran diferentes, en sus miras, en sus costumbres, en sus ambiciones, a los escritores de nuestros días. Ninguno de los dos conocía la literatura corriente, ni se interesaba por sus manifestaciones. Para ambos, no había habido poetas desde Byron, y ninguno de los dos había leído una sola novela de aventuras desde los tiempos lejanos en que se sumían en las novelas de Walter Scott a medida que iban apareciendo. Consideraban las diferentes formas de la literatura imaginativa o científica únicamente como medios de perfeccionamiento moral que habían de tener al estudiante alejado del mundo, poner en juego todas sus facultades y permitirle ganarse la vida. Pero no hallaban verdadero placer sino en la palabra de Dios y en las discusiones sin fin sobre la Biblia, a las que tenían la costumbre de consagrarse en cuanto habían terminado el trabajo del día.

En este raro hogar, la venida de un hijo no fue aceptada con alegría, sino soportada con resignación. El acontecimiento se encuentra así consignado en el diario de mi padre:

«Ha dado a luz un hijo. He recibido la golondrina verde de Jamaica.»

Esta nota ha divertido a muchas personas; parece indicar que le interesaba tanto el pájaro como el hijo. Pero no es cosa que se deduzca necesariamente, y la tal fórmula prueba sobre todo la exactitud meticulosa de mi padre. La golondrina llegó

después en el día, y el primer visitante fue inscrito primero. Mi padre lo hacía todo escrupulosamente.

Mucho tiempo después me contó que mi madre sufrió mucho en mi nacimiento y que, como yo no había dado ningún grito, me creyeron muerto. Me dejaron al descuido en otra cama de la habitación, y todos los cuidados y atenciones se concentraron en mi madre. Una vieja que, por casualidad, estaba desocupada, se acordó de mí y se esforzó en volverme a la vida. Lo consiguió, y el médico la felicitó después por su habilidad. Mi padre, cuando me contó la historia, no podía acordarse del nombre de la que me había salvado. Hubiera deseado vehementemente saber quién fue; ensalzo y bendigo con todo mi corazón a esa dama desconocida, a la que debo el conocer el embriagador encanto de la vida, sus agitaciones, sus deseos inquietos, sus placeres múltiples y hasta sus penas y sufrimientos.

Mi madre estuvo seis semanas sin poder salir de su cuarto. El día en que salió fue solemne, y constituyó una especie de presentación en el templo. El Sr. Balfour, estimado individuo de nuestra Congregación, celebró un servicio íntimo en nuestra sala y «oró para que el niño perteneciese para siempre al Señor». Fue el primer acto de una *consagración* que mis padres no olvidaron nunca, y cuyos resultados relatarán las páginas que van a seguir. Echaron así sobre mi espíritu débil y todavía inconsciente un ropaje brillante, un velo ligero, pero impermeable, que debía, así lo esperaban, «preservarme de las manchas del mundo».

Hasta entonces, la madre de mi padre había vivido en la casa y llevado todo el peso de la misma. Consintió entonces en dejarnos. Hay que reconocer que su marcha fue un alivio para mi madre, porque mi abuela paterna era una mujer enérgica e imperiosa subida de colores, colérica y práctica, para la que no existían los intereses intelectuales. Su nuera, dulce de maneras, de aspecto etéreo, y cuyo pelo dorado y delicado cutis contrastaban raramente, sin duda, con sus mejillas rubicundas

y sus bucles negros, poseía, sin embargo, una voluntad tan resistente como el acero. Entendiéronse mucho mejor viviendo separadas. Mi abuela se instaló cerca de nosotros, en una casa soleada, en donde vivía rodeada de sus tesoros de familia: algunos muebles del siglo XVIII, miniaturas y brillantes porcelanas puestas en estantes.

Entregado a los solos cuidados de mi madre, me convertí en objeto de su solicitud; pero a esos felices instintos maternales que sostienen la fuerza y la paciencia de toda verdadera madre, y que se notaban siempre presentes en ella, se mezclaban ciertas resoluciones espirituales que pocas veces se encuentran. Tienen, cierto es, una vaga relación con las de muchas madres piadosas, pero son pocas las madres que persiguen su fin en todos sus detalles con una voluntad tan firme. Me lo han revelado sus notas íntimas consignadas en un librito; notas que hoy, a casi sesenta años de distancia, las ven por primera vez ojos que no son los suyos. He aquí lo que ella escribía cuando yo tenía dos meses:

«Se lo hemos dado al Señor, y confiamos en que si llega a la edad de hombre, el Todopoderoso manifestará claramente que le ha elegido por suyo. Si el Señor nos lo quita pronto, no dudaremos de que se lo ha llevado consigo. Sin embargo, si le place al Señor llevárselo, espero que nos evitará el dolor de verle largo tiempo enfermo, presa de largos sufrimientos. Pero en esto, como en todo, su voluntad vale más que cuanto pudiéramos elegir. Que la vida de nuestro hijo sea larga o no, ya ha sido una bendición para nosotros y para los Santos, induciéndonos a orar mucho y acarreándonos numerosas dificultades y algunas pruebas.»

Esta última frase es quizá un poco oscura. A mis lectores les sorprenderá y les intrigará tal vez como a mí saber de qué manera, a una edad tan tierna, puede ser una bendición para los «Santos». Dábase este nombre a los «Amigos» que se reunían todos los domingos para la santa comunión, y varias veces por semana para orar y comentar las Escrituras en la salita alqui-

lada de Hackney que frecuentaban mis padres. Supongo que mi solemne consagración al Señor, repetida en público, en brazos de mi madre, como no era una ceremonia prescrita y habitual entre los Hermanos, despertó cierta curiosidad, y un fervor especial en los servicios subsiguientes o, por lo menos, que el corazón amante y prevenido de mi madre se lo imaginó. Sin embargo ella, que había vivido tan aislada, pretextó los cuidados que tenía que dar a su hijo para vivir más que nunca en el retiro y el silencio. Ya no encontraba apoyo espiritual y simpatía intelectual entre las personas piadosas que se reunían en la *Sala*; así designaban a nuestra modesta capilla. Escribió:

«No creo que aumentará mi felicidad vivir en medio de los santos de Hackesey. Estoy decidida a consagrarme por completo al niño este invierno, y a no aceptar invitación alguna; iré los domingos que pueda a las reuniones de la mañana e iré a ver a mi madre.»

Llevó desde entonces una vida extremadamente monótona; pero parece haber sido feliz. Pasaba los días cuidándome y aleccionando a una sola criada. Mi padre estaba siempre en su despacho, dibujando, disecando, sentado, sin duda, ya entonces como me acostumbé a verle más adelante, completamente inmóvil, mirando por el microscopio, veinte minutos seguidos. Así pasaba la mayor parte de los días de la semana; los domingos predicaba, por lo general, uno o dos sermones improvisados. Sus trabajos de los días laborables se vieron recompensados con los elogios del mundo sabio, que le importaban muy poco, y con cortas cantidades de dinero, que le eran mucho más necesarias. Por lo menos, durante los tres años siguientes a su boda, mis padres no salieron de Londres un solo día, porque no podían permitirse los menores gastos de viaje. Apenas si recibían algunas visitas; no comían nunca fuera de su casa, ni pasaban nunca una velada con relaciones sociales. Después de comer, discutían teología, leían juntos o traducían libros científicos franceses o alemanes. Esto debía de ser una

vida terrible de privaciones y de labor dura. No hay duda alguna de que era mala desde el punto de vista higiénico; pero no por ello dejaban de experimentar mis padres una satisfacción completa y sincera. Durante este año, que fue uno de los más difíciles desde el punto de vista pecuniario (yo tenía entonces un año); se trató por mis padres de salir de Londres. Mi madre escribió en sus notas íntimas:

«Somos felices y estamos contentos, porque poseemos todo lo que es necesario y agradable, y nuestra casa está santificada por nosotros con dulces asociaciones. Vivimos solos y gozamos de nuestra compañía mutua. Si nos mudamos, no estaremos ya solos. Quizá sería mejor para el niño, porque estaríamos más en el campo. Yo no deseo tener que elegir, porque como no sé lo que nos convendría más, y Dios lo sabe, deseo entregarme por completo a su decisión; si no es su voluntad que nos mudemos, suscitará objeciones y dificultades; si, por el contrario, lo quiere, infundirá en el corazón de Enrique (mi padre) el vivo deseo de tomar esta resolución, y entonces, cualquiera que sea el resultado, dejemos todo en sus manos y no lo sintamos.»

Ninguno de los que conozcan el corazón humano tomará esta actitud resignada por una falta de decisión. No es debilidad de carácter, sino pura abnegación; un acto completamente voluntario. Mi madre, bajo la exquisita amenidad de sus maneras, ocultaba un rigorismo espiritual que se manifestaba por un constante renunciamiento a su voluntad propia. Bastábale darse cuenta de que deseaba una cosa, para sacrificarla definitivamente y someterla sin vacilación a lo que consideraba como la voluntad de Dios.

Es tal vez para mí el momento de decir que, sin saberlo, ejerció por aquella época y, de hecho, hasta la hora de su muerte, un poder magnético sobre la voluntad de mi padre. Ambos tenían caracteres firmes, pero el de mi madre era, sin disputa, el más firme. Ella fue la que hizo que mi padre tomara cierta posición definida, que conservó hasta después de mu-

cho tiempo de haber desaparecido la que fue la causa. Desde entonces, durante la larga lucha que tendré que relatar, el sagrado recuerdo de la voluntad de mi madre se cernió sobre mi padre, guiándole, apremiándole y alentándole a continuar sin debilidad la tarea de que fue instigadora. Cuando llegó la inevitable ruptura, lo indeciblemente doloroso para el hijo, fue sentir que se separaba, no solamente de su padre, sino también de su madre.

Mi madre era puritana hasta el fondo del alma. Ni una sola palabra escapada de sus labios, ni una frase de su diario deja nunca adivinar que tuviera que soportar privación alguna. Parecía fuerte y de buena salud. También yo era de temperamento sano; el único, cuya salud dejaba que desear, fue mi padre: tuvo una crisis aguda de dispepsia nerviosa. Por aquella época hubo un ligero aumento en nuestros recursos, y, al cumplir yo los tres años, pudimos disfrutar de vacaciones y pasar cerca de nueve meses en Devonshire. Desde entonces mis padres renunciaron a aislarse en una labor sin descanso, y cuando volvimos a Londres se mostraron menos exclusivos, menos completamente olvidados del mundo que los olvidaba». Esto fue más relativo que positivo; no sintieron nunca la necesidad de dejar su caverna por una Tabaída intelectual; mis recuerdos lo probarán con creces; pero cada uno de ellos se vió obligado por las circunstancias a ponerse más o menos en evidencia, y ninguno de los dos podía ya seguir ignorando el mundo que los rodeaba.

No he de hacer yo la biografía de mis padres. Cada cual se hizo célebre hasta cierto punto; cada cual dió lugar a discusiones bastante vivas entre sus contemporáneos, porque, cada cual en su círculo especial de lectores, fueron bastante conocidos hace medio siglo. Precisamente, porque estaban dotados ambos de un espíritu vigoroso y de talentos poco corrientes, es por lo que el contraste entre su punto de vista espiritual y el de las gentes del mismo mundo, hoy es interesante y puede ser instructivo. Sin embargo, este libro no es nueva biografía

de personajes, conocidos que han tenido ya más de un biógrafo. Mi deber, tal como lo comprendo, es otro:

Este es el punto de vista del mundo;  
Así fue como todos los hombres los vieron, los alabaron, cre-  
yeron conocerlos;  
Yo, unas veces me mantenía reservado, otras los alababa,  
A mi manera me atrevo a formularlo.

Pero este libro es examen diferente, es un estudio del otro lado, que quedó desconocido:

El de las apacibles luces argentadas y de las tinieblas in-  
sondables.

Es la descripción de un estado de alma bastante frecuente antaño en la Europa protestante, y de que mis padres fueron tal vez los últimos representantes entre las personas influyentes y cultas.

Una vida de familia, fundada en tales principios, era evidentemente, para un niño, un medio muy particular. Se me permitirá que pase revista a los rasgos esenciales. Pureza perfecta, intrepidez indomable, abnegación absoluta; pero también estrechez de miras, aislamiento, carencia de perspectiva y, digámoslo francamente, ausencia de simpatía humana. Hallábase en mis padres una curiosa mezcla de humildad y arrogancia; una entera resignación a la voluntad de Dios, y un desdén no menos completo del juicio y de la opinión del hombre. Mis padres fundaban cada acción, cada actitud en la interpretación de las Escrituras y en la sumisión a la voluntad Divina, tal como se revelaba directamente a ellos en respuesta a sus oraciones. Así, cada vez que se encontraban frente a un dilema, exclamaban: «¡Expongamos nuestras dificultades al Señor!»

Estaban tan seguros de la realidad de sus relaciones con Dios, que no pedían otro guía. No reconocían en la tierra ninguna autoridad espiritual, no se sometían a ningún sacer-

dote o pastor, y no tomaban en consideración ninguna de las manifestaciones corrientes de la opinión religiosa. Vivían en una celda intelectual, limitada en todas partes por las paredes de su casa, pero abierta por arriba a lo infinito de los cielos.

He aquí el medio en que el alma de un niño se encontró puesta, no sobre un simple tapiz de flores a cielo abierto, ni en un jardín celosamente cuidado, sino en un reborde tallado en el jardín de una montaña, y suspendido entre la noche y la nieve de un lado y las profundidades vertiginosas del mundo del otro, con el espacio justo de suelo para permitir a una geniana elevarse penosamente hacia el cielo y abrir su rígida estrella azul sin ofrecer ningún reflejo, ninguna esperanza de salvación, a la gracil raíz que intentara traspasar sus inexorables límites.

## CAPITULO II

De las tinieblas de mi infancia se destaca un solo recuerdo, fugitivo como el relámpago. Me encuentro solo, sentado en una silla alta, puesta a la mesa de la comida, servido por varias personas. Alguien trae un asado de cordero, lo pone cerca de mí, y sale. Me encuentro solo, mirando dos ventanas bajas abiertas sobre el jardín. De repente aparece, sin ruido, en una de las ventanas un animal grande y largo (probablemente un lebrél); se mete en el cuarto, se apodera del asado y se esquila por el mismo camino. Cuando ocurrió esto, no podía yo hablar. Adquirí muy tarde el dón del lenguaje, sin duda porque nunca oía voces infantiles. Muchos años después, aludí a este recuerdo; hubo exclamaciones de sorpresa.

«¡He aquí la explicación de cómo desapareció el asado. Luego no fuiste tú el que lo devoraste en un abrir y cerrar de ojos, como pretendía tu tío A.»

Sin duda, por lo que me impresionó este incidente, se quedó grabado en mi memoria, porque todos los otros recuerdos de ese tiempo se han desvanecido.

La aventura del asado se desarrolló evidentemente entre los hermanos de mi madre, porque por aquella época, mis padres no visitaban a nadie más. Mis tíos no eran religiosos; pero profesaban un respeto filial a mi madre, que los llevaba bastantes años. Cuando se arruinó mi abuelo, mis tíos estaban todavía en la escuela. Mi madre, a pesar de su horror innato por la enseñanza, aceptó un puesto de institutriz en la fa-

milia de un noble irlandés. No se podía llegar a la morada sino atravesando, como hubiera dicho miss Edgeworth, «diez y ocho barrancos con peligro inminente de la vida», y esto para encontrarse con una mezcla indecible de opulencia y sujeción, de cortesía y ordinariéz. Pero mi madre tenía un buen sueldo, y estuvo en aquel ambiente antipático realizando el trabajo que más detestaba, para poder con sus economías ayudar sucesivamente a sus hermanos a seguir sus tres años de estudios en Cambridge. Ellos trabajaron con denuedo, y se distinguieron en la Universidad. Cuando su hermana supo por fin, en su lejana Thulé, que el menor de sus hermanos había salido bien de los exámenes, dimitió en el acto sus funciones, no sin un suspiro intenso de alivio, y volvió a Inglaterra.

No es, por lo tanto, chocante que mis tíos tuviesen por su hermana sentimientos de respeto y de afecto. Sus caracteres no les hacían criticar la manera de pensar de ella, y de otra parte, no hubieran sido capaces de hacerlo. De acomodaticio humor, instruidos y buenos, pero sin amplitud de criterio, no tenían nada del vigor intelectual y de la fortaleza de carácter de su hermana. E. se le parecía físicamente; era alto, con cutis blanco y pelo rizado de un dorado oscuro; procuraba darse un aspecto bironiano, fatal y melancólico. A. era pequeño, moreno y jovial, con pretensiones de buen sentido, y brusco y locuaz. Como niño, yo adoraba a mi tío E., que permanecía sentado silenciosamente junto a la chimenea, teniéndome entre sus rodillas, con aspecto indeciblemente triste, y sacudiendo de vez en cuando sus rizos de ardientes reflejos. De otra parte, muy injustamente, detestaba a mi tío A. porque no corría tras de mí, y hasta se creería que se dedicaba a molestar-me. Mis tíos, que se quedaron solteros, ganaban con que vivir muy holgadamente: E. dando lecciones, A. trabajando de varias maneras en la ciudad. Habían alquilado en Clapton una casuca llena de rincones, la casa en que vi el lebrél. Tenía un perfume raro y delicioso, tan misteriosamente distinto de cualquier otro, que se me saltaban las lágrimas. Ahora sé que era

un olor de cigarros; el tabaco era un aroma que estaba pros-  
crito de nuestra casa, en nombre de los más elevados princi-  
pios religiosos.

Yo, como queda dicho, tardé en aprender a hablar. Me  
contaron que, durante mucho tiempo, no contesté sino con un  
aire de gravedad indiferente a todas las instancias para hacer-  
me decir *papá* y *mamá*; un día, sin embargo, eché mano a un  
volumen diciendo *book* (libro) con asombrosa claridad. No fui  
muy precoz, pero bastante pequeño (creo que al cumplir los  
cuatro años) aprendí a leer. No me acuerdo del tiempo en que  
una página escrita en inglés era letra muerta para mí. En una  
época tal vez anterior, mi madre tenía la costumbre de repe-  
tirme una poesía que siempre he considerado como compuesta  
por ella, y que tiene una importancia poética muy especial en  
la historia de mi desarrollo intelectual. Hela aquí... tal como  
la recuerdo:

¡Qué brillante eres, linda luna!  
Voy a dar las buenas noches a mamá;  
Luego me acostaré en mi cama  
Y te miraré flotar sobre mi cabeza.  
¡Ah! Te oculta una nube,  
Pero puedo ver tu luz al través;  
Trata de ocultarte... pero en vano,  
Porque pronto te veo de nuevo.  
Sé que Dios te hace lucir  
Sobre mi camita;  
Sabré todo lo que eres  
Cuando sea mayor y sepa leer.

Pasados muchos años, cuando este último verso era un ana-  
cronismo, acostumbraba a recitar esta poesía en alta voz, hu-  
biera luna o no.

Creo que fue mi padre el que me enseñó las primeras letras,  
porque, como ya he dicho, mi madre tenía horror a dar leccio-  
nes, aunque ella misma aprendiese con tanta facilidad como  
inteligencia. En cambio, mi padre enseñaba con todo celo y

afición. Tenía, en particular, un método suyo para enseñar la Geografía, que era, a mi parecer, admirable. Me subía a una silla, mientras que él, de pie a mi lado, con un lápiz y una hoja de papel, dibujaba los arabescos de la alfombra. Cuando comprendí bien el sistema, hice otro mapa, en una escala menor, de los muebles de la habitación, después de un piso de la casa, luego del jardín, por fin de una parte de la calle. Resultó de esto que la Geografía se me presentó, clara y precisa como una representación en miniatura, pero completamente natural de las cosas, y hoy todavía es la ciencia que me cuesta menos trabajo; mi padre me enseñó también las primeras nociones de Aritmética, un poco de Historia Natural, elementos de dibujo; se esforzó mucho tiempo, pero en vano, en hacerme aprender de memoria cánticos, salmos y capítulos de las Escrituras, trabajo en el que fracasé ignominiosamente y con lágrimas. Este fracaso le molestaba y le asombraba tanto más, cuanto que siempre tuvo él una memoria de una exactitud y de una fidelidad extraordinarias. Creía que la cosa obedecía a mala voluntad de mi parte, pero por último renunció. Creo que este primer esbozo de mi educación empezó cuando tenía yo cuatro años y no se desarrolló ni modificó mientras que vivió mi madre.

Entretanto, como sabía leer, mi mayor placer era enfrascarme en los libros. El campo de mis lecturas era muy limitado, porque los cuentos, de cualquier género que fuesen, estaban severamente excluidos de la casa. No se admitía en ella ninguna ficción religiosa o profana. No de mi padre sino de mi madre, procedía esta prohibición. Tenía ella el raro y, en mi sentir, inexplicable convencimiento de que el hecho de contar «una historia», es decir, de componer relatos ficticios, era un pecado. Llevaba esta convicción hasta los más extremos límites. Mi padre, en sus últimos años, me dió algunos interesantes ejemplos de la firmeza de mi madre. En América, siendo joven, habíala impresionado profundamente *Salathiel*, piadosa novela de aventuras de un autor entonces muy popular,

el Reverendo Jorge Croly. Cuando conoció a mi madre, le recomendó esa obra, pero ni siquiera quiso consentir en abrirla. Negábase igualmente a leer los cuentos caballerescos en verso de Sir Walter Scott, alegando con obstinación que no eran «verdaderos». No quería leer sino poesías líricas y subjetivas. Su diario íntimo revela el origen de esa singular aversión hacia todo lo imaginativo, pero no se puede decir que explique la causa. En su infancia tenía la pasión de inventar historias, y lo hacía con tanto talento, que constantemente le pedían que deleitase a los demás. Pero dejémosle la palabra:

«Cuando era niña, acostumbraba a divertirme y divertir a mis hermanos inventando historias, del género de las que leía. Como tenía, a lo que supongo, un ingenio vivo y una imaginación activa, ese entretenimiento se convirtió bien pronto en el principal placer de mi vida. Desgraciadamente, mis hermanos estaban siempre dispuestos a animarme, y hallaba en Taylor, mi doncella, una tentadora más peligrosa todavía. Yo no sabía que hubiera ningún mal en ello, hasta que miss Shore (una institutriz calvinista), que lo descubrió, me sermoneó severamente y me dijo que era muy malo. Desde entonces consideré que inventar una historia cualquiera constituía un pecado. Pero estaba tan arraigado en mí el deseo de contar, que no podía resistirlo con mis propias fuerzas (tenía ella entonces nueve años), y desgraciadamente, no conocía ni la corrupción ni la debilidad de mi corazón, y no sabía en dónde hallar la fuerza de resistir. Mi ardiente deseo de inventar historias se acrecentó con tal violencia, que cuanto oía o leía, servía de pasto a mi enfermedad. No me bastaba la verdad sencilla; necesitaba siempre forjar las fantasías de mi imaginación y la locura, la vanidad y la perversidad que envilecían mi corazón sobrepasaban cuanto se pueda imaginar. Aún ahora (a la edad de veintinueve años), a pesar de mi vigilancia, mis oraciones y mis luchas, es todavía el pecado que más me tienta. Ha paralizado mis oraciones, ha entorpecido mis progresos, y, en consecuencia, me ha humillado profundamente.»

Constituye esto, sin duda un dolorosísimo, ejemplo de la represión de un instinto. Paréceme que hubo en este caso una vocación como es raro encontrarla, y más raro todavía menospreciarla y sofocarla voluntariamente. ¿Estaba mi madre destinada por la Naturaleza a ser novelista? Lo he creído a menudo, y si hubiera ella dirigido sus talentos y su fuerza de voluntad por el camino que parecía estarle abierto para ser «el principal placer de su vida», es casi imposible que no hubiese obtenido grandes triunfos. Era algo más joven que Bulwer Lytton, de alguna más edad que la Gaskell... pero son éstas vanas y pueriles especulaciones.

En cuanto a mí, me hallaba, a lo que creo, en condiciones casi únicas entre los hijos de padres cultos. Por la regla severa a que estaba sometido, no me leyeron ni me contaron durante mi infancia ni una sola historieta. No he conocido ese goce del niño que, con sus zalamerías, hace que su madre o su aya retrase la hora de acostarle para contarle una historia que escucha él, sentado en las rodillas de la narradora, apelotonado junto a la chimenea del cuarto de jugar. Jamás, en mi infancia oí el emocionante preámbulo: «Pues señor...» Me hablaban de misioneros, nunca de piratas; conocía familiarmente los pájaros moscas, pero nunca había oído hablar de hadas; no conocía a Jack el matador de gigantes, ni a Rumpelstiltskin, ni a Robin Hood y, aunque tenía nociones sobre los lobos, ignoraba hasta el nombre de la Caperucita Roja. Hasta desde el punto de vista de mi consagración, creo que mis padres se equivocaron al excluir de mi estudio de los hechos todo lo que habla a la imaginación. Querían hacerme verídico, me hicieron positivo y escéptico. Si me hubieran envuelto en los blandos pliegues de la fantasía sobrenatural, mi espíritu, menos inquisidor, se habría tal vez contentado por mucho tiempo con seguir las tradiciones.

Me hubiera sido fácil decir que no leí durante esos primeros años; mucho más difícil es enumerar lo que leí. Primeramente, volúmenes de Historia Natural de géneros singular-

mente variados, algunos completamente indigestos para un espíritu tan poco formado como el mío; varios libros de viajes de carácter, en su mayoría, científicos y, entre ellos, viajes de descubrimientos a los mares del Sur, que me hacían vagamente entrever espléndidas visiones; un poco de geografía y astronomía, a las que me aficioné sinceramente; mucha teología, a la que, a pesar de mi deseo de apreciarla, no pude jamás hincar el diente (si me atrevo a expresarme así) y a la que aprendí a seguir maquinalmente con los ojos y los labios sin comprenderla, hasta el punto de que podía leer en alta voz páginas y páginas con la entonación requerida, sin asimilarme una sola idea o retener la menor impresión. Había, por ejemplo, un tal Jukes, autor de un libro sobre las profecías, cuyas obras gustaban extraordinariamente a mis padres, y de las que desde pequeño me vi obligado a darles lectura. Prestábame a ello con facilidad, pero como un autómeta; solamente la vista de los libros de Jukes se me hizo odiosa, y nunca he tenido la más vaga idea de lo que contenían. Más adelante, la publicación titulada *The Penny Encyclopædia* (La Enciclopedia a diez céntimos) fue mi estudio diario, y durante mucho tiempo, casi mi único estudio. Tal vez vuelva hablar de esta notable obra.

Es difícil guardar un orden cronológico, ni aun aproximativo, al unir los fragmentos de los recuerdos infantiles, y, al hablar de mis lecturas, me he dejado llevar demasiado lejos; mi memoria no se remonta realmente sino hasta nuestra vuelta de ciertas visitas con un fin zoológico a los condados de Devon y Dorset, y a nuestra instalación, cuando apenas tenía yo cinco años, en una casa de Islington, al norte de Londres. Nuestra situación era entonces más desahogada; mi padre tenía que hacer con regularidad trabajos literarios bien remunerados, y nunca tuvimos una casa tan espaciosa y tan cómoda, aunque todavía muy sencilla y restringida. Mis recuerdos, algunos de los cuales están señalados por ciertos hechos, se hacen ahora precisos y abundantes. De lo que no me acuerdo

sino por haberlo oído repetir muy a menudo, es de lo que se puede considerar como la única frase notable de mi infancia, que fue, en suma, poco notable, pero que puede pasar. Cuando tenía yo cuatro años justos, una señora me mostró, poco discretamente, a mi entender, un grabado que representaba un esqueleto humano, diciendo: «Mira, tu no sabes lo que es esto, ¿verdad? A lo que contesté agudamente sin vacilación: ¿No es un hombre al que se le ha quitado la carne?» Pareció esto maravilloso, y como es probable que no se me haya explicado nunca el fenómeno, la respuesta en cuestión indicaba ciertamente la prontitud en percibir una analogía. Yo había observado frecuentemente a mi padre cuando quitaba la carne de los peces y mamíferos que había tenido previamente en espíritu de vino. Si me permito referir esta bagatela, es solamente para poner de relieve que el sistema de educación a que estaba sometido despojaba todas las cosas, y la vida humana, entre otras, de su misterio. El esqueleto gesticulante de la muerte no era para mí sino una muestra de ese plantigrado vertebrado implume que se llama *homo sapiens*.

Si pareció esta anécdota digna de ser repetida, no hay que ver en ello una de esas lisonjas dirigidas a la infancia, medio indirecto de satisfacer la vanidad de los padres. Nada había de esto, por lo que me acuerdo. Mi madre hubiera estado fuera de la humanidad si no la hubiese acariciado de vez en cuando la ilusión de que su patito solitario era un cisne. Mi padre no formaba semejante apreciación, cuando observaba con mucha ternura al acariciarme la barbilla que yo era «un lindo niñito sin nada notable». Mi madre, picada en lo vivo por esta falta de apreciación, llegó hasta declarar que, según todas las probabilidades el Fellow de la Sociedad Real, sería conocido más adelante sobre todo como el padre de su hijo. Este género de bromas es frecuente en las familias de hombres conocidos.

Mi padre, convencido o no, no hacía objeciones, y el matrimonio continuaba discutiendo en mi presencia el giro que tomarían mis brillantes talentos. *Mi consagración al servicio*

*del Señor*, limitaba mucho el campo que se abría ante mí. Mi padre, que habitó mucho tiempo en los Trópicos, y que sentía en su corazón una perpétua nostalgia por «las islillas indolentes en donde florecen las orquídeas trompetas», se inclinaba por la carrera militante del misionero, pero mi madre, a la que le interesaban poco las misiones en países extranjeros, prefería creer que yo llegaría a ser el Carlos Wesley de mi siglo o por lo menos, tenía el candor de admitirlo, un Jorge Whitefield. No puedo acordarme del tiempo en que no oía repetir que yo sería un ministro del Evangelio.

Creése generalmente, que una vida por completo consagrada a la religión es austera y sombría, y tal vez me será difícil persuadir a mis lectores de que en realidad, en los primeros años de infancia, antes de la brecha abierta en nuestro reducido círculo por la enfermedad y la muerte, estábamos siempre contentos y a menudo alegres.

Mis padres gustaban de bromear juntos, y había cierto número de chanzas tradicionales en la familia que pocas veces dejaban de animar el almuerzo. Mis padres vivían tan únicamente por la fe, estaban tan profundamente convencidos de su comunión con Dios, que, salvo en los momentos en que su conciencia ultradelicada les convencía de pecado, no alteraba nada su serenidad. Podían incluso, hasta cierto punto, percibir el lado cómico de detalles referentes a su religión, y bromear tenuamente sobre una actitud durante la oración o el asunto de una invocación. Eran absolutamente indiferentes a las formas. Lo mismo rezaban sentados que de rodillas, puesto que los ritos no tenían ningún valor para ellos. Mi madre estaba a veces extremadamente alegre y reía con dulzura. Lo que he oído decir más adelante sobre la ingenua alegría de las monjas en el convento me ha recordado la de mis padres durante mi infancia.

Mientras que fui como ellos, sin existencia individual, arrestado como un satélite en su atmósfera, poníame alegre o serio según estaban ellos. La carencia de compañeros de mi

edad, de libros de cuentos, de diversiones al aire libre, de esas mil y una ocupaciones de los niños educados en condiciones más normales, no me ponía ni triste ni enfadado puesto que ignoraba hasta la existencia de esos placeres. Jamás se mezclaban en mis sueños poblados de animales y de personajes. Poseía tres muñecos, por los que experimentaba sentimientos difíciles de desentrañar. Dos eran del sexo femenino; uno no tenía más que un informe rostro hecho de trapos; el otro tenía la cara de cera. Pero, al cumplir los cinco años, a principios de la guerra de Crimea, me dieron otro vestido muy elegantemente de soldado con casaca roja. Acostumbraba a poner mis muñecos en tres sillas y a hablarles en alta voz, pero no me sentía en relaciones íntimas con ellos, hasta que un día nuestra criada, que apareció bruscamente y se enteró de lo que yo hacía, dijo: «¡Pero qué muchacho éste, que juega con un soldado, cuando tiene dos señoritas para charlar con ellas!» Nunca había considerado a mis muñecos como confidentes; pero, desde entonces, prodigué particulares atenciones al soldado, para indemnizarle de haber sido tratado tan injustamente por Lizzia.

La declaración de guerra a Rusia fue el primer soplo de aire exterior que penetró en nuestro claustro calvinista. Mis padres se suscribieron a un periódico, y discutían con animación los acontecimientos que se desarrollaban en lugares de nombres pintorescos que mi padre y yo buscábamos en el mapa. Puedo indicar exactamente uno de mis más vivos recuerdos de aquel tiempo. Un día que estaba jugando por toda la casa, entré de pronto en el comedor, y vi sentado junto a la puerta un sér extraordinario, un joven tan alto, tan tieso como mi muñeco y vestido con una magnífica casaca roja. En el otro extremo de la habitación, mi madre, sentada ante su mesa de escribir, con una Biblia abierta ante sí, le exhortaba a aceptar la salvación tal como se halla expuesta en los Evangelios. Me dijo que me marchara a escape y me fuese a jugar. Pero yo había tenido una visión grandiosa. El soldado de la

guardia iba a marchar a Crimea, y sus aventuras (se convirtió por la exhortación de mi madre) las relató ella más adelante en el *Guarda del Alma*, tratado religioso del que se hizo, a lo que creo, una tirada de más de quinientos mil ejemplares. Aquel soldado murió en la guerra, y este hecho añadió un lustre extraordinario a la visión que de él conservaba. Todavía le veo con el pensamiento, inmenso, ceñido por su uniforme maravillosamente brillante, sentado, por respeto, lo más cerca posible de la puerta de la habitación. Esta aparición dió, desde entonces, realidad a mis conversaciones con mi soldado.

La misma victoria del Alma, anunciada el día en que cumplí los cinco años, se me quedó claramente grabada en la memoria a consecuencia de una circunstancia íntima. Estábamos desayunando en nuestro velador, al lado de la ventana, cuando mi padre, que estaba de espaldas a la luz, dió de repente un grito, y leyó en alta voz las primeras líneas de un artículo del *Times*, que anunciaba una batalla en el valle del Alma. Evidentemente, la ansiedad general había sido mucha, porque mi madre y él parecían profundamente conmovidos. Cuando estuvo seguro de que no era una victoria decisiva, interrumpió su lectura, cayeron ambos de rodillas ante sus tazas de té y sus tostadas, y mi padre dió gracias en alta voz al Dios de las batallas. Este arranque de patriotismo era tanto más notable, cuanto que creía haber puesto su «burguesía celeste» por encima de todos los deberes terrestres. A los que le decían: «Ser cristiano no le impide ser inglés», contestaba meneando la cabeza: «No soy ciudadano de ningún Estado de este mundo.» No se daba cuenta de que, en realidad, para servirme de una palabra desconocida aún en 1854, no había en la Gran Bretaña nadie tan «jingo» como él.

Otro ejemplo de la extraordinaria manera con que los intereses de la vida diaria se mezclaban en nuestro raro hogar con las prácticas religiosas, se ha quedado fuertemente impreso en mi memoria. Los tres estábamos excitadísimos por la noticia de que se había visto en Islington cierta mariposa noc-

turna negra, en unas cuadras subterráneas. Llábase, si no me engaño, *Boletobia fuliginaria*, y creo que es muy rara en Inglaterra. Estábamos reunidos una mañana del verano de 1855, salvo error, cuando entró volando por la ventana una mariposa de aquel género. Mi madre interrumpió inmediatamente la lectura de la Biblia, diciendo: «¡Oh, Enrique! ¿Crees que es tal vez la Boletobia?» Mi padre se levantó en medio de la lectura del libro sagrado, examinó el insecto que acababa de posarse y contestó: «No, es una mariposa común, la *Orgygia antiqua*. Y volviendo a sentarse, continuó la explicación de la palabra de Dios sin dar la menor excusa ni mostrar ninguna contrariedad.

En el transcurso de mi sexto año hubo una serie de incidentes poco importantes, que, a pesar de su aparente insignificancia, desempeñaron un papel principal en la historia de mi desarrollo intelectual. El recuerdo que de ellos tengo me confirma en la idea de que hay en cada alma humana ciertos rasgos característicos que le son inherentes, y no pueden atribuirse ni a una sugestión ni a la educación. Yo estaba cuidadosamente alejado, como la princesa Blancaflor en su fortaleza de mármol, de toda influencia exterior; no obstante, la vida instintiva me llegó tan inopinadamente como el enamorado de la princesa al aparecer ante sus ojos en un cesto de rosas. La conciencia del yo, como fuente de fuerza y simpatía, se me reveló a consecuencia de uno o dos choques morales que voy a relatar.

A fuerza de oír hablar constantemente de un Dios omnisciente, Sér de una sabiduría y una penetración sobrenaturales, especie de cuarta persona siempre con nosotros, había llegado a pensar en El con una confianza absoluta, mezclada con un poco de terror.

En la atmósfera de disciplina severa de que mis padres me rodeaban, no les vi nunca discutir entre sí, ni siquiera diferir de opinión; parecían no tener sino una sola y misma voluntad. Mi madre se refería siempre a mi padre; y, en ausencia de éste,

me hablaba de él como si fuera infinitamente sabio. Yo le confundía en cierto sentido con Dios; de todos modos, creía que mi padre lo sabía todo y lo veía todo. Una mañana, en que mi madre y yo estábamos en la salita, mi padre entró y nos contó un sucedido cualquiera. Yo estaba, lo recuerdo, de pie en la alfombrilla de la chimenea, con los ojos fijos en él. Acababa de recibir un choque que me hería como un rayo, porque lo que mi padre había dicho *no era verdad*. Mi madre y yo habíamos sido testigos del hecho, insignificante en sí, y sabíamos que no había ocurrido como él lo refiriera. Mi madre se lo dijo con dulzura y él aceptó la rectificación. Para mis padres aquel incidente no tuvo la menor importancia, pero hizo época para mí.

Yo había hecho un descubrimiento estupendo, no sospechado hasta entonces; mi padre no era como Dios, no lo sabía todo. El choque no me lo causó la sospecha de que no decía la verdad, sino por la prueba terrible de que no era omnisciente, como yo creía.

Otra circunstancia vino a confirmar esta impresión, y aun a agravarla. En nuestro jardincillo, mi padre había hecho una rocalla para musgos y helechos, y había adaptado a la canalización de agua de la casa un tubo de plomo que atravesaba las rocas y se elevaba a lo alto. Cuando se daba a una manivela, escapaba el agua, formando como una linda sombrilla argentada. Un día, dos obreros, que habían venido a hacer algunas reparaciones, dejaron sus herramientas en el jardín. Al pasar por allí, se me ocurrió de pronto la idea de que sería divertido ver si con una de aquellas herramientas podía hacer un agujero en el tubo. Lo hice, en efecto, con toda facilidad, y luego se me olvidó mi travesura. Uno o dos días después, mi padre subió muy enfadado a la hora de comer, diciendo que el agua se había escapado por un agujero abierto en el tubo, desparramándose al pie de las rocas.

Como es natural, en seguida comprendí que se trataba de mi hazaña, y me quedé helado de terror, esperando ser acusado. Pero mi madre recordó la visita de los plomeros, dos o tres

días antes, y mi padre aceptó sin vacilación aquella explicación. Evidentemente aquellos malintencionados individuos tuvieron la empecatada idea de agujerear el tubo y echar a perder la cañería. Ni por un instante sospecharon de mí, ni me hicieron pregunta alguna; yo permanecí mudo como una piedra, pero lleno de simpatía en apariencia y sin perder bocado.

Atribuimos, a lo que creo, ideas morales a los niños. Es evidente que, en tan graves circunstancias, hubiera debido ser impulsado por buenos instintos, o cuando menos retenido por malos. Sin embargo, el temor que experimenté, y que se disipó de una manera tan inesperada, era, estoy seguro de ello, completamente físico y no tenía nada de común con las emociones de un corazón arrepentido. En cuanto a la destrucción de la cañería, lo lamentaba, porque, por mi parte, admiraba mucho el surtidor y no había sospechado que lo echaría a perder.

Sin embargo, las emociones que me embargaban y me impulsaban con apresuramiento un poco imprudente a buscar la soledad, no eran en modo alguno morales, sino puramente intelectuales. No sentí vergüenza alguna por haber logrado de modo tan completo y sorprendente engañar a mis padres con mi hábil silencio; lo consideré como una liberación providencial y no volví a pensar en ello. Tenía en la cabeza otras ideas.

La creencia en la omnisciencia y en la infalibilidad de mi padre quedaba muerta y enterrada. Sabía él probablemente muy pocas cosas, porque en aquellas circunstancias no se había enterado de un hecho tan importante que, si no se conocía, poco importaba saber lo demás. Mi padre, aquella deidad, aquella fuerza natural de un inmenso prestigio, cayó a mis ojos al nivel de la comunidad corriente. En adelante sus apreciaciones sobre las cosas, en general, no tendrían necesidad de ser aceptadas implícitamente. Pero de todos los pensamientos que en aquella crisis afluyeron a mi cerebro, tan primitivo todavía y tan poco desarrollado, el más curioso era haber encontrado un compañero y un confidente en mí mismo. Había

un secreto en este mundo, y este secreto me pertenecía y a alguien que vivía en mi cuerpo. Eramos dos y podíamos hablar juntos. Es difícil definir sentimientos tan rudimentarios, pero es lo cierto que bajo esta forma de dualismo se me apareció de pronto el sentido de mi individualidad en aquellos momentos, y es igualmente cierto que era un gran consuelo hallar en mí mismo alguien que pudiera comprenderme.

Por aquella época, mi madre, arrastrada por la corriente de sus trabajos literarios y filantrópicos, me dejó cada vez más entregado a mí mismo. Habíase apoderado de ella un arrebató de entusiasmo; uno de sus admiradores y discípulos escribió «que ella seguía su camino, sembrando a lo largo de todos los regatos». No quiero dejar suponer un solo instante que la considere como una señora Fellyby, o que la acuse de haberme descuidado. Pero abríase ante ella una obra magnífica; tras los años pasados en una ermita intelectual, habíase lanzado hacia adelante en el campo tumultuoso de la cosecha de almas. Revelóse repentinamente en ella un verdadero dón de persuasión, exhortaba a los desconocidos que encontraba en ómnibus o en ferrocarril, con el mayor denuedo. Escribía entonces en un diario, con una alegría a la vez humilde y profunda: «Tengo razones para creer que tres muchachas han sido llevadas a Dios en unas cuantas semanas, merced a mis conversaciones con ellas.» Al mismo tiempo, como dijo uno de sus biógrafos: «Los frutos de su pluma, esos testimonios de la eficacia de la sangre de Cristo, empezaron a esparcirse hasta los extremos más remotos del mundo terrestre.» Mi padre estaba también entonces en el apogeo de su actividad científica. Terminado el desayuno, poníanse ambos al trabajo y se absorbían hasta el anochecer; casi siempre pasábamos las veladas juntos. Algunas veces mi madre me llevaba con ella, al azar de sus correrías.

Recuerdo agradables expediciones con ella, a través de la capital; yo alzaba de cuando en cuando la cabeza para mirarla cómo me dominaba con su elevada estatura. Pero de vuelta,

me quedaba durante horas completamente solo en el gabinete de trabajo de mi padre, en el jardín y, sobre todo, en el granero.

El granero era para mí un lugar encantador. Bajo de techo y sin más luz que la cenital, no tenía un solo mueble; no había allí más que dos objetos: una antigua sombrerera y un baúl más antiguo todavía. La sombrerera me intrigó mucho, hasta que un día, preguntando a mi padre lo que era, me contestó distraídamente de un modo que me hizo creer que era una especie de tocado, e hice laboriosos y repetidos esfuerzos para ponérmela.

El baúl estaba completamente vacío, pero el interior de la tapa estaba forrado con páginas, ahora lo sé, de una novela de sensación. No era más que un fragmento; pero lo leí, de rodillas en el suelo, con indescriptible deleite. No hay que olvidar que mis padres habían logrado hasta entonces mantenerme en una ignorancia completa de lo que podía ser una ficción, una historia inventada. Yo creía con una fe implícita en la narración del baúl; me imaginaba que era el relato verídico de las desdichas de una dama noble, obligada a huir de Inglaterra, y a la que perseguían, en países extranjeros, enemigos conjurados para perderla. Uno de los personajes tenía una entrevista con un enmascarado. Bajé a buscar esta palabra en el *Diccionario inglés*, de Bailey, pero me quedé sin saber las razones por las que se encarnizaban con la dama en cuestión. Aquel ridículo fragmento me llenó de temores deliciosos. Pensaba que mi madre, tan a menudo ausente, podía verse amenazada por peligros del mismo género, y el hecho de que la narración se interrumpiese precisamente en la mitad de la frase más interesante, excitó hasta un grado enfermizo mi asombro y mi admiración.

Las preocupaciones de mis padres me redujeron cada vez más a mis propios recursos; pero, ¿cuáles pueden ser los recursos de un niño solitario de seis años? No fui jamás inclinado a tener intimidad con las criadas. El hecho de mi consagra-

ción» y mi costumbre de hablar como una persona mayor, me hacía probablemente poco atractivo a los ojos de aquéllas. Continuaba sin tener ningún amigo, ningún compañero de mi edad. No puedo acordarme de haber cambiado dos palabras con otro niño antes de la muerte de mi madre.

El aumento de energía que mi madre ponía ahora en su trabajo, no turbaba en nada la quietud de nuestro hogar. A veces venían personas a consultar a mi padre o a mi madre; pero nunca se quedaban a comer, y nunca les devolvíamos la visita. No sé por qué no me llevaron mis padres a ver ninguna de las curiosidades de Londres; esto debía de ser en ellos una cuestión de principios. A pesar del estudio asiduo que hacíamos de la Historia Natural, no me llevó nunca a ver las fieras del Jardín Zoológico, ni los animales disecados del Museo Británico. Menos puedo comprender por qué no fuimos nunca a una galería de cuadros o a un concierto. Por lo que me acuerdo, la única diversión a que me llevaron fue al gran globo terrestre de Leicester Square, visita que hice con mi padre, y que me regocijó largo tiempo por adelantado. Aquella inmensa construcción, a cuyo interior se subía por una escalera en espiral, no valía gran cosa; lo que hubiera debido ser convexo, era cóncavo, así que mi imaginación quedó profundamente ofendida. Sólo en mi granero podía inventar un gran globo mucho mejor hecho.

Mi espíritu, entonces tan contraído y tan activo a la vez, se refugió en una especie de magia muy natural, muy infantil. Esta magia chocaba con las ideas religiosas, absolutas, que mis padres, con persistencia harto maquinaal, continuaban inculcándome a la fuerza, y se desarrollaba paralelamente con ellas. Me forjé raras supersticiones, que no puedo hacer inteligibles sino dando algunos ejemplos concretos. Me persuadía de que si llegaba a encontrar las palabras requeridas o los páses necesarios, podría comunicar a los magníficos pájaros y a las brillantes mariposas de los manuales ilustrados de mi padre la facultad de recobrar la vida y volar del libro, dejando tras

ellos unos agujeros. Creía que en la Capilla, cuando entonábamos con tono monótono y lento resonantes cánticos de experiencia religiosa y de humillación, podría hacer que mi voz sonase como la de varias docenas de cantores, si lograba descubrir la fórmula mágica. Durante las oraciones de la noche, que eran por extremo largas y fatigosas, creía que uno de mis dos yos podría revolotear, posarse en una de las cornisas y contemplar al otro y a las personas de la casa, con tal de dar con la clave del secreto. Trabajaba durante horas en buscar fórmulas cabalísticas, imaginando, para llegar a mis fines, medios completamente irracionales. Estaba convencido, por ejemplo, de que si me fuese posible contar sin equivocarme nunca, me encontraría de pronto, al pronunciar algún número muy elevado, en posesión del gran misterio. Estoy persuadido de que nada externo me sugería estas ideas de magia, y creo que tienen relación con las creencias de los salvajes en estado primitivo.

Toda esta fermentación intelectual pasó completamente inadvertida para mis padres. Pero cuando empecé a creer que, para el triunfo de mi magia en acción, era necesario hacerme daño, y cuando me puse, con gran secreto, a pincharme con alfileres y a pegarme con libros en las articulaciones, no chocará a nadie que a mi madre le llamara prontamente la atención mi aspecto «delicado». Las reglas higiénicas, que tan escrupulosamente se observan hoy, eran casi desconocidas hace cincuenta años, y, entre las gentes profundamente piadosas en particular, reinaba una especie de fatalismo en lo concerniente a las enfermedades. Si alguien se ponía enfermo, era que la «mano del Señor se había extendido para castigarle». Y se multiplicaban los rezos para explicar al paciente y a su familia en qué él o los suyos habían pecado. Gentes, por ejemplo, establecidas sobre un sumidero, se preguntaban con angustia la causa de haber incurrido en el desagrado del Eterno; pero no pensaban en mudarse de casa. Como yo estaba muy pálido y muy nervioso y dormía mal por las noches, atormentado por

pesadillas y dando gritos penetrantes durante el sueño, me llevaron a casa de un médico, que me desnudó y me palpó todo el cuerpo (lo que me dió buenas ideas para mis prácticas mágicas). Recomendó... lo que los médicos recomiendan siempre...; pero no se hizo nada. Si estaba débil, era por la voluntad del Eterno, y no teníamos más que bajar la cabeza.

La cosa concluyó por una especie de crisis nerviosa, en la que perdí todo imperio sobre mí mismo, llorando y sollozando, golpeando mi cabeza sobre la mesa. En aquel momento tenía conciencia del dualismo de que ya he hablado; mientras que una parte de mi individuo se abandonaba por completo y era incapaz de resistir, la otra, cosa rara, parecía permanecer a distancia profundamente impresionada. Yo estaba solo con mi padre cuando se produjo repentinamente esta crisis, y observé con interés que estaba muy alarmado. Como hacía tiempo que no había salido de Londres, a las caricias que me prodigaron para calmarme, contesté que quería irme al campo. Como Talstaff, hablé con voz débil de «prados verdes». Mi padre, después de haber reflexionado un instante, propuso llevarme a Primrose Hill. Yo no había oído pronunciar nunca el nombre de aquel lugar y los nombres han hablado siempre a mi imaginación. Me entusiasmó en alto grado semejante proposición y me costó trabajo ocultar mi impaciencia. En cuanto pude, de mano de mi padre, me puse en camino hacia el Oeste; llevaba el corazón lleno de agradables presentimientos. Esperaba ver una montaña cuajada de flores, una florida constelación, como la colina que conducía al castillo de Montgomery, en el poema de Jhon Donne. Pero cuando llegamos por el camino de Chalk Farm, apareció a mis ojos una miserable eminencia; estaba ya entonces rodeada de casas casi por todas partes; la hierba estaba pisada, y aquello se parecía tanto al campo como Poplar al Paraíso. Nos sentamos en un banco, en la cumbre de aquel lugar sin belleza, y me eché a llorar: «¡Oh papá!—murmuré sollozando;—volvámonos a casa.»

Fue la época lacrimosa de una vida que antes no fue dada

al llanto. Preciso es que todavía cuente una historia de lágrimas. Por aquella época, en el otoño de 1855, más de una noche, se vieron turbados mis padres por los gritos que daba yo desde mi cama. Acudían presurosos y me hallaban con una angustia, cuyas causas no podía descubrir. El hecho es que estaba fuera de mí, aterrado por el miedo a los aparecidos, a los que unos audaces ladrones cogidos en nuestra calle habían dado una realidad exasperante. Nuestra criada, que dormía en los altos de la casa, vió o creyó ver a la luz de la luna, a un hombre, cuya sombra se destacaba en el cielo, deslizarse a lo largo del tejado y saltar a nuestro cuarto. Ella dió un grito y huyó. Por añadidura, como si aquello no fuera bastante para mis nervios delicados, cometiése un horrible asesinato en una panadería, situada en la esquina de Caledonian Road, asesinato que nos impresionó tanto más, cuanto que mi madre «pensaba», en aquel momento, comprar el pan en aquella tienda. No se cuidaban, hace cincuenta años, de contar tales cosas delante de los niños; por lo menos, tal sucedió conmigo, y me convertí en un verdadero manojito de nervios.

Pero lo que sobre todo me hacía gritar por la noche, era que—cuando después de haberme acostado, héchome rezar y rezado ella misma, bajaba mi madre la escalera—empezaban inmediatamente a dejarse oír diversos ruidos. Era como un roce de telas, palmadas, respiraciones jadeantes, ronquidos, pisadas. Estos horribles sonos ahogados continuaban, luego se extinguían poco a poco para volver a empezar. Yo rogaba a Dios, con mucho fervor, que me protegiese contra mis enemigos, y a veces lograba dormirme. Pero en otras ocasiones, mi valor y mi fe me abandonaban y llamaba: «¡mamá, mamá!» Entonces mis padres subían la escalera para consolarme, acariciarme y asegurarme que no había nada. Y no había nada mientras que permanecían en mi cuarto; pero, en cuanto se marchaban, volvía, a más y mejor, la misteriosa zarabanda. Mi madre concluyó por descubrir que todo el mal procedía de un cartel de textos bíblicos, colgado de un clavo en la pared;

nada se movía mientras que estaba cerrada la puerta de la habitación, pero cuando se dejaba abierta (para que mis padres pudiesen verme llamar) el cartel se ponía a moverse por la corriente de aire, y producía los ruidos más intolerables.

Varias cosas contribuyeron, en aquellos momentos, a crear en mi conciencia una oposición a los rígidos principios que mi padre le había impreso. La cuestión de la eficacia de la oración, que ha atormentado a cerebros mejores que el mío, empezaba a turbarme. Yo oía repetir a menudo que si se desea una cosa no se debe, decía mi madre, «perder el tiempo en buscarla, sino pedir a Dios que nos guíe hacia ella». En varias circunstancias de su vida, eso es lo que rigurosamente hicieron mis padres. Detendríame aquí sobre sus teorías, que mi madre expuso con tan enérgica precisión en sus publicaciones. Pero descubrí que se establecía una diferencia, en esta materia, entre mis privilegios y los suyos, lo que acarreó varias discusiones. Mis padres decían: «Pide todo lo que necesites al Señor, y te lo concederá si tal es su voluntad.» Yo tenía deseos de un peón de colorines que vi en el escaparate de una tienda, en Caledonian Road. En consecuencia, añadí a mi oración de la noche un ruego encarecido por tal objeto con el prudente aditamento: «si tal es tu voluntad». Esta petición, lo recuerdo, puso a mi madre en un dilema embarazoso, y consultó a mi padre. Este, cogido de improviso, me declaró que no debía rezar por tales cosas. A lo que repliqué, preguntando: «¿Por qué?», y añadí que él me había dicho que rezara por todo lo que nos es necesario, y que aquel peón me era mucho más necesario que la conversión de los paganos y la vuelta de los judíos a Jerusalén, dos asuntos que se repetían todas las noches en mis oraciones que me dejaban frío.

Tengo razones para creer, al recordar esta escena que se desarrolló en nuestra sala a la luz de la vela, que a mi madre la desconsolaba mucho mi lógica. No se había ella recatado de decir públicamente que «ninguna cosa, ninguna circunstancia eran demasiado insignificantes para exponerlas al Dios del

Universo». Yo sostuve que esto se aplicaba igualmente al peón, que tenía mucha importancia para mí. Observé que mi madre no se mezclaba en la discusión, sostenida por mi padre con mal disimulada contrariedad. Personalmente, nunca había ido él tan lejos como ella sobre la eficacia de la oración, en lo que concierne a las cosas materiales; y si, como presumo, mi madre no creía que se me debía regañar, mi padre no podía menos de comprender que permitir que un niño tan pequeño ejerciera tal privilegio, era reducir al absurdo su teoría favorita. Cesó de razonar, y declaró en tono perentorio no estaba bien que rezase por objetos tales como una peonza, y que no debía hacerlo. Como su autoridad era soberana, cedí; pero, desde entonces, quedó quebrantada mi fe en la eficacia de la oración. Una sospecha terrible había cruzado por mi espíritu; preguntábame si la razón por la que no debía rezar por la peonza era su excesivo precio para mis padres, razón que se me daba de ordinario para no comprarme lo que deseaba.

Al cumplir los seis años, hice algo muy malo: cometí un acto de desobediencia, por el que mi padre, tras una solemne reprimenda, me castigó como si realizase un sacrificio, dándome varios golpes con una caña. Este castigo estaba justificado—lo mismo que justificaba todos sus actos—por este pasaje de la Escritura: «El que no usa de su vara, odia a su hijo.» Supongo que hay niños de temperamento sombrío y linfático, a los que unos cuantos varazos reaniman y avivan. Esto es, sobre todo, un asunto convencional, porque el castigo, dicese, es sufrido con orgullo por los niños de nuestra aristocracia, mientras que no lo toleran las clases inferiores. Revelé, a lo que creo, lo vulgar de mi naturaleza, porque, lejos de mostrarme humilde y contrito, me enfureció el castigo. No puedo explicar la rabia loca que se apoderó de mí en tal ocasión. Mi querido, mi excelente padre, me había pegado, sin gran rudeza, sin la menor cólera y con el sincero deseo de perfeccionarme. Pero careció de tino, sobre todo en lo que concernía «mi consagración al Señor». Esta consagración había contribuido a

excitar mi vanidad, y hay naturalezas a las que es funesto ser humilladas. Confieso con vergüenza que, durante algunos días, vagué por la casa, alimentando en mi corazón sentimientos de odio y de venganza contra mi padre. Este no sospechó que el castigo no había sido completamente eficaz, y no me guardó rencor; así es que, pasado un tiempo, olvidé mi resentimiento, y le perdoné. No creo, sin embargo, que el uso de los castigos corporales sea un elemento conveniente en la educación de niños altivos y sensibles.

Mis torpezas teológicas, de otra parte, acarrearón un acto tan pueril y tan absurdo, que no me arriesgaría a contarlo si no arrojase alguna luz sobre el asunto que me propongo tratar en estas páginas. Mi espíritu continuaba preocupado sobre la misteriosa cuestión de la oración. Me intrigaba mucho saber por qué, si somos hijos de Dios, y si vela por nosotros noche y día, no podíamos pedirle, en nuestros rezos, juguetes, bombones y lindos trajes, tanto como la conversión de los paganos. Justamente en aquella época, se celebró en nuestra Sala un servicio especial en el que se llamó particularmente nuestra atención sobre lo que llamábamos «el campo de los trabajos misioneros». El Oriente estaba representado, entre los Santos, por un excelente Par irlandés que, en su extrema juventud, convirtió a una mujer de color, con la que se casó. Esta asiática tomaba parte en nuestras reuniones del domingo por la mañana, y era para mí un objeto de terror invencible. Huía de sus amables caricias y la identificaba vagamente con un personaje del que se hablaba con frecuencia en nuestro círculo de familia: el «Diablo personal».

Todo esto me llevó a reflexionar sobre la idolatría, severamente censurada en la reunión de Misiones. Hice sufrir a mi padre un detenido interrogatorio sobre la naturaleza del pecado, y le obligué a decirme que la idolatría consistía en rezar a alguien o algo que no fuese el mismo Dios. Según las palabras de nuestro cántico, los paganos, en su ceguera, doblaban las rodillas ante objetos de madera y de piedra. Insistí con mi

padre sobre el asunto, y me aseguró que Dios se irritaría mucho y haría sentir su cólera sobre el que, en un país cristiano, se inclinara ante un objeto de madera o de piedra. No sé por qué me mostré tan obstinado en este asunto, pero recuerdo que mi padre no ocultó su disgusto en responderme. Decidí entonces intentar la aventura, y, una mañana, mientras que mis padres estaban fuera, me preparé al acto de herejía. Entré en la sala del piso bajo, y conseguí, no sin dificultad, poner una silla sobre la mesa, cerca de la ventana. Mi corazón latía con inusitada violencia, pero persistí en mi empresa. Me arrodillé en la alfombra, frente a la mesa, y, alzando los ojos al cielo, repetí mi oración diaria en alta voz, substituyendo solamente la invocación habitual por «¡Oh, Silla!»

Realizado sin percance alguno este acto de idolatría, esperé para ver lo que ocurría. El tiempo estaba hermoso, y fijé mis miradas en un punto del cielo sobre las casas fronterizas, donde pensaba ver aparecer algo. Dios iba ciertamente a manifestar su enojo de alguna manera terrible, y a castigar aquel acto de impiedad voluntaria. Yo estaba alarmado, pero más excitado todavía; todo mi ser respiraba un reto altanero y tenaz. Pero no ocurrió nada; no hubo ni una nube en el cielo, ni un ruido insólito en la calle. Al cabo de un momento, tuve la absoluta seguridad de que no pasaría nada. Había cometido un acto de idolatría, ostensible, voluntario, y Dios permanecía indiferente.

Esta ridícula escena no me hizo dudar de la existencia y omnipotencia de Dios, fuerzas que yo no pensaba un solo instante en desconocer; pero disminuyó más todavía mi confianza en las luces de mi padre sobre la voluntad divina. Habíame dicho positivamente que si adoraba un objeto de madera, Dios manifestaría su cólera. Había yo adorado un objeto hecho, en parte por lo menos, de madera, y Dios no había manifestado absolutamente nada. Luego mi padre no estaba realmente al tanto de la manera que tenía Dios de obrar en casos de idolatría. Borré este asunto de mis pensamientos, y me volví a sumir en las profundidades insondables de la *Penny Encyclopædia*.

### CAPÍTULO III

La idea de que yo podría morir niño se presentaba sin cesar al espíritu de mi madre. Esforzábbase en considerarla sin temor, con una fuerza de alma completamente romana. Al poco tiempo de cumplir yo los cinco años, escribió en su diario íntimo las siguientes líneas:

«Si estuviésemos llamados a llorar la muerte prematura del amadísimo niño que tratamos de formar para el cielo, que podamos decirnos que nunca hemos cesado de rogar por él y de cuidar de él. Es fácil, relativamente, cuidar de un niño, y, sin embargo, no estoy a la altura de esta misión. No lo estoy, pero Dios lo está. Fuerte en su fuerza, he comenzado la lucha, perseveraré en ella, y no flaquearé hasta el día en que mi pequeño y yo nos hallemos fuera de toda solicitud terrestre.»

La idea de que ella o yo debíamos salir de este mundo y que nuestra separación estaba próxima, parece haber estado siempre vagamente presente en sus sueños de lo porvenir. Era una convicción persistente que había que discernir con cuidado, pero contra la que había que precaverse.

Sin embargo, hasta mis siete años no se desarrolló la tragedia que cambió todo el curso de nuestra vida de familia. Mi madre hasta entonces había parecido sana y fuerte. Ella misma había hecho observar a mi padre, que parecía haberle sido negados el dolor y la pena, esos signos distintivos de los discípulos de Cristo. En su último cumpleaños, escribió los fervorosos ruegos siguientes en su diario:

«Señor, perdóname mis pecados pasados y ayúdame a ser fiel en lo futuro. Que este año sea abundante en bendiciones, que sea un año de alegría. Que sea yo siempre humilde, confiada, amante. Que me vea colmada de más bendiciones que en todos los años anteriores. Que sea más feliz como mujer, como madre, como hermana, como escritora, como ama de casa, como amiga.»

Pero un síntoma empezó a alarmlarla desde los primeros días de Mayo. Después de haber consultado con un médico local que no le satisfizo, fue a ver a un especialista, que habitaba en uno de los barrios del Norte de Londres, y en quien tenía mucha confianza. Me acuerdo con extraordinaria precisión de esta circunstancia. Me había acostado mi padre, cosa que era ya un acontecimiento digno de observación. Mi camita estaba junto a una ventana que daba a la calle; el antiguo lecho con dosel de mis padres, reliquia del siglo XVIII, impedía verme desde la puerta, pero yo podía ver todo el resto de la habitación. Después de haberme dormido, aquella noche me desperté sin ruido, y me asombró ver dos velas encendidas en la enorme mesa en que mi padre escribía. Estaba preparado un ligero refrigerio. Mientras que yo me preguntaba lo que todo aquello quería decir, se abrió la puerta y entró mi madre. La vi surgir tras las cortinas de la cama, con el sombrero puesto, de vuelta de su visita. Mi padre se levantó precipitadamente, y preguntó:

—¿Qué ha dicho?

Hubo una pausa, durante la cual mi madre pareció esforzarse en afianzar su voz; luego contestó en tono claro:

—Ha dicho que es...

Y nombró una de las más crueles enfermedades que puedan torturar a nuestra pobre humanidad. Los vi estrecharse en un silencioso abrazo, y luego cayeron de rodillas, al otro lado de la cama; no los veía allí, pero oí a mi padre elevar la voz y rezar fervorosamente. Ni el uno ni el otro se habían fijado en mí: me callé y me volví a dormir.

A la mañana siguiente, mientras que desayunábamos los tres, recordé la escena de la noche anterior. Con la vista fija en el plato, pregunté con indiferencia: «¿Qué es...?» Y mencioné el mal desconocido, cuyo nombre oí desde mi cama. Como no recibí respuesta, levanté la cabeza para descubrir la causa, y sorprendí que mis padres cambiaban miradas desesperadas. Tenía el sentimiento, no sé cómo, de hallarme en presencia de un misterio que no debía ser revelado; y, aunque torturado por la curiosidad, guardé silencio y nunca volví a hacer la pregunta.

Unos quince días después, mi madre empezó a ir, tres veces por semana, de Islington a Pimlico, para ver a un médico que aplicaba un tratamiento particular a la enfermedad que ella padecía. El viaje la cansaba y la molestaba mucho; pero, para mí, aquel cambio de vida fue excelente. Acompañaba invariablemente a mi madre; y cuando ella se mostraba débil y fatigada, tenía yo el orgullo y la satisfacción de creer que la protegía. El movimiento, el ejercicio, la ocupación disiparon como una nube mis temores morbosos y mis supersticiones. El tratamiento médico al que estaba sometida mi madre era muy doloroso, y ella tenía una naturaleza muy sensible al sufrimiento. Prosiguió su misión evangélica todo el tiempo que pudo, hablando siempre con sus compañeros de camino de cuestiones espirituales. Era admirable que una mujer reservada y digna como era supiera vencer tan completamente su timidez natural. En aquellos últimos meses pocas veces se encontró en un coche del ferrocarril o en un ómnibus sin ofrecer libritos religiosos a las personas sentadas junto a ella o sin tratar de entablar una conversación sobre la eficacia de la sangre de Jesús para purificar el corazón humano de todo pecado. Sus maneras eran tan dulces y tan persuasivas, tenía un aire tan candoroso, sus facciones delicadas y expresivas se iluminaban con tanta benevolencia, que nunca, a lo que creo, tuvo que sufrir de nadie descortesías ni groserías. En cuanto a mí, hombrecillo siempre dispuesto a la imitación, me inmis-

cuía a veces en aquellas raras conversaciones, y me llenaba de vanidad oír murmurar alabanzas sobre mi piedad infantil; pero mi madre, muy cuerdamente, las rechazaba por poderme conducir al orgullo espiritual.

Si mis padres, en su deseo de separarse del mundo, habían lamentado que su felicidad les hubiera hecho perder, por decirlo así, el privilegio cristiano de la aflicción, no podían ya quejarse, porque no les fue ahorrada ninguna prueba temporal. Todo pareció ligarse contra ellos, en aquel año fatal de 1856, para alararlos y atormentarlos. En los momentos mismos en que la enfermedad contribuía a agotar sus recursos, sus reducidos ingresos, en vez de aumentar, disminuyeron en notable proporción. Simpatizase poco en nuestro mundo de retóricos con los sufrimientos silenciosos de las personas pobres de buena familia, y, sin embargo, ninguna clase merece más piedad y conmiseración. Severamente económicos, celosos, como se era antes de disimular su pobreza (sentimiento bien pasado de moda), escrupulosos hasta el sufrimiento en el pago de proveedores y criados, veíanse obligados a calcular sus gastos con toda la habilidad necesaria en una campaña en país enemigo. Pero ahora, en que necesitaban más que nunca de todos sus recursos, el modesto capital de mi madre desapareció de pronto. Mal aconsejados (mis padres eran niños en estas materias), lo habían puesto en una mina del Cornwall, cuyo ridículo nombre de Mina María se me hizo pronto familiar. Un día, el río Tamar tuvo la ocurrencia de invadir la Mina María, y la desdichada empresa no volvió a dar nada. Por la misma época, aproximadamente, dejó de pagarse una pequeña renta que mi madre había heredado.

Desde entonces, todos los gastos de nuestra casa dependieron de lo que mi padre ganaba con sus libros y conferencias, en los momentos en que se sentía enervado y abrumado por la inquietud. Tomar dinero a préstamo era contrario a sus principios; de suerte que hubo de pagar exactamente las cuentas del doctor y del farmacéutico, y atender a la casa con muy re-

ducidos recursos. Mis padres hicieron prodigios de economía para no adeudarse; acortaron todos los artículos de gastos: trajes, libros, hasta el jardincillo, orgullo de mi padre, se resentieron de nuestra nueva pobreza. Nuestra comida, que siempre fue sencilla, se hizo espartana, y estoy seguro de que mi madre pretendía a menudo no tener apetito a fin de que quedase con que saciar mi hambre. Afortunadamente, mi padre pudo, en otoño, llevarnos tres semanas a orillas del mar, en el país de Gales, puesto que los gastos de la excursión eran pagados por trabajos profesionales. Así, mi séptimo cumpleaños transcurrió en un éxtasis de felicidad, sobre arenas doradas, bajo un cielo brillante, frente al magnífico Océano azul que, desde horizontes infinitos y vaporosos, venía a estrellarse en la playa. Mi madre, subida en un hueco de las altas rocas, miraba la puesta del sol, y se olvidaba por un instante de su debilidad y del mal que la minaba.

Pero, en Octubre, las penalidades cayeron con más fuerza sobre nosotros. Volvimos a Londres, y por primera vez, desde su boda, se separaron mis padres. Mi madre estaba mucho más débil y le eran imposibles los viajes en ómnibus hasta el Pimlico. Mi padre no podía abandonar su trabajo; mi madre y yo nos vimos obligados a alquilar un piso amueblado muy cerca de la casa del doctor. Yo era ahora el único y continuo compañero de mi madre, el silencioso testigo de sus sufrimientos, de su paciencia, de sus tentativas vanas e ilusorias para obtener un poco de alivio en sus angustias.

Durante cerca de tres meses, respiré aquella atmósfera de dolor; mis ojos no vieron otra luz, mis oídos no oyeron otros sonos, mi cerebro no tuvo otros pensamientos que los que acompañan al sufrimiento y la fatiga física. En mi recuerdo, estas semanas me parecen años de una indecible monotonía. Las habitaciones estaban desnudas y ostentaban, sin embargo, un lujo de mal gusto. Por los cristales sucios de las ventanas mirábamos, desde un piso segundo, la callejuela sombría, ahogada en una bruma de otoño. Mi padre venía a vernos cuando

podía; pero fuera de esto, salvo cuando íbamos por la mañana a casa del médico, o cuando nos servía las comidas, poco apetitosas, una especie de Maritornes, estábamos solos, sin otra ocupación que azechar un alivio momentáneo en los dolores, porque nada más podíamos esperar.

Me es difícil recordar cómo pasábamos aquellas horas interminables. La mayor parte del tiempo leía en alta voz. Hoy, me veo todavía en el pensamiento, con la silla junto a la ventana para leer con mayor felicidad; pero también para no tener siempre ante los ojos aquella querida y paciente criatura que unas veces acallaba sus dolores en el sofá, otras, semejante a una estatua funeraria o a una musa en un monumento, apoyaba la cabeza en sus brazos sobre la chimenea. Lefale diariamente la Biblia, y también (con una paciencia que me parece digna de alabanzas) un libro de un tedio extraordinario: los *Pensamientos sobre el Apocalipsis*, de Newton. Newton se parecía mucho a mi antigua antipatía, Jukes, y mi madre y yo hicimos riendo el pacto siguiente: si leía algunas páginas de los *Pensamientos sobre el Apocalipsis*, se me permitía en recompensa recitar algunos de mis cánticos favoritos. Había uno que le gustaba a ella tanto como a mí. Admirábamos mucho la composición de Toplady, que empieza así:

¡Qué importa que mis débiles párpados se nieguen  
A velar continuamente,  
Y que en cuanto dan las doce,  
Pidan un sueño reparador!

Ahora mismo no puedo recitar esta poesía sin un sentimiento de punzante emoción; pero no sé bien si esto es debido a su propio mérito o a los especialísimos recuerdos que despierta en mí. Aun cuando fuera tan informe como ingeniosa me parece, esa poesía será siempre para mí un poema sagrado cual ninguno. Recuerdo también con perfecta precisión que cuando levantaba la cabeza, después de haber leído con mi voz aguda:

Autor y fundamento de mi esperanza,  
 Tú lo eres, tú que por mi Dios confieso;  
 Tú has erigido mi alegre Ebenezer  
 Y hasta aquí, reconozco que me has ayudado.  
 Pienso en los años transcurridos,  
 En que tú te has mostrado mi Defensor;  
 No abandonarás en el último momento  
 A un pecador amado de manera tan evidente,

oía a mi madre murmurar casi inconscientemente, con los ojos llenos de lágrimas y sus dedos de alabastro cruzados con fervor:

No abandonarás en el último momento  
 A un pecador amado de manera tan evidente.

Encontré también por casualidad en nuestra casa de Pimlico, una poesía que ha tenido sobre mi gusto una influencia duradera. Titulábase *The Cameronian's Dreain*, y era su autor un tal James Hyslop, profesor a bordo de un buque de guerra. No sé cómo cayó en mis manos; pero me acuerdo que estaba ilustrada con un grabado en madera, muy borroso, toscamente ejecutado, que representaba un lago rodeado de montañas, con unas tumbas en primer término. Este lúgubre frontispicio ejercía sobre mí una real fascinación y prestaba un sombrío encanto a la balada misma. Al leer aquellos versos medianos, experimenté por primera vez el encanto de lo novelesco, ese aspecto novelesco de la vida que evocan las colinas, los bosques, las costumbres pintorescas de antaño. La estrofa siguiente, por ejemplo, fue una revelación para mí:

Es un sueño de esos siglos de tinieblas y sangre,  
 Cuando el asilo del ministro era la montaña y el bosque,  
 Cuando en el valle sombrío de Wellwood, el estandarte de Sión  
 Ensangrentado y desgarrado yacía en la maleza.

A instancias mías, mi madre consintió en explicarme lo que se trataba, y me contó las desdichas de los Santos escoce-

ses, su huida a los lagos y los lugares salvajes y la cruel matanza mientras entonaban «su último canto al Dios Redentor». Mi imaginación se exaltó, y la estrofa siguiente, en particular, me pareció lo ideal de lo sublime:

Los mosquetes flameaban, las espadas lanzaban azulados relámpagos,  
Los cascos eran hendidos, la sangre roja corría a torrentes, [pagos,  
Los cielos se entenebrecían y retumbaba el trueno,  
Cuando en las sombrías landas de Wellwood cayeron los valientes.

Veinte años después encontré al único individuo que haya oído hablar nunca del *Cameronian's Dread*. Era Roberto Luis Stevenson, a quien también impresionó de pequeño el poema. Es probable que aquella edición efímera penetrase, aproximadamente por la misma época, en nuestras piadosas moradas.

A consecuencia de los progresos de su enfermedad, mi madre llegó a no poder dormir sin narcóticos, ni a tomar el menor alimento sin ser incorporada y sostenida con almohadas. Era para mí un contento y una agradable distracción que me permitiesen cambiar de sitio las almohadas, ahuecarlas, arreglarlas, tarea que realizaba sin demasiada torpeza. Los sufrimientos eran debidos principalmente, a lo que creo, a la violencia de los medicamentos empleados por el doctor, que ensayaba en ella un nuevo y fantástico tratamiento. Los que miran de manera pesimista nuestro progreso social, deberían preguntarse si podrían aplicarse, en nuestros días, semejantes tormentos a una débil enferma, si se permitiría que viviese así, presa de los más horribles dolores, en un piso amueblado, sin una enfermera a su lado, sin otro compañero que un niño de siete años. El tiempo transcurre rápido y ligero, y no nos damos cuenta de lo bueno que nos aporta. Por todas partes, en el sistema entero de la vida humana, mejoras, alivios, aplicaciones ingeniosas, inventos benéficos han venido a disminuir la pesada carga de las penalidades.

Si fuésemos transportados al mundo de hace solamente

cincuenta años, quedaríamos asustados, espantados de los horrores que este paso atrás haría surgir ante nosotros. En ese mismo año de 1856 (un año cuyo recuerdo vive todavía en mí), Sir James Simpson obtuvo el premio Montyon, en recompensa de un descubrimiento sobre el empleo de los anestésicos. ¡Pensad en el alivio que solamente la aplicación del cloroformo ha aportado al sufrimiento humano! Mis primeras experiencias, lo confieso, me hicieron singularmente conocedor, a una edad en que se deben ignorar esas cosas, del manantial de dolores, de angustia, de terror que brota sin cesar bajo los pasos del hombre. Comprendía ya vagamente, en mi alma de niño, el sentido de este misterio de dolor:

Los torrentes de lágrimas se juntan y se amontonan;  
 Su ruido crece como el trueno.  
 ¡Oh!... ¿en qué seno, me pregunto,  
 Se derraman todos los dolores de los años?  
 Porque sólo la Eternidad parece llevar  
 Cuenta de las lágrimas de toda la humanidad;  
 Quiera Dios, el Creador y el Padre,  
 Hallar un lugar para las lágrimas.

(*Athur O'Shanghnesay.*)

Para mi madre fue absolutamente inútil aquel tratamiento salvaje; hubo que abandonarle, y, uno o dos días antes de Navidad, mientras que las frutas estaban amontonadas en los escaparates de las tiendas, y los carniceros interpelaban a los transeúntes ante sus puestos de animales despedazados, mi padre nos llevó en coche a Islington, ambos bien débiles y dolientes. Nuestra enferma soportó bastante bien el viaje, gozando con respirar el aire y señalándome con la mano los brillantes indicios de la fiesta próxima. Pero pagamos caro aquellos minutos de contento: a ruegos de mi madre habían dejado abiertos los cristales del coche; cogió un frío que fue la causa decisiva de su muerte, que ningún remedio podía ya retardar.

Sin embargo, languideció todavía seis semanas; y mientras tanto, yo volví a mi soledad. Asistía ahora a mi madre una mujer práctica, una de las *Santas* de nuestra Capilla, y no me permitían sino cortas visitas a la cabecera de la cama. A fin de que no me viera encerrado todos los días, mi padre, por una suma módica, contrató a un hombre, miembro también de nuestra secta, para que me sacase a dar un paseo todas las mañanas. Este individuo, que se mostraba alternativamente familiar y brutal, era objeto de mi profunda antipatía. Nuestras relaciones se hicieron *forzadas* en toda la extensión de la palabra. Yo estaba obligado a ir a su lado, pero no me creía en la necesidad de hacerme agradable; y, al cabo de un tiempo, cesé de hablarle y de contestar a sus preguntas. Un día, el pobre hombre, que no se divertía nada, encontró un amigo y se paró a charlar con él. Yo consideré que este solo hecho había roto nuestro pacto. Me esquivé con cautela y examiné varios escaparates que me habían prohibido mirar; entré en varios patios para salir en seguida; subí varias escaleras; y, finalmente, llegué a casa tras una deliciosa mañana, sin haberme equivocado de camino una sola vez. Mi guía oficial, muerto de miedo, se había incrustado en la reja de nuestro entresuelo y recorría toda la calle con la mirada. Vino hacia mí en un acceso de rabia furiosa.

—¿Qué significa esto?—exclamó.

Yo me erguí en toda mi estatura, y le grité con voz silbante:

—¡Ciego, conductor de ciego!—Y luego de haber lanzado esta flecha de parto (poco apropiada, pero muy efectiva), me metí en la casa.

Cuando fue seguro que ningún remedio podía evitar ni siquiera retrasar la marcha de mi madre, creo que mi porvenir fue objeto de su mayor preocupación y de su solicitud casi dolorosa. Confió a mi padre que la mayor prueba que asaltaba a su fe era el sentimiento de tener que dejar, sin saber lo que le reservaba el porvenir, al hijo a quien tan celosamente había

educado desde su más tierna infancia para el servicio especial del Señor.

Repetidamente, suplicó tiernamente a mi padre, que a la verdad no lo necesitaba, que cuidase con incesante solicitud de mi bien espiritual. Según se aproximaba su fin, se observó que estaba más tranquila y menos turbada por lo que a mí se refería. El fervor de sus oraciones y de sus esperanzas parecía tener una fuerza eficaz; hubiera sido un pecado dudar de que semejantes súplicas, de que una confianza tan absoluta, tal ardor religioso, una fuerza de voluntad tan grande no serían recompensados con una favorable respuesta del Todopoderoso.

Ahora—decía ella—podía dejarme en manos de su tierno Salvador, o, como lo expresó en otra ocasión, confiado «a las miradas del Dios de la Alianza».

A pesar de su fe tan fuerte y tan sencilla, mi madre no tenía nada de mística. No pretendió nunca tener visiones, no creía en los sueños, ni en los malos presagios; jamás fomentó en ella ni en los otros nada supersticioso o fantástico. Para comprender su estado de espíritu, creo que es necesario tener en cuenta que creía firmemente en la verdad histórica, absoluta e intangible, en un sentido directo y preciso, de todos los hechos relatados en las páginas de la Biblia. Para ella y para mi padre, no había símbolo, ni alegoría, ni alusión en ninguna de las partes de la Escritura, salvo lo que se daba en todas sus letras como parábola o imagen. Llevando esta concepción a sus extremos límites, y no teniendo para nada en cuenta los cambios de tiempo, de lugar, de raza, mis padres leían los consejos a los corintios convertidos, sin ver que lo que era adecuado para los colonos mestizos de Acaya, no se adaptaba sino imperfectamente a los ingleses e inglesas del siglo XIX. Aplicaban el texto bíblico como si no hubiera diferencia entre las circunstancias del festín de Trimaquion y las de una comida de Londres. Paréceme que mis padres estaban desprovistos de imaginación simpática; en todo caso, lo estaba mi padre singularmente; de aquí, en ellos, a pesar de una fe que podía

parecer fanática a muchas personas, una falta absoluta de misticismo. Caían más bien en el extremo opuesto, y profesaban el culto rígido e iconoclasta de la letra.

Encuétrase una curiosa prueba de esto en el interés apasionado que ambos tenían por lo que se llama «la interpretación de las profecías»; y, en particular, por la investigación del sentido oculto de los oráculos que encierra el libro del Apocalipsis. En su estudio imparcial de la Biblia, no consideraban esa serie de visiones solemnes y espléndidas, amenazadoras y oscuras, como cuadros compuestos para excitar la imaginación o como símbolos vagamente dogmáticos. Cuando leían que se habían roto los sellos, que se habían derramado frascos, que la estrella llamada Absinta caía de los cielos, y que los hombres tenían el pelo como pelo de mujer y los dientes como dientes de león, no admitían por un instante que estas brillantes imágenes tuviesen un carácter práctico; eran para ellos hechos reales, expuestos en un lenguaje enigmático, acontecimientos que habían de ocurrir y que se podrían reconocer cuando ocurrieran. La explicación prosaica y positiva de estas maravillas los llevó a estudiar a los Jakes y a los Newton, de cuyos libros tanto gustaban. Tales escritos los ayudaban a discernir, en estas visiones ultraorientales, aplicaciones directas a Napoleón III, al papa Pío IX y al rey del Piamonte, figuras históricas que, por una interpretación evidente para ellos, hallaban bajo los nombres de habitantes de Babilonia y de compañeros de la Bestia Feroz.

Mi padre ha declarado más de una vez, en sus últimos años, que uno de los elementos importantes de su felicidad conyugal había sido su perfecta conformidad de ideas con mi madre sobre la interpretación de las profecías sagradas. Echando una ojeada retrospectiva, me parece que este extraordinario ejercicio intelectual era casi su único esparcimiento, y que en su hogar tenía el puesto que ocupan en las familias mundanas los naipes o el piano. Era una distracción que les sacaba por completo de sí mismos. Durante las melancólicas

semanas pasadas en Pimlico, leí en alta voz otra obra del mismo género que las de Jakes y Newton: las *Horæ Apocalyptica*, de un tal Elliot. Estaba escrita, me parece, en un estilo menos desagradable, y, para mí, menos desesperantemente oscuro. Recuerdo perfectamente que cuando mi madre no podía soportar nada, los argumentos de este libro le hacían olvidar su dolor y exaltaban su espíritu. Elliot veía en todas partes «la arrogancia del Papismo», y creía llegados los últimos días de la Magna Babilonia. A riesgo de que se le juzgue extravagante, permítaseme citar un pasaje del diario de mi padre, escrito en los momentos de la muerte de mi madre. La idea de que Roma estaba condenada a perecer (como no parecía imposible en 1857), impresionaba tanto a mi madre, que dijo él: «Este pensamiento iluminó sus últimas horas, dándole una seguridad que era como la luz de Estrella Matutina, precursora del sol levante.»

Desde nuestra vuelta a Islington, operóse un cambio completo en mis relaciones con mi madre. En Pimlico era yo un personaje muy importante, su compañero, su amigo, su confidente. Desde que volvió ella a la casa, todo parecía conjurarse para separarnos. Por la primera vez de mi vida, no dormía yo en su cuarto, arrullado por sus besos; no veía sus dulces ojos sonreirme con los primeros rayos del sol. Dos veces al día, después del desayuno y antes de acostarme, me llevaban a su cabecera, pero nunca me quedaba solo con ella; otras personas, extrañas a veces, estaban allí. Ya no había charlas íntimas; mi madre estaba a menudo tan débil, que no podía hacer más que acariciarme con la mano. Su tos violenta e incesante me aterraba. Cuando permanecía torpe y tímido junto a su cama tan alta, parecíame no ser más que una criatura insignificante sobre la que flotaba mi madre fuera de mi alcance, y, sin poder decir por qué ni cómo, presentía que todo iba a concluir. Ella no era ya la misma. Su cabeza, tan erguida de ordinario, desfallecía o se hundía en las almohadas, y su grata mirada tan brillante había perdido

todo su brillo. Yo no acertaba a comprender. Pensaba mucho, en la turbación de mi alma infantil, ya en el granero, ya en el frío cuartito al que habían trasladado mi cama, y una cólera inmensa, ciega, contra no sé qué, se apoderó de mi alma.

Los dos lugares que acabo de mencionar eran los únicos que me podían servir de retiro; alguien extraño me daba de vez en cuando lecciones bastante deshilvanadas en la salita. El comedor veíase a menudo frecuentado por señoras que me eran desconocidas de cara y de nombre; damas que acostumbraban a compadecerme y hasta acariciarme; pero yo concluía por sustraerme a sus caricias. Todo me parecía vago e incierto; se me antojaba que estaba en el andén de una estación, en espera del tren. Por añadidura, la presencia de mi padre, siempre nervioso y agitado, cuyo rostro pálido contraía constantemente la ansiedad, aumentaba mi turbación; me puse triste, atontado, como si hubiera perdido mi camino entre una niebla glacial.

Claro está que, si hubiera sido mayor, más hecho, hubiese, tal vez, pensado en él y no en mí. Cuando evoco esas horas trágicas, por él llora ahora mi corazón, por él y por ella, tan singularmente unidos, tan capaces de ayudarse y animarse mutuamente, en una existencia que los rasgos característicos de su naturaleza y de sus ideas cerraban a toda otra fuente de consuelo.

Es un asunto sobre el que no puedo detenerme aquí, pero debo mencionar la calma extraordinaria, la serena y confiada resignación con que mis padres concluyeron por mirar aquel momento terrible. Las palabras no pueden expresar lo que sufrieron, pero ni se rebelaron ni murmuraron; frente ante tal fe, el mismo ateo podría admitir que el milagro victorioso de la gracia fue poderosamente eficaz.

Paréceme casi cruel para la memoria de sus opiniones que las únicas palabras que me vienen al espíritu, y que me parece que definen aproximadamente la actitud de mis padres, hayan brotado de la pluma de un hombre al que ellos, en su falta de

simpatía imaginativa, habían considerado como anatema. Las siguientes líneas, trazadas por John Henri Newman, se aplican de una manera saliente a mi madre en su lecho de muerte: «Todas las pruebas que el mundo impone, y a las que la carne no puede substraerse: penas, dolores, inquietudes, aficciones, todas estas cosas no pueden turbar la paz y el ardor intenso con que la fe contempla a la Divina Majestad.» La paz, ciertamente, la poseía mi madre, pero no los transportes de una mística. Casi hasta su última hora, solicitada para que confesase su alegría en el Señor, contestó con la rigidez y escrupulosa honradez que llevaba en el análisis de sus sentimientos: «Tengo la paz, pero no la alegría; no puedo entrar en la eternidad con una mentira en los labios.»

Cuando se acercó el fin y se oscureció su espíritu, reunió todas sus fuerzas, y dijo a mi padre: «Me iré con El vestida de blanco. ¿No quieres coger a tu cordero y marchar conmigo?» Turbado por el dolor y la angustia, mi padre no comprendió lo que ella quería decir. Mi madre empezó á agitarse y repitió dos o tres veces: «Toma tu cordero y ven conmigo.» Mi padre comprendió entonces y me empujó hacia ella. La mano de mi madre cayó dulcemente sobre la mía y pareció satisfecha. Así, mi consagración, que empezó en la cuna, fue sellada por la más solemne, la más tierna, la más irresistible de las súplicas, en el lecho de muerte de la más santa y más pura de las mujeres.

¡Pero qué carga, intolerable como la del Atlas, para los hombros de un débil niño!

## CAPITULO IV

Ciertamente el año anterior, el séptimo de mi vida, había sido fecundo en desastres. Todavía no he dicho nada de los reveses de fortuna que, a principios de la enfermedad de mi madre, sufrieron sus hermanos. Nunca he sabido al detalle las causas de su ruina; pero creo que a consecuencia de especulaciones imprudentes de A., para las que E. le había autorizado a servirse de su nombre como garantía, mis dos tíos se vieron obligados a huir de sus acreedores y refugiarse en París. Nosotros también estábamos en la mayor necesidad, y este hecho, tanto más doloroso por el pensamiento de que la abnegación y los sacrificios de su hermana habían sido vanos, aumentaba su aflicción. Sin duda por esta razón, una vez fuera de Inglaterra, dejaron de escribirnos, y hasta nos ocultaron cuidadosamente sus señas; de suerte, que cuando murió mi madre, mi padre no pudo comunicárselo. Cayeron, a lo que creo, en la más profunda indigencia. Poco después supimos la muerte de A.; pero solamente al cabo de quince años, ya al final de su existencia, tuvimos noticias de E. Había conservado la vida gracias a la abnegación de un criado antiguo. Pero su espíritu estaba de tal manera obscurecido, que no se acordaba casi nada de lo pasado. Amables y simpáticos, pero desprovistos de capacidades prácticas, mis tíos estaban absolutamente desarmados para luchar en el mundo; así fue que sucumbieron al primer choque.

Su desaparición en estas circunstancias particulares me

dejó sin parientes por parte de madre, en los momentos de morir ésta. Este aislamiento sumió a mi padre en una dolorosa perplejidad. Su sola fuente cierta de recursos, pero que prometía ser fructuosa, era una importante serie de conferencias sobre la historia natural submarina, que se había comprometido a dar en todo el Norte y centro de Inglaterra. Estas conferencias constituían por completo una innovación; nada semejante habíase ofrecido hasta entonces al público provinciano, y el juguete de moda, el acuario marino aumentaba en mucho el aliciente de aquéllas. Mi padre estaba abatido por el peso de las penas y desgracias, pero no aniquilado. En plena posesión de sus facultades intelectuales, su popularidad como escritor estaba en su apogeo. Las conferencias debían empezar en Marzo, y el entierro de mi madre se había efectuado el 18 de Febrero. Pareció, al pronto, que el estupor causado por un golpe tan terrible le haría incapaz de semejante esfuerzo; pero el aguijón saludable de la necesidad le impulsó a obrar. Necesitaba atender a nuestro sustento, vestirnos y conservar un techo que nos cobijase. ¿No debe el capitán de un barco gobernarle en la tempestad, aunque su mujer se halle muerta en el camarote? Tal era, en la primavera de 1557, la situación de mi padre; debía estimular, instruir, recrear a numerosos auditorios, mientras que en el fondo de su corazón sentíase solo y desolado. Necesitaba hacerlo o morir de hambre.

Pero quedaba por resolver una dificultad: ¿qué iba yo a hacer durante aquellos meses de ausencia? Mi padre no podía llevarme con él de fonda en fonda y de salas de conferencias en salas de conferencias; tampoco podía dejarme solo en la casa vacía, como lo hacen ciertas personas con su gato doméstico, contando con los vecinos para alimentarle de cuando en cuando. Este dilema amenazaba ser insoluble, cuando nos vimos sorprendidos con la llegada inesperada de una prima de mi padre, excelente persona a la que apenas conocíamos y que habitaba en el Oeste de Inglaterra. Había oído hablar de nuestras desdichas, y como tenía una numerosa familia en Bristol,

ofreció tenerme con ella todo el tiempo que mi padre estuviese en el Norte.

Como mi padre, perplejo ante tanta bondad, vacilase, vino ella misma a Londres, y, en un impulso de su corazón, me llevó a la fuerza. Su amabilidad era completamente espontánea.

Tengo motivos para creer que ya la había demostrado ayudando a cuidar a nuestra querida doliente durante parte de su enfermedad. No estoy seguro, sin embargo, pero recuerdo perfectamente el día en que, sacándome de nuestro frío y desolado hogar, me transportó a su alegre casa de Clifton.

Allí, por primera vez, entre los siete y ocho años de edad, me encontré en compañía de muchachos. Mis primos, si no me equivoco, no eran ya niños, sino muchachos y muchachas consagrados por entero a las más variadas ocupaciones personales, como en una colmena de sana actividad familiar. Todos eran bonísimos conmigo y volví a ser, después de la tensión de aquellos últimos meses, un verdadero niño. Mi larga estancia en casa de mis primos de Clifton hubo de ser deliciosa; he conservado vagamente la impresión de ella, pero no recuerdo sino pocos incidentes.

Mi memoria, tan clara y tan viva respecto a los tiempos de soledad anteriores, se enmaraña y confunde ahora, cuando pienso en aquella casa. Recuerdo ciertas diversiones: por ejemplo, una visita a una casa de fieras y una broma de bastante mal gusto que me gastó el pelícano. Uno de mis primos, estudiante de Medicina, me mostró una vez una pistola y me enseñó a tirar; fumaba en pipa delante de mí y tuve conciencia de un desacuerdo completo entre estas dos cosas, tabaco y arma de fuego, y mi consagración. Mis primas me acostaban por turno, y, cuando hacía frío o tenían prisa, me autorizaban a rezar mis oraciones bajo mantas, en vez de arrodillarme. De esto resultó un nuevo relajamiento espiritual, porque no podía evitar el dormirme antes de concluir los rezos.

En suma, mi visita a Clifton fue un feliz intermedio en mi infancia tan austera. Probablemente, gracias a este intervalo

de reposo, pudieron resistir mis nervios los abrumadores sufrimientos de los días anteriores. Mis parientes de Clifton eran sinceramente piadosos, pero de una piedad apacible y razonable, sin frenos de la intensidad y sujeción de nuestra vida religiosa en Islington. Lejos de alentarme, me burlaban suavemente, lo recuerdo, cuando se me ocurría perorar en el galimatías convencional de los «Santos». Durante este período de reposo, breve y encantador, en que viví la vida corriente de un niño, volví en un grado que hubiera desesperado a mi padre, a los pensamientos y al lenguaje de un niño. Así, nada tengo que contar sobre este tiempo feliz, en el que por fin pude respirar. El recuerdo casi borrado de los paseos con mis primos mayores, que se balanceaban como árboles por encima de mí, de las agradables y bulliciosas veladas en la vasta habitación del piso bajo y de las excursiones al campo, que se destacan como otros tantos débiles puntos luminosos, muy pálidos y muy brumosos, son los únicos testimonios de este corto intervalo de alegría, de salud; en él, durante un momento, se permitió a mi alma, tanto tiempo coaccionada, no tener historia.

La infancia dura tan poco, sus impresiones son tan dolorosas y fugitivas, que es tan difícil contarla como dibujar una nube empujada por el viento. Nos parece corta más adelante en la vida, cuando una cadena de plomo arrastra hacia el suelo al pie que acostumbraba a correr con impetuosa alada, con la ligereza de Mercurio.

Pero en mi recuerdo, mi infancia fue larga, de horas interminables, horas pasadas en la ventana, con mi frente pálida apoyada en el cristal; horas de «juegos» maquinales y solitarios, que habían perdido todo su encanto, y que continuaba por pura inercia. Yo no me sentía ni desgraciado ni irritable, pero el tiempo me parecía largo, largo, largo. Paréceme, cuando me remonto a la época en que volví a nuestra casa, sin madre, de Islington, que el tiempo había cesado de andar. Transcurría verdaderamente un siglo entre cada tic-tac del re-

loj del vestíbulo. Cuando el lechero venía a nuestra calle gris y lanzaba su siniestro grito ante cada puerta, creía yo que no iba a marcharse nunca. No existía verdaderamente para mí ni pasado ni porvenir, y el presente estaba como sellado en una botella de Leyde. Mis mismos ensueños me parecían interminables y como suspendidos inmóviles en el negro firmamento.

En aquel tiempo, la calle era mi teatro, y pasaba, como ya he dicho, largos momentos apoyado contra la ventana. Siento todavía el frío de los cristales y el calor febril causado por contraste en las órbitas de mis ojos. De vez en cuando pasaban cosas divertidas; el cebollero era siempre esperado con alegre impaciencia. Aquel digno hombre, un alto jersiaense, huesudo, de voz ronca, aparecía por nuestra calle varias veces a la semana, con un yugo en los hombros, de cuyos extremos colgaban racimos de cebollas. Acostumbraba a gritar a intervalos regulares, en un diapasón capaz de despertar a los muertos:

He aquí la cuerda  
para ahorcar al Papa,  
y dos sueldos de queso para ahogarle.

El queso parecía un mito; el jersiaense no vendía más que cebollas. Mi padre no las comía, pero se mostraba amable con aquel terrible individuo de mirada feroz, de largos cabellos colgantes, «a causa de su piadosa actitud respecto al papado»; y le veía a menudo salir a la puerta, tender dos sueldos y rechazar, con cortés ademán, las cebollas que le ofrecían. En cambio, mi padre desaprobaba a un rudo marino, probablemente chiflado, que pasaba siempre por delante de nuestra casa, andando muy lentamente por medio de la calle, vociferando estentóreamente:

¡Velad y rezad... ad,  
Noche y día... a!

Esta advertencia melancólica era la única ocupación de su vida. No hacía más que subir y bajar por las calles de Islington, exhortando a todos los habitantes a velar y orar. No recuerdo si el marino se detenía para recoger sueldos, pero creo que a su manera era un evangelista voluntario.

La tragedia de Polichinela era para mí una diversión mayor todavía. Como no se me permitía salir nunca a la calle para meterme entre los espectadores que se agolpaban ante el teatro, y como, además, era extremadamente miope, la impresión que recibía era en general muy vaga; pero cuando, por una dichosa casualidad, se celebraba el espectáculo frente a nuestras ventanas, veía lo suficiente de aquel antiguo drama para estremecerme de terror y de placer. Conmovíanme mucho las querellas intestinas de la familia Polichinela; parecía-me que si la señora Polichinela hubiese tenido más tacto, y si el señor Polichinela hubiese sabido a veces dominar la violencia de su carácter, habríanse podido evitar muchas desdichas.

Pero el desenlace, el importante desenlace en que se veía aparecer en escena un sér informe y horrible que daba en tierra con el indomable Polichinela, era para mí la salsa de toda la representación. Polichinela, perdiendo su sangre fría, señala con el dedo aquella forma extraña, y murmura con voz chillona: «¿Quién es? ¿Es el carnicero?—No, señor Polichinela—contesta una voz severa.—¿Es el panadero?—No, señor Polichinela.—¿Quién es, pues, entonces?» (Esto lo dice con voz temblona de emoción y de terror.) Oyese entonces un estallido de voz, formidable como la trompeta del juicio final: «Es el diablo, que viene a buscarte para llevarte a los infiernos.» Y Polichinela cae revolcándose en el suelo, como atacado de epilepsia. Todo esto era para mí solemne y delicioso, más de lo que pudiera decir. No me divertía, pero me encontraba excitado y profundamente conmovido, «purificado», según la antigua expresión, por el terror y la piedad.

Otra de mis distracciones, de un género menos dramático, era observar a un singular anciano que descendía lentamente

la calle con tambores, flautas, cometas, pelotas de colores colgadas de su cintura, y un saco al hombro. Los chiquillos rodeaban a aquel personaje, que iba repitiendo sin cesar:

«He aquí juguetes  
para niños y niñas,  
a cambio de monedas de cobre  
y monedas de plata.»

No me permitían salir para comprar algo al viejo. Pero a veces se aventuraba a ello nuestra criada, y entonces tenía yo la impresión de que, si no hacía directamente el negocio, por lo menos lo presidía. Desde la estancia, con mis primos de Clifton, había conservado la costumbre de interesarme en el mundo exterior, aunque no fuese más que el mundo vago de enuistra pacífica calle.

Mi padre y yo éramos a la sazón muy amigos. Sentía él, sin duda, la responsabilidad que le incumbía para llenar en lo posible el vacío dejado en mi existencia con la muerte de mi madre. Pasaba yo la mayor parte del tiempo en su gabinete de trabajo, mientras él escribía o dibujaba; y, aunque hablábamos muy poco, creo que cada uno de nosotros se sentía feliz con la presencia del otro. Había en el cuarto dos y a veces tres acuarios, piscinas de agua de mar con paredes de cristal, en las que nadaban y se arrastraban muchos seres; aquello constituía para mí una diversión sin fin, y, a partir de aquella época, fui encargado ocasionalmente de observar las costumbres de los animales, y, más adelante, de dar cuenta de ellas.

Otras veces llevaba un volumen de la *Penny Cyclopaedia* hasta el despacho de mi padre, y me sentaba para leer consecutivamente y con el mismo gusto, las materias más diversas correspondientes a las iniciales del tomo: toda información era igualmente bienvenida e igualmente fugitiva. Parece han quedado agarrados a alguna célula del fondo de mi cerebro jirones de aquella instrucción sin sistema, porque de pronto resulta que conozco algún hecho aislado e inútil sobre cosas

que únicamente me puede haber proporcionado la Enciclopedia de mi infancia.

Se preguntará cuál era la actitud de mi padre conmigo, y recíprocamente, desde el punto de vista religioso, en la época en que estábamos constantemente juntos. Difícil es responder con precisión a esta pregunta. En lo que concierne a mi padre, creo que la extrema violencia de sus emociones espirituales había cedido el puesto a cierta reacción. No había modificado en nada sus opiniones y estaba dispuesto a llevarlas al extremo con más celo que nunca; pero, por el momento, su naturaleza religiosa, como su naturaleza física, estaba agotada por la ansiedad y las penalidades. Tenía la confianza de que yo no era sino uno con él, es decir, todo lo que esto era posible en un sér tan débil y rudimentario como un niño. Mi madre, en sus últimos momentos, había abogado por nuestra unión en Dios: nosotros estábamos unidos, decía ella, elegidos entre todos, en una trinidad de fe y de alegría. Había constantemente repetido: «Seremos una sola familia, un solo cántico. ¡Un solo cántico! ¡Una sola familia!» Mi padre, a lo que creo, aceptó esto como una profecía y no dudó un solo instante de nuestra triple unidad. Mi madre, había sencillamente pasado antes que nosotros por la puerta que conduce a un mundo de luz, en donde pronto nos reuniríamos con ella. Allí, todo, todo estaría radiante y lleno de beatitud; pero habría entre nosotros tres un lazo especial, misterioso, de indecible bendición. La espera le pesaba a él; con gusto me hubiera cogido de la mano para ir en seguida a reunirnos con mi madre en las regiones de santidad y de luz, sin continuar más tiempo en esta lucha estéril contra los cuidados del mundo.

Era esto en él una firme convicción, una visión que siempre tenía presente; pero nada podía disipar la natural melancolía de su naturaleza. Dábase cuenta de la tristeza y soledad de su situación, y comprendió que yo también estaba como envuelto por ella. Creo que en esos momentos, su corazón se sintió atraído hacia mí en un inmenso impulso de ternura.

A veces, cuando empezaba a oscurecerse el gabinete de trabajo, impidiéndole sumir provechosamente su mirada en las profundidades del microscopio, sin romper el silencio, me hacía signos de que me acercase, y me estrechaba fuertemente entre sus brazos. Levantaba yo entonces la cabeza y le miraba, inmóvil y perplejo, mientras que sus ojos se bañaban de lágrimas. Mi educación me había dado la facultad de permanecer silencioso hasta un punto sobrenatural, y podíamos permanecer así, sin decir una palabra ni hacer un movimiento, hasta que la obscuridad hubiese invadido el cuarto. Entonces bajábamos pausadamente la escalera, cogidos de la mano, y pasábamos a la sala, en donde estaba encendida la lámpara. Así terminaba nuestra melancólica velada. No creo que en ninguna época de nuestra vida hayamos estado más unidos mi padre y yo como en aquel verano de 1857. Sin embargo, no hablábamos casi nunca de lo que estaba escondido y como embalsamado en el fondo de nuestros corazones: el pensamiento de nuestra querida ausente.

Mi visita a casa de mis primos había efectuado en mí un cambio considerable. Durante los primeros años de disciplina solitaria, mi inteligencia se había desarrollado a expensas de mis sentimientos. Era inocente, pero insensible. Los largos sufrimientos y la muerte de mi madre me habían enseñado lo que es el dolor, pero seguía rudo y embobado. No tenía idea alguna de las relaciones de los seres humanos entre sí; ignoraba por completo esa filosofía que los niños pobres aprenden en las riñas de la calle, y los niños de padres acomodados en las disputas del cuarto de jugar. En otros términos, no poseía el dón de simpatía; me habían preservado cuidadosamente de ese contagio como del más peligroso de todos los microbios. Ahora, que había disfrutado un poco de la vida corriente de los niños de mi edad, la cosa era diferente. Antes de ir a Clifton, mi vida intelectual era toda interior: una serie de sueños en el aire. Pero ahora sentía ansias de mirar por la ventana, de salir a la calle. La vida humana excitaba en mí una curiosidad

completamente nueva. Desde mi puesto de observación en la ventana, veía pasar niños y niñas, con un interés que casi se convertía en envidia.

Mientras tanto, seguía sin tener compañeros de mi edad. En las tardes de verano, obligaba a mi padre a salir; yo mismo tomaba la iniciativa, divirtiéndome en golpear con el pie como impaciente de su irresolución, yendo a buscar su sombrero y su bastón. Concluíamos siempre por salir juntos, de la mano; bajábamos la Caledonian Road con todas sus tiendas hasta Mother Shipton, o bien paseábamos por los jardines y plazuelas bastante elegantes de Copenhagen Street; o, mejor todavía, subíamos hasta el Canal del Regente, y allí, inclinados sobre el puente, observábamos las flotillas de patos que nadaban, y los perrillos blancos que corrían furiosos e impotentes de proa a popa de los barquichuelos, agriamente pintados de azul y amarillo. Eran momentos felices en que el espectro de la religión dejaba por un instante de ensombrecernos, en que mi padre olvidaba el Apocalipsis y renunciaba a su austera fraseología, y en que nuestras voces, una grave, otra aguda, se animaban con cualquiera chanza infantil o con algún recuerdo divertido; agradables oasis en el árido desierto de nuestra vida espiritual en casa.

Experimentaba como una especie de alivio cuando cantábamos juntos, muy desafinadamente por mi parte. Yo había heredado la naturaleza antimusical de mi madre, que no tenía oído, ni voz, y que decía durante su última enfermedad: «Al fin podré cantar las alabanzas del Señor, lo que se me ha negado en la tierra.» Mi padre, en cambio, tenía ciertos conocimientos de los principios de la música vocal, pero me temo que poco gusto. Era muy aficionado a cantar los cánticos, según la manera adoptada en aquel tiempo por los evangélicos, muy fuerte, y tan lentamente, que acostumbraba yo a contar cuantas palabras podía leer entre cada sílaba. Mi falta de aptitudes no me impedía mostrar mucho celo por estos ejercicios vocales, y cantábamos vigorosamente juntos. Los himnos de los

Wesley: *Just as I am without one plea* (Tal como soy, sin ninguna excusa), de Carlota Elliot, y *For ever with the Lord* (Para siempre con el Señor), de James Montgomery, eran sus cánticos favoritos. Yo asentía, pero no los hubiera elegido por mí mismo. Estos cánticos representaban la poesía religiosa conforme a la idea metodista, y servían en aquellos tiempos de Puseyismo para contrarrestar la poesía de la Alta Iglesia, tal como la encontramos en el *Año Cristiano*. De este famoso volumen no vi un ejemplar hasta que fui hombre, y los himnos de Newman, Faber y Neale eran igualmente desconocidos en nuestro círculo.

Desde el principio, quiso mi padre que ignorase por completo la poesía de la Alta Iglesia, que hería profundamente su calvinismo; pensaba que la verdad religiosa podía ser absorbida como la leche materna, aprendiendo cánticos de sana piedad, y, sin embargo, correctamente versificados. Así, pues, mi educación fue dirigida en este sentido. Pero mi espíritu se había rebelado contra algunos de estos cánticos, sobre todo, contra los prodigiosamente numerosos de Horacio Bonar; hasta me había negado malamente a leer el cántico de Bonar: *I heard the voice of Jesus say...* (Oí la voz de Jesús decir...) a mi madre, en la casa de Pimlico. A los siete años empezaba ya a precisarse en mi espíritu una secreta hostilidad contra esta forma particular de efusión religiosa, a la par de una unción infantil completamente ortodoxa.

Experimento cierta dificultad en recordar la clase de instrucción religiosa que por entonces me daba mi padre. Era incesante y estaba fundada sobre el estudio minucioso de la Biblia, en particular de las Epístolas del Nuevo Testamento. Aquel verano, ya muy avanzados mis ocho años, leímos la *Epístola a los hebreos* con mucho cuidado, deteniéndonos a cada momento para que mi padre pudiera explicarla, versículo por versículo. La extraordinaria belleza del estilo, por ejemplo, el ritmo incomparable y las maravillosas imágenes del primer capítulo, hicieron cierta impresión en mi espíritu, y fueron, a lo

que creo, una primera iniciación a la magia de la forma literaria. Yo era incapaz de definir lo que sentía, pero ciertamente experimentaba en la garganta una apretura debida a una emoción, de otra parte, únicamente estética, cuando mi padre leía, con su voz, clara y fuerte y bien timbrada, los pasajes siguientes: «Los cielos son la obra de tus manos; perecerán, pero tú quedas; envejecerán como unas vestiduras, los doblarás como un traje y serán cambiados, pero tú, tú eres siempre el mismo y tus años no concluirán.» Las partes dialécticas de la *Epístola* me intrigaban y desconcertaban. Mi padre no logró poner al nivel de mi comprensión ideas metafísicas como «poseer de nuevo el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas», y «crucificar de nuevo al Hijo de Dios».

La enseñanza de mi padre era casi únicamente doctrinal. No se daba cuenta del valor de una idea negativa, es decir, de la que, dejando obrar a la Naturaleza, se reserva llenar las lagunas a su tiempo, cuando el espíritu está más maduro. Ni siquiera se contentaba con esas máximas morales que deberían formar la base de toda educación infantil. En su febril deseo de apresurar mi desarrollo espiritual, me nutría de alimentos teológicos que me era imposible digerir. Hubo de tener un día una ligera sospecha de que equivocaba el camino cuando llegó a los capítulos VIII y IX de la *Epístola a los hebreos* en que, dirigiéndose a aquellos lectores suyos que fueron educados bajo la legislación judía y eran esclavos de las formalidades de la ley mosaica, el apóstol combate su peligroso espíritu conservador; magnífico ejemplo de casuística espiritual, pero singularmente poco comprensible para un niño. De pronto tuve un impulso de cólera, y exclamé: «¡Oh, cómo detesto esa Ley!» Mi padre se dió cuenta de mi error, y quedó mudo de asombro al descubrir que tomaba yo la Ley por un sér malo y cruel, cuya tiranía y cuya injusticia abrumaban a otro sér excelente, que pedía su libertad con grandes voces. Hubiera querido dar de puñetazos a la Ley para castigarla, por ser tan vil e insensata.

Después de esto hubo, naturalmente, que volver al punto

de partida. Mi padre, sin advertirlo, me había hablado, no como a un niño, sino como a un hombre de su edad; desde entonces trató de ponerse a mi alcance, pero sin gran resultado. La armonía del estilo, las divinas audacias oratorias, la abundancia de los argumentos que hacen de la *Epístola a los hebreos* una verdadera maravilla, eran muy superiores a mi inteligencia; no hacían más que turbarme. He oído decir que ciertos niños metodistas de mi generación fueron alimentados con una obra titulada: *Línea tras Línea: Aquí un Poco y allí un Poco*. La ambición de mi padre era demasiado grande para someterse en nada al método que sugiere tal título, y cometió desde su propio punto de vista una falta irreparable, tratando de construir campanarios y torreones sin haberse tomado el trabajo de poner primeramente los cimientos.

No siempre leíamos la *Epístola a los hebreos*, no todos los días se me ponía carne de gallina al oír insistir sobre que «casi todas las cosas están, por la Ley, lavadas en sangre, y que, sin la efusión de sangre, no hay remisión de los pecados». Para distraernos, volvíamos al *Apocalipsis*, y, a través de sus páginas candentes, perseguíamos al fantasma del Pontificado. Mi padre, según creo, sentía de una manera particularmente punzante la ausencia de mi madre cuando estudiaba las profecías.

Este estudio había sido el recreo constante de los dos; ninguna otra persona podía seguir el curioso sendero que se habían trazado juntos en la maraña de los símbolos; pero mi padre se persuadía cada vez más de que yo también estaba iniciado, y tuve poco a poco que tomar parte en todas sus especulaciones e interpretaciones.

Juntos buscábamos cuál era el número de la Bestia que es seis centenas, tres veintenias y seis. Juntos pasábamos revista a las diversas naciones para descubrir si tenían el sello de Babilonia en la frente. Juntos observábamos los espíritus malignos que reunían los reyes de la tierra en el lugar llamado en hebreo Arenageddon. Nuestra unión en estas investigaciones

era tan deliciosa, que mi padre no sospechó un instante, como hubiera podido, que yo no comprendía por completo de qué se trataba. En todo caso, no hubiera podido desear un discípulo más dócil y más ferviente de lo que yo era en mis denuncias ardorosas del Pontificado.

Si había en ese primer período de mi vida una institución que detestase y temiera cual ninguna, era la que invariablemente llamábamos la pseudo Iglesia de Roma. Más adelante, he conocido firmes protestantes, bravos antipapistas del condado de Antrim, y también damas que veían la mano de los jesuitas en cada desgracia pública o privada. Era costumbre de un siglo relajado e indiferente mirar con desconfianza a estos entusiastas que, por lo demás, van disminuyendo, y considerar su actitud respecto de Roma como iliberal. En cuanto a mí, me parece que son todos demasiado suaves, que esas denuncias tienen el defecto de ser demasiado anodinas. No tengo el menor deseo de atacar a la Iglesia de Roma, pero si hay que hacerlo, me parece que los protestantes de nuestros días no saben arreglárselas. En una palabra, según la expresión de lord Chesterfield, estas antipapistas «no entienden nada de su misión». Hacen concesiones sobre concesiones, y se ponen guantes para tocar la cosa maldita.

No nos acercábamos así en aquella época a la Mujer Escarlata; no paliábamos nada, no admitíamos ninguna buena intención; nos servíamos (yo mismo me servía en mi tierna infancia) de frases del siglo XVIII que ya nadie emplea ahora en ningún género de controversia. En mi infancia, cuando pensaba en el Papa de una manera a la vez intensa y vaga, cerraba visiblemente los ojos y apretaba los puños. Saludábamos con alegría todo desorden social en cualquier punto de Italia, por los perjuicios que pudiera sufrir el Papado. Si un carabiniere era malamente herido en un motín en Sassari, dábamos gracias en alta voz porque la libertad comenzaba a lucir en Cerdeña. Si el Gran Duque se libraba de alguna tentativa de asesinato, alzábamos nuestras voces para celebrar la fe y los

sufrimientos de nuestros queridos toscanos perseguidos, y el relato apócrifo de algún crimen monstruoso en Nápoles nos revelaba solamente la posibilidad para el Evangelio de hacer sentir su poder. Mi padre, al enterarse por los periódicos de que se emigraba en masa de los Estados del Papa, se alegraba de ver a tantos hombres dejar «los dominios de la Prostituida y alejarse de sus máculas y plagas».

No, la liga protestante puede considerarse como una corporación convencida y activa, pero sus esfuerzos me han parecido siempre tibios, en comparación del ardor de las gentes que formaban parte de mi círculo de antaño. De niño, cualesquiera que fuesen mis dudas, nunca dudé de la corrupción de Roma. No creo que me formara idea alguna del carácter y de las pretensiones o de las prácticas de la Iglesia católica. No sabía en qué consistía, cuál era su naturaleza; pero la consideraba con vano espanto, como una bestia feroz, cuya única excusa era estar muy vieja y a punto de morir. Cuando recurría a Jukes y a Newton para más detalles, no podía comprender lo que decían, y, en suma, tal vez era mejor.

Es posible que alguien hiciese observar a mi padre lo poco favorables que eran para nuestra salud las condiciones de nuestra vida; sin embargo, dudo de que meditase un consejo de este género. Cuando miro hacia atrás, me sorprende no recordar otras caras que las nuestras. El y yo, ya en su despacho y en medio de las anémonas y estrellas del mar, ya en el puente del canal, unas veces en nuestras comidas mediocres, como podían serlo las de un viudo soñador servido por una criada modesta; otras veces examinando bajo la lámpara los mapas que nos gustaban tanto... es todo lo que veo; ninguna otra persona hay con nosotros. Mi padre advirtió que esta soledad de los dos no era buena para ninguno de nosotros, o bien, algún visitante inesperado, o uno de los Santos que nos veían en nuestra sala el domingo por la mañana, sugirió la idea de que sólo una influencia femenina podría colorear un poco mis mejillas pálidas... No sé; el caso fue que un día, a

fines del verano, vi pararse a nuestra puerta un coche de punto, y depositar, con varios bultos, a un personaje que hicieron subir al despacho de mi padre y bajar después al piso bajo, en donde me lo presentaron.

Miss Marks (así me tomé la libertad de llamarla) ha formado tanto tiempo parte de mi vida, que debo interrumpir mi relato para describirla. Era alta, bastante descarnada, con pómulos salientes; sus dientes eran prominentes y muy blancos; sus ojos, de un azul de porcelana, estaban siempre muy abiertos sobre su interlocutor; la punta de su nariz tenía una tendencia a enrojecer. Su manera de hablar era clara, franca y simpática; pero la ejercitaba poco, porque era bastante taciturna. Agitada y tímida, no tenía nada de distinción particular, y me figuro que no era por completo lo que se llama una *lady*. Me pareció muy vieja, pero es probable que en la época que la conocí no tuviera más de cuarenta y cinco primaveras. Miss Marks era huérfana, y vivía únicamente de su trabajo; sin estar a la altura de los exámenes que se exigen en nuestros días, tenía, sin embargo, cierta experiencia pedagógica, y se preparaba a cumplir concienzudamente y con arreglo a sus fuerzas sus deberes de institutriz. Mi padre me dijo que como tal institutriz entraba ella a formar parte de la casa. No me dijo, pero lo descubrí poco a poco yo mismo, que había de desempeñar también las funciones de ama de llaves.

Miss Marks era una individualidad algo grotesca, y podría fácilmente ser descrita como una especie de excéntrica a lo Dickens, como una especie de Madame Pipehin y de Miss Sally Brass. Confieso que más adelante, cuando leí *Dombey e hijo*, ciertos rasgos de la señora Pipehin me recordaron irresistiblemente a mi excelente institutriz de antaño. Puedo imaginarme a Miss Marks diciendo, pero por broma, que los niños que refunfuñan no pueden ir al cielo; sin embargo, me siento en seguida avergonzado de este paralelo, porque mi amiga, de rostro descarnado, era esencialmente una buena mujer, ni inteligente ni graciosa, pero deseosa ante todo de cumplir con

su deber. Su deber conmigo lo realizó ciertamente, y temo no haberla demostrado todo el reconocimiento que merecía. Desde el principio fui indiferente a sus deseos y, en cuanto la cosa era posible, ignoré su existencia. No tenía ella el dón de acaparar mi atención; y si la acepté como guía en el sendero del conocimiento, fue porque, por raro que pueda parecer, me gustaba realmente la instrucción. Soporté su compañía sin objeciones y, a pesar de algunos accesos de cólera de una y otra parte, nos entendimos lo mejor del mundo durante varios años. Sin embargo, jamás sometí mi voluntad propia a los deseos de Miss Marks.

En nuestro círculo de familia, ocupaba un puesto tan preponderante el elemento religioso, que no es posible guardar silencio sobre lo que en otras circunstancias parecería poco importante: las ideas teológicas de Miss Marks. Nunca he sabido cómo mi padre descubrió aquella excelente persona ni de qué empresa pedagógica la había sacado en la flor de la edad; pero ella acostumbraba a decirnos que «sus ojos se habían abierto», que «las escamas» habían caído, gracias a las exhortaciones de mi padre. Desde que éste le hubo expuesto sus principios religiosos, ella los aceptó implícitamente, sin reserva alguna. Miss Marks tenía la costumbre, al acostarme, de hacer oscuras alusiones a los incidentes de su vida pasada, que fue, me temo, muy desgraciada. No creo ofender a su inteligencia, bastante limitada, diciendo que estaba dispuesta a tragarse cuanto mi padre la dijese, pues de tal modo se sentía feliz, pobre criatura gastada antes de la edad, de hallarse al fin en una posición confortable o, por lo menos, independiente. Dobló pronto la rodilla con satisfacción (si es que hizo nunca la menor resistencia) en la casa de Rimmon, y aprendió a repetir con notable facilidad las fórmulas corrientes. No ejerció mucha influencia sobre mi desarrollo religioso. Una luz vacilante, como la que podía arrojar la lamparilla teológica de Miss Marks, palidecía ante el fanal deslumbrador que hacía brillar para mí la fe de mi padre.

En cuanto Miss Marks se estableció en la familia, nos dejó mi padre para hacer una expedición, respecto a la que se excitó mi curiosidad; pero para no satisfacerse más adelante. Había ido al Sur del Devonshire, a una parte de la costa que conocía desde hacía tiempo. Allí alquiló un caballo y recorrió así el país hasta que hubo visto un lugar de su agrado en donde un especulador construía una casa de campo. Nada iguala al valor de estos hombres que viven en reclusión. Mi padre se apeó del caballo, lo ató a la verja, entró y tomó la casa en arrendamiento por noventa y nueve años. No necesito decir que había hecho de todo esto el objeto de sus más ardientes plegarias y suplicado al Señor que le dirigiese. Cuando se sintió atraído por aquella casa, no dudó un instante de que el Señor había contestado a su demanda; así fue que no perdió el tiempo en tomar informes o en pesar el pro y el contra. El día en que cumplí los ocho años, después de un viaje fatigoso, llegamos al Devonshire con armas y bagajes, y dejé de ser un niño ciudadano.

## CAPITULO V

Un nuevo elemento entraba en mi vida, un nuevo rival había surgido para disputarme a la teología dogmática de mi padre: el mar. Cuando William Wordsworth era niño, el aspecto de las montañas y de las nubes iluminó su espíritu con dardos de fuego, como los relámpagos de un escudo. Ha descrito, en las maravillosas páginas del *Preludio*, el choque producido por la naturaleza sobre el alma infantil; pero lo ha hecho con pincelada ligera y vaga, con lo que él llama «una imperfección de amor hacia unos días renegados por la memoria». Procede esto, a lo que creo, de que, criado en medio de espectáculos admirables, no podía precisar el momento y el lugar en que la magia de la naturaleza se le reveló. Pensaba que fue a la edad de diez años cuando empezó a ponerse en comunicación con ella, «embriagándose plenamente con un placer puramente sensual», con la belleza de las brumas flotantes y de los ríos sinuosos. Tal vez, a falta de todo documento y con la preocupación de ser verídico, puso ese entusiasmo consciente más bien después que antes. En cuanto a mí, ciertamente de la primera semana de mi noveno año data el momento en que sentí confusa, pero profundamente, el encanto penetrante del pleno mar.

El pueblo, en cuyo límite habitábamos, estaba construido paralelamente a la línea del acantilado sobre el mar, pero a una media milla del borde. Por aquella época, y lo mismo sucedió durante mucho tiempo más, el mar fue la única de las

bellezas naturales que me impresionaron. Los *lors* elevados de la lejana landa podían destacarse con azul sombrío sobre la palidez del cielo de la mañana o de la tarde; ni siquiera los dirigía una mirada; para mí no había sino el mar, siempre el mar, nada más que el mar. Desde nuestra casa, o desde el cercado de detrás, o desde cualquier sitio del pueblo, nada revelaba que hubiera algo, hacia el Este, que interrumpiese la línea de los campos rojizos y labrados que se extendían hasta lo infinito. En cuanto llegamos por la mañana (¡oh, cómo ha conservado mi corazón el recuerdo!), marchamos apresuradamente Miss Marks, la criada, y yo entre las dos, por unos senderos entre elevadas paredes, cuando de repente percibimos, iluminada por un inmenso arco de luz, la enorme llanura de las aguas. Apenas dimos uno o dos pasos por la duna, cuando las murallas del gran circo calcáreo abriéronse a nuestros pies, descendiendo como una copa rota, hasta el yacimiento de pedruscos de un blanco nivoso, y la vasta extensión de un verde azulado.

En el siglo *xx*, un municipio prudente ha sembrado las dunas de asientos rústicos, ha puesto rampas en todos los sitios peligrosos, y ha abierto un camino que desciende en vueltas y revueltas hasta la playa; se han plantado árboles, de distancia en distancia, con un fin estético. La última vez que vi ese lugar tan arreglado y adornado, me volví con cólera y disgusto; estuve a punto de echarme a llorar. Supongo que los que no lo han conocido bajo otro aspecto, le encuentran todavía alguna belleza; ningún Ayuntamiento puede oscurecer el brillo de las aguas y disminuir la inmensidad del cielo; pero en Oddicambe nada se ha omitido de cuanto el hombre puede perpetrar para hacer insignificante, vulgar y vana la belleza natural.

Oddicambe era muy diferente, hace cincuenta años, en su majestad agreste. Ningún camino, salvo un simple sendero de cabras, os conducía a aquella concavidad inculta en el que crecía sin freno una vegetación lujuriente. A través de aquel

fantástico laberinto, el viajero se abría paso, sin nada más que le guiase que el instinto del descenso. Un niño como yo empleaba toda una mañana para llegar hasta el pedregal de un blanco nivoso, para jugar a orillas del mar frío y picante, y volver luego a casa, trepando y agarrándose a las ramas flexibles, haciendo inauditos esfuerzos para llegar a terreno llano y salir del mundo de las rocas.

Recuerdo que en nuestro primer paseo, nuestra criada, una muchacha de Londres, se arrodilló, llena de entusiasmo, y bebió agua salada. Miss Marks, de más experiencia, se abstuvo de hacerlo; pero yo, aunque sabía el sabor que tendría el agua de mar, insistí en beberla, recogéndola en el hueco de mi mano. Era un ligero regreso a mis prácticas de *magia natural*, las cuales, aunque habían pasado al último término de mis preocupaciones, no habían desaparecido por completo. Imaginaba, lo recuerdo, que si bebía, tal vez me sería dado el poder de andar sobre las aguas, idea completamente insensata como las de los salvajes.

Mi mayor deseo era andar sobre el mar todo lo lejos posible; luego tumbarme en él de bruces, con la cara contra la superficie del agua, a fin de sondar sus profundidades. Esta ambición me atormentaba, y, como muchos adultos, me preocupaban de tal manera mis vanos y ridículos deseos, que menospreciaba los verdaderos placeres que me circundaban. Mi idea no era tan loca como pudiera parecerlo, porque tanto en nuestros cánticos como en nuestras lecturas, tratábase a menudo de criaturas transportadas de gozo que pasaban los días echando «sus coronas sobre el mar de jaspe». ¿Por qué, me preguntaba, no podría yo tirar mi sombrero de paja en las ondas de Oddicambe? Y, sin duda alguna, una escena majestuosa del lago de Genezareth había también inflamado mi imaginación. Como es natural, me guardaba bien de hablar con nadie de todas estas fantasías.

No con Miss Marks, sino con mi padre, tomé la costumbre de hacer laboriosas excursiones a orillas del mar. Su trabajo

de naturalista concluyó por llevarle constantemente, cargado de útiles, hasta las rocas de concavidades llenas del agua de la playa. Pero nuestro primer invierno en Devonshire se vió ensombrecido, para los dos, por decepciones cuya causa fue durante mucho tiempo incomprendible para mí. El espíritu de mi padre era, en aquella época, presa de dos corrientes violentas de influencias contrarias. Yo pensaba en todas estas cosas, hace un momento, en la extremidad de los Cascos, abierta profundamente, de un lado, por el curso impetuoso del Arno de sombrías aguas, y del otro, por el límpido flujo del Mugnone. Las vías se encuentran y corren paralelamente, pero llega un momento en que uno de los dos ha de arrastrar al otro, y la corriente negruzca es la que anega a la más pura.

Así, en aquel año de crisis científica (1857), dos especies de pensamientos se agolpaban con violencia en el cerebro de mi padre, las dos absorbentes, ambas convincentes, pero irreconciliables. Hay algo particularmente angustioso en la paradoja de que la verdad tiene dos formas, igualmente irrecusables y, sin embargo, antagónicas entre sí. Este descubrimiento de dos teorías sobre la vida física, las dos verdaderas, pero incompatibles, es lo que turbaba profundamente el espíritu de mi padre. No había realmente paradoja, era una ilusión; pero desgraciadamente no se dió cuenta de ello: permitió que las ondas turbias de la superstición sumergiesen al cuerpo apacible de la razón. Dió un paso en favor de la verdad, luego retrocedió angustiado y aceptó la servidumbre del error.

Era el gran momento, en la historia del pensamiento, en que la teoría de la mutabilidad de las especies se preparaba a arrojar algo de luz en todos los dominios de la especulación y de la actividad humanas. Hacíase absolutamente necesario formar en uno o en otro campo. Lyell se rodeaba de discípulos que avanzaban rápidamente por la senda de los descubrimientos; Darwin, desde hacía mucho tiempo, recogía hechos referentes a la variación de los animales y las plantas; Hoocker y Wallace, Asa Gray y hasta Agassiz, cada uno en su esfera,

llegaban cada vez más a percibir el secreto que debía revelarse claramente al paciente y humilde genio de Darwin. En el año anterior, 1856, Darwin, empujado por Lyell, había modestamente aventurado un primer esbozo de la nueva revelación, «ese resumen de un ensayo» que desarrolló después magníficamente en el *Origen de las especies*. Acababa de aparecer *La variación de las especies*, de Wollaston, y había sido como un rayo que disipa las brumas.

De otro lado, los reaccionarios, aunque sin sospechar lo que les amenazaba, no habían permanecido inactivos. En 1857, habíase formulado con desprecio esta asombrosa pregunta: «Entonces, ¿es qué descendemos del mono?» Los famosos *Vestigios de la Creación* habrían proporcionado una especie de panacea de agua azucarada para los que no podían substraerse a la evidencia, y que, sin embargo, se agarraban a la Revelación. Owen alentaba la reacción rechazando, con toda la fuerza de su prestigio, la mutabilidad de las especies.

Por aquella época de fermentación intelectual, como en los momentos de una gran revolución política, varios posibles partidarios eran presentidos con palabras encubiertas, luego animados a comunicar oficialmente su manera de ver. Lyell, aquel gran conductor de hombres, era de opinión que antes de dar al mundo la doctrina de la selección natural, que suscitaría ciertamente protestas y maldiciones, debería revelarse su contenido a cierto número de naturalistas concienzudos y sabios expertos en la descripción de las especies. Mi padre figuraba entre aquellos a los que, mediante una iniciación más o menos completa, se trató de ilustrar, si era posible. Hooker, y más adelante Darwin, le hablaron del asunto, con ocasión de las reuniones de la Sociedad Real, en el verano de 1857.

La actitud de mi padre frente a la teoría de la selección natural marcó una crisis en su carrera, y, cosa rara, ejerció gran influencia sobre mi vida de niño. Hay que admitir, por triste que sea, que todos los instintos de mi padre le impulsaron al pronto a saludar con alegría la nueva luz. Apenas lo hubo hecho,

cuando el recuerdo del primer capítulo del Génesis contuvo su arranque. Consultó sobre el asunto con Carpenter, un gran investigador, pero un hombre tan incapaz como él de refundir sus ideas en lo concerniente a las antiguas hipótesis recibidas. Ambos decidieron, por diversas razones, no ocuparse de la terrible teoría, y atenerse firmes a la ley de la fijeza de las especies. Exactamente en aquellos momentos fue cuando salimos de Londres, y cuando las relaciones personales, raras y fugitivas, pero siempre sumamente provechosas, que gozó mi padre con los sabios más distinguidos del Museo Británico y de la Sociedad Real, cesaron por completo. Se apresuró a quemar sus naves, hasta el último madero, hasta el último pedacito, para que no quedase ni con qué hacer una balsa. Por un acto raro de terquedad, cerró para siempre las puertas sobre sí mismo.

Mi padre no había admirado nunca a Sir Charles Lyell. Creo que las maneras de gran señor del geólogo le intimidaban, y que nos hallamos dispuestos a hacer muy poco caso de aquellos cuya conversación nos aminora. Mi padre, en cambio, tenía una profunda estimación por Darwin y Hooker, y es posible que ésta sea la razón por la que, en su impetuosa tentativa de reacción, eligió el campo de la geología más bien que el de la zoología o de la botánica. Lyell había amenazado con publicar un libro sobre la historia geológica del hombre, que había de ser como una bomba lanzada al campo de los catastrofistas. Mi padre, tras maduras reflexiones, preparó una teoría de su invención que—así lo esperaba ardientemente—cortaría los vuelos a Lyell, y justificaría la geología a los ojos de los piadosos lectores del Génesis. Pretendía, en resumen, que no había habido modificación gradual de la superficie de la tierra o lento desarrollo de las formas orgánicas, sino que, desde el acto catastrófico de la creación, el mundo presentó instantáneamente la estructura de un planeta, en el que la vida había existido desde hacía mucho tiempo.

Con gran indignación de mi padre, los periodistas declara-

ron con ligereza un poco brutal que, con arreglo a tal teoría, Dios había escondido los fósiles entre las rocas, para inducir en tentación a los geólogos e impulsarlos a la incredulidad. En realidad, esta teoría era la conclusión lógica e inevitable, a la que se tenía que llegar de aceptar literalmente la doctrina de un acto súbito de la creación; insistía sobre el hecho de que toda infracción al curso regular de la naturaleza supone al objeto creado como una denegación de procesos anteriores que nunca han existido. Por ejemplo, Adán debía ciertamente tener pelo, dientes y una osamenta que hubieron de tardar varios años en desarrollarse, y, sin embargo, fue creado hombre hecho. Debía ciertamente poseer un *omphalos* (verdad es que Sir Thomas Browne lo niega); y, sin embargo, ningún cordón umbilical le ligó nunca a una madre.

Ningún libro fue lanzado a la publicidad con más esperanzas de buen éxito que aquel curioso volumen lleno de un fanatismo obstinado. Mi padre vivía en una febril espera, contando con un resultado extraordinario.

Pensaba que aquel *Omphalos* iba a poner fin a las agitaciones de la especulación científica, arrojar la geología en brazos de la Escritura, y hacer que el lobo y el cordero pacieran juntos. No era raro, admitía él, que hubiese desacuerdo crecientemente entre los hechos y las formales afirmaciones. Mi padre, y sólo mi padre, únicamente él tenía la llave que podría abrir sin violencia la cerradura del misterio geológico. La ofrecía con un ademán grandioso, tanto a los ateos como a los cristianos. Aquello debía ser la panacea universal, el sistema de terapéutica intelectual que no podía menos de curar las enfermedades del siglo. Pero, ¡ay!, ateos y cristianos recorrieron aquella obra, se echaron a reír, y la tiraron lejos de sí.

Durante aquel lúgubre invierno en que el correo nos trajo cartas particulares pocas y glaciales, y artículos de revistas numerosos e irónicos, mi padre esperó en vano la aprobación de las iglesias, en vano la adhesión de sociedades científicas y en vano el testimonio de gratitud «de aquellos miles de perso-

nas sensatas», testimonios con los que había imprudentemente contado. Su reconciliación de los datos de la Escritura con las deducciones geológicas no fue bien acogida en ninguna parte; Darwin continuaba guardando silencio; el joven Herxley se mostraba desdeñoso, y el mismo Carlos Kingsley, de quien mi padre esperaba recibir la aprobación más inmediata, escribió que no podía «abandonar las lentas y dolorosas conclusiones a que le habían llevado veinticinco años de estudios geológicos, y creer que Dios había escrito en las rocas una mentira tan monstruosa como inútil». A medida que mi padre sufría decepción tras decepción, una fría y sombría tristeza descendía sobre nosotros todas las mañanas. Era lo que los poetas llaman «tinieblas opacas»; obscurecíanse de día en día, a medida que la experiencia y la confianza en sí se disipaban en ligeras nubes de decepción. Mi padre no estaba preparado para semejante resultado. Había sido el niño mimado del público, el favorito constante de la Prensa, y ahora, como los ángeles malditos de la leyenda,

el espantoso fracaso  
le llenaba de escombros.

Durante aquel sombrío invierno, mi padre no fue un compañero animado, y sucesivas circunstancias le alejaban cada vez más del resto de los hombres. Echaba más de menos que nunca la compañía de mi madre, que siempre le prestó un oído simpático; nadie podía animarle con esa hábil casuística femenina que sabe insinuar al hombre, consciente de las heridas recibidas, que, después todo, él tiene razón y que el resto del mundo se equivoca. Mi padre se paseaba sin tregua alrededor del campo labrado de tierra rojiza que iba a ser un prado, o bien, al abrigo de la fría lluvia del Devonshire, por la balconada todavía desnuda que habían de adornar plantas trepadoras; y me parece que, a su irritación contra sus semejantes, añadíase ya una ligera tendencia a la herejía que había de asaltarle más adelante; fue entonces, creo, cuando en el exce-

so de su desaliento, empezó a sentir cólera contra Dios. Había dado infinitas pruebas de abnegación, había hecho infinitos sacrificios, y veíase abandonado, con la rabia en el corazón, en aquella marisma rojiza, sin más sér en el mundo que le amase que un niño de rostro pálido, con la mejilla apoyada en el cristal de la ventana.

Tras una o dos magníficas excursiones a orillas del mar, se presentó el invierno bajo su forma más húmeda, más fangosa y más tediosa, y nos encerró en casa. Fue un invierno bien triste para aquel hombre privado de su mujer y para aquel niño privado de su madre. Confiados en que nuestros ruegos serían inmediatamente atendidos, habíamos entrado en aquella casa demasiado pronto. Para llegar a reunir la suma necesaria, mi padre se había visto obligado a desprenderse de casi todo, y nuestras sillas y nuestras mesas no amueblaban más que dos o tres habitaciones. La mitad de la casita o *villa*, como la llamábamos, estaba sin alfombrar, y las dos terceras partes estaban vacías. Los obreros trabajaban todavía en el exterior cuando llegamos, y a este propósito recuerdo un incidente que demuestra hasta dónde llegaba en mi padre la delicadeza morbosa de su conciencia. En sus momentos buenos (antes de la publicación de su *Omphalos*), cantaba a veces con voz fuerte antiguas canciones del Dorsetshire, en un raro y rudo dialecto que me agradaba mucho. Una tarde de Octubre estábamos sentados en la balconada, y mi padre cantaba. Dos carpinteros, que no veíamos, estaban ocupados, no lejos de allí, en poner la armazón de un invernadero. Durante una pausa, uno de ellos dijo a su compañero: «Canta tan bien como cualquiera, aunque sea un pastor.» Mi padre, que me tenía suavemente cogido de la mano, me la apretó de repente, con fuerza; alcé los ojos y vi que su mirada se ensombrecía. No volvió a cantar nunca una canción profana.

Meses después, cuando su infortunio literario, su conciencia le atormentó más que nunca. Creo que consideraba el fracaso de su tentativa como un castigo de Dios por algo que hu-

biese hecho o dejado de hacer. Durante sus incesantes paseos meditabundos alrededor del jardín, su alma estaba, por decirlo así, de rodillas, registrando todos los rincones de su conciencia para hallar algún pecado de omisión o comisión; cada alegría, cada bagatela, cada recreo, fue recogido en el polvo de sus recuerdos pasados, y aumentado hasta el punto de constituir una formidable ofensa. Pensaba que la menor muestra de ligereza, la menor condescendencia al instinto humano, podría ser para los que le rodeaban una prueba de inconsecuencia e inducir a los hermanos más débiles a ofender a Dios. El incidente de los carpinteros y de la canción cómica es un ejemplo del estado de espíritu de mi padre por aquella época, en que cada acto se convertía en *tabu*, no porque fuera culpable en sí mismo, sino porque podría llevar a otros al pecado.

Tengo la convicción de que Miss Marks tenía un miedo extremado a mi padre. Siempre que podía retirábase a lo que ella llamaba su gabinete; un cuartito frío, apenas amueblado, que daba sobre lo que iba a ser nuestra huerta. Para respetar las conveniencias, a fin de que la habitación fuese verdaderamente un santuario, Miss Marks me prohibía entrar en su cuarto virginal, que se convirtió, naturalmente para mí, en objeto de una curiosidad devorante. Por el ojo de la cerradura no veía, por decirlo así, nada; un día conseguí entrar, y descubrí que no tenía nada que ver, sino una cama muy sencilla y un tócador desprovisto de todo atractivo. En su gabinete encendíase fuego las tardes de invierno, y Miss Marks estaba en él entre la cena y el apocalíptico ejercicio llamado culto, que en los hogares menos ardientes y austeros que el nuestro se llama el rezo en familia. Dejados así a nosotros mismos, mi padre se pasaba casi todo el tiempo leyendo con el libro o el periódico, al lado de la vela, mientras que, bajo la influencia de su pasión literaria, sus labios y sus cejas temblaban y se estremecían de cuando en cuando, de una manera que me excitaba extraordinariamente. Miss Marks, tocada con una cofia muy alta, aparecía de vez en cuando en la puerta, y preguntaba con falso buen

humor: «¿Cómo nos encontramos?» Pero en estas ocasiones, ni él ni yo nos dignábamos contestar a Miss Marks.

A veces, en el transcurso del invierno, mi padre y yo tuvimos algunas charlas. Los asesinatos eran nuestro tema favorito. Yo me pregunto si los niños de ocho años, antes de subir solos de noche a su cuarto, discuten a menudo con sus padres de crímenes espantosos. No puedo menos de creer que el hecho es raro. En nosotros era muy frecuente. Abordábamos otros asuntos profanos, pero siempre acabábamos por volver a esta frase: «¿Qué crees tú que hayan hecho realmente del cadáver?» Mi padre me contó, mientras que yo escuchaba estremecido, la aventura de la señora Manning, que mató a un señor en las escaleras y le metió en cal viva, en la despensa, y me enteré de este útil detalle histórico, todavía presente en mi memoria después de un medio siglo, que la señora Manning fue ahorcada con hopa de seda negra. Oí también hablar de Burke y de Hare, cuya historia me petrificó de horror.

Estos crímenes están relatados en los *Anales judiciales*; pero ¿quién podrá decirme lo que era el misterio del saco de viaje que mi padre y yo discutimos varias noches seguidas? No he vuelto a oír hablar nunca de ello desde entonces, y sospecho que era una mixtificación. Me acuerdo de detalles: unas personas que bajan el Támesis en un barco, ven un saco de viaje colgado de uno de los salientes de Waterloo Bridge; lo cogen, no sin dificultad, y lo encuentran lleno de restos humanos, verdadero trabajo de carnicero. Se habla de personas desaparecidas, vueltas a encontrar, luego de nuevo no reconocidas. Todo el asunto está bastante vago en mi memoria, y se escapa cuando trato de precisarlo; sin embargo, me veo muy claramente sentado en la sala, en mi silla alta, al lado de la chimenea; las llamas que brotan se reflejan en la vitrina de insectos tropicales puesta en la pared opuesta, y veo también a mi padre inclinado hacia adelante, con expresión ansiosa, un dedo levantado e insistiendo sobre todas las pruebas de cargo y descargo de aquel horrible asunto del saco de viaje.

Supongo que lo que me interesaban estas discusiones (¡y Dios sabe si la cosa me apasionaba!) divertía y distraía a mi padre, cuyas ideas sobre lo que conviene a los oídos de un niño me parecen ahora sorprendentes. No tardé en descubrir que tales asuntos no eran agradables a todo el mundo; porque una mañana, al abordar el misterio del saco de viaje con Miss Marks, con la esperanza de retrasar una lección de aritmética, se tapó los oídos con su delantal, y dijo que si no me callaba inmediatamente se pondría a gritar.

En invierno, mi padre y yo dábamos de vez en cuando paseos juntos y bajábamos un camino que nos llevaba a orillas del mar, sobre las dunas ondulantes. Tratábamos de reanudar el encanto de aquellas deliciosas expansiones al aire libre, en Londres, cuando nos asomábamos a los puentes para ver los patos, pero no hallábamos ya el mismo placer. Mi padre, profundamente absorto en sus pensamientos, se ponía a andar sin decir palabra, presa de ensueños llenos de cólera. Si me dirigía la palabra en estos paseos, constituía un verdadero sufrimiento para mí el contestarle. En casa, encaramado en mi silla alta, con nuestras cabezas al mismo nivel, podía hablar fácilmente con él; pero me costaba horriblemente mirar al firmamento y conversar con un rostro sombrío que se destacaba sobre el cielo. El hecho mismo de andar era abrumador para mí; el lodo, de un rojo vivo, a cuyo extraño color no pude durante mucho tiempo acostumbrarme, se pegaba a mis zapatos y me fatigaba en extremo; poníame gruñón e impertinente. Contradecía a mi padre y me oponía a sus caprichos. Tales paseos eran penosos para ambos, pero a mi padre no le gustaba andar solo y no tenía otro amigo. En el transcurso del invierno nos vimos obligados a renunciar a estas salidas, y no reanudamos nunca el hábito de estos paseos higiénicos.

Cuando echo una mirada atrás sobre lo que yo era en aquella época, observo que debía ser un niño molesto, difícil y enfadado. Mi única excusa era la de que verdaderamente no estaba bien. El cambio de clima no me había convenido; mi sa-

lud inspiraba alguna inquietud a la excelente miss Marks, pero no sabía ella cómo remediarlo. La casa era horriblemente húmeda; tanto dentro como fuera, la atmósfera parecía bañada de vapores helados; por la noche, tiritaba bajo las mantas. No lograba dormirme por el frío que sentía, y amontonaban la ropa sobre mí. No podía comer nada sólido sin tener inmediatamente un violento hipo, por lo que me tumbaba de espaldas ante el fuego de la chimenea, despertando los ecos de alrededor como el cuco. Miss Marks, a causa de esto, me suprimió todo alimento, salvo pan mojado en leche, que, con gran horror mío, veía aparecer en cada comida. El hipo disminuyó, pero mis fuerzas declinaron en seguida. Caí en un estado de languidez, presa de un catarro perpetuo.

Poco a poco me di cuenta de que era objeto de preocupaciones, al oír a mi padre rezar por mí en los cultos de la mañana y de la noche y pedir al Señor que si su voluntad era llamarme a sí, «no hubiese duda alguna sobre mi elección como hijo de Dios y heredero de su gloria». Me desconcertaba y halagaba a la vez esta clara alusión a mi salud delicada.

Algo más adelante hablaré de nuestras relaciones con los Santos que nos acogieron a nuestra llegada a Devonshire. La austeridad de las maneras de mi padre se acentuaba, a lo que creo, constantemente, por su temor de ser un escándalo para las conciencias de aquella nueva congregación. Las suponía, sin duda, más delicadas de lo que realmente eran. Complacíase en repetir «que una mancha pequeñísima en la conciencia nos aleja mucho de Dios», y contaba por cientos y por miles todos los errores de conducta posibles. Durante este invierno llamóle particularmente la atención la fiesta de Navidad, en la que, aparentemente, apenas había reparado en Londres.

En este asunto de las fiestas de la Iglesia, sostenía ideas de una rareza casi grotesca. Las consideraba fútiles y sin valor; pero la fiesta de Navidad le parecía con mucho la más aborrecible y nada menos que un acto de idolatría. «El nombre mismo es papista», acostumbraba a decir, «*Chist's Mass*, la Misa

del Cristo». Y crispaba los labios como un hombre que acaba de probar por equivocación algo nauseabundo. Alegaba también la antigüedad de la pseudo fiesta tomada de espantosos ritos paganos y que no era sino un resto del abominable Yule. Denunciaba los horrores de la Navidad hasta hacer que casi me ruborizase al ver sus preparativos.

En la Navidad de aquel año de 1857, nuestra *villa* vió un espectáculo poco habitual. Mi padre había severamente recomendado que no hubiese ninguna modificación en nuestras comidas del día; no debían ser ni más ni menos copiosas que de ordinario. Fue obedecido; pero las criadas, secretamente rebeldes, cocieron para ellas un modesto plum-puding. (Descubrí con sentimiento que Mis Marks había recibido un pedazo en su gabinete.) Por la tarde, las criadas (porque ahora teníamos dos) observaron con bondad que «también el pobre querido niño debía comer un pedacito»; y a fuerza de trabajos, me llevaron a la cocina, en donde comí un pedazo del plum-puding. Al poco tiempo empecé a sentir un dolor interno, bien natural dado el mal estado de mi salud, y mi conciencia me acusaba fuertemente. Al fin, no pude soportar mi angustia moral, y, precipitándome en el gabinete de mi padre, exclamé: «¡Oh, papá, papá, he comido carne ofrecida a los ídolos!» Tuve entonces que explicar entre sollozos, de qué se trataba. Mi padre inquirió severamente: «¿En dónde está esa cosa maldita?» Expliqué que lo que quedaba estaba todavía en la mesa de la cocina. El me cogió de la mano y se precipitó en medio de las criadas asustadas, cogió el plato con los restos del plum-puding y, llevándome siempre muy sujeto, corrió hasta el montón de la basura, tiró en él el pastel idólatra y lo metió profundamente. Lo repentino, la violencia y la rapidez de este acto extraordinario hicieron en mi memoria una impresión que nada borrará jamás.

Ningún indicio me permite explicar el secreto de la pérfida dolencia que pareció torturar la conciencia de mi padre, durante todo este melancólico invierno. En cuanto a mí, creo

que entró por mucho un derrumbamiento de todo su sistema intelectual. Hasta aquel momento de su carrera, había, como ya hemos visto, abrigado la ilusión de que la ciencia y la religión podían justificarse mutuamente; que era posible una especie de compromiso. Sus investigaciones le habían demostrado, con claridad cada vez mayor, que todos los departamentos de la naturaleza orgánica ofrecían pruebas visibles de lentas modificaciones de las formas y del desarrollo del tipo. Esta consideración habíase manifestado en él, y se había hecho positiva.

¿Dónde estaba, pues, su puesto en calidad de observador sincero y exacto? Evidentemente, en las filas de los investigadores de la nueva verdad con Darwin, Wallace, Hooker. Pero, ¿no dice el segundo capítulo del Génesis que en seis días los cielos y la tierra y la multitud de sus habitantes fueron creados, y que al sétimo, Dios había acabado la obra de sus manos?

Era un dilema. Las afirmaciones de la geología ciertamente *parecen* verdaderas; pero las de la Biblia, que es la palabra de Dios, *son* verdaderas. Si la Biblia dice que todas las cosas del cielo y de la tierra han sido creadas en seis días, es que han sido creadas en seis días de veinticuatro horas. Las pruebas de una variación espontánea de las formas obrando durante un espacio de tiempo inmenso sobre las estructuras orgánicas, siempre en vía de modificación, *parecen* abrumadoras; pero se las debe poner de acuerdo con la obra de la creación en seis días o rechazarlas. Ya he dicho que mi padre había urdido la ingeniosa teoría del *Omphalos* a fin de probar que era a la vez un observador estrictamente científico y el humilde esclavo de la revelación. Pero ni los partidarios de lo antiguo ni los nuevos rebeldes querían tal compromiso.

Para un espíritu tan penetrante y, al mismo tiempo, tan estrecho como el de mi padre (un espíritu únicamente lógico y positivo, sin amplitud, sin flexibilidad y sin imaginación), sufrir un fracaso de este género era una tortura. No tenía el

recurso de las naturalezas mediocres que escapan al dilema con alguna fórmula nebulosa, ni la resolución de las naturalezas fuertes que se elevan y salvan el obstáculo. Mi padre, medio sofocado por la emoción de verse levantado, por decirlo así, por la gran ola biológica, no pensó jamás en renegar de la antigua tradición, y permaneció fatigado y batido por las olas. Es extraordinario que «ese peón de albañil de la ciencia», como le llamó una vez Huxley, no se contentara con dejar a los otros, cuyos horizontes eran más extensos que el suyo, proseguir esas investigaciones puramente intelectuales, para las que no tenían aptitud alguna. Como coleccionador de hechos y clasificador de observaciones, no tenía rival en su época; su carencia de imaginación le ayudaba en ese género de trabajo. Pero era más bien un investigador que un filósofo, y carecía de esa sublime humildad que es la corona del genio. ¿De dónde venía la persuasión obstinada de que él conocía el pensamiento de Dios, de que él solo podía interpretar los designios del Creador, sino de una falta absoluta de esa modestia superior que contesta «no sé», incluso a las preguntas a las que la fe exige con aire amenazador que se conteste de una manera positiva?

## CAPITULO VI

Durante el primer año de nuestra estancia en Devonshire, el noveno de mi vida, mi padre y, por consiguiente, yo, repar-tió el tiempo entre las reuniones de los santos, en el pueblo, y el cuidado de coleccionar, examinar y describir la fauna ma-rina de la ribera. En el espacio de estos doce meses no tuvi-mos, por decirlo así, ninguna distracción social, y no franqueé ni una sola vez los límites de la parroquia. Cuando pasó el pe-ríodo del invierno, mi padre recobró una gran parte de sus ánimos y de su actividad laboriosa, y los primeros rayos del sol nos calmaron a los dos y nos hicieron bien. Yo estaba casi siempre con él, pero teníamos ahora algunos raros personajes.

El pueblo, en particular el extremo Sur, en que se alzaba nuestra casa, no era bonito. No tenía nada de pintoresco. Su única belleza, la antigua iglesia parroquial, con su cemente-rio umbrío, estaba entonces casi totalmente tapada por una masa de miserables tiendas derribadas más adelante, cuando todavía era yo niño; el pueblo consistía en dos líneas parale-las de casas contiguas, todas enjalbegadas, y teniendo en su mayor parte, como fachadas, escaparates de poca importancia. La calle subía hasta la iglesia durante media milla, luego ba-ja-ba durante otra media milla; allí, súbitamente, empezaban los campos con sus cercas. El camino, a través del pueblo, que seguíamos constantemente, me aburría mucho. Temía la gro-sería de los niños, y no había nada en las tiendas que me lla-mase la atención. Andar por la estrecha acera, mal cuidada,

me era desagradable y me fatigaba, y el olor fétido que, en los días de calor, salía de las puertas y ventanas, me daba náuseas. Pero aquella carrera era obligatoria, puesto que la *Sala pública*, como se llamaba nuestra capillita, estaba en el extremo de la calle.

Desde que llegamos empezamos a frecuentar aquel lugar de culto, e inmediatamente mi padre, sin ser invitado a ello, pero sin encontrar resistencia, tomó en sus manos la administración. Era una habitación cuadrada y desmantelada, construída, no sé por qué, encima de una cuadra. A través del piso solían subir olores amoniacaes, mientras que estábamos dedicados a nuestras largas devociones. Antes de nuestra llegada, reuníase en la sala un reducido número de fieles, comunidad de un género mal definido, como se encontraba frecuentemente desde hacía algún tiempo en el Oeste de Inglaterra; campesinos piadosos, que no estaban afiliados a ninguna congregación cristiana y no reconocían otra autoridad que la que se apoya en el estudio independiente de la Biblia. Abundaban las mujeres, pero había también buen número de hombres pobres, sencillos y, en general, enfermizos. Más adelante, bajo la dirección de mi padre, la congregación aumentó y adquirió un gran desarrollo. Llegó a contar entre sus miembros hombres que habían seguido carreras liberales, un almirante y hasta el hermano de un lord. Pero, en los primeros tiempos, los *hermanos* y las *hermanas* eran todos sencillos campesinos, jornaleros, jardineros, carpinteros, albañiles y sastres, lavanderas y criadas. Quisiera poder pintar con colores bastante vivos para evocarla ante mis lectores aquella curiosa mezcla de personas humildes, buenas, ignorantes y apacibles. No he tenido nunca la buena suerte de encontrar nada parecido en la historia o en la novela. Las caricaturas malévolas y desdeñosas de los mundanos se hallan tan lejos de aquello, en mi entender, como los relatos suntuosos, convencionales e insignificantes de las sectas religiosas.

El origen de tales reuniones es singular. Años antes de

nuestra llegada, unos pescadores de Cornouailles, desconocidos en la localidad, fueron lanzados a la costa por el huracán. Desembarcaron, y, en vez de ir a la taberna, buscaron una sala en donde poder orar. Fervientes wesleyanos, llegaban del mar, lejos de sus hogares desde hacía tiempo y privados de los privilegios religiosos a que estaban habituados. Agrupados en la calle, en espera de la hora de la reunión, preguntaban a las muchachas que los contemplaban: «¿Amáis al Señor Jesús, hermosas?» Recibieron respuestas evasivas, pero instaron a los habitantes a que entrasen y rezaran con ellos, cosa que hicieron varios. Ana Burmington, que me habló de esto más adelante, era una de aquellas muchachas; me contó que los pescadores les dijeron: «Muy triste será que, el último día, cuando el Señor diga: Venid, vosotros, bienaventurados, no se dirija a vosotras y os grite, en cambio: Idos, malditas, y que vosotras, muchachas, os veáis obligadas a iros.» Aquellos pescadores eran jóvenes, robustos, tenían barbas negras y ojos brillantes. No dudo de que se mezclara una corriente inconsciente de atracción en este episodio, aunque los pescadores estuvieran al abrigo de toda sospecha. No obedece solamente quizá a una coincidencia el hecho de que casi todas aquellas muchachas permaneciesen solteras hasta el fin de sus vidas. A los dos o tres días, los pescadores volvieron a la mar. Oraron y se hicieron a la vela, y las muchachas, que ni siquiera les habían preguntado sus nombres, no volvieron a oír nunca hablar de ellos. Pero varias de ellas quedaron definitivamente convertidas y formaron el núcleo de nuestra reunión.

Mi padre predicaba de pie en un púlpito; celebrábase la comunión ante una mesa de pino, que cubría una servilleta blanca. Los oyentes eran a veces muy poco numerosos, y generalmente tan adormecidos, que mi padre se sentía desalentado; no le faltaron nunca su celo y su energía. Solamente los que habían dado pruebas de su inteligente aceptación de la redención por la sangre de Jesús eran admitidos a la comunión, que se llamaba el *Rompimiento del pan*. Por una regla esencial,

salvo raras excepciones, nadie podía *romper el pan*, a menos de no haber sido bautizado, es decir, sumergido de pies a cabeza, durante una reunión solemne, por el hermano presidente de la Congregación. A principios de nuestra estancia, se realizaba este rito con pintoresca sencillez en la playa de Oddicombe; pero esta ceremonia suscitó, incluso en aquella época, muy fuertes objeciones. Era difícil evitar la presencia de una muchedumbre burlona, y las mujeres en general retrocedían ante esta prueba. Esto resultaba en la práctica una verdadera dificultad, y mi padre, cuando los comulgantes confesaban que aún no habían sido bautizados, meneaba la cabeza y decía gravemente: «¡Ah! Huís de la cruz de Cristo.» Pero reconocía que el bautismo en el mar *era una cruz*, y, cuando concluimos nuestra capilla en la playa, se acondicionó una especie de piscina, tapada con una trampa, en la sala misma.

Entre aquellas gentes tranquilas y taciturnas, había varias de las que me acuerdo con afecto. En aquel apartado rincón del Devonshire, que no conducía a ninguna parte, habían conservado muchos de los modales del siglo XVIII, del que los de más edad se acordaban perfectamente bien. Un anciano, nacido antes de la Revolución francesa, tenía una fisonomía que me vuelve a menudo a la memoria. Era James Petherbridge, el Néstor de nuestra reunión, vestido con una larga blusa blanca, llena de bordados, que se ponía los domingos para ir al culto; era un viejo muy alto y escuálido. Cuando el mensaje divino brotaba de labios de mi padre, las inmensas mandíbulas de Mr. Petherbridge caían poco a poco, mientras que sus rodillas se apartaban de tal modo, que parecía que no iban a poder volverse a juntar nunca. Petherbridge había sido piadoso toda su vida, y contaba a menudo, con modesto orgullo, que, cuando era mozo, el ama de la casa de labor en que trabajaba decía de él: «Creo que Jem llegará a ser metodista, por lo mucho que le agradan las conversaciones piadosas.» Acostumbraba a rezar alto en nuestras reuniones, con un vozarrón cascado, que recordaba el ruido del viento en un árbol hueco, y rara vez

dejaba de expresar la esperanza de «que el Señor secundaría a Miss Lafoy (era una maestra de escuela del pueblo que formaba parte de nuestra reunión) en sus esfuerzos para hacer brotar las tiernas ideas».

La llave de la sala estaba confiada a Ricardo Moxhay, el albañil, que, sin ser de la misma generación que Mr. Petherbridge, tenía, sin embargo, *cierta edad*. No sé por qué Moxhay vestía siempre traje blanco de pana, sobre el que la menor mancha del lodo rojo del Devonshire era penosamente visible; cuando se endomingaba, hubiérase dicho que le habían blanqueado con la cal, color crema de los condados del Oeste. Sus escasos cabellos caían en largos bucles tan negros como blanco era su traje. Hombre amable y modesto, tenía una mujer todavía más bonachona y simpática que él. Nunca, que yo sepa, hablaban como no se les dirigiese la palabra, y su pasividad melancólica tenía el dón de irritar a mi padre, que un día los definió con frase sentenciosa, pero justa, diciendo que eran «unos cristianos laboriosos, a los que no se podría, sin exageración, calificar de cristianos alegres». Me acuerdo, en fin, de casi todos los *Santos* de estos primeros tiempos como de unas almas tristes y humildes, que carecían de toda vitalidad, pero que no se quejaban, sin embargo, de nada preciso. Muchos de los miembros de la Congregación, hombres y mujeres, sufrían diferentes formas de consunción; de suerte que, las tardes de invierno, repercutían en la sala penosas y discordantes toses. Paréceme que, cuando yo era jovencillo, la mitad de los habitantes de nuestro distrito rural estaba tísica. Sin duda, nuestra comunidad religiosa, de un género tan especial, debía, como es natural, atraer más a los débiles que a los individuos robustos.

Miss Marks, paciente peregrina, aceptaba aquella rara sociedad sin murmurar, aunque creo que no le gustaba nada. Pero pronto le fue menos amarga por sus relaciones abnegadas y románticas con una de las *hermanas* que era, si mis recuerdos de niño no me engañan, una criatura encantadora. A

consecuencia de esta entusiasta intimidad, Miss Marks me llevó a la familia de su nueva amiga. Casi enfrente de nuestra sala, es decir, en el extremo más apartado del pueblo, al final de uno de aquellos raros jardinillos (en los que descubrí con transportes el primer invierno, las estrellas rojas o plateadas de una flor nueva, la hepática), el escaparate de una tienda ofrecía una fila de platos, fuentes, tazas y platillos; encima había un letrero con el nombre de Burmington. Esta tienda de porcelanas pertenecía a tres hermanas huérfanas: Ana, María Gracia y Bess; la última estaba casada desde hacía poco con uno de nuestros amigos, un carpintero; las otras dos eran solteras recalcitrantes. Ana, a la que ya he mencionado, fue una de aquellas muchachas convertidas por los pescadores de Cornouailles. Tenía unos diez años más que Bess, y María era la mediana; Ana, una mujer dignísima, pero autoritaria y pronta a la cólera, tenía un carácter indomable al que, en sus momentos de calma, llamaba ella, no sin complacencia, «el pecado que me ataca más fácilmente». Bess era insignificante, y estaba consagrada a los quehaceres domésticos, pero María Gracia era una criatura deliciosa.

Las Burmington habitaban, por decirlo así, la única casa antigua del pueblo, extraordinaria construcción de dos pisos con vastas habitaciones, pasillos tortuosos y sorprendentes diferencias de nivel. Las hermanas eran pobres, pero no menesterosas. Además de su comercio de porcelana, planchaban y cosían, y vendían el producto de un jardín bastante grande que había a espaldas de la casa. Con el tiempo, las hermanas mayores tomaron una joven, llamada Drusilla Elliot, para vivir con ellas en calidad de sirvienta y de compañera. Era una convertida que seguía el culto de una secta muy parecida a la nuestra; los cristianos bíblicos. Recuerdo que me interesó en extremo oír contar cómo Bess se convirtió antes de su matrimonio. María Gracia, a causa de su salud delicada, dormía sola en una alcoba; otra mucho mayor contenía una cama de familia con dosel, en la que Ana dormía con Drusilla Elliot, y

otra cama para Bess. Las hermanas y su amiga rezaban para que Bess «hallase la paz», porque era todavía extraña a la doctrina de la salvación. Una noche, exclamó de repente malhumorada:

—¿Qué estáis cuchicheando? Dormid.

—Rezamos por ti—contestó Ana.

—¿Cómo sabéis que no creo?—replicó Bess.

Y les contó que aquella misma noche, mientras que estaba sentada en la tienda, había aceptado el ofrecimiento de la redención divina. A pesar de la hora tardía, Ana y Drusilla fueron a ver a María Gracia, a la que encontraron despierta y rezando también por la conversión de Bess. Diéronle la buena nueva, y las cuatro se arrodillaron a oscuras, y dieron gracias a Dios por su infinita misericordia.

María Gracia Burmington fue la que se hizo la íntima amiga de Miss Marks, y una segunda protectora para mí. No debía de tener treinta años; era muy baja y espantosamente contrahecha; pero tenía una expresión animada, casi radiante. Cuando llegamos al pueblo, María Gracia estaba convaleciente de una fiebre gástrica que le había puesto a las puertas de la muerte. Recuerdo haber oído contar que el pastor oficial, un hombre gordo bastante pomposo, al que siempre lanzábamos miradas de reto sombrío, llegó a la puerta de la tienda cuando se creía en las últimas a María Gracia, y dijo: «La paz sea en esta casa», con intención de ofrecer su ministerio. Pero Ana, ardiente no conformista, de mal humor aquel día, le persiguió literalmente hasta la entrada del jardín. María Gracia se restableció y se hizo, no solamente la amiga inseparable de Miss Marks, sino el factótum espiritual de mi padre. Molestábale a él ir de casa en casa a visitar a los *Santos*, y María Gracia Burmington se encargó con gusto de esta tarea. Se mostró de una gran ayuda, buscó y alentó con efusión a todos aquéllos (las mujeres sobre todo) que eran atraídos por la predicación de mi padre; durante muchos años, fue para todos nosotros una alegría y un consuelo. Pero cuando su enfermedad se

agravó hasta el punto de no poder levantarse, era, en su retiro, un centro de actividad y de alegría.

Mi padre, siempre cuidadoso de lo que pudiera confirmar mi vocación espiritual y, por decirlo así, clavarme definitivamente en ella, pensó que un medio de habituarme a lo que llamaba «un trabajo pastoral al servicio del Señor», sería hacer que acompañase a María Gracia en sus visitas. Si se recuerda que yo tenía solamente ocho años y medio cuando se puso este plan en ejecución, no chocará saber que no le coronó un buen éxito. Las visitas a los pobres me eran muy desagradables; me sentía intimidado, no se me ocurría nada que decir, no comprendiendo además sino con mucho trabajo el suave dialecto del Devonshire. Por añadidura, temía y detestaba la atmósfera de los patios. Había que pasar por toda la gama de los olores, unos tan débiles, que acariciaban la nariz como un beso de hada; otros tan violentos, que tumbaban de espaldas; unos empalagosos, nauseabundos; otros amargos, con un dejo de aceite capilar rancio. Había los nobles y francos olores de porquerizas y pozos negros, que son sin vergüenza lo que son; pero había también los olores femeninos, disfrazados de mil maneras, en que los aromas de los perfumes baratos parecían mezclarse vagamente con las emanaciones del cubo de tocador. No era, a lo que creo, que nuestras aldeanas fuesen particularmente sucias; pero la ciencia sanitaria no se había inventado aún, y mi pobre nariz era sensible hasta un punto enfermizo, incluso ridículo. Volvía a menudo de nuestras visitas a los *Santos* completamente incapaz de probar mi frugal cena.

Había una ocasión, sin embargo, en que no sentía la misma repugnancia en juntarme al ministerio pastoral de María Gracia. Cuando ésta me anunciaba, una hermosa tarde, que iríamos a Pavor y a Barton, siempre sentía prisas por marchar. Tratábase de dos aldeuelas comprendidas en nuestra parroquia, puntos de partida probablemente de su población. Pavor, aun en aquella época, se hallaba en un estado tal de decrepitud, que no existía ya, por decirlo así; pero Barton con-

servaba su calle irregular de antiguas casucas. Pero todas tenían un patiecillo o jardincillo, llenos algunos de rosas, jazmines y de ese lindo arbusto trepador que en ninguna parte se da mejor que en Devonshire, y que se llama níspero del Japón. Barton ofrecía un chocante contraste con nuestro pueblo rudo, de mezquinas casas modernas y sin vegetación. Húmedas colinas rodeaban el caserío de Barton; árboles centenarios, que le cubrían con su sombra, llegaban allí por un paseo que en aquella primavera fue para mí una maravilla y una revelación, porque, según las mismas expresiones de Shelley:

Allí, en los tibios setos, brotaban el abundoso agabanzo,—el verde césped y el oxiacanto, color de luna,—las flores del cerezo y blancos cálices, cuyo vino—era el brillante rocío no secado aún por el día;—y las rosas silvestres y la hiedra trepadora—con sus botones y sus hojas sombrías extendiéndose por doquiera.

Alrededor, y más allá de Barton, extendíase para mí el país de las Hadas. Todo era misterioso, inexplorado, de una riqueza infinita. Yo penetraría en él, con la espada de la ilusión en la mano y en la cabeza el casco del valor, «cuando fuese un mozo», decía sentenciosamente a María Gracia. Por el momento, había que contentarnos con ser una pareja poco aventurera: una mujercita doblada en dos y un niño muy serrote, que caminaban despacio de Pavor a Barton, y hablaban muy familiarmente en un lenguaje en que los términos bíblicos se mezclaban de una manera chocante con las frases más corrientes.

Cuando volvíamos, mi padre me preguntaba a veces detalles sobre nuestra excursión: adónde habíamos ido, qué habíamos visto, qué testimonio habían podido dar las personas visitadas de la bondad del Señor para con ellas; cómo María Gracia había contestado, a manera de exhortación, de reprensión o de consuelo. Estas preguntas, que detestaba entonces, me fueron útiles, porque me habituaron a concentrar mi atención sobre lo que ocurría en nuestras visitas, a fin de poder dar

cuenta de ello si me lo preguntaban. Mi padre se mostraba muy indulgente en esto; ejercitaba mis medios de expresión, y no se burlaba de mí cuando la inteligencia me faltaba. Pero oí que Miss Marks y María Gracia discutían el asunto, haciendo alusiones «al que usted sabe que no está a cien millas de aquí», creyendo que no reconocería yo el pájaro por tener metida la cabeza en un saco de metáforas. Comprendía perfectamente, y deduje que no les parecía prudente llevarme a lugares malosanos. Así, María Gracia llegó gradualmente a no llevarme consigo sino cuando iba al campo; y aun entonces, al entrar en una casa, me dejaba casi siempre afuera, correteando entre las flores y persiguiendo mariposas.

No puedo, sin embargo, pasar en silencio el importante lugar que ocuparon en nuestra vida, en la primavera y durante el verano de 1858, las visitas a la playa para coleccionar ejemplares de la fauna submarina. En cuanto se hubo calmado el dolor sufrido por su fracaso como teórico, mi padre volvió a la principal ocupación de su vida: el estudio práctico y detallado de las formas animales. No era un biólogo, en el verdadero sentido de la palabra. La luminosa indicación dada por Flaubert sobre lo que debe ser la acción del pensamiento científico, «emancipando el espíritu y pesando los mundos, sin odio, sin miedo, sin piedad, sin amor y sin Dios», estaba en absoluta oposición con la actitud de mi padre; pero, no obstante, poseía vastos conocimientos científicos. Sin embargo, lo repito, no era un filósofo; era incapaz, por temperamento y por educación, de hacer vastas generalizaciones y substraerse, con una amplia ojeada de conjunto, a la molesta minucia de los detalles. Nada se le escapaba cuando miraba a través de una lupa; era ciego ante la inmensidad de la naturaleza. Faltábanle totalmente ciertos sentidos; creo que, a pesar de su sentimiento de la justicia, no tenía ninguna idea de la importancia de la libertad; a pesar de toda su inteligencia, el círculo en que se movía su espíritu era muy limitado; a pesar de toda su fe en la palabra de Dios, no tenía ninguna confianza en la bondad

divina; y a pesar de toda su piedad, tomaba habitualmente el temor por el amor.

Era en la playa, andando a lo largo de los pedregales o trepando por los conglomerados que avanzaban en promontorio entre blancas espumas, o inclinándose sobre alguna charca dejada por la marea en el hueco de alguna roca, depósito de nuestras riquezas—era en estas circunstancias cuando mi padre se mostraba más dulce y más humanizado.—Aquella mirada dura, que contraía sus ojos y que me era tan penosa; aquella mirada procedente de una angustia moral que le quitaba el sueño, desaparecía, y su cara tomaba una expresión siempre grave, sin duda, pero serena y benévola. Las charcas de agua de mar azul y oscura reflejaban, entre las algas lisas y lucientes, las figuras de un hombre de edad media y de un muchachito, ambos igualmente ardorosos en sus pesquisas, y casi me atrevo a decir que igualmente bien preparados para este trabajo.

El que tratara en nuestros días de ir a aquellas riberas y seguir nuestras huellas, hará bien en darse cuenta, antes de tomarse el trabajo de remangarse, que su celo sería perdido. No hay ya nada donde antes había tanto. Entonces, en el intervalo de las mareas, las rocas eran jardines submarinos de una belleza que parecía a menudo fabulosa y era positivamente engañadora, porque si alzaban con mano delicada las cortinas de algas del estanque no rizado por el viento, podíase ver un instante sus paredes y su fondo sembrados de flores vivientes, de color marfileño, amarillo, anaranjado y amatista, que, sin embargo, desaparecían en los huecos de las rocas en cuanto se tiraba una piedra para disipar el sueño mágico.

Hace un medio siglo, en las costas del Devonshire y de Cornouailles, en que la piedra calcárea de la orilla del agua está a veces completamente perforada, la línea de marea era como la urna griega de Keats, «la esposa aún no raptada de la soledad».

Las charcas y los estanques estaban siempre llenos; que la marea fuese alta o baja, no eran agitados más que dos veces

cada veinticuatro horas, cuando las corrientes frías de la pleamar iban a llenarlos; luego los dejaban desbordantes, prestos a ser vivificados por los vientos tibios del aire. Hubiéranse dicho cestos de flores vivas, de una perfección tan exquisita, que mi padre, a pesar de las exigencias de su trabajo, se detenía a menudo, antes de arrancarlos, y decía: «Verdaderamente, es lástima perturbar semejante reunión de maravillas.» La antigüedad de aquellos estanques y la sucesión infinita de sus criaturas muelles y radiantes: anémonas de mar, plantas marinas, conchas, peces que los habían habitado sin ser molestados desde la creación del mundo, ocupaban la imaginación de mi padre. «Llegamos de pronto—decía—adonde nadie antes que nosotros pensó ir; si el Edén se hubiera encontrado en Devonshire, Adán y Eva, al avanzar alegremente para bañarse en la espuma irisada por el arco iris de mil colores, hubieran visto idénticamente las mismas cosas que nosotros veíamos entonces: los salicocos deslizándose como transparentes chalupas, la *Anthea* agitando en el crepúsculo sus espesos tentáculos de un blanco de cera, y las familias del alga comestible dejándose llevar dulcemente por la corriente del agua, como inmensas banderas rojas desplegadas.»

Nada de esto existe ya desde hace tiempo. El círculo de bellezas vivientes que rodeaba nuestras riberas era muy reducido y muy frágil; si existió durante tantos siglos, fue únicamente gracias a la indiferencia, a la dichosa ignorancia de los hombres. Estos estanques de rocas, rodeados de coralinas, llenos de agua inmóvil, casi tan translúcida como el aire, en donde la vida pululaba bajo sus formas más bellas y más sensibles, no existen ya; han sido todos profanados, vaciados, despoetizados. Un ejército de coleccionadores ha pasado por ellos y ha entrado a saco en cada rincón. El paraíso fantástico ha desaparecido, el maravilloso producto de siglos de selecciones naturales ha sido aplastado bajo los rudos pies de la curiosidad bien intencionada, pero imprevisora. Mi padre, tan respetuoso, tan conservador, es responsable, por el hecho de la populari-

dad adquirida por sus libros, de una calamidad que no había previsto; pronto se dió cuenta de ello y experimentó un gran pesar. Nadie verá ya en las riberas de Inglaterra lo que yo vi en mi infancia: esa aparición submarina de rocas, salpicadas y estrelladas de una infinita variedad de anémonas y empavesadas con sedosas banderas purpúreas y carmesíes.

Al revivir estas impresiones, no puedo ponerlas en un orden cronológico exacto. Las expediciones de que hablo empezaron pronto en 1858; llegaron a su apogeo durante el verano de 1859 y no cesaron por completo, a lo menos en lo que concierne a mi padre, hasta veinte años después. Pero mientras que componía lo que, al decir de los sabios, es su contribución más valiosa a la ciencia: *Historia de las anémonas de mar y de los corales de Inglaterra*, fue cuando trabajamos a orillas del Océano con este fin definido, y la última parte de esta obra, todavía clásica, estuvo dispuesta para la imprenta en 1859.

He aquí cómo trabajaba mi padre en ocasiones. Metíase hasta la cintura en uno de aquellos inmensos estanques, para examinar la superficie de la roca encima y debajo del agua. En esos lugares difíciles de acceso (en los que yo no podía aventurarme nunca obligado a permanecer—Andrómedes un poco temeroso—encadenado en terreno más seguro) se ocultaban especies animales y vegetales de una variedad maravillosa. Mi padre buscaba los sitios de la roca que mejor refugio ofrecían a una gran variedad de criaturas vivas, y cortaba fragmentos lo más bajo posible en el agua. Estos trozos de roca eran inmediatamente sumergidos en jarras de agua salada que llevábamos con tal objeto. Cuando recogíamos todo lo que podíamos llevarnos, emprendíamos el camino de vuelta, largo y escarpado. En casa, poníamos nuestro botín en unas artesas bajas llenas de agua de mar. Al cabo de unas horas, cuando todas las impurezas habían caído al fondo y se habían repuesto del transporte todos los seres vivos que habíamos traído, empezaba mi trabajo. Mi vista, a pesar de una miopía molesta, era de una fuerza y de una claridad extraordinarias. Incapaces de examinar los

objetos a la menor distancia, mis ojos se habían habituado a ver todos los detalles de una superficie infinitamente pequeña. La artesa con nuestros trofeos estaba sobre una mesa, cerca de la ventana, y yo, de rodillas en una silla, frente a la luz, me inclinaba sobre la superficie hasta que no estuviese más que a una o dos pulgadas de mis ojos. A menudo, en mi celo me inclinaba tanto que metía la nariz en el agua, lo que me daba un ligero estremecimiento. Si un espectador ocioso me hubiera encontrado en esta actitud, hubiese creído que trataba de lavarme la cabeza y que no me determinaba a meterla. Permanecía a veces mucho tiempo conteniendo la respiración y examinando con extremo cuidado cada átomo de roca, cada partícula de restos. Mi padre hubiera necesitado una lupa para este trabajo; usaba una para comprobar y completar mi examen. Él mismo ha testimoniado bondadosamente la utilidad de mis observaciones en su *Actinología Británica*, en donde dice que debe mucho «a la vista penetrante y bien ejercitada de su hijito». Y si está permitido hacer el propio elogio, ¿cuántos eminentes biólogos y miembros célebres de la Sociedad Real podrían jurar, con la mano en la conciencia, que antes de la edad de diez años habían añadido no solamente una nueva especie, sino un nuevo género a la fauna británica? Esto lo puede hacer, sin embargo, el autor de estas páginas, porque el 25 de Junio descubrió un corpúsculo infinitesimal, y corrió, presa de la mayor agitación, a anunciar el descubrimiento de aquel animálculo, «cuya forma le era desconocida», y que desde entonces figura en todas las listas de anémonas de mar como la *Phellia murocincla*. ¡Ay! ¿Cómo es que tan hermoso comienzo no haya producido un biólogo más?

Aquellas deliciosas idas y venidas a orilla del mar hubieron de mejorar mucho mi salud; sin embargo, todavía la consideraban frágil. Me abrumaban con mantas y tapabocas, y cuando paseaba entre Miss Marks y María Gracia, parecía un fardo de franela. Esto bastaba para darme un aspecto delicado que los Santos no tenían el menor escrúpulo de comentar ante mí,

de la ruda manera que les era habitual. Me impresionó mucho la conversación que tuvieron una noche las criadas junto a mi cama. Una enorme cocinera, Susana y Kate, la charlatana y pesada doncella, que componían nuestra servidumbre, estaban una noche de verano, no sé por qué, cada una a un lado de mi cama y hablaban. Yo había cerrado los ojos y permanecía completamente inmóvil a fin de evitar hablarlas.

—¡Pobre corderillo!—dijo Kate en tono familiar;—no estará mucho tiempo en este mundo; seguramente que se va a ir con Jesús, no tardando, a juzgar por su cara.

—Nada de eso—contestó Susana;—yo he soñado con él, y estoy segura de que será conservado para el servicio de las misiones.

—¡Para el servicio de las misiones!—repitió Kate impresionada.

—Sí—continuó Susana con énfasis solemne;—derramará su sangre por el Señor en los países paganos; es lo que le espera en el porvenir.

Cuando se marcharon empecé a dar puñetazos en las mantas, y juré que, sucediese lo que quisiera, no iría jamás, jamás, a predicar el Evangelio entre esos horribles negros de los trópicos.

## CAPITULO VII

En la historia de una infancia tan claustrada y tan uniforme como la mía no puede callarse una verdadera aventura como la de mi rapto en público con éxito completo. En nuestro pueblo había varios inocentes, maníacos inofensivos, que habían pasado más o menos los límites que separan las gentes insensatas de las sensatas. La opinión pública no los rechazaba; tomaba bajo su protección a algunos de ellos, de los que mi padre sospechaba que exageraban su torpeza intelectual a fin de evitar todo trabajo, como esos perros que, como sabemos todos, podrían hablar también como nosotros si no temieran tener que ganarse la vida. Miss Mary Flaw era uno de esos espíritus pobres; aunque había gozado de cierta inteligencia y de viveza de ingenio, su razón se había quebrantado y estaba completamente perturbada. Hija de un pastor retirado, vivía con unos parientes en una casita solitaria, en las alturas de Barton Cross. María Gracia y yo llegábamos algunas veces hasta allí cuando teníamos que cumplir nuestros deberes pastorales. Más adelante, cuando leí estos versos célebres, en los que el filósofo dice:

«Cuando en la vertiente de la vida me sienta declinar,—  
ojalá tenga la suerte—de procurarme un sillón cómodo—y una  
cama que domine el mar inmenso»,

pensaba instintivamente, y pienso todavía, en la elevada morada de Mary Flaw. Un pórtico cubierto de jazmines servía de

abrigo a la vez contra la lluvia y el sol; pero una especie de pabellón, desde donde se veían las aguas de la bahía, daba un encanto particular a aquel lugar, que estaba amueblado con unas cuantas sillas y una mesa incrustada de conchas. A la entrada había un cómodo sillón, destinado, supongo yo, para que descansase M. Flaw o para recordar su memoria, porque no puedo recordar si había muerto o vivía.

Las visitas a Mary Flaw hacían mis delicias. Ricibiame siempre con efusión; corría a nuestro encuentro y nos conducía, llevándonos de la mano, con un movimiento de baile, que me parecía infinitamente gracioso, hasta el pabellón de conchas, en donde nos obsequiaba con leche del Devanshire y unas galletas duras como piedras. Me gustaban mucho las charlas de Mary Flaw; me divertían sus rarezas y el tono caprichoso de su conversación, que era como una melodía que pasara constantemente de una clave a otra. Gracia decía con razón: «Nunca se sabe lo que la buena de Mary Flaw va a decir.» Y el hecho de que ella misma no lo sabía era un nuevo encanto.

El espíritu de la pobre muchacha se había perturbado a consecuencia de un desengaño amoroso; pero, naturalmente, yo no sabía nada de esto e ignoraba por completo su dolencia. Me parecía ingeniosa, original, y la quería mucho. Modestia aparte, los acontecimientos que van a seguir parecen probar que ella experimentaba la misma predilección.

Mis Flaw fue desde el principio una adepta apasionada de mi padre, y nadie la impidió nunca que viniera a nuestras reuniones, cosa que prueba la indulgencia singular de las aldeanas. Los domingos por la tarde, la mayoría del auditorio estaba sentada en unos bancos con respaldos, dispuestos en el centro de la sala, y que dejaban un paso alrededor; otros bancos había apoyados en las paredes. Mi padre predicaba desde un púlpito que daba frente a los oyentes. Si anochecía durante el servicio, Ricardo Moschay, cuyas blancas vestiduras lucían en la sombra, daba lentamente la vuelta a la sala, con una caja

de cerillas en la mano, para encender las velas de sebo. Mary Flaw se adjudicaba el puesto de honor en el extremo del banco de la izquierda, justamente enfrente de mi padre. Miss Marks y María Gracia, entre las que yo estaba, ocupaban el lado derecho del mismo banco. Mientras que el piadoso albañil desempeñaba sus funciones, Mary Flaw tenía la costumbre de dirigirle desde su sitio, indicándole con el dedo las velas que debía encender, pero Moschay no la hacía ningún caso. Ella hacía esto de la misma manera que el clown indica en el circo a los criados cómo se ha de arreglar la escena, y Moschay se comportaba con ella como los criados se comportan con el clown.

Mary Flaw tenía otra particularidad: seguía de un extremo a otro, sin pronunciar palabra, un servicio exactamente semejante al nuestro, pero mucho más corto. He aquí cuál era el orden del servicio: Mi padre rezaba y todo el auditorio estaba arrodillado; en seguida indicaba un cántico, que casi todos cantaban de pie. Aquí colocaba la predicación, que duraba cosa de una hora, y que nosotros escuchábamos sentados; luego venía otro cántico, seguido de una oración y de la bendición.

Mary Flaw seguía este ritual, pero en menor escala. Nosotros nos arrodillábamos todos juntos; pero, cuando nos levantábamos, ella estaba ya de pie y hacía como que cantaba sin proferir un sonido; en medio de nuestro cántico, se sentaba, abría su Biblia, buscaba un texto y escuchaba una predicación imaginaria que nuestro sermón no tardaba en coger, y con el que coincidía durante casi tres cuartos de hora. De repente, mientras que mi padre continuaba tranquilamente hablando, Mary Flaw se levantaba y cantaba en silencio, si así puede decirse. Una vez terminado su canto imaginario, se arrodillaba y rezaba, volvía luego a levantarse, recogía todos sus bártulos y salía de la capilla con majestuosa ligereza, en tanto que mi padre seguía redondeando sus períodos desde el púlpito. Nunca nadie pensó en impedir que hiciera lo que quisiese, ni en contrariar a la pobre criatura en sus inocentes caprichos hasta el día del gran acontecimiento.

Todo fue culpa mía. Mary Flaw, aquella tarde, concluyó su servicio imaginario más pronto que de costumbre. Estuvo de pie con un libro de Cánticos en la mano, y luego se arrodilló sola en actitud de recogimiento. Se levantó, se sentó un instante para ponerse los guantes, coger la Biblia y su libro de Cánticos y meter el pañuelo en el bolso. Dispuesta a marchar, miró en torno de ella con expresión amable, mientras que mi padre, siempre tranquilo, hacía vibrar su voz sobre nuestras cabezas. Yo no sé por qué los manejos de Mary Flaw llamarían particularmente mi atención aquella tarde; me incliné y encontré la mirada de la demente; ésta meneó la cabeza, contesté yo, y no sé cómo sucedió una cosa extraordinaria. Mary Flaw, con una prontitud increíble, se adelantó y, rápida como el relámpago, me cogió por el cuello de mi blusa, me arrebató a mis protectoras, paralizadas de estupor, salió corriendo de la capilla y se perdió con migo en la obscuridad.

Mi padre vió con estupefacción desde lo alto del púlpito desarrollarse esta escena, y se paralizó en seco en sus labios la oleada de sus exhortaciones. No se movió ni uno de sus oyentes; nadie más que él se había dado cuenta de lo que pasaba. Los Santos le miraban fijamente paralizados.—«¿Pero no los detiene ninguno de vosotros?»—exclamó él con voz tonante cuando franqueábamos la puerta.

Nos precipitamos entre las tinieblas húmedas, a través del pueblo no iluminado por ningún farol, hasta el lugar en que, a los pocos minutos, los miembros más ágiles de la Congregación, con mi padre a la cabeza, nos encontraron sentados en el umbral de la carnicería. La autora de mi raptó estaba ya completamente tranquila, y no se opuso a que la dejase «sin un solo beso, si un adiós siquiera», como dijo el poeta.

Aunque por el momento no había sido grande mi susto, mis nervios quedaron sin duda quebrantados por la escapatoria, y tal vez a causa de esto debí la vuelta de las penosas visiones que sufrí en mi primera infancia. Volvieron con una fuerza y hasta con una violencia debidas a mi creciente madu-

rez. En cuanto ponía la cabeza en la almohada, parecíame tomar parte en una desenfrenada carrera a través del espacio. Una fuerza misteriosa, que me tenía tan apretado que me sentía como un átomo entre sus lazos, me llevaba con rapidez por un puente estrecho, infinito, bajo el que un torrente rumoroso se precipitaba a ambos lados a una profundidad vertiginosa. Al principio, nuestra carrera a rienda suelta (porque yo tenía los pies y los puños ligados como Mazeppa) iba en línea recta; después empezaba a hacer curvas, y nos poníamos a correr con una velocidad y un estrépito espantosos, en un vórtice monstruoso, deslumbrador de luces, lleno de ruidos ensordecedores; enormes círculos concéntricos nos abismaban, girando por encima y por debajo de nosotros. Parecía que aquella fuerza misteriosa y yo nos precipitábamos febrilmente hacia un fin al que tendían todas nuestras energías concentradas; la desesperación que desgarraba mi corazón me mostraba la imposibilidad de alcanzar aquel fin que sólo él podía salvarnos del [aniquilamiento.] Allá a lo lejos, en medio de los grandes torbellinos luminosos, percibía el fin de color rubí, que crecía y disminuía alternativamente y, en el que estaban escritas, o más exactamente, que formaban las letras de la palabra CARMÍN.

Esta visión turbadora se repetía todas las noches, y me llenaba de un sentimiento de indecible angustia. Los detalles cambiaban muy poco, y yo sabía lo que me esperaba cada vez que me metía en la cama; estaba seguro de que durante unos minutos lucharía con mis sábanas heladas, y trataría de mantenerme despierto, pero que caería casi inmediatamente en aquel terrible reino de tempestad y violencia, en el que me encontraría atado de pies y manos, y sería lanzado al galope a través del infinito. Me despertaba a menudo para ver con indecible alivio, a los lados de mi cama, a Miss Marks y a mi padre, atraídos por mis gritos. Me libraban de mi pesadilla, porque ésta rara vez se repetía en la misma noche, pero les apenaba mucho no saber cómo concluir con ella definitiva-

mente. Mi padre, en su ternura, se imaginaba que iba a exorcisar al demonio con la oración. Entraba en mi cuarto cuando yo iba a acostarme, y se arrodillaba a mi cabecera. La luz de una vela puesta en la chimenea iluminaba su oscuro pelo, y, con la cara metida entre las mantas, de donde salía su fuerte voz ahogada, mi padre rogaba a Dios que me preservase de los espíritus malignos que vagan por las tinieblas e impidiera que me tragase el abismo.

Esta breve ceremonia distraía mis pensamientos, y en este sentido, tal vez hubiera podido ser útil, pero fue causa de un incidente desgraciado. Mi padre acabó por aficionarse á sus oraciones junto a mi cabecera y a prolongarlas. Quizás eran demasiado largas, pero yo lograba algunas veces, mediante un poderoso esfuerzo, mantenerme despierto hasta el final. Sin embargo, una noche, una desdichada noche, le ofendí mucho más gravemente que si me hubiera dormido; mi padre rezaba en alta voz, en la actitud que acabo de describir, y yo estaba medio sentado, medio echado, con la ropa subida hasta la barbilla. De repente, un insecto bastante grande y achatado, de color oscuro, y con más patas de las que debería tener un insecto que se respete, apareció en mi cubrepiés y avanzó lentamente. Creo que no tenía nada de espantoso y que era sencillamente un coleóptero. Pasó sin tropiezos la cabeza de mi padre, que formaba una redondez negra y lisa y trepó derechamente hacia mí, cada vez más cerca, hasta que me pareció un hormiguero luciente de cuernos y de patas. Lo soporté en silencio como fascinado, hasta que llegó casi a hacerme cosquillas en la barbilla; entonces grité: «¡Papá, papá!» Mi padre se levantó furioso, quitó el insecto (¿qué era un insecto para él?) y me zarandeó de lo lindo.

No olvidaré fácilmente la desesperación que este incidente me produjo. La vida se hace abrumadora con exceso cuando a las visiones de dentro y a los coleópteros de fuera se une el sentimiento de que se ha ofendido gravemente a Dios con una falta de respeto. Es difícil explicarme la violencia del enfado

de mi padre por mi grito, sino pensando que cedió a un sentimiento de vanidad bien humana. No puedo menos de creer que gustaba él de oírse hablar a Dios ante un auditorio admirativo. Rezaba con fervor y animación, en un puro inglés johnsonian, y creo que no soy irrespetuoso añadiendo que parecía complacerse en el sonido de sus propias devociones. Mi grito de angustia, pensaba él, había interrumpido inútilmente la santa y digna ceremonia.—¡Tu, hijo de un naturalista!—observó él con tono terrible y solemne.—¿Pretendes que te dé miedo un insecto? Eso no puede ser—añadió,—sino para evitar testimoniar tu fe en la oración. Si tu corazón hubiera hecho su elección, si suspirara por el Señor, se necesitaría algo más que los movimientos de un coleóptero para turbar las oraciones fervorosas al pie de su trono. Ten cuidado, porque Dios es un Dios celoso, y consume en su cólera al que ladra como un perro.

Mi padre se complacía en repetir en toda circunstancia: «Nuestro Dios es un Dios celoso.» Gustaba de esta expresión, que tomaba, supongo, en un sentido anticuado. Acostumbraba a decir a los Santos de nuestra Sala, con tono amable y sonriendo: «Estoy celoso de vosotros, mis muy queridos hermanos y hermanas; estoy lleno de santos celos.» Algunos de los Santos (lo sé, porque se lo oí decir a Gracia al hablar con Miss Marks) lo interpretaban así: creían que a mi padre le molestaba que algunos de ellos fuesen a la capilla Wesleyana, los jueves por la tarde. Pero mi padre era absolutamente incapaz de tener sentimientos tan mezquinos; llamaba «celos», una solicitud elevada, una vigilancia atenta, una preocupación de la dignidad espiritual de sus hermanos. Cuando me decía que no olvidase que Dios es un Dios celoso, entendía con esto, sin duda, que mis pecados y mis faltas no eran indiferentes al Sér divino. Pero al pensar ahora en esto, hallo extraordinario que un hombre tan instruído y tan inteligente, insistiese aún sobre la cólera supuesta del Señor más bien que sobre su piedad y su amor. Nada hace mejor resaltar la falsedad de esta singular

doctrina del puritanismo extremado que esta idea de un Jehovah omnipotente seriamente ofendido y pronto a vengarse por que un niño nervioso, de nueve años, haya perturbado una oración por miedo a un insecto.

El hecho de que la palabra *carmin* fuera el fin de mis anhelos visionarios, no es tan inexplicable como puede parecer al pronto. Mi padre pintaba en aquella época numerosas acuarelas que representaban los ejemplares menores y hasta los más microscópicos de la vida; los ejecutaba a la manera de los miniaturistas, con asombrosa exactitud de formas y un brillo de colorido que cincuenta años no han podido empalidecer. El más costoso de sus colores era el carmesí vivo, que se fabrica con esencia de cochinilla. Desde hacía algún tiempo, me había hecho yo un ferviente admirador de sus obras de arte y me autorizaba a servirme de todos sus colores, excepto de uno. Me tenía expresamente prohibido tocar, ni con la punta del pincel, la única masa informe de carmín que poseía. Estábamos persuadidos, pero no sé si la cosa era posible, que el carmín de aquella calidad superior se vendía a una guinea el trozo. El carmín se convirtió para mí en el sumo del lujo, en el símbolo de todo lo que el gusto, el arte y la riqueza combinados pueden producir. Me imaginaba, por ejemplo, que en el festín de Baltasar, el más alto copete de oro rodeado de flores y de joyas llevaba el más precioso tesoro del monarca: un pedazo de carmín. No conocía en el mundo objeto de lujo más apetecible que éste, y semejante obsesión, en las horas en que estaba despierto, explica suficientemente, me parece, que la palabra *carmin* fuese el tormento de mis sueños.

El incidente del coleóptero muestra la disposición de mi padre en aquella época bajo su aspecto más enojoso. Su severidad no hacía, tal vez, honor a su buen sentido, pero podría parecer más irrazonable de lo que era, si no diese yo ninguna explicación. Mi padre hubiera quizá censurado menos severamente los actos indignos de mi elevada vocación, y mi espíritu hubiera estado al mismo tiempo menos acorazado contra sus

dardos si hubiese habido entre nosotros las relaciones naturales de una familia piadosa. Hubiera sido más indulgente y hubiera, sin embargo, enajenado más fácilmente mis pensamientos si me hubiese tratado como a un niño corriente fuera todavía del cristianismo consciente. Pero se había formado de mí una idea que cultivaba con cuidado: yo era para él un alma de selección, un sér al que los misterios de la salvación se habían divinamente revelado y los había aceptado. En su imaginación, demasiado prevenida, yo era un niño en quien el Espíritu Santo había ya realizado un trabajo real y permanente. Me hallaba en el cercado mismo, había alcanzado esa posición privilegiada en que las ovejas están, como teníamos la costumbre de decir, separadas de los chivos. Otro niño podía portarse muy bien, pero si no se había conscientemente «apoderado de Cristo», sus buenas acciones eran entonces absolutamente inútiles; mientras que yo podía ser un malísimo muchacho y merecer ser a menudo castigado por Dios y por los hombres, sin que nada, según mi padre, pudiera invalidar mi elección y me impidiese ser más o menos pronto, quizá incluso después de muchos reveses, vuelto al estado de gracia.

La paradoja entre esta indiscutible santificación por la fe y mi malignidad, no menos indiscutible, preocupaba mucho a mi padre en aquel momento. Hacía de ello un frecuente tema de intercesión en los rezos de familia, y no temía revelar a nuestras criadas mis ofensas, que exponía, con melancólica sanción, ante el Señor. Estaba íntimamente convencido de que todas mis dolencias, todos mis males, todos mis dolores, me eran enviados para corregir mis defectos. Si me quemaba un dedo con un fósforo o me cogía la punta de la nariz en una puerta (para no mencionar sino dos tropiezos que acuden a mi memoria), mi padre exclamaba solemnemente: «¡Oh! ¡que estas aflicciones puedan ser santificadas para él!», antes de ofrecer un remedio a mi dolor; así es que cuando sufría cruelmente, casi hubiera deseado ser un niño impío, que no hubiese oído nunca hablar de los privilegios de la gracia redentora; decía-

me que tal niño no estaría sujeto a ninguna de las calamidades de que parecía estar sembrado mi camino.

No tenía, sin embargo, ninguna idea de lo que podían ser los sentimientos y la conducta de otro niño, porque, por raro que esto pueda parecer, hasta eso de los diez años, no conocí a criatura alguna de ese género. Los *santos* tenían niños, pero nunca se me había llevado a cultivar su compañía, y yo no tenía de ello el menor deseo. En los primeros meses de 1859, se me permitió, en fin, tratar a un niño de mi edad. Este permiso, por lo que me acuerdo, no me produjo el menor contento; lo acepté con filosofía, sin el apresuramiento y la satisfacción que se hubiera podido esperar que demostrase. Mi primer compañero fue un niño casi de la misma edad que yo, que se llamaba Benny (evidentemente abreviatura de Benjamín), Benny Jeffries; su madre (creo que no tenía padre) era una persona grave y seria, que poseía cierta holgura. Vivía en una casa más antigua y mucho mayor que la nuestra. Ir a jugar a casa de Benny, significaba un paseo que se me permitía ahora hacer solo, lo que me inspiró un grandísimo respeto para mí mismo.

Todo en mis recuerdos parece estar en contradicción con lo verosímil; evidentemente yo hubiera debido estar sumamente satisfecho y orgulloso de estas primeras relaciones con un muchacho de mi edad. Sin embargo, en verdad, no puedo decir que fue así. La madre de Benny poseía lo que me parecía una vasta finca con prados que rodeaban tupidos bosquecillos y un huerto en el que había antiguos árboles frutales. Lo grato de este lugar, lleno de césped y de sombra, complacía a mis sentidos, que chocaban con la fría desnudez de nuestro terreno. Había entre el jardín y la huerta una pared de ladrillos, a la que podíamos subir y desde la que teníamos una vista panorámica que me embelesaba en extremo. Pero no tenía la menor idea de cómo se jugaba, por no haber oído hablar nunca de ningún juego. Creo que Benny carecía de iniciativa casi tanto como yo. Vagábamos por el jardín, sacudiendo las malezas, escalando la pared; no recuerdo que hiciéramos nunca otra

cosa. Desgraciadamente, no podría repetir ninguna frase salida de los labios de Benny; no me acuerdo de ninguno de sus actos, de ninguno de sus gestos, si bien me acuerdo perfectamente del aspecto de ciertas personas mayores y hasta de las palabras que han pronunciado.

Recuerdo, por ejemplo, muy bien a Miss Wilkes, porque la estudiaba con mucha atención y un recelo impropio de mi edad. Con Miss Wilkes, se impone a nuestra observación un género de mujer que hasta entonces nos había sido completamente extraño. En nuestro Edén sin Eva, la mujer había sido siempre, si no *hirsuta et hórrida*, por lo menos «de cierta edad». Pero Miss Wilkes era relativamente joven, y en su manera de presentarse veíase que tenía conciencia de sus encantos. Todo en ella era femenino e impulsivo; cada gesto hablaba de inocencia juvenil y de una vida en su primavera. Imagino que en realidad no era ya de una extrema juventud, porque era la directora responsable y considerada de un gran colegio de niñas; pero en su corazón cantaba la alegría de vivir. Miss Wilkes tenía una carita redonda con ojos húmedos, y, cuando alzaba la cabeza, sus rizos parecían balancearse y vibrar como las campanillas de una pagoda. Tenía una manera encantadora de juntar las manos y apretarlas contra su pecho diciendo: «¡Oh! ¿de veras?», con seducción infinita. Era muy seria y suspicaz, y exclamaba a veces, suplicante: «¡Oh! ¿me dice usted eso para embromarme?», con un tono que hubiera llevado a un tigre a frotarse contra sus faldas.

Al cabo de un año, pasado en el retiro más absoluto, nuestro círculo de conocimientos empezaba, a lo que parece, a extenderse, a pesar de la repugnancia que tenía mi padre a entrar en relaciones con sus vecinos. Era una ciudadela que había que tomar a la fuerza; pero su presencia en el país excitaba tal curiosidad, que se concluyó poco a poco por intentar el asalto, a veces con cierto buen éxito. Carlos Kingsley, por su parte, no había vacilado en venir a vernos en cuanto llegamos. Veíase obligado a ir a menudo a la casa más cercana de

la nuestra, y, cada vez que lo hacía, entraba a saludarnos. Demostró una persistencia extraordinaria, porque mi padre debía de ser un amigo de prueba. Recuerdo muy bien que una mañana de la semana en que mi padre examinaba, en nuestra sala, apenas amueblada, a las personas que aspiraban a tomar parte en la comunión, vinieron a anunciarle la visita del señor Kingsley; mi padre replicó con voz estentórea:

—Diga al Sr. Kingsley que estoy ocupado en examinar la Escritura con algunos de los hijos del Señor.

Minutos después, al arrodillarme junto a la ventana, mientras que mi padre rezaba una oración antes de despedir a los candidatos, observé al autor de *Hypatia*, que se paseaba nerviosamente por el jardín, muy agitado e impaciente, prefiriendo sufrir aquel feo antes que renunciar al trato de mi padre. Kingsberg, espíritu atrevido, nos llevaba a veces en lancha a Torbay; y, aunque su nariz de pico de loro y su voz de carraca me asustasen un poco, su presencia animada aportaba alguna alegría a nuestro interior tan serio.

¡Pero cómo nos molestaban los otros visitantes que imitaron a Kingsberg sin tener las mismas excusas que él! Generalmente nos encontrábamos, mi padre con su microscopio, yo delante de un libro o de un mapa, en la sala del piso bajo, que llamábamos cuarto de estudio. El silencio era tan grande alrededor nuestro, que se hubiera oído suspirar a una anémona de mar. De repente sonaba una campanilla, y mi padre, con el ceño fruncido, murmuraba en voz baja: «¿Quién será?» Luego, al oír pasos que se acercaban, huía por el terrado hasta un cobertizo del jardín, en donde se refugiaba. Si el que llegaba era solamente el cartero o el recaudador de contribuciones, iba yo en busca de mi asustado padre para volverle a casa. Pero si realmente era una visita, y sobre todo una visitante, tenía yo el privilegio de usar del equívoco, y decía, con aire inocente: «Papá ha salido.»

En un paraíso tan bien guardado, no sé cómo logró deslizarse «aquella serpiente de Miss Wilkes», pero el hecho es que

penetró en él. *Rompía el pan* con los hermanos del vecino pueblo, desde donde dirigió movimientos estratégicos que, hasta cierto punto, fueron coronados de éxito. Declaró que la ciencia del microscopio la interesaba vivamente, y deseaba que algunas de sus jóvenes alumnas pudieran también estudiarla. Llegaba en compañía de una madre insignificante y de niñas a las que yo tenía a veces que enseñar, sin ganas, nuestros ejemplares de Historia Natural. Invadían el cuarto y turbaban nuestra tranquilidad con el rumor de su charla. Todas me eran insoportables, y me sentí singularmente atraído hacia Miss Marks cuando descubrí que experimentaba respecto de ellas igual antipatía.

Cualesquiera que fuesen los ascendientes que pusiera en práctica, no se puede negar que Miss Wilkes poseía cierto ascendiente. Ahora, cuando sonaba la campanilla, estaba yo encargado de ir a ver si era ella, antes de que mi padre se refugiase en el cobertizo. Miss Wilkes era una oyente a la que nada desalentaba, y mi padre tenía el genio de la enseñanza. Ella no se cansaba de repetir que desde que nos había conocido, se habían revelado a sus ojos las maravillas de Dios en la naturaleza. Permanecía obstinadamente contemplando formas horribles en el microscopio, hasta que el anillo de plata que formaba la gota de agua estallase como un relámpago y se disipara en vapor.

—¡Ah!—exclamaba a menudo Miss Wilkes,—no puedo decir más que una cosa: ¡Qué maravillosas son Tus obras!

Esta exclamación era siempre muy bien recibida. Aprendió los nombres latinos de varias especies de anémonas, y, al pensar en ello, me parece muy raro que se turbara la pobre muchacha. Estaba como pendiente de los labios de mi padre, y citaré un ejemplo que aclarará muchas cosas.

Mi padre tenía una manera extraordinaria de decir cuanto se le ocurría; declaró un día (supongo que se hablaba de modas) que para él, el blanco era el único color admisible para las medias de una dama. Las medias de Miss Wilkes habían

sido hasta entonces de color violeta oscuro, pero en adelante llevaba siempre medias blancas cuando venía a visitarnos. Miss Marks se lo hizo observar a su confidente en términos que creía ser velados, y yo comprobé la observación en los tobillos de Miss Wilkes. Miss Marks añadió con aire misterioso:

—Entre nosotras, mi querida Gracia, esa Miss Wilkes es una *minx*.

Yo tenía siempre mucha curiosidad por conocer el significado de las palabras, y *minx* era completamente nueva para mí. Busqué en nuestro diccionario inglés, y encontré esta definición: *Minx* (1), hembra del minnock; una insolente cortesana.

La cosa no aclaró mis ideas.

Que Miss Wilkes fuese una *minx*, o sencillamente una maestra bien intencionada, deseosa de distraer una existencia monótona, hízonos a menudo salir de nuestras casillas. ¿Conocía mi padre el peligro que corría? Según Miss Marks y Gracia no lo veía, y en el cuarto de costura, habitación que les servía de oratorio particular en verano, se elevaron numerosas plegarias para pedir que los ojos de mi padre «se abriesen antes de que fuera demasiado tarde». Pero estoy inclinado a creer que estaban siempre abiertos, o por lo menos, entreabiertos, y que se deslizaba bajo sus párpados bastante luz para iluminar el fondo práctico de las cosas. Más adelante, cuando le recordaron a Miss Wilkes, dijo con cierta complacencia: «¡Ah, sí! Me procuró muchas distracciones durante mi viudez.» Iba él a veces al colegio, cuyo jardín, que fue un tiempo el teatro de un crimen, se hallaba pintorescamente situado sobre el borde de un acantilado. Llevábame siempre y no me soltaba en estas visitas, a pesar de la solicitud de Miss Wilkes, que temía que el cansancio y la excitación fuesen demasiado grandes para las fuerzas «del querido pequeño», y quería hacer que descansara un poco en el sofá del salón.

Por esta época empezó a discutirse la cuestión de mi edu-

---

(1) Nutria; en sentido figurado, mujer casquivana.

cación. Y no era prematuro el asunto; Mis Marks se mostraba desde hacía ya mucho tiempo completamente insuficiente en este concepto, puesto que sus escasos conocimientos se evaporaban, supongo, como la gota de agua bajo el microscopio, a medida que se extendía el campo de sus deberes ordinarios. Los asuntos que me gustaban y sobre los que poseía libros, me los enseñaba yo mismo asiduamente; en cuanto a los otros asuntos, mucho más numerosos, no los aprendía nada. Como Aurora Leigh,

Rocé con la punta del volante  
el círculo del Universo,

particularmente la zoología, la botánica y la astronomía. No toqué la geología, ciencia que mi padre consideraba como tendenciosa para fomentar la incredulidad. Copié una gran cantidad de mapas, leí todos los libros de viajes que pude encontrar; pero no aprendí ni las matemáticas, ni las lenguas extranjeras, ni la Historia, a riesgo de quedarme groseramente ignorante en estas importantes materias.

Costaba esto a mi padre un sacrificio de tiempo; pero comprendió que debía hacer algo para llenar estas lagunas. Empezamos el latín en un librito de lecturas del siglo XVIII, que había servido a mi abuelo. Consistía en una lista de palabras y de feos cuadros de conjugaciones y declinaciones, presentados de la manera menos atractiva posible. Me instalaban en el cuarto de estudio para que me aprendiese una larga página de esta compilación, bajo el cuidado de mi padre, que escribía o pintaba. En verano, la ventana estaba abierta, y mi silla al lado. Afuera, una abeja sacudía un macizo de clemátidas, o una mariposa roja abría y cerraba sus alas en la caldeada baranda del terrado, o bien un mirlo atravesaba, corriendo, el césped. Era casi más de lo que la Naturaleza humana puede soportar, el permanecer inclinado sobre aquel tedioso librito latino con sus tapas de piel de cordero, que oían a cola.

Pero me vi recompensado de este heroísmo con un placer delicioso y completamente inesperado. A fuerza de oírme re-

petir las letanías de nombres y verbos, mi padre sintió revivir en él el recuerdo de sus clásicos. Durante los años solitarios que pasó antaño a orillas de las cataratas, en la parte del Canadá que confina con los territorios pantanosos de las Indias del Oeste, su Virgilio fue para él un inestimable consuelo. Para las gentes de una piedad exagerada, hay algo reprehensible en la mayor parte de los escritores de la antigüedad: Horacio, Lucrecio, Terencio, Cátulo, Juvenal. En cada uno hay un lado que rechaza el lector decidido a no saber más que Cristo y Cristo crucificado. Sin embargo, se ha reconocido desde tiempo inmemorial, en la Iglesia cristiana, que esta objeción no se aplica a Virgilio. Es el más evangélico de los poetas antiguos, el que se puede disfrutar sin tener mucho que suprimir o que excusar. Una tarde, mi padre tomó el *Virgilio* de lo alto de su biblioteca, y sus pensamientos erraron muy lejos de las cosas que le rodeaban. Viajaba de nuevo en el pasado. Aquel libro (edición *ad usum Delphini*, fechado en 1798) le había seguido en todos sus viajes. La cubierta, de piel de cordero, tenía un arañazo hecho por una espina en un bosque de Alabama. Y en el crepúsculo, al cerrar el volumen, olvidado de mi presencia, empezó a murmurar y a recitar de memoria estos versos adorables:

Tityre, tu patulo recubans sub tegmine fagi (1).

Dejé mi juego y escuché, como si fuera el canto del ruiseñor, hasta este pasaje:

Tu Tityre, lentus in umbra.

Formosam resonare doces Amaryllida silvas (2).

—¡Oh, papá! ¿Qué es eso?—no pude menos de preguntar. Tradujo los versos, me explicó su sentido, pero esto no excitó

(1) Tityre, sentado al abrigo de esta amplia haya.

(2) Tu Tityre, muellemente tumbado a la sombra.—Enseñar a los bosques a repetir el nombre de la bella Amaryllis.

en mí sino un mediano interés. ¿Qué me importaba la hermosa Amaryllis? Ella y su enamorado Tityre no despertaban ninguna imagen en mi espíritu.

Pero se me había revelado un milagro: la incalculable, la maravillosa belleza que existe en el sonido de los versos. Mi instinto prosódico se había despertado repentinamente aquella tarde, mientras que mi padre y yo estábamos solos, sentados en el comedor, después del té, sin pensar en exhortar o en aprender. La armonía de los versos «esa brisa que juega en medio de las flores», como dice Coleridge, descendía de las rosas, como lo hubiera hecho una mariposa, y mi corazón se sintió desde aquel momento presa para siempre de su encanto mágico. Hice que mi padre, un poco asombrado de mi insistencia, repitiera los versos varias veces. Al fin, mi cerebro pudo retenerlos, y cuando andaba por el jardín de Benny, o me inclinaba a los estanques que deja la marea a orillas del mar, oía en todo mi ser resonar este verso:

«Formosam resonare doces Amaryllida silvas.»

## CAPITULO VIII

En el capítulo anterior me he detenido en recordar algunas circunstancias más bien fútiles de nuestra vida de entonces. Necesito ahora considerarla bajo un aspecto menos frívolo. Mientras que avanzaba mi décimo año, mi carácter se desarrollaba de una manera que podía inspirar a mi padre, si no alguna inquietud, por lo menos serias reflexiones. Mi inteligencia tomaba manifiestamente cierto vuelo, y nuestros visitantes se lo hacían observar a mi padre. Crecía yo rápidamente. Hasta entonces no había sido más que un niño. En adelante, no debía ya parecer de menos años que los que tenía. A juzgar de las cosas retrospectivamente, no creo que se produjese también un súbito desarrollo de mi inteligencia. La transformación me parece haber sido más bien de orden social. Reservado, tímido y taciturno hasta entonces, gustaba de alejarme de los demás. Ahora bien; el décimo año de mi vida me trajo, como el despliegue de mi individualidad, hasta el punto de hacerme sociable y locuaz. Y de que ahora decía yo en voz alta lo que antes había pensado quedo, dedujeron probablemente los que me rodeaban, sorprendidos del cambio, que yo crecía en inteligencia. Porque, de que yo cambiase entonces, no hay duda. Pero creo que la modificación fue mucho más física que intelectual. Mi extrema fragilidad se atenuó, fragilidad por lo demás aparente, porque mi delgadez no impedía mi robustez. Dormía mejor, y, por lo tanto, mi nerviosidad era menor; co-

mía más, lo que me dió mayor corpulencia. Sin duda, continué pareciendo todavía lo bastante grácil para que me fuese habitual oír decir delante de mí: «Este querido niño no ha de estar mucho tiempo en la tierra»; pero esta delizadeza de aspecto no era sino la continuidad de un hábito grato a mi organismo, era una diafaneidad que dejaba transparentar, no lo que el porvenir me reservaba, sino más bien lo que el pasado me había obligado a sufrir.

El crecimiento de la actividad de mi sistema cerebral se afirmaba por la imitación directa, lo que creo que es una feliz manifestación de la salud del espíritu. La savia de lo que se llama «originalidad» se lleva en nuestros días a tal exceso, que no se augura bien del porvenir de un niño que no se ensaya en cosas absurdas e insólitas. Desde sus primeros pasos, repítese a la ambiciosa personilla, que las únicas recetas con las que se llega al genio, son abrirse un camino cuya aventura no haya intentado nadie todavía, realizar con facilidad lo que los otros se hallan en la imposibilidad de hacer: crear nuevas formas de pensamiento y de expresión; de suerte que al tratar de librarse de todo parecido con sus predecesores, el individuo cae en seguida en la excentricidad y la fatuidad. Y he aquí lo que se continúa llamando originalidad. Aunque ésta sea la opinión corriente, tengo por cierto que la actividad normal de un espíritu infantil no es el esfuerzo hacia prodigios inauditos, sino la imitación fiel y atenta de lo que se dice y lo que se hace a su alrededor. El hijo de un gran escultor jugará en el taller paterno, y armado de un clavo, intentará esculpir una cabeza en un fragmento de mármol, de lo que no habrá que deducir que el niño será también escultor. Un político verá a su hijo celebrar sesión con una fila de sillas vacías, y pronunciar discursos a un senado imaginario. En cuanto a mí, hijo de un hombre que miraba por un microscopio y que reproducía en seguida pintando lo que veía, no deseaba otra cosa que observar por mí mismo y pintar después mis observaciones. Esto, ¡ay!, no quería decir que estuviese dotado para llegar a ser

nunca un miniaturista o un sabio, sino sencillamente que mi inteligencia de niño manifestaba su actividad tratando de moldearse sobre la energía más próxima a la suya.

En el dominio profano, esta voluntad de imitación se afirmaba con la elaboración de pequeñas monografías sobre los representantes de la fauna marina. Ordenaba mi trabajo, lo dividía, lo disponía, siguiendo en esto, en cuanto me era posible, los modelos que me proporcionaban las noticias compuestas por mi padre para su *Actinología Britannica*. Copiaba en seguida lo que había escrito, en hojas de papel de un tamaño igual al del libro que contenía la obra paterna; después ilustraba mi obra con acuarelas, en las que creía rivalizar con las precisas y exquisitas ilustraciones de las que era autor mi padre. Existen todavía uno o dos de estos groseros manichones, y cuando me pongo hoy a considerarlos, no es la mayor o menor habilidad del joven artista lo que me choca, sino más bien la perseverancia y la paciencia que revelan, la evidente tenacidad de un trabajo minucioso. Mi padre era completamente ajeno a la elección de mis manchas, porque, a decir verdad, no me aprobaba nada. También él se había contaminado con la herejía de la «originalidad». Así es que me animaba, no a imitarle, sino a salir al jardín o llegarme hasta la orilla, para descubrir el nuevo objeto de una nueva descripción. Esto me era absolutamente imposible: yo no poseía ninguna iniciativa. Hoy comprendo muy bien por qué mi padre, a pesar de demostrarme indulgencia y bondad, me desviaba de tales trabajos. Exigían un gasto de tiempo considerable, y ciertamente, tenía razón mi padre para creer que era un gasto estéril. Además, eran la parodia más bien que la imitación de su obra, porque imaginaba yo nuevas especies ornadas de manchas de zafiro con tentáculos carmesíes y anillos de ámbar, bastante parecidos, a pesar de todo, a especies reales para ser desconcertantes. Acababa él de ordenar concienzudamente los rebaños del Océano, y cuando caía sobre mis fantásticas variedades, no me choca que se quedara perplejo. A no haber

sido por mi inocencia y la seriedad de mi carácter, hubiera podido creer que me burlaba de él.

Estos laboriosos ejercicios que, sin razón ciertamente, se calificarían de excursiones al dominio de la ciencia, me ocupaban una gran parte del tiempo. Detrás de la casa había un cuartito en donde se amontonaban baúles vacíos y objetos que no se usaban. Había allí una mesa. Llevé un taburete, y de aquel triste lugar hice mi gabinete de trabajo. Solo, y sin el menor ruido, pasaba yo allí diariamente tantas horas, que la curiosidad, si no la desconfianza de mi padre, le impulsaba a veces a entrar a ver lo que hacía. Siempre me encontraba inclinado sobre la mesa, con mi pluma en la mano, a menos de no estar ocupado con mi caja de pintura y un vaso lleno de agua turbia—absorto en mi trabajo como un estudiante chino encerrado en su celda de examen.

Hubiera podido creerse que se trataba de alguna apuesta, si alguno de los miembros de nuestra piadosa casita hubiese podido imaginar nunca tan culpable acción. Procedía a mi trabajo con lentitud y esfuerzo. A fin de contener los caprichos de mi letra, me veía obligado, no solamente a regletear mis páginas, sino también a imaginarlas. El asunto no se prestaba a los desarrollos, por lo que me veía constantemente precisado a tomar literalmente frases de las publicaciones de mi padre. Hoy, me parece singular, que desalentado por todos los que me rodeaban, intimidado por el laborioso esfuerzo necesario para llevar a bien el proyecto que había concebido, perseverara, no obstante, en una tarea tan rara como fastidiosa, que hasta se convirtió en pasión tan absorbente, que llegué a descuidar todo otro estudio y todo otro recreo.

La primavera se encaminaba hacia el verano, y mi padre subía ahora frecuentemente a mi retiro para echarme a tomar el sol. Pero no tardaba yo en volver subrepticamente a mi idea fija. Mi padre estaba muy contrariado, y Miss Marks, que no veía en todo esto sino pura pereza, me reñía con vehemencia. Hasta hubiera tenido ella una verdadera satisfacción en

hacer pedacitos escritos y pinturas para dedicarme a alguna tarea útil. Con su vigorosa confianza en la naturaleza individual, mi padre no podía compartir aquella manera de ver. Mi rara manía le interesaba, y no podía resolverse a condenarla en absoluto. Parecíale lastimosa, sin embargo. Así, pues, juzgo hoy evidente que esto fue la causa de la revolución que trastornó nuestra política doméstica, puesto que condujo a mi padre a animarme a que buscara compañeros, cosa que hasta entonces había desaprobado. Comprendió que yo no podía pasar-me todo el tiempo en un cuartucho mal aireado, ocupado en redactar solemnes y ridículas comunicaciones, imitadas de aquellas cuya lectura había oído la «Linnoan Society». Después, la torpeza de mis pinturas le contristaba. No mostraba yo, en efecto, ninguna disposición nativa. Mi padre quiso entonces enseñarme los principios de su arte de la miniatura aplicada a la Historia natural. Vime obligado, con profunda humillación, a dejar mis grotescas monografías para trabajar a la vista de mi padre, y pintar, con arreglo a una de sus obras, un suntuoso pájaro de los trópicos en pleno vuelo. Secundado por mi hábito de imitación, concluí, a la larga, por hacer un trabajo que se hubiera podido mirar como promesa de algo, si no fuese obra, pincelada por pincelada, tinte por tinte, de la voluntad de un maestro obrero.

Todo esto comporta cierto absurdo, y, sin embargo, creo poder desprender su valor. Es un error ciertamente el buscar, en un porvenir inmediato, los resultados de tal o cual educación. Lo que se trata de hacer que penetre en el espíritu en la época de la primera infancia, es a menudo la parte de educación que más débilmente concurre a la formación del carácter, y cuya importancia es, por lo tanto, la menos duradera. Mis trabajos no lograron transformarme en zoólogo, y la multitud de mis dibujos y descripciones no me ha impedido ignorar lamentablemente la anatomía de una anémona de mar. Sin embargo, no podría considerar como inútil la disciplina mental. A ella le debo haber aprendido a concentrar mi atención, a precisar

las diferencias, a definir, a ver exactamente y a dar a las cosas sus nombres precisos. Además, adquirí la costumbre de terminar todo trabajo empezado, cualquiera que fuese, sin moderar mi impulso, al mismo tiempo que decreciese el interés o lo pintoresco de mi tarea, yendo, por el contrario, desde el principio hacia un fin definido, claramente percibido. Creo que cualesquiera que sean los dominios que se hayan abierto, en lo sucesivo, a la actividad de mi inteligencia, me ha sido precioso haber disciplinado así mi espíritu. Lo que no me impide reconocer que el método que empleaba a los diez años para obtener este resultado era más bien raro.

Mi estado espiritual era entonces, para mi padre, motivo de vivas preocupaciones. Encerrado en su conciencia, de la que habían condenado la mayor parte de las entradas, a fin de vedar el acceso al mundo, a los placeres y a sus energías, continuaba sus investigaciones científicas sin tener que habérselas con el pecado. Jamás la tarea a la que se había consagrado al coleccionar las muestras de la fauna marina que recogía en los charcos de agua dejados por el mar en la marea baja, y al escribir luego sobre ellas monografías que comunicaba en seguida al gran público científico, jamás esta tarea le pareció incompatible con su vocación religiosa. Esto era una suerte, porque su conciencia era tan delicada, y de una delicadeza tan morbosa, que si se le hubiera ocurrido alguna vez semejante idea, seguramente habría abandonado sus investigaciones, y se hubiera quedado sin empleo en actividad. Pero, por fortuna, legitimaba sus trabajos, viendo en ellos la glorificación de la obra divina. En la introducción de su *Actinología Britannica*, que escribió por esa época de mi vida, la frase con la que confiaba al mundo el resultado de su labor, no tiene, a lo que creo, igual en ningún tratado de biología, de erudición tan especial y de información tan precisa. Si publica su libro, es—declara él—«como un nuevo homenaje humildemente consagrado a la gloria de Dios, Uno y Trino, maravilloso en sus designos y admirable al realizarlos». La investigación cientí-

fica, conducida con toda sinceridad desde este punto de vista particular, se convertía en un esfuerzo cotidiano para hallar e interpretar las afirmaciones del *Credo* dominical.

Mis facultades, de las que he dicho su vuelo, se habían lanzado, no solamente hacia los objetos profanos, sino también hacia los religiosos. Aquí también, cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que era impulsado por el espíritu de imitación. Me abría al ardiente fervor paternal de tal suerte, que mi padre se mostraba satisfecho. No se le había escapado mi esfuerzo para tomar más ampliamente posesión de la vida. Observaba cómo las diversas actividades de mi sér se dispersaban en todas direcciones, y su principal preocupación fue mantenerme en estado de gracia. En mis primeros años, mi carácter se había defendido de sus ideas, en ciertos puntos, con una resistencia pasiva. Lo que no había yo cuidado de acoger, lo dejaba resbalar sobre mi espíritu con ese curioso procedimiento de que usan todos los niños cuando no quieren recibir una impresión, para lo que aumentan, por decirlo así, el espesor y la densidad de su espíritu, y de este modo alcanzan con su estupidez la victoria que no les hubiera podido dar la insuficiencia de su argumentación. Creo que esta táctica fue a menudo la mía, y que mi padre tropezó frecuentemente con el muro de mi obstinación, aunque, en otros asuntos, mi naturaleza estuviese abierta y fuese dócil a su influencia; pero, en el transcurso de mi décimo año, triunfaba la facultad de imitación, y nada me parecía tan atractivo como el camino en el que cada uno de los que me rodeaban esperaba encontrarme. Luego, si alguna duda subsistía, no podía ser respecto a mi consagración, sino más bien la posibilidad de mirar como natural el alto grado de receptividad y de aptitud de que yo estaba dotado, a pesar de mi extrema juventud.

Ante esta coyuntura, mi padre creyó que debía intentar un formidable esfuerzo. Quería asegurarse de mí completamente, definitivamente, antes del alba de la pubertad, antes de que mi alma se hubiera dejado enlazar por el amor de los bienes

carnales. Creía que si lograba colocarme en el mismo plano que los «Santos», e identificarme, por decirlo así, con ellos, me aseguraría una existencia vívida, de conformidad con la de ellos también. Equipado así por adelantado con todas las armas de una vida santificada, podría desafiar con toda seguridad el asalto de las fuerzas paganas de la adolescencia. En suma, quería que la comunidad de los Hermanos me recibiera en su seno en calidad de adulto. Muchos obstáculos se alzaban en el camino, y los Antiguos de nuestra capilla se lo hicieron observar con mayor o menor audacia. No se dejó detener por nada. Lo que eran esas dificultades, lo que fueron los argumentos a que él apeló para vencerlas, he aquí lo que necesito decir, pues en torno de lo que suceda ahora se organizarán para lo futuro nuestras mutuas relaciones de padre y de hijo.

En sus conversaciones con los campesinos de la vecindad, entre los que hacía una activa propaganda, mi padre insistía siempre sobre la necesidad de la conversión. Necesitábase un nacimiento nuevo, la formación de un nuevo sér, una nueva creación de Dios. Quería él que esta crisis se manifestase por la elevación súbita y definitiva del sér interior. Una piedad activa y prolongada, una contrición profunda y verdadera formaban, sin duda, como el prólogo natural y conveniente de la conversión, pero no eran la Conversión. Muchos se detenían en el umbral de la regeneración, a menudo durante muchísimo tiempo. Mi padre los apremiaba arduamente para que dieran el paso definitivo; los Antiguos los gratificaban con explicaciones, exhortaciones y oraciones. Tales almas estaban en estado gracioso, pero no en estado de gracia. Si la muerte los hería súbitamente, forzoso les sería marchar en estado de no conversión, y todo lo que se podía decir en su favor reducíase a expresar la vaga esperanza de que se beneficiarían de gracias que Dios no había estipulado cuando promulgó su alianza con su pueblo.

Pero, en cierto día, en una hora, en un minuto particula-

res, si les estuviera concedido vivir, podía serles revelado el camino de la salvación tan manifiestamente accesible, que esas almas se sentían en condiciones de entrar por él instantáneamente. Sólo que era un privilegio que había que tomar conscientemente, así como se toma un dón de la mano que os lo ofrece. Este acto constituía el acto mismo de la conversión, y por haber así acogido la divina gracia, era en adelante un hijo de Dios el que, un minuto antes, veíase todavía el hijo de la cólera divina. Lo que había que reemplazar era el fundamento mismo sobre el que descansa la naturaleza humana, y esta situación se operaba repentinamente de una manera visible y manifiesta en la mayoría de los casos.

Aquí, en efecto, mi padre admitía que hubiese posibles excepciones. La letra de la ley era: «Si un hombre no tiene el espíritu de Cristo, no es de sus discípulos.» Ahora bien; por regla general, nadie podía poseer ese espíritu de Cristo sin hacer consciente y entero abandono de su alma, y, por grande que hubiera sido el cuidado con que se hubiere preparado, cualesquiera que hubiesen sido las lágrimas y los remordimientos por que hubiera pasado, tal abandono no se había efectuado, no podía efectuarse sino en un momento dado. En un sentido esotérico y casi simbólico, la fe era una necesidad de orden interior, un estado del corazón, y nunca podía ser la consecuencia del razonamiento. Mi padre, en esto, no se separaba en ningún punto de la estricta doctrina ortodoxa de las iglesias protestantes, y mantenía las exigencias de éstas a su manera, con particular severidad. Este estado de corazón, esta aceptación voluntaria suponían evidentemente una conciencia entera y una inteligencia precisa de los valores, según los que se jerarquizan las contingencias de la vida. Una persona de humilde cultura podía, sin duda, llegar fácilmente a esta clara visión; pero todavía era indispensable que estuviese verdaderamente en posesión de un pensamiento independiente; en otros términos, que fuese más o menos un adulto. ¿No es preciso que el hombre y la mujer que desean beneficiarse de los

privilegios de la conversión sean capaces de comprender y percibir el fin al que tiende su educación religiosa?

Difícilmente se imaginaria el trabajo que se tomaba a menudo mi padre para llegar a decidir si podía admitir a la comunión candidatos inhábiles para expresarse. Un inofensivo y humilde proletario acababa de rogarle que le permitiese «romper el pan»; únicamente haciéndole preguntas que sugerían con fuerza las respuestas esperadas, era posible llevarle a que confesase su fe en Cristo. Recuerdo que un día, mi padre, al final de una larga conversación, a puerta cerrada, con un obrero agrícola, ya de edad, salió al fin de su gabinete con aspecto de extremo cansancio, y como le interrogáramos, contestó encogiéndose de hombros: «He tenido que meterle, por decirlo así, en la boca el nombre, la sangre, la obra de Jesucristo. Preciso es reconocer que por fin me ha dado su asentimiento y muy cordialmente... Pero confieso que me desalentó cruelmente su pobre inteligencia.»

Había o podía haber convertidos de otra especie. Eran los creyentes a los que un impulso precoz, el aislamiento del mundo y la solicitud de los padres piadosos, habían familiarizado tan pronto con la idea de aceptar el don de Cristo, que su conversión se había realizado en una edad extraordinariamente precoz, cuando nadie podía advertirlo y nada tampoco lo había indicado. Hubiera sido vano, en caso semejante, esperar la repetición del fenómeno. El fuego celeste no baja dos veces. El carbón ardiente toca una vez los labios y una vez solamente. Desde este punto, si los espíritus elegidos tan temprano debieran ser excluidos de la comunión, porque los signos del nuevo nacimiento no se manifiestan con ellos a la edad de la razón, forzoso les sería continuar su camino en el frío de fuera. Así, pues, cuando no es posible dudar de que están en posesión de la salvación, hacerles esperar es inútil y peor todavía. Aunque no se haya registrado y la memoria no lo recuerde, el hecho de la conversión debe aceptarse como probado hasta la evidencia por la confesión de fe. En seguida, pues, de que la

inteligencia esté manifestamente desarrollada, el convertido no solamente puede, sino que debe ser admitido a comulgar, aunque su organismo físico no haya alcanzado todo su desarrollo, hasta cuando por sus años fuera todavía un niño. Tal era mi caso, por lo menos así lo creía mi padre, y en esta categoría de seres excepcionales, se le había puesto en la cabeza asegurarme un puesto.

Los miembros de la congregación, aunque dóciles, tímidos e incapaces, individualmente, de ser mucho tiempo de otro parecer que el de su ministro, manifestaban esta vez a espaldas de él asomos de oposición. Nunca se les había ocurrido a ellos ni siquiera seguir la idea de que se supiera admitir a uno de sus hijos en el número de los miembros de la congregación, y ellos mismos, aunque ya no fuesen jóvenes, tuvieron que pasar por un severo examen contradictorio. Que un impertinente chiquillo de diez años pudiera ser recibido entre ellos, con las prerrogativas de un adulto y todos los privilegios de la orden que tan difícilmente habían adquirido, debía de parecerles a muchos, por lo que supongo, una píldora amarga y difícil de tragar. María Gracia Bermington traía, de sus visitas a los campesinos, los ecos del descontento que se afirmaba aquí y allí y de las murmuraciones. Pero también eran muchos, o por mejor decir muchas—porque las mujeres estaban en mayoría,—quienes apoyaban con entusiasmo el proyecto de mi padre, y quienes, glorificándose abiertamente de las manifestaciones de mi precoz piedad, afirmaban ver en ella como una milagrosa promesa. Al hablar de mí, decíase corrientemente: «El segundo Samuelito.» Habíame convertido en un motivo de discordia. Amenazaba estallar en mi honor una guerra entre los dos sexos, y por mi causa disputaban ahora los campesinos mientras que almorzaban. Yo tenía mi puesto en los rezos públicos. No se me nombraba, pero era fácil verme en las alusiones que acostumbraban a hacerse en nuestros ejercicios espirituales, y yo era «el que todavía es de una edad tan tierna», o también «el retoño que se alza en la viña del Señor».

Mi padre, que deseaba poner término a todo, decidió llevar el asunto a tambor batiente. Acostumbraba a hacerlo así bastante a menudo. Un domingo otoñal del año 1859, al terminar el culto de la mañana, pidió a los santos que se sirviesen prestar atención a un asunto personal, que tal vez conocían ya por el rumor público. Tratábase, continuó, de admitir a su querido pequeñuelo a romper el pan en la comunión de los santos. Reconocía que yo no era lo que se ha convenido en llamar un adulto, cosa que era fácil de reconocer para los que me contemplaban sonriendo tímidamente a la asamblea, sentado y sin apenas llegarme los pies al suelo. Tenía que admitir que yo no era un hombre hecho. Pero, en cuanto al conocimiento del Señor, era verdaderamente adulto; tenía una visión tan penetrante del plan de la salvación, que más de una cabeza venerable hubiera pedido envidiar la amplitud de mi visión, su claridad, su conformidad con lo que revelaba la doctrina de las Escrituras. Este golpe asestado a los que más de una vez habían tropezado en su ascensión hacia la verdad, fue comprendido de todos, y más de una cabeza venerable permaneció inclinada hacia el suelo.

En seguida mi padre pasó a la exposición de su manera de ver, la que antes ha intentado definir. En mi caso particular, confesaba la ausencia de todo acto, de toda manifestación repentina, de una conversión aportada por la convicción de mi estado de pecado. Pero creía que yo me había convertido desde mi primera infancia, y alegó sus razones, añadiendo que, si era así, no era posible negarme por más tiempo los privilegios de la comunión. Terminó declarando que en este asunto no quería usar de la autoridad que le conferían sus funciones de jefe de la Congregación, y que, renunciando por esta vez al privilegio de su ministerio, rogaba a los hermanos Fawkes y Bere, dos antiguos que gozaban de grande influencia, que se sirvieran examinar al candidato. Esto era un golpe maestro, porque, como había motivos para sospechar que los hermanos Fawkes y Bere excitasen el descontento general, era echar sobre sus

hombros el peso de una abrumadora responsabilidad. Con esto terminó la reunión. Todos se separaron amablemente, mi padre y yo volvimos satisfechísimos a casa. En mi orgullo pasé un momento de los límites permitidos al presentar a mi padre la siguiente indiscreta cuestión: «Cuando me hayan admitido a la comunión, ¿me será permitido, papá, llamarte a ti también, amado hermano?» Mi padre estaba harto contento de haber puesto el asunto en tan buen camino para que me riñese por mi impertinencia. Sonrió y contestó: «He ahí una cosa, hijo mío, que aunque racional, rigurosamente hablando, costaría, me temo, trabajar el que pareciera razonable.»

Alguien insinuó que el día de mi décimo cumpleaños, ya muy próximo, sería muy oportuno para la prueba que me esperaba. En consecuencia, aquel día, en cuanto la noche hubo permitido que se encendiese nuestra nueva lámpara, que se quería inaugurar en honor del gran acontecimiento, me retiré solo a la sala, en mi opinión de suprema elegancia, porque al fin acababa de ser amueblada. Allí el hermano Fawkes, luego el hermano Bere, por último los dos juntos, conversaron conmigo. Por poco que sufráis la manía de la exactitud, deduciréis en seguida que padecí tres interrogatorios seguidos.

Yo no estaba nada intimidado, pero la tensión de mis nervios era tan fuerte, mi excitación tan grande, que todo mi organismo estaba como en vibración. El primero de mis examinadores manifestó una extrema confusión. Fawkes, un contratista de obras, era bajo y gordo. Observé que su cara, de un color rojizo más oscuro y uniforme que de ordinario, estaba sudando a consecuencia de la emoción nerviosa. De vez en cuando se enjugaba con un amplio pañuelo. Ahora bien; empleaba tanto tiempo en llegar a la cuestión, que me vi obligado a llevarle yo mismo adonde quería ir, y sentado muy derecho en el sofá, dándome de lleno la luz de la lámpara, confesé mi fe en el sacrificio expiatorio con una facilidad de elocución que me sorprendió a mí mismo. No había terminado, cuando

Fawkes, hombre ya de cierta edad, y al que se decía duro con sus obreros, lloraba como un niño.

Larguirucho, delgado y seco, con la mirada curiosamente inmóvil, Bere, el carpintero, no se dejó fascinar tan fácilmente. Me interrogó con rudeza. Su piedad no le impedía tener algo del temperamento de un juez de instrucción. Pero, aunque levantase la cabeza más que Fawkes, no le impresionó menos que a su colega, todo lo que a mi alrededor, venía a dar más esplendor a la solemnidad del acto. Ninguno de los dos había entrado nunca en la sala desde que estaba amueblada, y me figuro que ambos admiraban la elegancia del papel que revestía las paredes. Hasta creo que se la indiqué yo. Cuando terminaron los dos primeros interrogatorios, los antiguos volvieron a mí, pero juntos esta vez, como ya he dicho; luego oraron largo rato. Arrodillado ante el sofá, con mis examinadores a los lados, ocurrió que una profunda depresión sucedió a mi exaltación violenta. Llegó mi turno de derramar lágrimas. Recuerdo confusamente que mi padre entró entonces en la habitación, luego que la silenciosa y buena Miss Marks me llevó y me acostó en un estado de fatiga y de debilidad completas.

En la mañana del domingo siguiente, la asamblea, que fue excepcionalmente numerosa, apenas habló sino de mí. Mi padre, que parecía más pálido y, sin embargo, más sombrío todavía que de ordinario, rogó al hermano Fawkes y al hermano Bere que se sirvieran dar cuenta a los Santos reunidos de la visita hecha a «uno» que había expresado el deseo de ser admitido a romper el pan. Me conmovió mucho la publicidad impersonal de que era objeto, sin experimentar, de otra parte, la menor inquietud sobre la conclusión.

Lo que siguió después demostró que no había, en efecto, nada que temer. Acusábase algunas veces a Fawkes y a Bere de abrigar cierto antagonismo que estalló, en efecto, años después, y que fue para mi padre fuente de grandes preocupaciones y causa de una real pena. En aquellas circunstancias, su

unanimidad fue maravillosa. Rivalizaron en el tributo de elogios que prodigaban a mi piedad. Mis respuestas habían sido tan claras; mi humildad—notadlo, os lo ruego—había sido tan suave; mi conocimiento de las Escrituras tan estupendo; el testimonio dado a los grandes principios de la salvación tan lúcido y tan explícito, que no podían decir otra cosa sino que habían quedado confundidos. Hasta se habían visto profundamente alentados y como arrastrados, un poco más adelante, por el sendero de su peregrinación hacia el cielo, al escuchar tales acentos en los labios de un niño, más todavía, de una criaturita.

No me agradó mucho esto; pero no hay lecho de rosas sin un pétalo arrugado, y, en todo lo demás, el informe de los antiguos era un triunfo para mí. Mi padre lo coronó todo levantándose para dar cuenta a la asamblea del deseo que yo había expresado, con toda independencia, de confesar al Señor al recibir el bautismo públicamente. Inmediatamente después de esta ceremonia, añadió, sería yo admitido a comulgar «en calidad de adulto». La emoción llegó entonces a un grado tan alto, que, cuando emprendimos el camino de casa, una gran parte de la congregación quiso acompañarnos hasta la puerta de nuestro jardín, con mucho asombro del pueblo.

Mi bautismo en público fue el acontecimiento principal de mi vida de niño. Todo, desde los primeros albores de mi vida consciente, parecía converger a ese punto. Todo, en lo sucesivo, pareció apartarse de él cada vez más. El bautismo por inmersión en la playa de Oddicomba había sido completamente abandonado, y nuestra sala de reunión no poseía aún la piscina bautismal. En cambio, los Santos del pueblo próximo poseían una capilla muy espaciosa, bien provista de lo necesario. Así es que, en aquel tiempo, recurriamos a su hospitalidad. Estos bautismos eran ocasión de relaciones amistosas entre las dos congregaciones, y eran origen de agradables relaciones sociales. Creo que los ministros y los antiguos de las dos asambleas estaban de acuerdo para concertar entonces la fuerzas de

que eran jefes y para bautizar a sus candidatos en una sola y misma ceremonia.

El ministro que presidía los destinos de la congregación vecina era M. S., un buen anciano de venerable aspecto e imponente estatura. Sus cabellos y su larga barba eran de nieve; pero bajo la maraña de sus cejas llameaban dos grandes ojos negros, que parecían decir que aquella nieve no era signo de decrepitud, sino más bien un adorno. La víspera de mi bautismo se acercaba al fin. Se había fijado el acto para el día 12 de Octubre, tres semanas día por día después de mi décimo cumpleaños. Yo me había puesto un traje usado; pero todo mi equipo de la mayor elegancia se hallaba preparado en una maleta. Era de noche cuando esta maleta, seguida de mi padre, de un servidor de ustedes, de Miss Marks y de María Gracia, fue puesta en el interior de un coche que nos condujo, a través de una larga obscuridad, a la capilla en que nos esperaban nuestros amigos. Fuimos recibidos en medio de un deslumbramiento de claridad, con grandes apretones de manos, entre un rumor de voces confusas que murmuraban a veces fervientes plegarias. Algunos lloraban. En medio de esta indescriptible emoción, fuimos conducidos a los puestos de honor, en la primera fila de la asamblea.

La escena era de las que podían impresionar, incluso a personas que no fuesen como nosotros, hasta a personas acostumbradas al mundo y las rarezas de la vida que en él se lleva. La cosa me parecía una fantasmagoría. Yo estaba fuera de mí. Era la iniciación a la notoriedad, a la gloria. Otros varios candidatos al bautismo estaban a mi lado; pero eran sencillamente hombres y mujeres. Todos bendecían a Dios en alta voz por la gracia que se les concedía al poder seguir mis huellas en el camino que les precedía. Reconocíase me como el héroe del día. En aquel tiempo, los periódicos estaban todavía en la infancia, no se les había pedido nada. Sin embargo, la nueva de la asombrosa ceremonia en la que se vería a un muchachillo de diez años recibir el bautismo por inmersión «en calidad de

adulto», habíase propagado durante aquellas tres últimas semanas hasta los límites del condado. La capilla de nuestros vecinos era, ya lo he dicho, muy vasta, hasta demasiado vasta de ordinario. Aquella noche, sin embargo, estaba llena, y toda la multitud—los que estaban junto a mí lo murmuraban—había venido para verme.

A fin de asistir a un espectáculo tan extraordinario, había llegado gente de Exeter, de Dartmouth, de Totnes. Unos que estaban junto a mí me señalaban una anciana de ochenta y cinco años, que había salvado la distancia que nos separaba de Moreton-Hampstead para ser testigo de mi bautismo. Miraba yo con asombro a aquella octogenaria apergaminada, que no parecía mostrar ni curiosidad ni interés por lo que ocurría a su alrededor. Perfectamente indiferente a todo, estaba sentada, con la mirada fija, rumiando algo entre sus encías desdentadas.

En medio de la capilla, unas cuantas tablas del piso levantadas dejaban ver una especie de piscina. Nuestras miradas contemplaban aquel cuadrado sombrío de ondas misteriosas, en cuya superficie corrían ligeros espirales de vapor.

Los espectadores estaban escalonados en filas simétricas, paralelamente dispuestas a los cuatro lados de la piscina. Todo asistente podía seguir así todos los detalles de la ceremonia, sin empujarse, sin tener que subirse en los bancos. M. S., figura hierática, verdaderamente impresionante, se irguió. Recomendó la atención general e imploró del auditorio un silencio absoluto. En la mano tenía un librito, e iba a indicar el número de un cántico, cuando se produjo un golpe de teatro.

Fue un ruido de caída en el agua, con tumultuoso chapoteo, y se vió una joven que se agitaba en la pila bautismal, moviendo los brazos por encima de la cabeza, y sostenida verticalmente por efecto del aire que empujaba su crinolina inflada como una vejiga; parecía un extravagante grabado de modas del tiempo pasado. ¿Tocaban sus pies en el fondo? Lo supongo, sin poder afirmarlo. Aquella extraordinaria apari-

ción suscitó un tumulto formidable, en el que se mezclaban gritos penetrantes con vociferaciones. Numerosos espectadores, en el paroxismo de la excitación, interpelaban a otros para exhortarlos a la calma, y era la ilustración de los versos de James Smith:

«El que para recomendar calma, grita «¡silencio!» con fuerza,  
Está cerca de ser el autor del tumulto que deplora.»

La mujer, que estaba más o menos accidentada, fue prontamente sacada del agua y llevada a la especie de tienda de campaña dispuesta para los candidatos a la inmersión. Una rápida información hizo saber que la infortunada había deseado mucho formar parte de la congregación; que su más ardiente deseo era recibir el bautismo; pero que sus padres se oponían a ello formalmente. En la hipótesis de una caída accidental, una piadosa interpretación pretendía que el Señor, por un signo providencial, había mostrado que la que se cayera sería bautizada a pesar de todos los obstáculos. Sin embargo, mi padre, cuya sagacidad ordinaria no se dejaba sorprender, tenía dudas. Nos hizo observar, al día siguiente, que la joven no había sido bautizada de ninguna manera, puesto que no había sumergido la cabeza, y que, además, había saltado deliberadamente a la piscina, puesto que, si hubiese tropezado y caído hacia delante, hubiera metido necesariamente en el agua la cara y las manos, y ni una ni otras se habían mojado. El asunto, por lo demás, incumbía a la congregación vecina, y nosotros no estábamos autorizados a llevar más adelante la información.

Una vez restablecida cierta calma decorosa, M. S., que no había perdido nada de su dignidad, propuso el canto de un cántico, eligiéndole de longitud suficiente para ocupar a la congregación durante los preparativos de la ceremonia. Después se retiró a la sacristía, y yo, que fué a quien se llamó primeramente para dar testimonio, fuí conducido por Miss Marks y María Gracia a la sombra de la tienda de que antes he ha-

blado. Parecía que se balanceaba al compás de los acentos del himno de júbilo entonado por los Santos, mientras que las prendas de mi traje caían una a una y me ponían en estado de recibir la inmersión. La interrupción repentina del canto nos hizo comprender que el oficiante estaba en su puesto. Salimos, y, en medio del resplandor de las luces y del fuego de las miradas, avanzamos hacia M. S., quien, en efecto, estaba ya en la piscina con agua hasta las rodillas. Hiciéronme bajar escalón a escalón, y cuando llegué al último me recibió el ministro en sus brazos. Sentí entonces la impresión de ser uno de nuestros animálculos microscópicos, y cuando sufrí el abrazo del Titán me pareció que yo me había convertido en infinitesimal. Estaba revestido de una especie de larga sobrepelliz; y como ni aun entonces podía yo dejar de observar, noté que el aire encerrado bajo aquella vestidura formaba bollos, que M. S. se esforzaba en hacer que desaparecieran aplastándolos. Habíase echado a un lado la extremidad de su venerable barba, y remangado sobre sus muñecas las mangas de la camisa.

El silencio que reinaba ahora en la asamblea era muy grande; tan grande, que el chapoteo de mis pies vacilantes en las escaleras mojadas producía en mis oídos un ruido ensordecedor. M. S., perplejo ante lo exiguo de mi estatura, logró en fin apoderarse de mi persona, poniéndome una mano en el pecho y otra en la espalda. Lentamente, con voz fuerte, severa, que parecía penetrar en mi cerebro y vaciarlo, pronunció: «Hermano mío, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Mientras que pronunciaba estas palabras, me tendió suavemente hacia atrás, hasta que estuve completamente bajo el agua; y entonces, mientras que me levantaba con sus brazos y con tierna solicitud aseguraba mis pies sobre los escalones, para ponerme, chorreando y tiritando, entre las manos ansiosas de las mujeres, que me llevaron precipitadamente a la tienda, la asamblea prorrumpió de pronto en un canto de trueno, en un canto de alabanzas a la gloria de Dios que, en su gracia sin límites, había permitido aquella ma-

nifestación de su infinita bondad. El entusiasmo era tan sincero, que con mucho trabajo se pudo moderarle para permitir que los otros candidatos, aquellos adultos que me seguían sobre mis humildes y gloriosas huellas, realizaran un rito por el que, desde el momento que ya no me concernía, nadie, aquella noche, en la asamblea, se confesaba capaz de tomar el menor interés.

Todavía hoy me es imposible recordar sin emoción la felicidad de mi padre durante las semanas que siguieron. Su austeridad se fundió en un consentimiento que manifestaba hacia las cosas. Reía, me sonreía, concedía a mis opiniones la más seria consideración, y, lo que estaba fuera de todos sus hábitos, llegaba hasta hacerme tímidas y furtivas caricias. No podía yo insinuar ningún deseo sin que tratase él de satisfacerlo, y las únicas advertencias que me dirigía entonces, en afectuosas palabras, eran para ponerme en guardia contra el orgullo espiritual.

Y esto convenía ciertamente a mi estado. Reventaba de orgullo, convencido como estaba de mi propia santidad. Trataba a mi padre como a piadoso confidente, era condescendiente con Miss Marks, que había renunciado, supongo, a aclarar la situación, arrogante con los criados e insoportable con mis compañeros, por los aires protectores que tomaba con niños de mi edad en cuya vida empezaba a mezclarme.

Ciertamente, quisiera terminar este saliente episodio de mi vida con una nota solemne; pero ¡ay! el deber que tengo de ser fiel a la verdad me obliga a confesar que algunos muchachos que asistían a nuestras reuniones se quejaron por entonces a María Gracia de que yo les sacaba la lengua por burla, durante el servicio, para recordarles que ahora rompía yo el pan de la comunión con los Santos, mientras que ellos no podían hacerlo.

## CAPITULO IX

Mi admisión a la comunión de los «Santos» tuvo para mí el resultado de que, en cuanto pasaron los primeros días de arro-  
bamiento, me ví más atormentado que antes. Sin duda, goza-  
ba, en ciertos conceptos, de una libertad mayor. Me era per-  
mitido obrar algo más bajo mi responsabilidad, y ya no se me  
informaba constantemente de lo que «la voluntad del Señor»  
podía querer en esto o en lo otro. Ahora se admitía que, para  
resolver semejantes problemas, tenía a mi disposición una in-  
teligencia particular propia. Pero el rigor de nuestra vida no  
se relajó, y creo que entonces, al comparar nuestras costum-  
bres con las de los demás, empecé a percibir cuánta era su se-  
veridad.

Lo que distinguía, sobre todo, mi situación actual de co-  
mulgante de la de un «simple habitante de las tiendas de jus-  
ticia», es que todos esperaban verme responder con fervor in-  
mediato a todo llamamiento de mi conciencia. Si me sustraía  
a este deber, mi situación se hacía peor que la de antes, a cau-  
sa de la mayor responsabilidad que pesaba sobre mí. Los me-  
nores pecadillos revestían un carácter de espantosa importan-  
cia en cuanto que eran perpetrados por el sér en que me había  
convertido. Mi padre no se cansaba nunca de repetirme que,  
habiendo profesado el servicio de Cristo, debía en adelante  
proponerme, en todo lo que emprendiese, ser un ejemplo para  
los demás. Gustaba de presentar ante mi espíritu el espantoso

cuadro de los niños imaginarios que me observaban secretamente desde lejos, y cuya carrera, para el tiempo y para la eternidad, podía ser influenciada de manera desastrosa si no tuviera yo «mi lámpara encendida».

El año que siguió a mi bautismo no empezó muy felizmente para la comunidad. Habíanse producido considerables cambios. Los servicios impresionantes de mi padre, el prestigio de su predicación, la simple presencia, a la cabeza de nuestro reducido grupo, de una personalidad tan enérgica, había atraído oyentes cada vez más numerosos.

Por esta época, si mi memoria no confunde las fechas, abandonamos el horrible granero de encima de las cuadras. Habíamos hecho construir, en el centro del pueblo, una capilla muy sencilla, pero cómoda y bien acondicionada, lo que contribuyó en mucho a la prosperidad de nuestras reuniones. Todo se combinaba para asegurar a nuestros servicios cierta popularidad. Nos conquistamos un nuevo elemento: los jóvenes. Varios de ellos, albañiles y carpinteros, muchachas de tiendas y criadas, veían en nuestra sala un agradable lugar de reunión, y, por motivos más o menos superficiales, habían llegado a aceptar la salvación que les ofrecían los apremiantes llamamientos de mi padre. Pero éste era muy hábil para descubrir si iban a oírle por curiosidad o por desocupación, y expulsaba rudamente a los mozos que acudían sencillamente para cambiar miradas con las muchachas, y a las damiselas, cuyo único propósito era hacer que se admirasen las nuevas bridas de sus sombreros. Pero nada podía frente a una sinceridad momentánea, ante el simulacro de un real cambio de corazón. Muchas veces, cuando algún compañero que había asistido con fervor a nuestros servicios durante cierto tiempo, enfriado en su ardor, nos abandonaba, oí decir a mi padre: «¡Y yo que pensaba que el Espíritu Santo había hecho su obra en él!» Son éstas decepciones que oprimen profundamente el alma de un evangelista.

Las sociedades religiosas están sometidas a raras e inexplicables

cables vicisitudes. Al tercer año de nuestra llegada, la congregación parecía hallarse en muy próspero estado, a juzgar por el número de los oyentes, la cifra de las conversiones y las otras manifestaciones externas de su actividad. Sin embargo, al poco tiempo empezó a verse mi padre acosado por inquietudes sin número, y la primavera de 1860 fue un momento crítico de nuestra historia. Aunque mi padre gustase hablar de los Santos en tono halagador, y hasta los envolviera a todos como en una nube de metáforas lisonjeras, la verdad es que no eran más que campesinos de un tipo algo primitivo, ignorantes de los preceptos de la moral e inclinados a las mismas debilidades que afligen a las gentes del campo en todos los países y bajo todas las latitudes. A pesar de constantes exhortaciones a obrar «como hijos de la luz», y aunque la mayor parte pareciese animada del sincero deseo de no faltar a su elevada vocación, no podía evitarse que se vieran asaltados por los pecados de que fueron víctimas sus antepasados durante numerosas generaciones.

La admisión a la comunión de tantos jóvenes del uno y del otro sexo produjo toda una serie de complicaciones enteramente desconocidas hasta entonces. Suscitábanse ahora dificultades sin fin, a propósito de «promesas de matrimonio», a propósito de hermanos jóvenes que «iban a pasarse» con hermanas más jóvenes todavía. Al recorrer las notas de mi padre, me sorprende la incesante repetición de casos en que un tál «corteja» a una cuál, con la melancólica mención de que él la ha «desertado». En el lenguaje severo de mi padre, «deserción» no quería decir otra cosa sino que los dos enamorados habían cambiado de idea, muy inocentemente. A veces, sin embargo, quería decir más y peor. Y era para mi padre un gran consuelo comprobar que próximamente los jóvenes, muchachos y muchachas, que manifestaban el más vivo interés en el estudio de la Sagrada Escritura, y que, en apariencia por lo menos, aceptaban el mensaje de la Salvación con más inteligencia, eran a menudo los que con menor éxito luchaban contra

las tentaciones de la carne. Atribuía esto a la malignidad de Satanás que disparaba sus dardos más emponzoñados a las más hermosas ovejas del rebaño.

A estas tristezas venían a sumarse recriminaciones, acusaciones recíprocas de embriaguez a domicilio, toda suerte de miserias y escándalos. Frecuentemente, ciertos miembros llegaban a cometer actos calificados de «apostasías». Forzoso era excluirles. Quizá ninguna de estas flaquezas, considerada aisladamente, era de una extrema gravedad. Pero cuando varias de ellas se manifestaban simultáneamente, preciso era, a lo que parece, deducir que la Iglesia no estaba sana. A mí me ocultaban los detalles de la mayor parte de estos escándalos. Pero «las colmenas tienen oídos», y yo era una maliciosa colmenita. Había cultivado el arte de parecer absorto en otra cosa: libro o flor, mientras que las personas mayores hablaban confidencialmente. Así que, aun cuando me hubiera gustado saber más todavía, me hallaba, por lo general, muy bien informado de las flaquezas de los santos, aunque muy a menudo ignorase la naturaleza real de las faltas cometidas.

A veces, los que habían incurrido en pecado se arrepentían, gracias a las apremiantes amonestaciones de mi padre. Les ocurrió, para expresar su arrepentimiento, usar de expresiones extrañamente simbólicas. Recuerdo a la señora Pewings, nuestra lavandera, que después de haber sido convicta de intemperancia y excluida de la comunión por cierto tiempo, reapareció con el rostro resplandeciente por efecto del jabón y de la santificación: «¡Oh! niño bendito, me dijo, estás estupefacto al ver aquí de nuevo a la vieja Pewings... Pero él ha rodado a lo lejos mi montaña.» Me quedé atónito. Ella quería decir sencillamente que el Señor le había quitado de los hombros la carga de sus pecados, que la había vuelto a poner en estado de gracia.

En vista de que estas caídas se multiplicaban de una manera alarmante, decidió mi padre, a principios del año 1860, la promulgación de un ayuno solemne. Un domingo, pronunció

un sermón que me pareció terrorífico, conjurándonos a todos a hacer un severo examen de conciencia, y recordándonos la suerte espantosa de la iglesia de Laodicea. Porque, añadió, no basta haber confesado la fe de manera satisfactoria, ni siquiera haber sellado esta confesión con el bautismo; es preciso también vivir de conformidad con el ideal que hemos profesado. Sin duda, siguió, la certeza de la salvación debe ser anterior a la santidad de la vida, pero también ambas son esenciales. Era una mañana de invierno fría y lluviosa, cuando pronunció esta arenga que asustó enormemente a la congregación. Cuando nuestros huesos se hubieron helado hasta la medula, cuando las cabezas se hubieron inclinado ante él, y los sollozos, apenas perceptibles, de las mujeres, le indicaron que la lección había surtido efecto, anunció que se reservaría un día de la semana siguiente para consagrarle a un ayuno de arrepentimiento. «Los que tengáis que proseguir vuestras ocupaciones diarias las proseguiréis; pero sostenidos solamente por el pan de aflicción y el agua de aflicción.»

La influencia que mi padre ejercía sobre aquellos dóciles campesinos era ciertamente notable, porque ninguno intentó el menor esfuerzo para resistir a la exhortación. Después del servicio de la mañana, acostumbraba a detenerse unos momentos en la sala para cambiar amablemente unos apretones de manos con los Santos. Pero esta vez, se alejó arrogantemente sin decir palabra, llevando mi mano apretada en la suya hasta que estuvimos en la calle.

No se como observaría el ayuno el resto de la congregación, pero fue para nosotros un día espantoso. Despertado en medio de la noche negra, tuve que seguir a mi padre a la sala en donde una reducida asamblea celebraba una reunión de rezos penitenciales. Volvimos a casa al amanecer; luego, a la hora acostumbrada, nos sentamos ante un almuerzo que, en aquella hora lúgubre, consistía para todos en rebanadas de pan seco y en un vaso de agua fresca. En toda la mañana no se me permitió ni pintar, ni escribir, ni encerrarme en mi «caja».

En un estado de depresión que no se podría describir, permanecimos en el comedor, ocupados en leer libros de devoción y en gemir de vez en cuando un himno desolado. Llegó por fin la comida de las doce y, como en el desayuno, no tomamos más que rebanadas de pan seco y un vaso de agua.

El programa de la tarde debía ser el de la mañana, y mi padre le siguió. Pero Miss Marks, al ver mis mejillas lívidas y mis ojeras, pidió a mi padre que le permitiera un paseo conmigo. Se le concedió el permiso después de haberse comprometido a no darme de beber ni de comer. Durante el paseo, en vano repetí a Miss Marks que me sentía «vacío», lo que, en Devonshire significa que se tiene hambre, no se atrevió ella a faltar a su palabra. Nuestra última comida tuvo el mismo carácter que las precedentes. Después, a fin de terminar la comida, acudimos, bajo la húmeda bruma, a otra reunión de rezos, de la que volví en un estado próximo al desvanecimiento, para que me acostasen sin el menor alimento. No había una gran penalidad en todo esto, lo confieso, pero así fue. Mi padre cuidaba de que la consigna que había dado, respecto al pan y el agua de aficción, se respetase en el seno de su propia familia y por nadie más inflexiblemente que por él mismo.

La actitud que tenía yo que observar respecto a las almas de los que encontraba cuando no estaba bajo las miradas de mi padre, era para mí un tormento de todos los instantes. En nuestra gente de menudos chismorreos, mi padre tenía facilidades extraordinarias para saber mi comportamiento fuera de casa. No me lo explicaba yo entonces, y el conocimiento que tenía de mis palabras y mis acciones me parecía cosa de brujería. Gustaba de insistir cerca de mí sobre la necesidad de «tributar homenaje a Jesús en sazón y fuera de sazón», y exaltaba mis sentimientos a tal punto, que, semejante a Santa Teresa, me hubiera precipitado al encuentro de los moros y del martirio. Pero en contacto después con los unos y con los otros, mi celo se enfriaba notablemente, y hasta no hubiera tributado el menor «testimonio», de no ser por la desdichada

expresión: «fuera de sazón». A decir verdad, me parecía que no se necesitaba decir más, puesto que toda ocasión que no fuese «en sazón» era «fuera de sazón»; la alternativa no comportaba otros términos, y no había ninguna ocasión en que la caza de las almas estuviese vedada.

Mi padre era muy generoso. Acostumbraba a magnificar todo esfuerzo, por mínimo que fuese, que intentara yo, con voz balbuciente, para santificar una visita. Todos, hoy lo comprendo, acostumbraban a animarme con alguna amable invitación, a fin de poder ser agradables a mi padre, refiriéndole que yo había «testimoniado» en favor del Señor. Todo esto era artificial, y no tenía por causa sino la incapacidad constante de mi padre para comprender que lo mejor es el enemigo de lo bueno.

Porque no me apremiaba así por mal humor o enojos, sino por efecto de un cariño lleno de excesiva solicitud. Tenía prisa por verme ser una brillante lumbrera, todo lo que había deseado ser él mismo, y no quería hallar en mí ninguna de sus insuficiencias.

Por esta época trastornó mi alma con una frase que dejó escapar, sin que, en mi concepto, la concediese entonces una importancia particular. Estaba ocupado, como le sucedía frecuentemente, en pulimentar y avalorar mi fe, cuando llegó a hablar del día en que yo subiera al púlpito para pronunciar mi primer sermón. «¡Oh! Si pudiera estar yo allí invisible, si me fuese dado oír el mensaje del Evangelio proclamado por su boca, diría entonces: «mi pobre trabajo ha terminado. ¡Oh! Señor Jesús, recibe mi Espíritu.» No sabría decir la angustia que me produjo aquel ardiente deseo, el horror con el que anticipé la hora de aquel *nunc dimittis*. Tenía la impresión de ser un pajarillo solitario, prisionero sin esperanza, expuesto en una jaula brillante. La claridad de la imagen personal me afectaba más que todos los textos, que todos los rezos y que todas las predicciones. Vefame para siempre cautivo del sistema religioso que se había apoderado de mí y que arrebatava

mi espíritu sin fuerzas en su torbellino, así como en los círculos concéntricos de mi visión nocturna. No luchaba. Estimaba que aquello era inevitable, y que no había otro medio de hacer la paz con aquella divinidad terrible y siempre vigilante, con «el Dios, que es un Dios celoso». Pero consideraba mi destino sin entusiasmo y alegría, y el temor del Señor absorbía y destruía toda noción de su amor.

Sería, sin embargo, injusto conmigo mismo si presentase la actitud que tenía entonces respecto de la fe como desprovista de candor. Muy seriamente deseaba yo seguir las huellas de mi padre. Mi pasión de la imitación, respecto a la cual ya he dicho mi pensamiento, estaba precisamente entonces en pleno desarrollo, y, por ella, me veía conducido a reproducir el lenguaje de mis libros piadosos en devotas fórmulas, que edificaban grandemente a mis compañeros adultos, y que además, por lo que hoy puedo juzgar, eran perfectamente sinceras. Experimentaba el más vivo deseo de ser bueno, de ser santo, y no concebía la menor duda sobre la absoluta infalibilidad de mi padre como guía en el terreno de las cosas del cielo. Pero estoy perfectamente seguro de que no hubo jamás un momento en que mi corazón respondiese con toda sinceridad y con un favor innato a las palabras que brotaban de mis labios en oleadas de unción. No puedo recordar sino una renuncia de mi inteligencia, sin ninguna alegría nunca en mi acto de resignación. No conocí jamás el arrobamiento del místico sintiendo su fantasma de ser, su alma penetrada, atravesada de parte a parte, y engalanada con una gloria nueva que conserva todo lo que pertenece a su personalidad, a su individualidad.

A pesar de todo, mi sér se adhería a un núcleo muy fuerte de individualidad, sepultado en lo más profundo de mi naturaleza de niño. A la presión de afuera abandonaba todo lo demás: mis pensamientos, mis palabras, mis esperanzas, mis certidumbres; pero había algo a lo que no renunciaba nunca: a mi yo, original y permanente. Sumiso como era, prestándome a todo con docilidad, conservaba siempre, sin embargo, la

noción de esa facultad interior que había aprendido a discernir en mis días de estancia en Islington, de la existencia, en lo más profundo de mí mismo, de dos seres que podían conversar entre sí, en un inviolable secreto.

«Un hombre, con sus luces naturales, puede discurrir sobre estas cosas, y muy seriamente; puede concederlas una especie de creencia natural como a una historia cuya autenticidad es posible; pero en cuanto a creer firmemente que hay en estas cosas una verdad divina, y estar más persuadido de esto que de lo que vemos con nuestros ojos, es una convicción que resulta ser la obra particular del Espíritu de Dios, y que es ciertamente también la fe que salva.» No hay que buscar estas líneas en las obras de algún extravagante hermano de Plymouth, sino en uno de los más sólidos clásicos de la Iglesia, en el *Comentario sobre la primera epístola de Pedro*, por el arzobispo de Leighton. Si reproduzco aquí este pasaje, es porque precisa, más exactamente de lo que pudieran hacer mis palabras, la diferencia que existía entre mi padre y yo, y que, en el secreto de nuestra vida, debía acentuarse cada vez más. Ciertamente, él poseía la fe que salva, la que levanta las montañas de la evidencia, la que ni el fracaso ni las decepciones hubieran podido disminuir en nada. En cuanto a mí, como empezaba a sentirlo entonces obscuramente, y como lo veo claramente hoy, me había sencillamente acostumbrado a otorgar lo que el arzobispo llama «una especie de creencia natural» a la doctrina, cuyo sello se persistía en querer imponer a mi conciencia. Era fatal que ese sello se fundiese en el rocío de la vida para ser absorbido por el sol del pensamiento y de la experiencia.

Mi padre, por un acto de complacencia, del que no puedo explicarme enteramente el capricho, dejó en aquel momento penetrar en mi imaginación una oleada de luz, ciertamente hostil a mi vocación celeste. Ya he dicho el interés que, instintivamente, tenía por la geografía. Era la única ciencia en la que no tenía necesidad de que me instruyesen. Los conocimientos

geográficos parecían penetrar sin esfuerzo mis células cerebrales. A la edad de once años, sabía mucho más que la mayoría de los adultos, sobre los mapas y sobre las relaciones recíprocas de las localidades de todo el globo. Y esto lo había adquirido casi mecánicamente. Estaba a la sazón acaparado por la geografía de las Antillas, y había trazado los mapas de sus diversas partes. Había algo que atraía poderosamente mi imaginación en la gran cadena de las Antillas, puesta sobre el mar como un brazalete abierto, de gruesas y menudas pedrerías sujetas por un hilo invisible. Me complacía cerrar los ojos y contemplarlas en una visión panorámica, extendidas del Cabo San Antonio a la Boca de la Serpiente. Varias de aquéllas islas encantadoras, esmeraldas y amatistas puestas sobre la superficie del mar Caribe, las había recorrido mi padre en su juventud. Así es que le importunaba con mis preguntas. Un día, como multiplicase yo mis interrogaciones, se levantó con su impetuosidad habitual, y, trepando hasta el último estante de la biblioteca, bajó un grueso volumen, que me alargó al mismo tiempo que decía:

—Ahí encontrarás todo lo concerniente a las Antillas.

Y me dejó en posesión de *Tom Cringle's Log*.

El embargo puesto sobre toda especie de ficción por los poderosos escrúpulos de mi madre no se había levantado, a pesar de que ya hacía cuatro años de su muerte. Como lo he dicho en un capítulo anterior, era aquél un punto sobre el que no creo que mi padre hubiera estado nunca de acuerdo con ella. Había cedido, sin embargo, y ninguna novela, ninguna historia ficticia se había encontrado nunca en mi camino. Es raro que entre nuestros libros, cuyo número era de varios cientos, no hubiera yo descubierto nunca ninguna obra de ficción hasta el día en que mi padre mismo me reveló la existencia de la tumultuosa obra maestra de Miguel Scott. Estaba yo tan ignorante de lo que era la invención literaria, que empecé la lectura de aquel relato, sin sospechar que no fuese verídico, y creo que fue mi padre quien, para contestar a una de mis pre-

guntas, me explicó que todo aquello era inventado. Me invitó a leer las descripciones del mar y de las montañas de Jamaica, cuidando de «saltar» las páginas que refiriesen aventuras y conversaciones imaginarias. Pero no seguí tal consejo. Aquellas aventuras y conversaciones eran para mí el encanto de la obra. Nunca había leído nada semejante, nunca había soñado algo parecido. Mi horizonte se veía iluminado de gloria y de alegría.

Supongo que cuando mi padre era más joven y menos pietista, habría leído con gusto *Ton Cringle's Log*, porque la obra le recordaba escenas familiares. Además, y he aquí lo que nos acerca a la solución del enigma, la portada de aquella edición era un delicado grabado en madera, que representaba Blewfields, la espaciosa casa que se elevaba solitaria en medio de un jardín lleno de pimientos, y en el que mi padre trabajó, durante diez y ocho meses, en calidad de naturalista. No podía mirar aquel grabado sin acordarse de los recuerdos exquisitos y de las dulces brisas de aquel paraíso terrestre. Sin embargo, la sugestiva novela de aventura amorosa escrita por Miguel Scott, era un libro que parecía raro ver en manos de un niño al que nunca se le había permitido dar un vistazo a las historietas más plácidas y anodinas.

Era como si se hubiese dado un vaso de aguardiente puro a quien no hubiera conocido nunca sino la dieta láctea. No he vuelto a leer *Tom Cringle's Log*, y creo que no rompería gusto hoy el canto del recuerdo cuyo elemento principal es quizá la ilusión. Pero me acuerdo del relato en su casi totalidad, y recuerdo muy bien el lenguaje de los personajes. Por esto, si estoy seguro de que la obra es atractiva, estoy igualmente cierto de que los personajes que bullen allí se hallan lejos de aparecer sin tachas a los ojos del mundo. Las escenas nocturnas de las calles de Spanish Town se salían no solamente del círculo de mi experiencia, sino también, gracias a Dios, del de mi imaginación. Las gentes de mar usaban, para conversar entre sí, lo que se puede llamar «un lenguaje particular», y, a través de toda la obra, de la primera a la última página, co-

rría, si mis recuerdos son exactos, una llama, una pasión de vida que era decididamente pagana.

Había, en *Tom Cringle's Log* ciertas escenas, ciertas imágenes, que no solamente hicieron una impresión duradera en mi espíritu, sino que matizaron también mi visión de la vida. Las largas aventuras, los combates y las evasiones, las repentinas tempestades de fuera, las sublevaciones de dentro, todo esto que se alzaba con poderoso relieve, y ciertamente con gran talento, sobre el azul radiante del Océano sin límites de los trópicos, hacía lucir, en el secreto de mis pensamientos, como una esperanza vacilante, muy vagamente percibida al principio, que se desarrolló en seguida lentamente, permaneciendo mucho tiempo débil y estacionaria, pero llevándome siempre a creer que me sustraería al fin a la estrechez de la vida que llevábamos en casa, y que me libraría de aquella sujeción a la ley y a los Profetas.

No es preciso que defina con demasiada claridad los movimientos ciegos del espíritu de un niño, ni que trate de darlos demasiada importancia. Pero estoy seguro de que el haber leído y releído *Tom Cringle's Log* ha contribuido, más que todo el resto, a afianzar mi personalidad, en gran peligro, hoy lo comprendo, de sucumbir bajo la presión que mi padre la imprimía por todas partes. Como *Fátima*, mi alma estaba encerrada en el interior de una torre en la que ninguna influencia de fuera podía penetrar, y la pobre cautiva estaba muy en peligro de morir de privaciones o, por lo menos, de perder toda posibilidad de restablecerse y reaccionar, si el mismo que me había hecho prisionero, por un capricho que todavía no puedo explicarme enteramente, no hubiera benévolamente practicado una ventana en la pared de mi cárcel, y no hubiese puesto en ella un poderoso catalejo. Esta ventana y este catalejo fueron las aventuras tropicales referidas en la picaresca novela de Miguel Scott.

En la primavera de aquel año empecé a pasearme solo por el pueblo, y hasta por el campo a largas distancias. Después

de haber leído *Ton Cringle's Log*, me acosaba la esperanza de encontrar alguna aventura. No es que corriese tras las proezas de otra manera que en imaginación. Yo era muy tímido ante personajes reales, y hubiera interrumpido el hermoso sueño de cualquiera hazaña de alta mar para ocultarme apresuradamente detras de un seto al paso de dos labradores. Algunas veces, sin embargo, la onda de algún gran proyecto me empujaba adelante, como me ocurrió, cuando, en una época ciertamente anterior a la que hemos llegado, habiendo oído hablar mucho de los peligros de una sequía persistente, llevé mi regaderita encarnada llena de agua hasta el final del pueblo, y, bajando todo a lo largo de Petit Tor Lane, fuí a derramar el cantarito en medio de un campo de trigo con la esperanza de mejorar las perspectivas de la cosecha futura. Pero tengo que contar ahora una excursión más memorable, a causa de la imborrable impresión con que señaló mi ser moral.

Ya he descrito la linda aldea retirada de Barton, a donde María Gracia Bermington me llevaba tan a menudo con ella en sus visitas. Allí vivía un matrimonio que ofrecía a mis ojos un interés particular, a causa de que aquellas buenas gentes, cuando vinieron a asistir a un bautismo por simple curiosidad, quedaron en el acto profundamente convencidas del peligro espiritual que los amenazaba. El marido, un cantero irlandés, se llamaba John Brooks, y su mujer Ana. Ahora bien; hasta entonces, aquellos dos personajes, no contentos con ser de los no convertidos, habían tratado a los hermanos con un enojo y un desprecio manifiesto. Habían ido a mi bautismo, con la intención evidente de tomarlo a chacota, y se habían ido vivamente impresionados.

Al día siguiente por la mañana, la mujer de Brooks, ella misma nos lo contó, estaba ante el fregadero, cuando el infierno se abrió a sus pies. Salió el diablo, teniendo en la mano una larga tira de papel que contenía la lista de los pecados de la pobre mujer. El choque que experimentó fue tan violento, que la emoción determinó un aborto del que estuvo

seriamente enferma. Al mismo tiempo, su marido, al que mi bautismo había igualmente impresionado mucho, se convertía también. En cuanto se restableció su mujer, se bautizaron los dos, y ambos «rompieron el pan» con nosotros. Hablóse mucho del caso de los Brooks, y se pretendió que indirectamente había sido yo el agente de aquella doble conversión. Y, en efecto, si yo hubiera sido en aquella ocasión objeto de la curiosidad pública, hubiera podido suceder que los Brooks continuasen en los lazos de la iniquidad. No se necesitaba más para que me interesaran muy particularmente, y como, al mismo tiempo, había oído decir que eran sumamente pobres, sentí el ferviente deseo de proveer a sus necesidades.

Poco antes, había recibido algún dinero; mendigué todavía algunas pequeñas cantidades aquí y allí hasta que hube recogido la considerable suma de siete chelines y seis peniques. Con todas estas monedas, cuidadosamente guardadas en un saquito de tela, me puse en camino, un domingo por la tarde, sin decir una palabra a nadie, y llegué a la casita de los Brooks en Barton. John era un hombrón sucio, señalado por las viruelas y zanquilargo, llevaba patillas según el gusto de la época. Cuando llegué, el marido y la mujer estaban en casa, sin hacer absolutamente nada, como lo requiere la sana tradición dominical. Me recibieron con sorpresa, pero rápidamente expliqué mi misión y saqué mi bolsita. Con profundo disgusto mío, todo lo que John dijo fue: «Ya sabía que el Señor proveería», y, vaciando el contenido de mi saquito en la palma de su manaza, se lo metió en el bolsillo del pantalón dándose un golpecito encima. Ni una palabra de gracias. Me contrarió mucho.

Creo que en todo el transcurso de una larga existencia, no he experimentado nunca decepción más amarga. La mujer, que era de más instinto y de sensibilidad más viva, advirtió, sin duda, mi turbación, pero lo que se le ocurrió para confortarme fue todavía más mortificante para mi amor propio: «Poco importa, hijo mío, me dijo; volverás y me verás dar de comer a los cerdos.» Toda paciencia tiene límites, y, con el sentimiento

de haber sido cruelmente desgarrado por el diente de la ingratitude, huí de la casa de Brooks para no volver más.

A la hora del te, aquella tarde, me mostré muy abatido, y apremiado por el interrogatorio de Miss Marks, se me escapó toda mi historia. Mi padre, que, como le ocurría a menudo, estaba lejos de nosotros por sus meditaciones, percibió una palabra que le interesó, y volvió al conocimiento de lo que pasaba en torno suyo. Tuve que repetir mi relato, muy tristemente esta vez, porque tenía miedo de sufrir un regaño. Por el contrario, mi padre y Miss Marks se mostraron muy benévolo y simpáticos, lo que me fue de un gran alivio. «No hay que olvidar que son hijos del Señor»—dijo mi padre.—«El Señor mismo no puede hacer de una oreja de cerdo una bolsa de seda.»—añadió Miss Marks, que estaba muy irritada.—«Vaya, vaya»—contestó mi padre, agitando la mano con gesto suplicante.—«¡Pobre niño!»—exclamó Miss Marks, llena de indignación, mientras que me acariciaba una mano.—«El Señor recompensará el celo que, en tu amor, sientes por los pobres, aunque no tengan la gracia y la inteligencia suficientes para expresarte su agradecimiento»—dijo mi padre, posando en mí sus ojos oscuros, llenos de ternura.—«¡Brutos!»—exclamó Miss Marks, cuyo pensamiento evocaba a Jhon y Ana Brooks.—«¡Oh! No, no—corrigió mi padre.—Son unas pobres gentes. Estamos en el deber de soportar su limitada inteligencia.»—Todo esto era un emoliente para mis heridas, y quedé consolado. Pero la fuente de la benevolencia se había secado en mí, y nunca me he repuesto del efecto que me causó la grosera mirada de John y su «Ya sabía que el Señor proveería». La planta naciente de la filantropía se quemó entonces en mi corazón como por cal viva.

Durante el verano, un profesor joven se presentó en casa para anunciar a mi padre que acababa de abrir una escuela para los hijos de los señores de aquel país. Rogó a mi padre que le honrara con su visita. Mi padre atendió la invitación. El profesor habitaba una de las blancas casitas escondidas en-

tre laureles, que animaban discretamente los alrededores de nuestro pueblo. El señor M. era franco, modesto, muy cortés con las opiniones de mi padre, y capaz, sin embargo, de defender las suyas. Su casa y él producían una excelente impresión. En el mes de Agosto pasé a ser uno de los alumnos de la escuela. La enseñanza se daba con toda sencillez. Las clases estaban en el piso bajo de la casa, en las dos principales habitaciones, y no recuerdo que el señor M. tuviera nunca necesidad de recurrir a un pasante.

Había en las clases como unos veinte niños, como máximo, y a menudo menos. Cuatro veces al día recorría el camino que separaba nuestra casa de la escuela. Cuando iba a buen paso, tardaba unos cinco minutos, pero este tiempo podía llegar a una hora entera, según el número de objetos interesantes que encontraba en mi camino. Con buen tiempo, la carrera era verdaderamente deliciosa, y, por limitada que fuese, era posible variarla casi indefinidamente. Me ocurría a veces encontrar a un condiscípulo que llevaba la misma dirección, y mi padre, al observarnos una mañana por encima de la tapia, experimentó cierta diversión al ver que yo iba andando de medio lado, por la acera, con la cabeza vuelta y los brazos caídos, sin dejar de hablar en voz alta, caso de pura herencia, porque de la misma manera tenía la costumbre de ir mi padre a la escuela, cuarenta años antes, por las calles de Paole.

Un día que afortunadamente iba yo solo, me abordó un señor de edad, vestido como un pastor disidente. Gustó de mi charla, y tomó la costumbre de dar su paseíto higiénico a la hora probable de mi aparición en la carretera. Nos hicimos muy amigos, y un día me llevó a su casa, modestísima morada en la que, con gran asombro, vi en las paredes del comedor dos cuadros que representaban el uno a un hombre, el otro a una mujer, con extravagantes vestiduras. Mi amigo me explicó que el primero de aquellos lienzos era su retrato tal como «hace mucho tiempo, mucho tiempo antes de su conversión, había aparecido en la escena».

Yo era lo bastante ignorante para no tener la menor idea de lo que aquello podía significar. Entonces me explicó que había sido actor y también poeta antes de que el Señor le hubiese abierto los ojos a cosas mejores. Yo ignoraba todo lo de actores; pero tenía ya veneración por los poetas. Mi amigo era el primer poeta que hubiese visto. Era nada menos que James Sheridan Koronoles, el famoso autor de *Virginius* y de *Hunchback*, convertido en pastor bautista en sus ancianos días. Cuando mencioné en casa el conocimiento que había hecho, la cosa no despertó ningún interés. Creo que mi padre no había oído hablar nunca de Sheridan o no había prestado la menor atención al nombre del que fue el primero de los autores dramáticos de su tiempo.

A Sheridan oí por primera vez pronunciar el nombre de Shakespeare. Me imagino que le sorprendió hallarme tan curiosamente instruido en ciertas ramas de conocimientos humanos y tan profundamente ignorante en otras. Apenas podía creer que los nombres de Hamlet, de Falstaff y de Próspero no tuvieran ningún sentido por un muchachito tan versado en Teología y Geografía. Sheridan me sugirió la idea de pedir a mi maestro de escuela que nos leyera en clase algunas de las obras de Shakespeare. Proponía *El mercader de Venecia* por ser de circunstancias. Comunicué el consejo de mi muy anciano amigo (que debía de ser casi octogenario) al señor M., que acogió solícitamente la proposición. Todos los recuerdos que he conservado de mi primer maestro me lo presentan inteligente, amable y de viveza de espíritu, aunque no creo que estuviese muy sólidamente preparado para su profesión.

En consecuencia se anunció que la lectura de Shakespeare constituiría una de nuestras lecciones, y a la tarde siguiente, empezamos a leer *El mercader de Venecia*. Era un tomo grueso que se pasaba de mano en mano alrededor de la clase. A mí me correspondió el papel de Bassanio, e hice saber a todos con voz de éxtasis que hay

en Belmonte una dama de rico patrimonio,  
Y ella es bella, y más bella que esta palabra.

También el Sr. M. debía de haber tenido que ver algo con el teatro. Experimentaba un placer evidente en la lectura de Shakespeare, y nada de todo lo que me enseñó me hizo tanta impresión como sus observaciones respecto a la entonación particular que exige la lectura en alta voz. Yo estaba en el séptimo cielo; pero ¡ay! no habíamos llegado aún al segundo acto de la obra cuando nuestra lectura se interrumpió súbitamente. Nunca he sabido la causa; pero presumo que fue por deseo de mi padre. Se jactaba de no haber leído nunca una página de Shakespeare y de no haber ido más que una vez al teatro. Supongo que por haber hablado yo en casa de nuestras lecturas, mi padre invitó al maestro a volver al programa ordinario de su enseñanza.

Por cuanto yo era un «creyente», como teníamos la costumbre de llamar a todo iniciado en los arcanos de nuestra religión, y por lo tanto, en todo trato con los «no creyentes», mi deber era «tributar testimonio al Señor en toda ocasión», me fue imposible entablar amistades íntimas en aquella primera escuela. Retrocedía ante el acto penoso y molesto de detener a un condiscípulo al salir de clase, y hacerle de manera apremiante esta pregunta probablemente ininteligible para él: «¿Has encontrado a Jesús?» Era más sencillo esquivar el encuentro y deslizarme como un lagarto a través de los macizos de laurel para salir a la soledad.

Mis compañeros tenían la costumbre, cuando terminaba la escuela, de ponerse a jugar en la carretera, correteando y persiguiéndose. A mí me agradaba tomar parte en aquellos juegos. Pero mi compañía, si no era evitada, no era nada solicitada. Supongo que mis compañeros habían tenido noticias de mi curiosa historia, y que, cuando me evitaban, lo hacían no por intención de serme desagradables, sino por el instinto que les llevaba a ver en mí como un animal de especie diferen-

te, extraño al rebaño. Los muchachos obedecen en todas partes a las mismas convenciones; el color de sus tradiciones es uniforme. Al mismo tiempo, si yo no hacía amigos, no me creaba enemigos. En clase, excepto por mi extraordinaria aptitud para la geografía—aptitud considerada como incomprendible y un poco rara,—era más bien de los últimos. Así no despertaba celos, y, por entero entregado a mis sueños, es probable que mi presencia oscura escapaba a la atención de mis discípulos.

A uno de los lados del camino, entre la escuela y la casa, había una charca, adonde los caballos iban a beber. Un seto la rodeaba por tres lados, mientras que unos copudos olmos se inclinaban hacia la superficie, y con su fronda, impedían que el cielo se reflejase allí. El lado que daba al camino era mi sitio preferido. Encontrábase allí un barro que tomaba todas las formas y las conservaba bastante bien. Allí creaba yo mis imperios marítimos; islas, una costa con puertos, faros, fortificaciones. Mi facultad de imitación geográfica tomaba allí todo su vuelo. A veces, mientras que yo estaba en mis recreos, se acercaba un carro a la charca, y un caballo se ponía a beber en lo más profundo de mi Océano, hollando con sus cascos mis archipiélagos, y dislocando mis puertos como un tifón. Pero, en cuanto se marchaba el carro, me volvía a poner al trabajo, y rehacía mi línea costera y mis puertos.

Me placía este juego infinitamente, y, con arreglo a mi imaginación, no me hallaba a la orilla de una charca fangosa, sino ante una costa espléndida con golfos semejantes al de Tor Bay. Así que no recuerdo haber sufrido nunca mayor humillación que cuando el viejo San Lamble, el herrero, uno de los «Santos», a quien preguntara mi padre si me había visto, contestó: «Sí lo he visto, hace un momento, haciendo moldes de barro en la carretera.» ¡Qué postura para el que había sido admitido a la comunión «en calidad de adulto»! ¡Qué mancha en el escudo del que hubiera querido ser un Cristóbal Colón!

Sin embargo, alguien hubo que apreciara mi labor. Una

tarde en la que estaba engolfado en mis trabajos geográficos, se presentó una señora de edad madura, de hermoso rostro, con dulces mejillas sonrosadas y ojos de color de avellana que lucían brillantes. Me preguntó si me llamaba como efectivamente era. Yo la había visto antes. Era forastera en nuestra región, y su acento no tenía nada del peculiar de los habitantes del Devonshire. Sabía vagamente que asistía algunas veces a nuestras reuniones, que habitaba en Upton, en casa de unos amigos nuestros que recibían huéspedes, en una casa antigua de la que se hubiera dicho que era una cesta de rosas.

Se llamaba Miss Brightwen, y aquella era la primera vez que me hablaba.

Sin sonreirse, miró con marcado interés mis puertos y mis islas. Me hizo, a propósito de mis penínsulas, preguntas inteligentes y pertinentes. Concluí por dejarme persuadir de que dejase mi obra, y me fuera con ella hacia el pueblo. Me agradaban su voz, su distinción; su traje, más elegante que los que veía de ordinario; sus maneras, más sueltas que las que observaba en otras. Hablamos muy agradablemente, y cuando nos separamos, tuve el gusto de comprobar que nuestra conversación me había sido tan grata como para ella instructiva. Le aseguré que tendría el mayor placer en decirla más en otra ocasión. Me dió las gracias con mucha gravedad, pero luego se echó a reír. Nos separamos haciendo protestas de estimación recíproca, y yo estaba lejos de suponer que aquella simpática dama cuáquera había de tomar el puesto de mi madre.

## CAPITULO X

Yo tenía mi camita en un rincón del cuarto, y cerca de la puerta se alzaba la cama de columnas, en la que dormía mi padre. Una espléndida mañana de Setiembre, muy temprano, tenía yo entonces cerca de once años, me llamó mi padre. Subí a su cama, me metí en ella y tuvimos una grave conversación. Empezó ésta inopinadamente. Me preguntó si me gustaría tener una nueva mamá. Yo no fui nunca un sentimental; así fue que contesté prudentemente que dependía de quien fuera ella. Paró él el golpe anunciándome que de todas maneras estaba ya en camino la nueva mamá, y que seguramente sería de mi gusto. Sin embargo, en el tono de quien no quiere comprometerse, pregunté: «¿Vendrá conmigo detrás del horno de cal?» Esta pregunta dejó muy perplejo a mi padre. Tuve que explicarle que la ambición de mi vida era subir a la cumbre de la colina que se alzaba sobre Barton, detrás del horno de cal, lugar que era tierra prohibida, porque se le tenía en la localidad por extremadamente peligroso. «¡Oh! creo poder decir que irá—contestó entonces mi padre;—pero es preciso que adivines quién es.» Nombré a una o dos de las mujeres menos atractivas de la comunidad de los «Santos». Esto resultaba molesto para mi padre. En efecto, la segunda persona que mencioné era una mujer casada que tenía una confitería en el pueblo. Así fue que se apresuró a decir: «Es Miss Brightwen.»

Muy bien hasta entonces, y yo estaba satisfechísimo. Desgraciadamente, recordé que mi deber me imponía rendir testi-

monio «en toda ocasión», y pregunté a mi padre con suma seriedad: «¿Es hija del Señor, papá?» El contestó con gravedad que lo era. «¿Ha tomado su cruz, haciéndose bautizar?»—añadí, porque este era mi punto fuerte como creyente. Mi padre pareció un poco desconcertado.—«A decir verdad—explicó,—todavía no ha visto hasta ahora la necesidad de ello, pero tenemos que pedir al Señor que la muestre claramente su camino. Ya ves, ella ha sido educada hasta hoy en la pretendida Iglesia de Inglaterra.»

Los papeles estaban ahora curiosamente invertidos. Yo era, a lo que parecía, el severo confesor, y mi padre el penitente que pedía perdón. Me incorporé en la cama, y agitando una mano, exclamé: «¡No me digas, papá, que ella es petobaptista!» Esta importante palabra era una adquisición reciente, y aproveché la oportuna ocasión que se me presentaba para servirme de tal vocablo. Mi padre se afectó penosamente, pero me repitió que tenía la seguridad de que si uníamos nuestras oraciones y exponíamos claramente a Miss Brightwen el plan de las Escrituras, llegaría sin duda a aceptar la doctrina del bautismo de los adultos. Añadió que no había que juzgar, por el temor de que fuésemos juzgados. Yo tuve el suficiente tacto para no recoger esto, porque había advertido muy bien que todo nuestro sistema era juzgar, sin que tuviésemos el menor deseo de ser juzgados. Es que, aun a la edad de once años, se da uno cuenta de que hay circunstancias en que no conviene estrechar demasiado la verdad.

Un poco antes de la Navidad, una noche en que helaba con fuerza, nos trajo mi padre a su esposa. El engalanamiento de la casa, el nuevo mueblaje, el traslado de lo que me pertenecía a una alcoba particular, los regalos de boda de los Santos, todo esto, por interesante que fuese, palideció ante el hecho de que Miss Marks hizo «una escena» por la tarde. Yo estaba entretenido en bailar alrededor de la sala, repitiendo: «¡Qué contento estoy! ¡va a llegar mi nueva mamá!» cuando Miss Marks, con una voz que no le era natural, exclamó: «¡Qué

niño tan cruel!» Yo me paré estupefacto y la miré sin pestañear. Entonces, prescindiendo de toda prudencia, gimió ella: «¡Y yo que pensaba que llegaría a ser tu querida mamá!» Me quedé literalmente atónito, después expresé mi horror en términos claros y enérgicos. Miss Marks cayó entonces en una furiosa crisis de nervios, mientras que yo la contemplaba sin ninguna simpatía y siempre profundamente molestado. Ella tenía razón; yo era cruel, ¡pero se necesitaba ser tonta! La consecuencia fue que, toda llorosa y sacudida por un temblor nervioso, se retiró a su gabinete, mientras que, todo sonriente y halagador, daba yo la bienvenida a los recién casados en el umbral de la casa, y con tanta cortesanía como si fuera un antiguo y estimado servidor de la familia.

Hallé inmediatamente una aliada en mi madrastra. Si ella no fue nunca para mí «una fuerte torre», fue por lo menos una «cabaña» en «mi jardín de cohombres». Persona piadosa, muy bien intencionada, pero sin ningún fanatismo, su espíritu no se regalaba naturalmente con aspiraciones espirituales. No tenía sino un defecto en sus relaciones con los demás, y era el ser un poco irritable. Afirmaba así su personalidad avasallada. Pero era afectuosa, simpática y, sobre todo, distinguida. Su distinción era extraordinariamente agradable a mis nervios, tendidos por todo lo que me rodeaba.

Hasta qué punto, pobre mujer aislada, se encontró mortificada en sus primeros contactos con el género de culto que practicábamos en la capilla, no podría decirlo, pero creo que estaba dotada de filosofía. Con sorprendente temeridad, y en oposición con todos los miembros de su familia, había elegido un pastel, y ahora reconocía que le era preciso comerle hasta la última miga. Mi padre ejercía sobre los deseos de su mujer y sobre sus prevenciones una presión constante, jovial y tranquila. Nunca se mostraba duro ni brusco, pero sin cesar y poco a poco aumentaba la presión de tal manera que la voluntad de su esposa cedió a la carga. Hasta sobre la cuestión de la inmersión en público, por la que tenía un horror que fue largo

tiempo invencible, y que era muy natural en una persona reservada y sensitiva que caminaba hacia cierta edad—hasta sobre esta cuestión del bautismo cedió, y mi padre, un domingo, cuando rompía el pan con los Santos, tuvo el consuelo de decirles: «Mi mujer, muy amada, ha llegado a percibir la voluntad del Señor, y rendirá testimonio de su fe el jueves por la noche.» No tenía nada de raro que mi madrastra fuese algunas veces irritable.

Desde el punto de vista de mi desarrollo físico, la debo una infinita gratitud. Los suyos, muy opuestos a la boda, le habían predicho, entre otras agradables profecías, que «la primera cosa que tendría que hacer sería enterrar a aquel pobre niño». Por obediencia a las rancias prescripciones de Miss Marks, dormía yo bajo un montón de mantas; no salía más que provisto de gabán y bufanda, y me defendían del aire puro como si se tratara de la peste. Con real valor, mi madrastra cambió todo esto. La ventana de mi alcoba quedaba abierta de par en par toda la noche; fueron proscritos los trajes de mucho abrigo, y me animaron a que estuviese al aire libre todo el tiempo posible.

Todos los censores que contaban los «Santos» menearon la cabeza. Mary Burmington, un poco agriada por el fracaso de su querida Marks, echó un solemne sermón a mi padre, que no sirvió para que prohibiese a mi madrastra seguir su excelente plan.

Mi estado de salud se modificó rápidamente con el cambio de régimen, pero la mejoría de la salud física no aportaba la de la salud espiritual. Mi padre, completamente ocupado en moldear la voluntad de mi madrastra e inflamar su piedad, me dejaba ahora en libertad hasta un punto nunca visto. Yo no perdía la fe, pero otros muchos asuntos de interés tomaban en mi espíritu un puesto preponderante.

Supongo que se admitirá que no hay prueba más fuerte de una entera sinceridad religiosa que el fervor de la oración personal. Si un hombre, solo, junto a su lecho, prolonga sus

rezos y no quiere dejarlos hasta haber obtenido lo que cree ser una respuesta evidente a sus súplicas, entonces, cualquiera que sea el carácter de sus protestas públicas o la debilidad de sus acciones, es absolutamente cierto que cree en lo que profesa.

Mi padre, cuando estaba solo, rezaba con un espíritu que casi podría yo llamar espíritu de violencia. Al implorar las direcciones de lo Alto, lo hacía con importunidad. Hubiera podido decirse que tomaba al asalto las ciudadelas de la gracia divina, no queriendo ser derrotado, asediando sin merced con sus ruegos a una divinidad que, a veces, me parecía inatenta a sus súplicas o fatigada por ellas. Las súplicas de mi padre, al observarle de noche, cuando me creía dormido, iban acompañadas de extensiones de brazos, de crujidos en las falanges de sus dedos, de profundas aspiraciones, de sonidos murmurantes que parecían escaparse del silencio como, de la colmena, las abejas de Virgilio, *magnis clamoribus*. Mi padre robustecía su vida religiosa con la oración, como un atleta su vida física con la gimnástica respiratoria y vigorosas fricciones.

Turbábase mi conciencia por no poder llegar a tal fervor. La indigencia de mis oraciones había sido mucho tiempo para mí una fuente de tormentos, pero me era imposible descubrir un medio de enriquecer mi pobreza. Mi padre tenía la costumbre de ponernos en guardia, con gran solemnidad, contra el «servicio de los labios». Entendía por esto cantar los himnos y aportar su concurso a algún ministro, sin que el corazón tomase una parte viva o personal. Era la manifestación externa cuya tendencia podía yo bien percibir, pero existía un «servicio de los labios» más mortal aún; contra el que nunca se le ocurrió a mi padre prevenirme. Este servicio me asaltaba cuando solo, junto a mi cama, con la vela apagada, en camisa de dormir, me ponía de rodillas. Entonces era cuando mi carencia de vida espiritual se manifestaba por la oración maquinal que dirigía a Dios, por la inanidad de mi lenguaje, por la ausencia de toda unción real.

Nunca pude llegar a pedir a Dios sus dones espirituales con la misma voz y el mismo espíritu con que hubiera pedido a alguien lo que sabía que le era posible darme, y con el vivo deseo de poseerlo. Este sentido de la realidad de la intercesión me fue siempre negado, y en ello había que ver, hoy lo comprendo, el estigma de mi falta de fe. Pero yo no sospechaba nada de esto en la época en que me esforzaba en estimular mi celo, zurrándome mentalmente de manera desesperada, como los niños hacen girar el peón a latigazos.

El mayor provecho que saqué de la venida de mi madrastra fue el que se me animase a hacer amistades con un cierto número de niños de mi edad, que recientemente había conocido. Mi madrastra hizo más que tolerar este trato amistoso: me ayudó en él; y gracias a lo bien que ella arregló las cosas, afirmáronse estas amistades afuera con cierta regularidad, y nuestras excursiones partieron en días fijos de una casa o de otra. No sé qué etapas tuve que recorrer para dejar de ser una criaturita solitaria, absorta en sus recuerdos de monografías y sus construcciones de barro, y para convertirme en uno de los miembros de una especie de club de ocho o diez muchachos activos. Las vacaciones del verano de 1861 fueron una delicia.

Al mirar hacia atrás, no puedo distinguir ninguna nube en mi horizonte terrestre; no percibo sino el llamear del sol, las pendientes de césped resbaladizas que descienden hasta las dunas; arenales blancos, promontorios rojos que se pierden en un mar de zafiro; en fin, nuestro feliz grupo, trepando, bañándose, barqueando, jugando y charlando todo el santo día. Una vez más he de notar un hecho, que no me parece sin interés: en el momento preciso en que mi vida cesó de ser solitaria, cesó también de aparecerme distintamente. No tengo dificultad alguna en recordar, con la minucia de una fotografía, escenas de las que mi padre y yo, encerrados en las cuatro paredes de una habitación, éramos los únicos actores. Pero, en lo que concierne a la vida gloriosa que llevé con muchachos

revoltosos, a orillas del mar, no hallo nada más que impresiones vagas y discontinuas, deliciosas e ilusorias.

Por un tiempo, mi padre se dejó llevar por la indulgencia. Prueba notable de esto es que no hizo ningún esfuerzo para contrarrestar la intimidación que yo había establecido con mis nuevos compañeros. El mismo se relajaba en sus severidades; se humanizaba, como lo demuestra su matrimonio y la composición, en aquella época de su vida, de la más pintoresca, la más fácil y la más graciosa de sus obras: *La novela de la historia natural*, libro clásico hasta lo presente. Todo se unía para hacerle creer que había caído sobre él la bendición del Señor, y para echar sobre el mundo y sus tinieblas un velo de color de rosa. No me acuerdo que nunca entonces, cuando salía yo por la mañana, para pasar todo el día con mis amigos en la playa, se le ocurriera recordarme que en toda ocasión debía hablarles de la sangre de Jesucristo. Y, por cobardía, yo dejaba dormir el dogma.

No todos mis compañeros eran hijos de los «Santos» de nuestra comunidad; sus padres pertenecían a esa clase liberal a la que no hacíamos más que empezar a atraer a nuestros servicios. Estaban educados en el seno de familias religiosas, pero no fanáticas, y entre ellos era yo el único «convertido». Mrs. Paget, de la que hablaré pronto, declaraba pintorescamente que le apenaba «ver un cordero entre tantos cabritos». Pero la imagen no nos parecía responder a la realidad. De hecho, pactamos un compromiso tácito, que hoy todavía lo creo excelente. Mis jóvenes compañeros no se burlaban nunca de mí como «miembro de la comunidad de los Santos», y, por mi parte, no les hacía nunca valer la necesidad de la Expiación. En realidad, empezaba a prescindir cada vez más de mi fe personal para no sacarla sino los domingos.

Se habrá observado, espero, que, en la singularísima compañía de adultos que me rodeaba, si muchos eran débiles y algunos estaban perturbados, no había uno, por lo que yo puedo entender, que fuese hipócrita. No soy de los que creen que

la hipocresía es un vicio que brote en todos los terrenos. Evidentemente, en materia religiosa más que en ninguna otra, hay entre nuestros pensamientos y nuestros actos, una contradicción perpetua, inherente a nuestro orden social, y que tiene que conducirnos a «ese engaño mutuo» de que habla Pascal. Pero me he preguntado frecuentemente con asombro, mientras que admiraba el espléndido retrato de Tartufo, si tal monstruo ha existido, o por lo menos, si ha cruzado a menudo el teatro de la vida; si Molière lo ha observado o solamente inventado.

En cuanto a adoptar un sistema de afirmaciones religiosas sin creer nada en su de verdad, sencillamente por ventajas sensibles, confesándose a sí mismo lo descarado de la maquinación, he aquí un camino que puede haberse seguido, que lo ha sido sin duda, pero mucho menos frecuentemente que los cínicos gustan de dar a entender. Ahora bien; en el punto a que me ha hecho llegar mi relato, conocí a un individuo que fue señalado a la faz del mundo entero como hipócrita criminal y condenado en este concepto por la policía de su país. Mi mismo padre no pudo hacer otra cosa que suspirar y reconocer lo bien fundado de la acusación. Y a pesar de todo, todavía dudo.

A mitad de camino aproximadamente, entre nuestro pueblo y la ciudad, alzábase una confortable *villa*, habitada por un abogado retirado, tal vez un magistrado, a quien llamaré Dormant. A menudo entrábamos en su casa, situada casi a mitad de camino; y aunque pertenecía a la congregación de la ciudad, le ocurría con bastante frecuencia venir a nuestra capilla «para romper el pan». Dormant era un hombre robusto, de tinte rosado, de costumbres agradables. Tenía hermosos cabellos blancos, una voz muy dulce, maneras atractivas y simpáticas. Daba pruebas de una grandísima facilidad y de un celo extremado para expresarse en la piadosa fraseología de nuestra secta. Mi padre no se había sentido nunca muy atraído hacia aquel hombre, el cual, en cambio, profesaba, y creo que la sentía, una irresistible admiración por mi padre. Dormant no tenía una posición desahogada, y el año anterior había conven-

uido a un anciano y acaudalado caballero a que fuese a vivir con él. Cuando, en el transcurso del invierno, murió, sorprendió mucho el saber que había legado a Dormant la casi totalidad de su fortuna, que no dejaba de ser considerable.

El asombro fue grande, porque el caballero fallecido tenía un hijo, al que quería mucho, y el cual estaba por entonces en el extranjero, creo que en la América del Sur, en donde ejercía una profesión perfectamente honrosa, con la completa aprobación paterna. Mi padre, en cuestiones de dinero, conservó siempre una delicadeza y un sentido del honor que no hubieran sido más notables en un hombre irreligioso, y tengo gran placer en recordar que la primera vez que habló de aquella herencia fue para lamentar que Dormant hubiese permitido al anciano caballero disponer así de su fortuna. Porque, decía mi padre, suponiendo que Dormant conociese la intención del testador, hubiera acusado un sentimiento más justo de su responsabilidad disuadiéndole de que tomase tan impropia determinación. Esto sucedía muchotiempo antes de ponerse en tela de juicio la cuestión de legalidad. Dormant había entrado entonces en posesión de su fortuna, y empezaba a prodigar liberalidades importantes a las sociedades misionarias y a la congregación a que pertenecía. Si no me engaño, entregó a nuestro fondo de construcción, y sin que se lo hubieran pedido, cierta suma que mi padre devolvió después. Pero pronto supimos que el hijo del difunto había vuelto de los antípodas y que se dedicaba a una investigación minuciosa. Antes de que nos hubiéramos podido dar cuenta del asunto, una novedad estalló como una bomba sobre nuestras cabezas. Dormant, acusado de haber obrado delictivamente, acababa de ser detenido y llevado a la cárcel de Exeter.

Propagóse entre nosotros una gran simpatía por el prisionero. Pero disminuyó cuando nos dimos cuenta de que el anciano se había convertido durante su estancia bajo el techo de Dormant, y que el hecho de que su hijo no era un creyente le había parecido suficiente razón para desheredarle. Todas las

dudas desaparecieron cuando, apremiada la enfermera que había asistido al moribundo, y la cual formaba también parte de los «Santos», reveló que Dormant había obtenido la firma puesta al pie del testamento llevando sobre el papel la mano del testador, cuando ya éste se hallaba en la agonía.

Mi padre, acallando por un esfuerzo de la voluntad la repugnancia que experimentaba, visitó al encarcelado antes de que se le juzgara. A su vuelta, refirió que Dormant manifestaba una confianza perfecta, y que había expresado la seguridad de su alegría y su paz en el Señor. Mi padre lamentó no haber logrado hacerle conocer que por lo menos había cometido un error de juicio. Pero en la Audiencia, cuando los hechos quedaron establecidos, sin que, de otra parte, los negase él, la actitud del acusado fue más extraordinaria todavía. No se pudo decidirle a expresar el menor remordimiento, y ante la cólera manifiesta del juez mismo, afirmó que no había hecho más que su deber de cristiano, impidiendo que aquella fortuna hubiera caído en manos de un hombre sin religión, que la habría derrochado al servicio de la carne y del diablo. Severamente reprendido por el juez, terminó afirmando que, en aquel mismo instante, tenía la convicción de que el Señor estaba presente en la Audiencia, a su lado, y le murmuraba al oído: «Esto va bien, bueno y fiel servidor.» En tal estado de ánimo, y con el rostro iluminado, fue condenado a trabajos forzados.

Fue éste un penosísimo incidente, y es fácil comprender cuán cruelmente comprometió a nuestra comunidad y qué ocasión de blasfemar fue para nuestros adversarios. Nadie, en ninguna de las dos congregaciones, podía ni quería tomar la palabra para defender a Dormant, y nosotros teníamos que bajar la cabeza cuando encontrábamos a nuestros enemigos. El golpe era más duro para la congregación de la que había sido uno de los más notables comulgantes, pero nos alcanzaba también, y a mi padre le afectó vivamente el caso. Durante muchos años no quiso nunca mencionar el nombre del personaje, y rechazaba toda discusión sobre el hecho mismo.

Sin embargo, yo no estuve nunca seguro, y no lo estoy aún, de que aquel desgraciado fuese un hipócrita. Hay fanáticos vulgares en tan gran número como los hay distinguidos, y no estoy en modo alguno convencido de que Dormant, poco culto y poco inteligente, no estimara muy sinceramente que el dinero valía más que se dedicara a la propaganda religiosa que a los placeres del mundo, placeres de los que no tenía sin duda sino muy vaga idea. Medité mucho sobre este acontecimiento, y, por primera vez, despertó en mi espíritu una duda en cuanto a la completa y saludable eficacia de nuestro estrecho sistema de moral, que podía hacer que la conciencia de un creyente tolerase semejantes actos, denunciados por mi mismo padre como desleales y deshonorosos.

Mi madrastra había traído con ella una colección de libros como no los habíamos visto hasta entonces, aunque fuesen conocidos de todo el mundo, menos de nosotros. Los poemas de Walter Scott eran las especiales galas de la colección, y mi padre, que tenía una animación desacostumbrada y un espíritu dispuesto momentáneamente a las concesiones, se puso nada menos que a leer aquellas obras, en alta voz, a mi madrastra, en las tibias veladas de la primavera. Fue una especie de representación de corte de amor, un tributo poético a la esposa, algo muy sentimental y muy gracioso. Ella se sentaba muy tranquila, ante su cesto de labor, y él, enfrente, hacía brotar la oleada de los versos. Prescindiábase de mí en aquella escena completamente matrimonial, pero yo estaba presente, y la lectura producía en mí una impresión más viva que sobre los protagonistas de la escena.

Mi padre leía admirablemente los versos, con un sentimiento profundo de la medida y del ritmo, hasta demasiado profundo para el gusto de algunos, no para el mío, haciendo vibrar las rimas y resonar los nombres propios. Empezó—y era elegir acertadamente—por *La dama del lago*. Era un placer particular para mí oírle con su fuerte voz hacer justicia a «Duncrannon» y a «Cambus-Kenneth», y despertar los ecos

con «Roderigh Vich Alphine dhu, ¡ho! ieroel!» Yo anhelaba casi de emoción, mientras que un estremecimiento corría a lo largo de mi espina dorsal, cuando llegábamos al siguiente pasaje:

Coir - Uriskin, tu antro de fantasmas,  
Produce un eco siniestro y penetrante,  
Y la garganta siniestra donde los álamos se agitan  
En Beala - nam - bo.

Estos versos me parecían llegar a lo ideal de lo sublime poético. Mis pensamientos estaban todo el día aguzados por las aventuras de Fitzjames y de los ciudadanos de Ellen's Isle. Esto se convirtió en una obsesión y cuando, una vez, me preguntó alguien si recordaba el nombre de la ciudad habitada por el pastor de los cristianos bíblicos, contesté como en sueños: «Sí... Beala-nam-bo.»

Al verme fascinado por la poesía épica de Sir Walter Scott, hasta el punto de experimentar a veces una especie de delirio, mi madrastra preguntó a mi padre si no podría lanzarme a la lectura de las *Waverley Novels*. Pero él no quiso consentir, por la razón de que eran relatos que daban de la vida una pintura falsa y turbadora, y que distraerían mi atención de las cosas del cielo. Yo no entendí bien la distinción que establecía entre las poesías que permitía y las novelas que prohibía. Sin embargo, supongo que consideraba una obra en verso como más artificial, y, por consiguiente, menos susceptible que una obra en prosa, de provocar una impresión realista. Y hay algo chocante en el escrúpulo de conciencia que permite *The Lord of the Isles* y excluye *Rob Roy*.

Pero más rara todavía, y casi caprichosa, fue la repentina decisión de mi padre que, privándome de las novelas de Scott, me concedió leer las obras de Dickens. Recuerdo que mi madrastra manifestó cierta sorpresa, y que mi padre le explicó que Dickens «expone la pasión del amor bajo un aspecto ridículo». No pareció ella ser de este parecer, que, ciertamente, rayaba en lo extrasutil; pero me procuró un *Pickwick*, cuya

lectura me cautivó inmediatamente. Mis carcajadas, en ciertos pasajes, eran casi escandalosas, y me valieron regaños por lo que perturbaba a mi padre cuando, en un cuarto del piso superior, se dedicaba al estudio de la palabra de Dios. Hube de tardar varios meses en la lectura de *Pickwick*, porque acostumbraba correr a través de un capítulo, volverlo a leer, esta vez atentamente, y, por último, cerrar los ojos para evocar las figuras y la acción.

Supongo que ningún niño haya gustado mejor el encanto que me producía la lectura del delicioso libro. Sentíame en compañía de un caballero de tal gracia, que me echaba a reír aun antes de que empezara a hablar. En cuanto hacía él la observación de que «el cielo estaba sombrío y huracán, que el aire era húmedo y frío», prorrumpía yo en carcajadas. Mi aislamiento en el rincón retirado en que vivíamos, al margen de la vida, hacía tal vez que me excediera algo en mi entusiasmo, y es posible que haya sido el último de la generación que acogiera al Sr. Pickwick con un sentimiento sin reservas e irresistible. Es cierto que hay pocos niños hoy que parezcan ser tan sensibles como yo lo fui, con otros miles antes que yo, al género de fascinación ejercida por tal obra.

Es curioso que, viviendo en una casa en la que se cultivaba asiduamente cierto arte delicado de pintar, no hubiese visto todavía verdaderas pinturas. Apenas si me eran familiares las reproducciones en grabado. Mi madrastra aportó con ella el aroma de las bellas artes; una especie de perfume estético envolvía todos sus movimientos. Había encontrado en su juventud artistas auténticos, había visto pintar a Crome y había recibido lecciones de dibujo de un maestro que no era otro que Cotman. Pintaba a la acuarela paisajes, con una ciencia delicada de los medios, y en el gracioso convencionalismo de Norwich. Sus álbumes estaban llenos de lindas abadías que hubieran recordado al iniciado *Liber Studiorum* de Turner; de boscajes sobre los que el fantasma de Creswick había dulcemente suspirado. No era un arte que nos asombrara; pero, con su re-

serva distinguida, era la realidad. Nuestras anémonas de mar, nuestros pájaros de los trópicos, nuestros fragmentos de rocas esponjosas, ornadas de encajes y aristas de coral, cualesquiera que fueran la habilidad y la conciencia que acusasen, eran irreales desde el punto de vista del arte.

Así, y sin comprender su valor, empecé a adquirir algunos conocimientos de las fases elegantes que tuvo, en sus comienzos en Inglaterra, la pintura a la aguada. Recuerdo un singular pilón de mármol, lleno de agua hasta los bordes, con un cielo gris azulado encima, y sus álamos de un verde oscuro que, semejantes a escobas mojadas, amenazaban al horizonte. El mismo Cotman había retocado aquel cuadro, que me pareció bello y curioso en su marco oscuro y liso, cuando lo colgaron en una de las paredes de la sala.

Sin embargo, y aunque a mi madrastra le gustara hablar de los goces de la Royal-Academy, yo no había visto aún cuadros con personajes. Así, pues, en un estado de bastante excitación fui a ver con mi padre «Cristo en el Templo», un cuadro de Holman Hunt, cuya exposición pública se anunció, por aquella época, en la ciudad vecina. Pagamos nuestros *schillings*, y, con otros, subimos a una habitación del piso superior, desprovista de todo lo que hubiera podido distraer la atención. Del techo caía una fuerte luz que iluminaba el cuadro. Lo contemplamos un momento en silencio; luego mi padre me señaló los diversos detalles de los ornamentos y vestiduras que distinguían al sumo sacerdote.

Recuerdo que algunos de los visitantes expresaban su asombro y su aversión por lo que llamaban la manera «prerrafaélica» del autor. Pero no era esto lo que nos llamaba la atención. Verdaderamente, la manera precisa, minuciosa y severa de Hunt estaba en armonía, si es que se pudiera descubrirla, con los métodos que teníamos la costumbre de seguir cuando, pintando las mariposas y las plantas marinas, colocábamos colores perfectamente puros, los unos al lado de los otros, sin ninguna falta de sentido, a propósito del claroscuro. Aquel

cuadro, amplio, luminoso, inteligible, me hizo una profunda impresión, no ya absolutamente como obra de arte, sino como brillante muestra de historia natural. Yo estaba satisfechísimo de haberle visto, como lo estaba de haber visto el cometa y la ballena que trajeron a nuestra puerta en un carro. Era una adición notable al capítulo de mis conocimientos. Las menudas satisfacciones concedidas a mi curiosidad no parecían haber alarmado en lo más mínimo a mi padre. Su vista era corta. Si yo parecía contento y obediente, si contestaba con agrado cuando se dirigía a mí, no se preocupaba por descubrir la causa de mi buen humor. Lo atribuía al feliz sentimiento de mi alegría en Cristo, a un reflejo del Sol de Gracia que irradiaba mi sér sin interposición de las nubes del pecado o de la duda. Los «Santos», en general, eran muy fáciles de comprender, porque todas sus emociones eran superficiales. ¿Estaban alegres? Ninguna carga pesaba sobre su conciencia. ¿Estaban deprimidos? Podía afirmarse con certeza que su conciencia les atormentaba. ¿Estaban indiferentes o fríos? Su fe disminuía seguramente y se hacían hostiles al servicio de Dios. Eran almas sencillas, de juego casi mecánico, y yo, aunque fuese mucho más joven, era más complejo y más fino que nuestros «Santos» de la clase campesina. Mi padre, cuya psicología no tenía nada de sutil, me aplicaba las mismas fórmulas que las que le daban el mejor resultado en nuestras reuniones; pero, en mi caso, los resultados no eran tan uniformemente felices.

La excitación de la vida escolar y el ensanche de un círculo de interés se unían para que el domingo fuese, por contraste, una ocasión de mucho aburrimiento. La ausencia de todo género de recreo en el día dominical, concluyó por ser una carga difícilmente soportable. He dicho que gozaba, durante la semana, de una libertad relativamente considerable. Con tal de que me encontrase puntualmente en casa a las horas de las comidas, no exigían mi presencia durante los ocios de que disponía. Pero esta libertad que, durante los días de verano, llegaba a ser mayor que la de los «peces que se embriagan en el abis-

mo», contrastaba penosamente con la sumisión inviolable del domingo.

Mi padre era muy opuesto a la expresión «día del sabbat», comúnmente empleada por los presbiterianos y otros más. Decía, con mucha razón, que era una moderna innovación incorrecta, puesto que siendo el sabbat el sábado, es decir, el sétimo día de la semana y no el primero, resultaba ser una fiesta judía y no una conmemoración cristiana. Y, sin embargo, la exageración con que mi padre quería que se observase el primer día de la semana, y que estuviese exclusivamente consagrado a actos de adoración públicos y privados, procedía mucho más de la ley judaica que de la ley cristiana. En efecto; no recuerdo que mi padre sacara nunca del Nuevo Testamento un argumento definitivo en apoyo de la extrema pasividad que exigía el día del Señor. Seguía la antigua costumbre puritana con la restricción, sin embargo, de que su observancia no iba desde el anochecer del sábado al anochecer del domingo, como hacían, según creo, los puritanos de antaño.

Existe ya una relajación tan universal en la observancia del día del Señor, que creo que no carece de interés conservar una descripción exacta del empleo que dábamos a nuestros domingos, hace cuarenta y cinco años. Bajábamos a desayunar a la hora habitual, y mi padre rezaba una breve oración antes de empezar. Terminado el desayuno, sonaba la campana, y aun antes de que quitasen la mesa, se celebraba un largo servicio de explicaciones bíblicas y de rezos, al que asistían las criadas. Si hacía buen tiempo, paseábamos una media hora por el jardín, sin hacer nada más. Luego, separadamente, cada cual en su cuarto, permanecíamos sentados, con las Biblias abiertas ante nosotros, y, al lado, algún comentario referente al texto de la lectura. Así preparábamos nuestras almas al servicio de la mañana. Poco antes de las once, marchábamos provistos de nuestras Biblias y nuestros libros de cánticos, y sufríamos, en la sala de nuestras reuniones, un servicio que duraba dos horas, y constituía el acontecimiento principal del domingo.

En seguida, volvíamos para almorzar. Esta comida, cosa bastante singular, era siempre caliente, con un gran trozo de carne, legumbres y pudines, lo que obligaba por lo menos a la cocinera a no cesar de trabajar. Luego mi padre y mi madrastra dormían una siesta, en habitaciones separadas, mientras que yo me iba al jardín unos momentos, sin aventurarme nunca al campo. A media tarde, mi madrastra y yo íbamos al pueblo, a la escuela dominical, en la que yo estaba encargado de instruir a un grupo de pequeñuelos. Volvíamos a la hora del té; en cuanto lo tomábamos, salíamos, armados de nuevo, como por la mañana, de Biblias y libros de cánticos, y asistíamos al servicio de la tarde, en el que mi padre improvisaba un sermón. A la hora en que me acostaba los otros días de la semana, teníamos que asistir a un tercer servicio, que se llamaba la reunión de rezos de los creyentes, y que, generalmente, duraba otros cuarenta minutos. Por fin, nos retirábamos arrastrándonos a casa, y a menudo estaba yo tan cansado, que mi cansancio me parecía un dolor físico. Así es que sin otra «adoración» me permitían meterme en la cama.

Lo que hacía a estos domingos, cuya observancia era de una absoluta uniformidad, tan particularmente tediosos, es que no me autorizaban a aportar a ellos el temperamento de una interrupción profana. Yo no podía ni abrir un libro de ciencia, ni hacer un dibujo, ni proceder al examen de una de nuestras muestras. No se me permitía salir a la carretera, sino para acompañar a mis padres a la sala de reuniones; no podía ni discutir de asuntos seculares durante las comidas, ni entrar en mi cuartito en que guardaba mis tesoros. Estaba vestido de negro todo el santo día, como si me hubiera sido preciso estar dispuesto, en todo momento, a asistir a un entierro con el decoro requerido. A veces, al anochecer, me ocurría sentir que era casi imposible soportar la monotonía y el enojo de mi situación; pero, en aquel tiempo, era yo de humor acomodaticio y me inclinaba ante un orden de cosas que suponía ser el del Universo.

## CAPITULO XI

A medida que se ensanchaba mi horizonte intelectual, mi padre seguía la dirección de las miradas de mi espíritu con cierta ansiedad, sin discernir, no obstante, lo que yo contemplaba. No hubiese podido traducir en palabras, y hoy todavía no podría precisar las visiones que retenían mi vaga y tímida atención. Mientras que el niño se desarrolla, los que le contemplan con ternura o impaciencia rara vez llegan a un análisis, ni siquiera aproximadamente correcto, de los movimientos de su inteligencia, por la razón, sobre todo, de que los fenómenos que se manifiestan se sustraen a toda definición que de ellos pudiera intentar un adulto. Es preciso ahora que mencione una singular fantasía de mi inteligencia, y que ha desempeñado un papel considerable en la emancipación de mi espíritu, o más bien en la formación de los hábitos de mi pensamiento. Pero ni mi padre ni mi madrastra pudieron comprender nada de esto, y, a decir verdad, tampoco comprendí gran cosa yo mismo.

Entre los libros que había traído mi nueva mamá, había varias ediciones de poetas, y era una rara mezcla. Estaban allí Campbell y Burns, y Keats y Byron. Hubiera podido esperarse que cada uno tuviera algo que decirme; pero mi sensibilidad era demasiado novicia, y no los entendía aún. Sus voces imperiosas me llamaron más adelante. Al lado de estos clásicos del romanticismo había un volumen pequeño y grueso, encuadernado en negro, y que contenía cuatro reimpresio-

nes de obras del siglo XVIII, poemas sombríos y fúnebres, tan anticuados como los huesos en cruz y los querubines que adornan las tumbas de un cementerio de aldea. Estas cuatro obras eran—y por este orden que no olvidaré nunca:—*El día del Juicio*, del Dr. Young; el *Sepulcro*, de Blair; *La muerte*, del obispo Beilby Porteus, y *La divinidad*, de Samuel Boyse. Estas lúgubres efusiones, todas en versos libres o en dísticos heroicos, representaban, bajo su forma más temible, la teología artística de mediados del siglo XVIII. Todo ello estaba como instruído por los sentimientos vengadores y las exhortaciones que pasaban por piedad elegante bajo el reinado de Jorge II.

El exclusivismo tiránico de nuestros domingos explica por qué se me ocurrió abrir ese volumen solemne. Por la tarde del día del Señor, como ya lo he explicado, yo no podía ni pasear, ni hablar, ni explorar nuestra biblioteca científica, ni entregarme a entusiastas empresas de pintura a la aguada. La teología de los Hermanos de Plymouth, única lectura que se me permitía, me causaba a la larga, y particularmente cuando la tarde era tibia, un ligero mareo, una especie de cefalalgia secreta. En uno de estos momentos, caí sobre esa lamentable colección de versos, y ante su carácter religioso, pregunté: «¿Puedo leer esto?» Tras una ojeada de asombro, rápidamente lanzada al contenido del libro, la respuesta fue: «¡Oh!, ciertamente, sí, si tienes valor para ello.» El césped empezaba desde el terrado sobre el que se abría la ventana de la sala. Veíanse dos olmos gigantescos que, en su origen, formaron parte del cercado de una pradera. No habían de tardar en desaparecer. Pero entonces, en medio de nuestro jardín ordenado y cultivado, alzábanse rudos, con algo de primitivo y autóctono. Hubiérase dicho dos antepasados campesinos en el seno de una familia elevada a la nobleza. Cada uno de éstos dos árboles se elevaban de un montículo escarpado, y una raíz de uno de ellos fue durante mucho tiempo mi pupitre favorecido. Allí me refugiaba con mis poetas de cementerio,

y nadie explicará nunca el transporte con que seguí los desarrollos que les inspiraba su austera moralidad.

Que verdaderamente leyera seguidas las páginas de mi volumen encuadernado en negro, es cosa de la que no estoy bien seguro; pero fue para mí un compañero, cuya sociedad apreciaba, y aun en el pasaje peor, me era mil veces más simpático que el comentario de Jukes sobre el *Apocalipsis* o que una obra perfectamente atroz, y dotada de este título ambiguo: *La Javelina de Fineas*, que yacía sobre la mesa de la sala, disimulada en su insípida cubierta roja. Buceé, aquí y allí en el agua de mis poetas, y saqué cosas raras. De las profundidades del *Juicio final*, saqué un día esta oración de un alma despertada por la trompeta de la resurrección:

¡Padre de misericordia! ¿Porqué del silencio de la tierra  
Te has despertado y me has maldecido hasta hacerme nacer?  
¿Porqué haberme arrancado el reposo, haberme arrebatado a la  
Y haberme hecho el dón ingrato de la luz? [noche?  
¿Por qué haber dado al sér un reverso de tu efigie,  
Y animado de miseria un puñado de barro?

Leía yo estas líneas estremecido de emoción, con un sentimiento que no entraba, me figuro, en la intención del devoto rector de Welwyn. En el mismo poema, la descripción de la manera con que

...Ahora los osarios suenan, los miembros esparcidos, y todos  
Los diversos huesos, dóciles al llamamiento,  
Con movimiento espontáneo avanzan la nuca, para buscar, tal vez,  
La cabeza lejana, y las piernas lejanas los pies.

lo que, sin embargo, rechazaba yo, por no estar totalmente corroborado por el testimonio de las Escrituras. Tengo idea de que me gustaban la retórica de los versos de Young y su ritmo enérgico. Rechacé de primera intención a Beilby Porteus como impenetrable. En cuanto a la *Divinidad*, no conociendo bien entonces la vida extravagante e irrazonable de su autor, ha-

llaba en ella una especie de serio placer penitencial. Pero el *Sepulcro*, de Blair, hacía realmente mis delicias, y me aterrizaba buenamente a mí mismo con sus melodiosas y lúgubres imágenes.

Por aquella época, una gran corriente de hospitalidad llevó al pueblo alrededor de las mesas de té. Ahora mis amigos y los suyos eran habitualmente invitados por sus padres respectivos, y por más de alguna amable soltera, a tímidas diversiones en donde cantaban los que tenían deseos de cantar, y en donde todos, tras un magnífico té, jugaban a la aduana y a las prendas. Mi padre agitaba constantemente en su espíritu la cuestión de saber si debía o no debía yo aceptar aquellas brillantes invitaciones. Ante él flotaba el sentimiento doloroso del peligro que había en someter el alma a placeres de sabor «mundano». Estos, aunque evidentemente inocentes por sí mismos, podían despertar el apetito de distracciones más subversivas.

Un día, los Brown, una familia bautista que tenía un gran comercio de mercería en la ciudad cercana, me rogaron que les diera el gusto de ir a su casa, a «un té seguido de juegos», y llevaron la amabilidad hasta ofrecer el enviar el vehículo local, que se llamaba «la mosca», para que me llevara y me trajese. Recuerdo que en esta ocasión se angustió tan dolorosamente la conciencia de mi padre, que quiso que subiera con él al gabinete de Miss Marks, que ya no estaba en casa, para poder «plantear el asunto ante el Señor». Así lo hicimos, arrodillados juntos, de espaldas a la ventana y nuestras frentes apoyadas sobre el pelote de crin de caballo del sofá, que parecía un féretro. Mi padre rezaba en alta voz, con mucho fervor, pidiendo que se me revelase, por la voz del Señor, si era su voluntad que fuese o no casa de los Brown. La actitud de mi padre no me parecía nada leal, porque no tenía escrúpulo alguno en recordar a la Divinidad las varias objeciones que se pueden oponer a una vida de disipación, y los reptiles que se ocultan bajo la hierba de las partidas de placer vesperales. Hubiérase requerido, me parece, de una lealtad más escrupulosa, que

no hiciera alusión alguna que diera a entender la clase de respuesta que deseaba y esperaba.

Se dirá, con razón, que mi vida se componía de cosas verdaderamente insignificantes, puesto que me es preciso confesar que un incidente tal como la invitación de los Brown constituye uno de los jalones de aquélla. Mientras que estaba arrodillado, sintiéndome pequeñísimo al lado de la enorme masa de mi padre, corrí a través de mis venas, como una embriaguez, la determinación de rebelarme. Nunca antes, durante los años que fueron los de mi vocación, sentí que mi resistencia tomara precisamente esa forma definida. Nos levantamos pronto del sofá, con mi frente y las manos irritadas por el contacto de la crin, y nos miramos a la luz sombría.

Mi padre, perfectamente confiado en el resultado de lo que había sido en realidad una especie de encantamiento, me preguntó con voz fuerte, en la que apuntaba una inflexión mimosa: «¿Y qué? ¿Cuál es la respuesta que se digna dar el Señor?» Yo no despegué los labios. Entonces mi padre, en tono más cortante, añadió: «Le hemos pedido que te guíe hacia el verdadero conocimiento de su voluntad, hemos deseado que te haga conocer si está o no conforme con su deseo el que aceptes la invitación de los Brown.» Posó en mí una mirada radiante, por no tener la menor duda sobre el sentido de mi respuesta. Y ya, me figuro, que proyectaba algún recreo para compensar la privación que me iba a ser impuesta, cuando salió mi respuesta con las notas agudas y silbantes de la desesperación, fué: «El Señor dice que puedo ir a casa de los Brown.» Mi padre, mudo y aterrado, me contempló. Estaba cogido en sus propias redes, y, aunque estuviera seguro de que el Señor no me había dicho semejante cosa, no tenía más remedio, para salir del lazo, que batirse en retirada. Sin embargo, cometió un error de táctica al marcharse dando un portazo.

Fue en esta partida de los Brown, a la que, a pesar de la amarga desgracia en que había caído, fuí en el día señalado, en la que mis poetas me hicieron una mala jugada. Propusie-

ron que «nuestros amiguitos» ofreciesen a las personas mayores el regalo de lindos trozos que supieran de memoria. En consecuencia, dos niños recitaron respectivamente *Casabianca* y *We are Seven*. A fuerza de animarles, otros niños recitaron cánticos, «algunos algo largos», como dijo Calverley, pero todos muy cándidos e inocentemente evangélicos. La hermana del señor Brown, que dirigía la fiesta, solterona impetuosa, peinada con tirabuzones, me preguntó entonces si no quería darles el gusto de «decirles algunas armoniosas estrofas». Nadie más dispuesto que yo para hacerlo. Sin un momento de vacilación me adelanté y, con voz fuerte, empecé uno de mis trozos favoritos, un pasaje del *Sepulcro*, de Blair.

Si la muerte no fuese nada, y la nada estuviese después de la muerte;  
Si cuando los hombres mueren, cesaran en seguida de ser,  
Volviendo a las entrañas estériles de la Nada  
De la que salieron antes, entonces sería posible...

—Gracias, hijo mío; esto va muy bien—interrumpió la señorita de los bucles.

—Pero si no es más que el principio—exclamé.

—Sí, hijo mío, pero basta; perfectamente. No te pedimos que recites más.

Con esto, todo desconcertado, me retiré a un rincón. Ni los Brown, ni sus invitados, supieron nunca el resultado de las premisas de los versos empezados a recitar.

El afán creciente que manifestaba por la compañía de mis amigos predilectos y por las gratas distracciones que estaban a mi alcance, inquietaba grandemente a mi padre. La imaginación iba hacia adelante con la velocidad de una locomotora, y me veía convertido en el alma condenada de algún garito o pavoneándome arrogantemente en Mabille. No tenía ninguna confianza en la acción de las fuerzas moderadoras, y gustaba de repetir que la pendiente del abismo es cómoda. Si mostraba yo deseos de ir a la playa a tomar un baño en compañía de mis amigos, y prefería este ejercicio al estudio de la palabra

de Dios, era señal de una espantosa relajación, cuya pendiente se acentuaba cada vez más hasta sumergirse en la perdición. Mi padre era un tímido, amante de la soledad. Huía todo lo posible de las compañías, excepto en su calidad de profesor y maestro. Mi madrastra y yo, que no teníamos el recurso de enseñar ni de regentar, suspirábamos tras relaciones más agradables. En lo que me concierne, en aquellos momentos mi padre concibió un plan, del que esperaba mucho y que no resultó gran cosa. Recurrió a Jorge para que éste proveyese a la necesidad de compañerismo y simpatía juvenil que mi temperamento parecía exigir.

Si no he mencionado a Jorge hasta ahora, es porque se trata de un nuevo conocimiento. A nuestra llegada al país, nuestra simpatía se despertó por el accidente ocurrido a un niño al que, el atropello de un caballo, le rompió una cadera. Alguien, que supongo que fue María Gracia, puesto que rara vez se decidía mi padre a hacer una visita por sí mismo, fué a ver al niño a la enfermería, y descubrió que tenía exactamente la misma edad que yo. Esta coincidencia y el hecho de que era de carácter grave y meditabundo, nos aproximó más todavía a Jorge, que se convirtió por un sermón de mi padre. Asistió a un bautismo público, y le convenció tanto la ceremonia, que deseó ardientemente ser también bautizado. Y en efecto; se bautizó a los pocos meses, lo que me contrarió algo, puesto que ya no fuí el único niño prodigio que participase de la comunión. Cuando cumplimos ambos los trece años, Jorge vino a trabajar a nuestra casa y ejecutó algunos menudos trabajos bajo la dirección del jardinero. Mi padre, al verle dócil, obediente y atento, le mimaba mucho y le enseñaba un poco de Botánica. Llamaba a Jorge mi hermano de leche espiritual, y preveía, a lo que creo, que haría como yo su carrera en el santo ministerio.

Nuestro jardín sufría entonces una invasión de limazos que echaban a perder todas las flores. Para luchar contra tal plaga, trajimos un pato y una pata, a los que pusimos los nombres de

Filemón y Baucis. Todas las noches poníamos hojas de lechuga, impregnadas de hez de cerveza, alrededor de los macizos, a manera de otros tantos lazos, y al amanecer, las hojas estaban llenas de limazos ebrios. Una de las primeras obligaciones matinales de Jorge, era sacar de su jaula a Filemón y Baucis, para dirigirlos, provisto de su palito, hacia el festín que los esperaba y guiarlos de hoja de lechuga en hoja de lechuga. Mi padre acostumbraba a asistir a este espectáculo desde una ventana del piso superior, y en sus momentos de buen humor, se complacía en parodiar así al poeta Gray:

¡Qué alegremente conduce Jorge su tiro a los campos!

He aquí todo o casi todo el recuerdo que he conservado de las ocupaciones de Jorge, el cual no merecía nunca censura alguna.

El plan de mi padre era hacer que trabase íntima amistad con Jorge, muchacho de mi edad, cuya fe era la mía y cuyo porvenir era parecido al mío. Mi madrastra, esclava aún de las conveniencias sociales, estaba profundamente turbada por semejante perspectiva, y hablaba de la diferencia de clases. Mi padre contestaba que tal intimidad me mantendría en la humildad, y que de un buen muchacho como era Jorge, no podría aprender más que buenas cosas. «Le harás que no se limpie los pies al entrar en casa», gemía mi madrastra, y mi padre suspiraba al pensar en lo estrecho que es en la mujer el horizonte del cielo espiritual.

Al ceder a este capricho, si así pudo decirlo, supongo que mi padre tenía presente el hermoso ejemplo republicano de *Sandford y Merton*, libro que admiraba mucho en varias de sus partes. En consecuencia, nos enviaban a Jorge y a mí a pasear juntos, y, cuando salíamos, mi padre, con expresión de gran benevolencia, nos sugería algún pasaje de la Escritura, «algún aspecto del plan misericordioso del Señor, en la creación, sobre el que sería provechoso meditar en común». Jorge y yo no proseguíamos nunca durante más de dos minutos la dis-

cusión del texto con el que mi padre nos daba la señal de marcha; luego, nos callábamos o consagrábamos nuestra atención a las escenas que se ofrecían a nuestros ojos, y hablábamos de asuntos rústicos.

Como ocurre naturalmente en los niños pobres, Jorge era precoz en lo que yo era pueril, y poco desarrollado en lo que yo estaba adelantado. A nuestros espíritus les costaba trabajo hallar un punto de contacto. En respuesta a mis interrogaciones, Jorge me daba, sin embargo, noticias interesantes sobre las cosas del campo, y yo le quería, aunque sintiese lo insípido de su compañía. Algunas veces, al ir a mi lado, me llevaba los libros hasta la escuela más importante y más lejana, de la que ahora era yo alumno; pero me asaltaba el temor de que nos vieses mis elegantes compañeros, y creyeran que tenía necesidad de que «me llevaran» al colegio. Explicarles que la compañía de aquel campesino vigoroso y más bien obtuso entraba en el plan de mi disciplina espiritual, era cosa superior a mis fuerzas.

Poco después fue cuando mi madrastra hizo su único y vano esfuerzo para romper el marasmo de nuestra existencia. La energía de mi padre parecía declinar, hacerse menos consistente, tomar rumbos intempestivos. Sus singularidades de carácter, su mujer lo sentía instintivamente, le abrumaban más. Casi no se movía ya de su microscopio sino para ir a la capilla, y no era visible más que para un número restringido de visitantes. Mi madrastra, complacida por la posición eminente que le proporcionarían a mi padre sus trabajos literarios, dábale cuenta de que tal celebridad se desvanecería; que, sustrayéndose a las miradas con semejante persistencia, mi padre quedaría pronto olvidado. No sé cómo tuvo ella suficiente valor para aquel violento esfuerzo, pero me acuerdo de que ella me puso al corriente de sus intenciones. Teníamos que unirnos para obligar a mi padre a organizar y afrontar el mundo. ¡Ah! igualmente hubiéramos podido tratar de convencer a la cumbre de Yes Tor para que se transformase en volcán. A to-

dos los argumentos de mi madrastra, mi padre, con la desconcertante sonrisa que le era peculiar, contestaba: «Estimo que el oprobio de Cristo es una riqueza más preciosa que los tesoros de Egipto»; y, por indirecta que fuese esta respuesta, no era menos decisiva. Mi madre hubiese querido que diera conferencias, que fuese a Londres, que mandara comunicaciones a las sesiones de la Royal Society, que entrase en discusión con sabios extranjeros, que organizara cursos de zoología práctica en las estaciones balnearias. Lleno de admiración, contenía yo el aliento, mientras que ella exponía sus proyectos tan atrevidos, tan brillantes, tan infaliblemente destinados a cubrir de gloria a nuestro gran hombre. Escuchaba él a mi madre con sonrisa ambigua, inclinaba la cabeza y reanudaba la lectura de su Biblia.

Ahora se halla tan universalmente esparcido el arte de la ilustración, que es difícil comprender la oscuridad en que estaba sumido, hace cincuenta años, un pueblecillo perdido de Inglaterra. Nosotros, los habitantes de esos lugares retirados, no teníamos medio alguno de figurarnos la apariencia exterior de las personas, de las escenas y de las cosas que nos eran conocidas. Aunque nuestro hogar fuese tal vez el más culto de la parroquia, no me fue dado hasta la edad de trece años ver la reproducción de una obra de escultura. Mi madre recibió por entonces ciertos libros que procedían de su primer hogar, y entre ellos, un libro fastuoso, algún regalo sin duda, que contenía un corto número de grabados en acero representando estatuas.

Estas me atraieron mucho, y era que, por primera vez, posaba mis miradas en Apolo, el del soberbio gesto; en Venus, de movimiento semejante al de las ondas; en Diana y en Júpiter, el de la opulenta barba. El texto daba muy pocas noticias, y estas pocas me eran ininteligibles. Leíase allí, sin embargo, que aquellas estatuas eran las de los «antiguos dioses griegos». Pedí a mi padre que me diese algunos datos sobre aquéllos. Su respuesta fue clara y desconcertante. ¡Con qué precisión me

acuerdo del lugar y la hora! Era por la mañana temprano, y me encontraba de pie al lado de la ventana de nuestro brillante comedor. Mi padre declaró que los supuestos dioses de los griegos eran las sombras proyectadas por los vicios de los paganos. «Ahora bien; por razones análogas hizo Dios que lloviera azufre y fuego sobre las Ciudades del Llano, y es preferible, para un cristiano, ignorar todo lo concerniente a las leyendas de esos dioses, de esos demonios más bien.» Mientras que me hablaba así, brillaba en su rostro el furor puritano. Aún le veo, en mis recuerdos, presa de su violenta emoción. Hubiera podido creerse que, horrorizado, habíase él mismo escapado de algún hipódromo helénico.

Por esta época, el prestigio de mi padre se había considerablemente aminorado en mi espíritu, y, aunque le conservara mi amor y mi admiración, había dejado, desde hacía mucho tiempo, de tenerle por infalible. No acepté su condenación de los dioses griegos, aunque en apariencia la admitiese. Secretamente, volví a examinar los grabados que reproducían las estatuas, y me decía que eran demasiado bellas para ser tan execrables como lo quería mi padre. La peligrosa y pagana idea de la belleza que palía el mal, germinaba en mi espíritu, sin ninguna sugestión de afuera, y, por esta sola reflexión, me encontré más alejado todavía de la fe en que había sido instruído. Puse todo mi celo en reunir lo que me fuera posible recoger, aquí y allí, sobre los dioses griegos y sus estatuas. No era gran cosa, era hasta ridículamente poco y falso, pero era un germen. Y en esta tendencia estética, me vi arrastrado a lo que fue verdaderamente un círculo de incidentes bastante extraordinarios.

Entre los «Santos» de nuestro pueblo, había un zapatero y su mujer, que tenían una hija, Susana Flood, joven poco equilibrada, muy impresionable, que poco antes, al paso de unos misioneros ambulantes, se había convertido de la manera más ruidosa, con sollozos, suspiros convulsivos y gorgoteos. Cuando pasó esta crisis, acompañó a sus padres a nuestras reunio-

nes, y fue admitida bastante apaciblemente a romper el pan. Pero, por la época a que hemos llegado, Susana Flood marchó a Londres para visitar a un tío y a una tía no convertidos. Se susurró al principio entre nosotros, se afirmó después abiertamente, que los tíos llevaron a su sobrina al Crystal Palace, y que el pudor de Susana se ofendió tanto al atravesar la galería de escultura, que a sombrillazos empezó a romper las desnudeces de yeso, antes de que sus acompañantes, asustados, hubieran logrado contenerla. En realidad, había sufrido una verdadera crisis de locura furiosa en medio de las estatuas, y, con profundo pesar de sus tíos, personas dignísimas, fue detenida y conducida ante un magistrado, el cual la envió a sus parientes de Londres, notificándoles que lo mejor era que se volviese a su casa del Devonshire, y que se la «vigilase». No por eso fue menos triunfal la vuelta de Susana entre nosotros. No tenía ella el menor sentimiento de haber obrado insensatamente o de una manera inconveniente, y se mostraba dispuesta a contar a todo el mundo, en términos vagos y velados, cómo ella había podido rendir testimonio al Señor «en el templo mismo de Belial», porque así, con una metáfora poética, designó al Crystal Palace. Sufría, evidentemente, un histerismo violento; pero nosotros no admitíamos tales explicaciones fisiológicas, y el caso de Susana Flood despertó muchas simpatías.

Los mayores lo discutieron en una reunión que celebraron con este motivo en nuestra sala. Yo hallé medio de asistir a ella sin que me advirtieran. Mi padre reconocía la pureza del celo de Susana Flood; pero discutía lo discreto de tal celo. Hizo observar que las estatuas no eran propiedad de Susana Flood, sino del Crystal Palace. Ninguno de los otros miembros de nuestra comunidad tenía, a lo que creo, la menor idea de los objetos que Susana había hecho pedazos, y, sin reserva alguna, sostenían que, en su opinión, la conducta de la joven había sido admirable. En cuanto a mí, mediante una paciente investigación, llegué a enterarme de lo bastante para saber

que los objetos a que había atentado la sacrilega sombrilla representaban los cuerpos de mis misteriosos amigos los dioses griegos, y si los demás aplaudían a la iconoclasta Susana, yo, por lo menos, era apasionadamente del bando contrario.

Pero comprendía que nadie a mi alrededor hubiera simpatizado conmigo. Aquel día no pude sufrir hasta el final de la reunión de la sala, y, con mi libro de poetas fúnebres en la mano, me marché al jardín. En medio de un macizo de laureles, se había acondicionado un espacio en el que había unos helechos alrededor de un asiento rústico. Ningún verdadero sendero conducía al asilo aquél. Metíase uno bajo los laureles, a través de las ramas, flexibles como serpientes, para salir a un aislamiento absoluto.

En aquel retiro me refugié entonces para meditar sobre la huraña piedad de aquella vándala que se llamaba Susana Flood. Era yo tan ignorante, que imaginaba que las estatuas que había destruído eran los originales en mármol, y únicos. No sabía nada de las reproducciones en yeso, y creía que el daño, en realidad nulo tal vez, tenía un carácter irreparable. Me deje caer en el banco, mientras que las grandes murallas de laureles cuchicheaban en torno mío, y me eché a llorar. Había ciertamente algo raro y conmovedor en el espectáculo de aquel joven hermano de Plymouth que, en su banco, en aquel año de gracia, tantos siglos después de la Redención, lloraba amargamente los ultrajes sufridos por Hermes y Afrodita. En seguida abrí mi libro, a guisa de consuelo, y leí una buena tirada de los versos pomposos de la *Divinidad*. En medio de aquel ejercicio, influenciado por la dulzura del aire tibio y perfumado, no tardé en dormirme.

Entre los que aplaudían el celo de la sombrilla de Susana Flood, los Paget figuraban en primer término. El Sr. Paget, pastor bautista retirado, y su mujer, recientemente acabados de instalar en nuestro pueblo, procedentes de Exmouth, se habían unido a nosotros para romper el pan. El Sr. Paget era

un anciano corpulento, cuya pálida cara redonda, completamente afeitada, estaba coronada por una abundante cosecha de pelos blancos dispersos. Los gruesos labios se movían continuamente, hablase o no. Se parecía, como he pensado después, a los retratos de S. T. Coleridge en su vejez; pero a retratos de los que había desaparecido toda inteligencia. Vivía entre las angustias de una sombría desesperación religiosa. Si había abandonado la cura de almas, es porque se había forjado la convicción de haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo. Su mujer, más joven que él, era pequeñita, muy peripuesta, muy activa, con negros ojos, semejantes a puntas de alfileres, bajo una frente extremadamente alta y estrecha entre bucles relucientes. Él se mostraba muy tirante con ella, y se murmuraba que «aquella buena señora de Paget había pasado a menudo por las aguas de la aficción». Eran muy pobres, pero de una dignidad rígida, y ella cuidaba de ocultar, cuanto podía, las manías de su pobre loco de marido.

En nuestro círculo no se admitió jamás un solo instante que el Sr. Paget pudiera estar loco. Se contaba que había pecado gravemente, y que llevaba el peso de la cólera del Señor. Hacíanse abundantes preces para que pudiese volver a encontrar el sendero de la luz, y a fin de que la Faz Riente saliera, para él, de detrás de la Providencia Amenazadora. Cuando el pobre hombre sufrió un ataque de epilepsia en la Hig Street, no se le llevó al hospital, sino que todos nos dijimos unos a otros, que Satanás, la serpiente tortuosa, se había desencadenado por un tiempo. El Sr. Paget gustaba de hablar sobre todo, tanto en particular como en público, de su terrible condición espiritual, y cuando llegaba al Imperdonable pecado de que se había hecho culpable, brotaban sus palabras con una especie de alegría palpitante, parecida a la que experimentan ciertas gentes, víctimas de una enfermedad muy poco corriente.

Podría creerse que la situación ocupada, en una comunidad cualquiera, por personas tan excéntricas como Paget, y afligi-

das como él, tenía que ser muy precaria. No sucedía así entre nosotros; muy por el contrario, el puesto que los Paget ocuparon fue, desde el principio, eminente. El Sr. Paget, a pesar de su bancarrota espiritual, estaba muy deseoso de secundar a mi padre en su ministerio, y, a menudo, le pedía que le permitiera llevar el rezo en nuestras reuniones y dirigir algunas palabras al auditorio. En este último caso, tomaba el tono de un veterano herido que, aunque caído en el sangriento campo de batalla, podía aún alentar a jóvenes guerreros a lanzarse a la victoria. Todos tenían el mayor deseo de conocer la naturaleza exacta de aquel pecado contra el Espíritu Santo, que había arrebatado al Sr. Paget toda esperanza para el tiempo y para la eternidad. Se susurraba que mi mismo padre no estaba exactamente informado.

Gracias a esta ocultación misteriosa, el Sr. Paget se nos aparecía con la aureola de un personaje novelesco. Le mirábamos, así como en Verona las mujeres miraban a Dante murmurando:

Miradle, cómo el humo del infierno  
Ha rizado sus cabellos y enrojecido sus mejillas.»

La persona del Sr. Paget carecía algo, cierto es, de la dignidad de la del Dante. Y el Sr. Paget tenía el capricho de subir y bajar la High Street en pleno día con dos de esas tiras festoneadas, una delante y otra atrás, que se designaban entonces como «adorno de chimeneas». Las confeccionaba para la venta, y había adoptado aquel singular procedimiento de pasear su mercancía a manera de publicidad.

La señora de Paget había llevado las riendas del gobierno en la parroquia de donde les había excluido el famoso pecado del Sr. Paget, y todavía mostraba tendencias a agarrarse al cetro de la autoridad. Era la única persona que no temiese el enojo de mi padre. Fijaba en él sus ojos de color viperino, y le decía con firmeza: «No creo que sea esa la verdadera interpretación, hermano G...», o bien: «Vayamos, pues, a los colosia-

nos y veamos en qué términos se expresa en este asunto el Espíritu Santo.» Fascinaba a mi padre, que no estaba acostumbrado a tales interrupciones, y casi se convirtió en terror suyo, cuando ella no se dejaba ablandar por una lisonja como ésta: «Verdaderamente, hermana mía, su familiaridad con los medios de gracia es prodigiosa.»

Abusaba ella de su poder tomándose grandes libertades, cuya audacia llegaba hasta llamar la atención de mi padre sobre el hecho de que mi pobre madrastra daba pruebas de «una afición pecaminosa a componerse». La acusación era completamente falsa: mi madrastra vestía siempre sencillamente, con arreglo a la moda severa de los cuáqueros. No llevaba más que una joya, y era un grueso broche de cornalina, montado en oro mate adornado de flores.

La venenosa Paget llamó la atención de mi padre sobre aquel objeto que «podía inducir en tentación a los pequeños del rebaño». Mi padre, prevenido así formalmente, creyó de su deber hablar a mi madre.—«¿No piensas, amor mío, que deberías, puesto que estás llamada a dar ejemplo, renunciar a llevar ese broche fastuoso?—Preciso es, sin embargo, sujetar el cuello con algo, me parece.—Sin duda, ¿pero cómo hace la hermana Paget para sujetar el suyo?—La hermana Paget—replicó mi madre, picada al fin,—se lo sujeta con un alfiler, y yo me moriría antes que recurrir a tal medio.»

Tampoco yo me escapé a las observaciones de aquella celosa reformadora. Le señora Paget tuvo la bondad de demostrarme un vivo interés. No estaba satisfecha de la manera con que yo estaba educado; su presencia parecía estar difundida por todo el pueblo, y yo no podía entrar ni salir sin ver su austero gorro y sus labios contraídos. Le faltaba tiempo para contar a mi padre que me había visto reír y hablar «con un enjambre de muchachos no convertidos», que no eran otros que los mismos muchachos con los que tenía permiso de bañarme y pasear en bote. Ella apremiaba a mi padre para que sellara mi santa vocación con algo definitivo, cuyo efecto se-

ría consagrarme completamente al servicio del Señor. Estimaba que continuar yendo al colegio carecía de utilidad, y no podía sino desarrollar la soberbia de la inteligencia. El señor Paget, hacía ella observar, se había ocupado muy poco en su juventud, de la ciencia del mundo, y, sin embargo, ¡cuán bendecido fue en su actividad por la conversión de las almas, hasta el día en que incurrió en la cólera del Espíritu Santo!

No sé exactamente lo que quería que mi padre hiciese de mí; quizá ni ella misma lo sabía. Ella iba mezclándose en todo, ignorante y fanática, y gustaba de persuadirse que ejercía una influencia. Pero lo escabroso, lo inexplicable, era que mi padre que, con todas sus limitaciones, era un espíritu distinguido y noble, pudiese escucharla un solo instante, y, lo que es más prodigioso todavía, permitir que aquella antipática comadra le perturbara en sus proyectos y retrasase sus designios. Pienso que hay que buscar la explicación de este hecho en la posición, perfectamente lógica, en que la señora Paget se parapetó. Mi padre tenía, en fin, que habérselas, no ya con un discípulo, sino con una persona diestra en la misma concepción religiosa de él mismo. Sobre todos los puntos se presentaba provista de argumentos, cuyo origen sabía mi padre y cuya validez reconocía. Temblaba ante la señora Paget como un hombre en estado de sueño puede temblar ante la parodia de su yo interior, y no podía censurarla sin prestarse él mismo, por algún particular, a la crítica.

Pero los instintos de mi madrastra eran más primitivos, y sus acciones menos alambicadas que las de mi padre. Odiaba a la señora Paget, en el grado que una creyente sincera puede llegar a sentir odio por una hermana en el Señor. Mi madrastra se había consagrado tranquilamente a mi educación con arreglo al método que mejor estimaba, y no tenía la intención de dejarse entorpecer por la mujer de un bautista atacado de demencia. Por aquella época era yo una mezcla de candor y de suficiencia, de ciencia singular y de crasa ignorancia. Ciertas partes de mi intelecto se habían desarrollado con rapidez

enojosa, mientras que las otras se habían detenido o no habían nunca tomado impulso. Yo era semejante a una planta sobre la que hubieran puesto un tiesto con el resultado de que el centro de la planta se hubiera ahogado y paralizado, mientras que los brotes se hubiesen esparcido por todos lados hacia la luz. Mi mismo padre lo advertía, y, de manera intermitente, tendía a ordenar mis pensamientos. \*Pero se contentaba con enderezar los brotes sin quitar el tiesto, que se obstinaba en aplastarlos.

Mi madrastra fue la que decidió que ya tenía yo la suficiente edad para entrar en un colegio. Enterado de que una venerable pareja de hermanos de Plymouth había fundado, en una población marítima cercana, «una academia para jóvenes»—en cuyo prospecto se decía expresamente que el conocimiento y el amor del Señor ocupaban la atención del director y de sus adjuntos más que toda otra consideración de enseñanza profana,—mi padre juzgó que podía confiarme a los cuidados de los dos esposos. Estipuló, sin embargo, la condición de que vendría siempre a casa desde el sábado hasta el lunes; no, decía él, para encontrar en ella carnales placeres, sino para que mi comunión con los Santos de nuestro pueblo no sufriese interrupción los domingos. Pronto, triste y apesadumbrado, marché a aquella academia, y la separación entre mi alma y la de mi padre se hizo algo mayor.

## CAPITULO XII

En aquellos días, a su llegada al colegio, los muchachos educados en piadosas y apacibles familias encontraban, en su mayoría, un abismo abierto a sus pies inexperimentados. Pero el hecho de pasar bajo el techo paterno las noches del sábado y del domingo, me puso, supongo, al abrigo de muchas sorpresas. Hubo una crisis, pero que fue para mí indecisa y lenta. En cambio, me inclino a creer que fue para mi padre clara y aguda. Permitirme abandonar el hogar paterno, aunque fuera solamente por cinco días en ciertas semanas, era, en su espíritu, que había que abandonar en su primitiva grandeza el gran proyecto durante tanto tiempo acariciado y tan apasionadamente fomentado.

El Gran Proyecto, y no puedo menos de concederle aquí el honor mortuario de las letras mayúsculas, había sido, como lo saben mis lectores, consagrarme exclusivamente y consecutivamente, de un extremo a otro de mi vida entera a un servicio manifiesto, ininterrumpido y sin compromiso, al «servicio del Señor». Este ardiente deseo fue el de mi madre, que, a su muerte, lo legó a mi padre como un sueño de la Tierra Prometida. En su éxtasis, mis padres me cogieron de la mano, como, en remotos tiempos, Elkanah y Hannah cogieron a Samuel para hacerle bajar de sus montañas de Ramathain-Zofim hasta Silo, a fin de hacer allí sacrificios al Señor de los Ejércitos. Habíanme vestido de lino, y tenían la esperanza de dejarme

junto al altar, «porque, dijeron, todo el tiempo que viva pertenecerá al Eterno.»

Sin duda, en el transcurso de aquellos catorce años, a la luz de los relámpagos que cruzaban su espíritu, cuando sorprendía algunos de mis dichos, o descubría alguna de mis idiosincrasias, mi padre había a veces entrevisto que yo no era de aquellos a quienes el temperamento destina, en definitiva, a vivir según la regla austera de la religión. Sin embargo, tenía la esperanza de que cuando las menudas asperezas de la infancia hubiesen desaparecido con el roce, envolvería mi alma una profunda y suntuosa madurez. Tenía una manera conmovedora de concederme el perdón de mis faltas de conducta, después de haberlas dulcemente censurado, y expresaba su pena por mi fragilidad, diciendo con acento de una ternura turbadora: «¿No eres tú el hijo de mis oraciones?» Seguía creyendo que la oración, una oración tan ardorosa y tan tenaz como la suya, tenía que triunfar. La fe podía mover las montañas; ¿quién podría, pues, modelar el corazón moldeable de un niño, puesto que su padre tenía la certeza de que su fe era inquebrantable? Había vehementemente deseado, había esperado un hijo que careciese de las audacias humanas, que fuese humilde y sin tacha, que no se viera turbado por las agitaciones del mundo; un hijo cuya vida fuera purificada y mantenida en la rectitud por el poder del Supremo, *in custodiendas sermones Dei*; un hijo en que debiera sacrificarse todo, a excepción de la sola cosa necesaria para la salvación.

De qué manera podría ganarse la vida semejante prodigio de humilde piedad, es cosa, me figuro, que no le ocurrió preguntarse nunca. Mi padre manifestaba por el dinero una singular indiferencia. Tal vez pensaba que, totalmente desprovisto de ambición como yo debía serlo, llegaría tranquilamente a la edad adulta, para continuar su ministerio cerca de los pobres del rebaño de Cristo. Veía, supongo, como a través de un sueño confuso, que había justamente lo bastante para nosotros todos sin que tuviese yo que emprender una carrera o un

oficio. Creo que fue al cumplirse mi primer año de colegio cuando fui testigo silencioso, pero indignado, de una conversación que tuvieron mi padre y el señor Tomás Brightwen, el hermano de mi madrastra, banquero de uno de los condados del Este.

«¿Qué va a ser?» Tal era la cuestión discutida, tomada en el sentido que se entiende en el mundo. Estoy seguro que era por primera vez, cuando menos, en mi presencia. El señor Brightwen, me imagino, estaba hablando por mi madrastra, cuyo cariño hacia mí era cada vez mayor, para que propusiera, o más bien diese aire a una proposición de coloquio sobre mi porvenir. Tampoco él tenía hijos, y creo que una benévola inspiración les había impulsado a «tantear el terreno», como se dice. Exponía que los negocios de banca discreta y honradamente llevados, conducían a veces, y bien sabemos que lo pueden, a la abundancia de bienes. Con horror mío, mi padre, con creciente energía, contestó que «si le ofreciesen a su querido hijo una carrera que le permitiese ganar diez mil libras esterlinas al año, pero que desviara sus pensamientos y su interés de la obra del Señor, rechazaría semejante oferta en nombre de su hijo». El señor Brightwen, caballero escrupuloso y cortés, que, evidentemente, no hizo jamás en su vida una declaración interesada, debió de escandalizarse; no tardó en dejarnos, y no recuerdo que nos volviera a visitar.

En el papel mudo, que era el mío, experimentaba sentimientos muy parecidos a los de Gehazi, y si me hubiese atrevido, hubiera gustosamente seguido al banquero. Hubiera hecho que excusara la viveza de mi Elíseo, y le hubiese recordado los hijos de los profetas. «Dame, te ruego, le habría dicho, un talento de oro y dos vestidos para muda.» Me parecía muy penoso que mi padre pudiera, de manera tan sumaria, disponer de mis perspectivas de fortuna; pero el hecho de ser yo sensible a ella y de suspirar por lo que creía ser mi «suerte», muestra la distancia que ya nos separaba. Tengo la convicción de que mi padre creía expresar mis intenciones íntimas,

cuando rechazaba la discreción y benevolencia de su cuñado. Pero ciertamente no era así. Me apenaba rudamente el pensamiento, así me lo imaginaba yo, de que había tenido la fortuna casi al alcance de la mano, y que había sido arrojada toda ella por la borda, al mar de los escrúpulos paternos.

Ninguno de mis compañeros del pueblo era alumno del colegio que ahora frecuentaba, y llegué a él sin conocer a nadie. Pronto, sin embargo, me habría relacionado, si mi padre no hubiera estipulado, por desgracia, que yo no durmiese en el dormitorio de los muchachos de mi edad, sino en el cuarto ocupado por los dos hijos mayores de un eminente hermano de Plymouth, a quien conocía. Desde el punto de vista social, era un arreglo enojoso, puesto que aquellos jóvenes, que me llevaban algunos años, estaban también más adelantados. En efecto, el mayor de los dos hermanos saldría pronto del colegio. Estaban muy satisfechos de su independencia y les contrariaba mucho mi compañía. Habíase supuesto que protegerían y fomentarán mis prácticas religiosas, que me invitarían, como mi padre lo había precisado, a acercarme con ellos al Trono de Gracia, al culto de la mañana y de la noche. Ahora bien, ellos no pretendían, en modo alguno, ser considerados como devotos; me consideraban como un intruso, y, al cabo de cierto tiempo, el menor de los hermanos, el más turbulento, me hizo saber que sospechaban que me habían puesto en su cuarto para «expiarles»; que así era, seguramente, convenidos su padre y el mío. Al mismo tiempo, me daba a entender que «si sabía la menor cosa» me iría mal. Pero yo no tenía el menor deseo de molestarles y no tomaba el menor interés en sus cosas. No tardé en descubrir que estaban entretenidos en una especie de tonta correspondencia amorosa con las muchachas de un colegio vecino; pero ¿qué eran para mí semejantes bagatelas?

Aquellos mocetones, que ya hacía tiempo que debían haber dejado el colegio, usaban manifiestamente conmigo de malos

procederes, me condenaban al silencio. No me dirigían la palabra sino para darme una orden. Mi juventud requería que me acostara y me durmiese antes que mis compañeros, y por la mañana me despertaban y me mandaban al trabajo, mientras que ellos seguían aún bostezando. Pero, lo mismo que me separaban de mis compañeros de la misma edad por la noche, permanecía también separado de ellos durante el día; de suerte que yo no era nada a sus ojos, ni interno, ni externo, ni carne, ni pescado. La soledad de mi vida me parecía extremada, y el hecho de ir a casa el sábado por la noche para volver el lunes por la mañana, impedía aún más todo compañerismo escolar. Durante mucho tiempo, sobre los confines de aquella juventud que se abría a la vida, «vagué solitario como una nube», y a veces me sentía más desgraciado que antes. Y sin embargo, nadie me tiranizaba, y, aunque oscura y vagamente fuese testigo de actos de impureza y de crueldad, nunca fui víctima de ellos, y nunca tampoco fui confidente de peligrosos secretos. Supongo que mi rara reputación de santidad, medio temible, medio ridícula, me envolvía en una atmósfera aisladora.

Nos engañan los proverbios consagrados, y uno de los más clásicos nos dice que «el niño es el padre del hombre». Pero, en mi caso, no puedo creer que esto sea verdad. En mis años de madurez siempre he sido un enamorado de la especie a que pertenezco, dependiente de la compañía de mis amigos, por la pulsación misma de mi vida moral. Ser abandonado, como un marino desembarcado en una isla desierta, estar encerrado en una celda solitaria, habitar un faro o acampar solo en medio de un bosque, he aquí las que siempre me han parecido aflicciones demasiado abrumadoras para ser soportadas, ni aun con la imaginación. Una existencia en la que la conversación no existe, es como un aire demasiado pobre en oxígeno para que mis pulmones lo respiren.

Sin embargo, cuando al mirar hacia atrás, me detengo en los días de mi internado, no me veo atraído por ninguno de

los seres humanos que entonces me rodeaban. Las caras de mis amigos arrojan luz en la memoria de esos años, pero apenas si recuerdo más que los nombres de dos o tres de mis compañeros de colegio. No hay uno solo cuyo espíritu o carácter haya hecho sobre mí una impresión duradera. Más adelante, he soportado con impaciencia la soledad y me ha asustado; pero, en el colegio, lo único que deseaba es huir de aquel bullicio y permanecer solo con mis reflexiones y pensamientos. De esta atracción magnética de la humanidad, que ha sido la angustia de mis años de madurez, no tengo el menor vestigio mientras que fui muchacho. No supe nada de esos amores frágiles hacia los que la mayor parte de los hombres echan después miradas tiernas y apasionadas, de esas emociones que no pueden explicarse sino con la explicación que de ellas da Montaigne: «porque era él, porque era yo». Yo, para quien la amistad ha sido después como el sol y el sueño, dejé el colegio sin que me iluminase y refrescara la afección de un amigo.

Si hubiera sido un alumno brillante, me hubiera sin duda atraído los celos de mis compañeros. Pero esto me fue ahorrado por lo mediano de los resultados que obtenía en clase. Quiero mencionar aquí un incidente que permitirá comprender los progresos realizados desde hace cuarenta años en los métodos de observación pedagógica. Yo era muy corto de vista, y, por consiguiente, los otros tenían sobre mí una grandísima ventaja, puesto que era incapaz de distinguir el encerado o la pizarra sobre los que se explicaban nuestros trabajos. Aunque parezca increíble, cuando se piense en ello, jamás, durante todo el curso de mi vida escolar, se me tuvo en cuenta semejante hecho, hasta que, cuando tenía yo diez y seis años, la dama polaca que nos enseñaba los elementos del alemán y del francés, llamó la atención de alguien sobre tal anomalía. No tenía yo gran prontitud de imaginación, y pasaba por más obtuso de inteligencia de lo que era, a causa de la bruma con que me envolviera mi miopía. Pero esto no es una autobiografía.

fía, y no quiero fatigar al lector con los detalles fríos y como sepultados de una vida escolar sin interés.

No me resignaba, sin embargo, a parecer constantemente la nulidad que tenía conciencia de ser, y, al año de mi entrada en el colegio, afirmé bruscamente mi existencia en el brillo de un acto popular, y creo que con mucha sorpresa mía. Había incurrido en nuestras antipatías un joven auxiliar. Aquel pobre muchacho, tísico, medio muerto de hambre, era, me figuro, el más miserable de todos nosotros, y su carácter irritable, antipático y violento no le cuadraba para la tarea que se había impuesto. En el colegio, viejo edificio lleno de rincones, una larga habitación, semejante a una cueva, abríase sobre nuestro corredor principal, y recibía la luz por unas profundas ventanas con fuertes rejas que daban a un jardín interior. Aquella cueva era para nosotros, y allí teníamos nuestras cajas de juegos. Por tácito convenio, ningún profesor entraba allí. Una vez, al anochecer, estábamos allí muchos cuando sonó la campana para el estudio de la noche. Varios tardaron en acudir al llamamiento; M. B., perdiendo toda medida en su cólera, entró en la habitación, y, riñéndonos con voz silbante, la emprendió a echarnos afuera. Yo fui el último en salir, y, como él se volviera para ver si por acaso se quedaba escondido algún perezoso, me determiné a la acción. Con rápido movimiento cerré la puerta detrás de mí y eché el cerrojo, justamente a tiempo de oír al prisionero lanzar un grito de rabia. Me junté con los otros que subían a escape la escalera, y, rasgo característico de mi aislamiento, no tuve un «compadre» a quien confiar mi proeza.

Sin embargo, la noticia de que M. B. estaba encerrado fue conocida casi instantáneamente, y el respetuoso temor inspirado por este suceso, hizo que la clase de la noche, tan turbulenta de ordinario, guardase un orden ejemplar. Sin profesor cerca de nosotros, en medio de un silencio raramente interrumpido por una risa ahogada o un siseo de llamada, permanecíamos en nuestros bancos trabajando o haciendo que trabajábamos con

celo. Mientras que me inclinaba sobre mi libro, comenzaban a entrechocarse en mi espíritu mil nuevos pensamientos. Yo era el libertador, el tiranicida; había emancipado a todos mis compañeros de la opresión odiosa. Seguramente, cuando supieron quién había dado el golpe, se unirían a mí alrededor, sería alguien en la vida de la escuela, y no ya sencillamente una sombra que trotaba o una invisible presencia. Por fin M. B. fue puesto en libertad por un criado, y subió a la sala de estudio, donde nos encontró en gran expectación.

Al pronto no dijo nada. Se dejó caer en la silla en la actitud de una persona medio desvanecida, mientras que con la mano se apretaba un costado. Su desfallecimiento, su silencio redoblaban la sorpresa de mis compañeros y me producían algo como remordimiento. Por primera vez pensé que era un hombre y podía sufrir. Se levantó pronto y cogió una pizarra, en la que escribió dos preguntas: «¿Lo ha hecho usted?—¿Sabe usted quién lo ha hecho?» Después hizo que circulase de mano en mano. Los «no» precipitados y redoblados que iba obteniendo parecían poner el colmo a su desesperación.

Uno de los últimos a quien correspondía la pizarra circulante era el culpable. Cuando vi acercarse este momento, me invadió una indecible timidez. Supuse que nadie me había visto, que nadie podía acusarme. Nada era más fácil o más seguro que negar, nada más embarazoso para el enemigo, nada menos peligroso para el culpable. Un diluvio de razones plausibles hizo irrupción en mi espíritu; parecíame percibir que este era un caso en que decir la verdad hubiera sido no solamente una locura, sino una falta. Sin embargo, cuando el profesor estuvo ante mí, tendiéndome la pizarra con su mano pálida y temblorosa, cogí el pizarrín; e ignorando la primera pregunta, escribí primeramente «sí» frente a la segunda. Supongo que, por su ambigüedad, esta actitud embarazó singularmente al señor B. Me apremió a que respondiera a «¿lo ha hecho usted?» Pero aquí, permanecí mudo obstinadamente, y me vi llevado a escape a un cuarto vacío, en donde me tuvieron encerrado toda la

noche y todo el día siguiente, con intervalos de las visitas del director y de las otras personalidades inquisitoriales, hasta que, poco a poco, tuve que hacer una confesión plena y presentar excusas.

Este absurdo menudo incidente tuvo por efecto revelarme a mis compañeros como un sér viviente. En adelante, cesé de estar señalado con el estigma de la invisibilidad; habíame manifestado bajo una forma material, y por un momento había proyectado mi sombra en la leyenda. Pero no hubo cambio alguno en otros conceptos. Curiosamente refractarios a mi alrededor, no lograba a mi vez ejercer ninguna influencia, y en la práctica, mi aislamiento no era menor que antes. Por esto, los recuerdos relativos a la vida social de mis años de colegio son monótonos y vagos. Fue un período durante el cual, como así se me presenta cuando miro hacia atrás, el arroyo de mi naturaleza espiritual se extendió en un estanque sin profundidad, casi sin movimiento. Esforzábame en adquirir los elementos de ese conocimiento convencional que, en varias ocasiones, me había singularmente faltado hasta entonces. Pero mi cerebro estaba entumecido y mi visión intelectual velada. Las personas de edad a las que les ha ocurrido hablarme posteriormente con franqueza de mi tiempo de escuela, me han asegurado que si les había frecuentemente llamado la atención como un niño inteligente, poco vulgar, hasta interesante, pareció que todas estas promesas se desvanecieron cuando fui un colegial; de suerte que los que estuvieron más inclinados a la indulgencia renunciaron a la esperanza de verme llegar a ser un hombre notable. Este fue particularmente el caso para el más indulgente de mis protectores: mi distinguida y bondadosa madrastra.

Sin embargo, como lo que relato aquí no puede tener valor sino mientras no me aparte en nada de la verdad, forzoso me es decir que la sequedad y esterilidad de mi vida escolar fueron más aparentes que reales. Mi desarrollo moral y mental proseguíase todo este tiempo en ciertas direcciones, y pues-

to que mis compañeros y mis profesores estaban de acuerdo para crearme tan estúpido, quiero dar pruebas tardíamente de «cierto espíritu de oportunidad», y preguntar si aquella creencia no obedeció hasta cierto punto a lo vulgares que eran ellos mismos. Creo que si algunas gotas de simpatía, que si ese rocío mágico del Paraíso hubiera caído en un desierto, hubiese podido florecer como la rosa, o en todo caso, como esa flor quimérica que es la rosa de Jericó. Tal como ocurrió entonces, el ambiente convencional, la aridez intelectual de mis profesores y de mis compañeros no me daban ninguna ocasión para desarrollarme fuera de mí. La vida interior que, como he dicho, proseguía inadvertida, no la destruían; pero la aprisionaban, la languidecían y la quitaban todo valor. Afirmábase bajo la forma de sueños y especulaciones, en el curso de los cuales, pasaba por muchas operaciones tortuosas del espíritu. Los objetos de estas últimas eran fútiles; pero la actividad de que eran causa tenía su utilidad. Si me fuese posible definir con mayor precisión lo que entiendo por esto, diría que si, durante mis días de colegio, no tenía pensamientos propios, preparaba, sin embargo, mi espíritu a pensar, y le enseñaba a especular.

Por esta época, el gran asunto de mi curiosidad consistía en las palabras como instrumentos de expresión. No cesaba de aumentar mi vocabulario, y de descubrir para las cosas términos adecuados y particulares. Aquí también el estudio se adelantaba a la práctica, puesto que estaba ocupado en proveerme de palabras antes que tener ideas que expresar con ellas. Cuando leí a Shakespeare, y llegué al pasaje en que a Calibán le dice Próspero que no tenía pensamientos hasta que su maestro le hubo enseñado las palabras, recuerdo cuál fue mi estremecimiento de sorpresa ante la intuición del poeta, porque yo mismo había sido un Calibán:

Tengo piedad de ti,  
Me tomé el trabajo de hacerte hablar, te enseñé a cada momento  
Una cosa u otra, cuando, bárbaro,

Ni siquiera sabías lo que querías decir, y proferías sones inarticu-  
[lados,

Como una criatura estúpida: revestí tus dichos  
Con palabras que los hiciesen conocer.

Vagamente, de los libros que estaban a mi alcance, trataba de hacerme mis Prósperos, y tenía conciencia de que, cuando la palabra inevitable se había apoderado de mí, la imagen y la idea salían con ella de la obscuridad para mostrarse a plena luz.

Mi padre poseía un ejemplar del *Diccionario Etimológico*, de Bailey, obra publicada a principios del siglo XVIII. Yo me estaba horas hojeándole, jugando con las palabras en un arreglo que no sabría encontrar hoy, deleitándome en el sabor de los provincialismos truculentos y anticuados. Sucedió que mi padre, al encontrarme ocupado de tal manera, tuvo la curiosidad de saber cuál era la naturaleza de mi trabajo, y yo no pude explicársela muy inteligiblemente. Me dijo que renunciara a semejante ociosidad, y me sirviera prácticamente del lenguaje. A este efecto, imaginó un ejercicio que me obligó a adoptar, aunque me era odioso. Me mandaba afuera, prescribiéndome, por ejemplo, que subiera por el sendero hasta Warbury-Hill, y volviera a casa a través del monte, o bien que bajase al mar por una de las sendas, siguiera la playa hasta la primera rendija del acantilado, y regresara pasando por el pueblo. Después me pedía que le contase, en el vocabulario más rico posible, todo lo que había visto en el curso de la excursión. Ya he dicho que esta disciplina me parecía detestable y abrumadora; pero, cuando miro hacia atrás, me hallo dispuesto a creer que no hubo nunca nada más provechoso y más práctico en el ejercicio a que me sometió mi padre. Este ejercicio me obligó a hacer observaciones visuales, a retenerlas en mi espíritu, y a vestir las con un lenguaje minucioso y exacto.

Fue en el transcurso de mi décimoquinto año cuando trabé de nuevo conocimiento, inteligentemente esta vez, con Shakespeare. Me había caído en las manos una sola de sus obras

*La Tempestad*, en una edición escolar adaptada, supongo, a uno de los exámenes universitarios que se instituían entonces en la provincia.

Leí esta obra varias veces de cabo a rabo, sin desdeñar el apoyo de las notas, y haciendo del glosario mi regalo. Me apliqué al estudio de *La Tempestad* como no me había aplicado hasta entonces al estudio de ninguna obra clásica, y esta obra llenó todo mi sér de armonía y novelería. Este libro era mi tesoro secreto; el resto de las obras de Shakespeare quedaba fuera de mi esperanza. Sin embargo, llegué gradualmente a que me prestaran un volumen por aquí y otro por allí. Terminé *El mercader de Venecia*, leí *Cimbelina*, *Julio César* y alguna otra. Los demás dramas, en su mayoría, fueron para mí letra muerta durante mucho tiempo aún. Pero lo dicho fue bastante para bañar mi horizonte con todos los colores del sol levante. A causa, sin duda, de la manera como fui educado, las obras de Shakespeare no me parecían nunca como coaccionadas por las exigencias de la escena o destinadas a ser representadas por actores. Las imágenes que hacían surgir en mi espíritu eran las de gentes reales que se movían en pleno aire y expresaban, en el juego natural de la vida, sentimientos engalanados con el lenguaje más seductor, y también, porque tal me parecía, el más evidente y más necesario.

Mientras que me encontraba así bajo el encanto absoluto de la magia shakespirina, prodújose un acontecimiento significativo. Mi padre me llevó a Londres por primera vez desde mi infancia. Aquella visita, que no debía durar más que unos días, tenía por objeto permitirnos tomar parte en una enorme conferencia evangélica. Paramos, no lejos del Strand, en una fonda sombría, en la que me molestaba mucho el ruido, día y noche. Cuando no estábamos en la conferencia, pasaba muchas horas en un comedor de la fonda, entre los mendrugos de pan y las moscas azules, mientras que mi padre estaba ocupado en el British Museum y en la Royal Society. La conferencia se celebraba en una inmensa sala en un lugar del Nor-

te de Londres. Recuerdo que mi miopía contribuyó a darme una impresión algo asustadiza de aquella muchedumbre con sus círculos superpuestos de caras pálidas, confusas, que se desvanecían en la bruma. Mi padre, en calidad de invitado privilegiado, tenía asientos reservados en el estrado, y nos encontramos en el corazón de la primera asamblea verdaderamente considerable que hubiera yo visto nunca.

El interminable ritual de rezos, himnos y alocuciones no hizo impresión alguna en mi memoria, pero mi atención fue repentinamente despertada a la vida por una observación que se hizo entonces. Un hombre gordo, ya de edad, dotado de una voz de bajo y de un aplomo imperturbable, denunciaba el desarrollo de la incredulidad y la tibieza de los que hacían profesión de ser cristianos y se abstendían de dar la batalla a la invasora impiedad; comparaba tales cristianos con los Laodiceos, que el ángel del *Apocalipsis* vomitó de su boca. Por ejemplo, preguntaba el orador: ¿quién se alza hoy para impedir la explosión de la idolatría entre nosotros? «En este mismo instante—continuó—se procede, sin suscitar la reprobación, a una celebración blasfematoria del nacimiento de Shakespeare, un alma perdida que está hoy en los infiernos a causa de sus pecados.» La sensación que experimenté al oír estas palabras fue la de un golpe bruscamente asestado en la cabeza; estrellas y chispas voltejaban a mi alrededor. Si alguien a quien quisiera hubiera sido groseramente insultado en mi presencia, no me habría sentido más angustiado en mi impotencia. Nadie, en aquel vasto auditorio, arriesgó una palabra de protesta, y caí en un profundo abatimiento. Era, hay que observarlo, la primera noticia que tenía yo del tercer centenario del nacimiento de Shakespeare en Stratford, y no tenía la menor idea de lo que podía haber provocado la explosión de aquella piadosa indignación.

Pero Shakespeare estaba ciertamente en la atmósfera. Cuando volvimos a la fonda al medio día, me abordó el asunto espontáneamente. Contuve la respiración, dispuesto a sufrir

un nuevo tormento. Sin embargo, lo que oí me sorprendió y me alivió. «Ese hermano—observó él—no estaba autorizado, en mi entender, a hablar como lo ha hecho. Las gracias no estipuladas por Dios en su alianza no se nos han revelado. Antes de hablar tan temerariamente de Shakespeare como de «un alma condenada en el infierno», hubiera debido recordar lo poco que sabemos de la historia del poeta. La luz de la salvación estaba ampliamente diseminada a través del país, durante el reinado de Isabel, y no podemos saber si Shakespeare, antes de morir, aceptó la expiación de Cristo en la simplicidad de la fe.» La concesión parecerá pobre hoy a los espíritus ilustrados y mejor informados de las cosas del mundo, pero yo no sabía explicar con palabras el consuelo que me produjo. Por encima de los postres, dirigí a mi padre miradas afectuosas, y, a no haber estado presente el mozo, le hubiera estrechado entre mis brazos.

Esta anécdota puede servir para indicar la actitud que, por aquella época, guardaba mi conciencia respecto a la Teología. No tenía el sentimiento de hallarme en estado de rebelión contra la fe severa en que había sido educado; pero no podía menos de observar que la literatura me invitaba a tomar por innumerables senderos, cuyos meandros conducían a lo opuesto del camino recto y seguro que conduce a la salvación. Me imaginaba, si se me permite continuar esta metáfora, que por caminos tan seductores iba seguro mientras que no me aventurase tan lejos que perdiera de vista el camino principal. Si, por ejemplo, hubiera sido completamente seguro que Shakespeare era irremediamente un condenado, ¿cómo hubiera podido justificarme a mis propios ojos el continuar leyéndole? Un sér que rompía el pan con los Santos todos los domingos por la mañana, que «había tenido un grupo» en la escuela dominical; que pronunciaba, como mi padre gustaba recordarlo, una confesión pública semanal de su complacencia en llevar la cruz de Cristo, ese tal sér no podía en modo alguno, por desconcertante y penosa que fuese esta conclusión, continuar ad-

mirando un alma perdida. ¡Pero cuánto consuelo me aportaba la dichosa posibilidad de un arrepentimiento final! Siempre podía consolarme la convicción de que cuando Shakespeare componía algún pasaje de embriagadora belleza, era en el momento preciso en que empezaba a exhalar el encanto que la fe de Cristo aporta a un alma santificada. Y, con casuística semejante, me perdonaba mis otros placeres intelectuales y personales.

Mi padre conservaba la seguridad de que mi colegio, que no volvió a visitar desde el día en que me llevó, estaba dirigido con arreglo a los mismos principios que los de su propia casa. Tuve a menudo la tentación de informarle; pero siempre me faltó valor para empezar. La piedad de aquel establecimiento que reunía a los hijos de muchos padres de convicciones evangélicas, se manifestaba principalmente en los prospectos. Los ejercicios piadosos se limitaban a una lectura de la Biblia en alta voz, por la mañana temprano, antes del desayuno; cada muchacho leía por turno un versículo, sin elección ni explicación.

Al llegar al último alumno, terminaba la lectura del día, aunque fuese en medio de una frase, y allí empezaba la lectura de la mañana siguiente.

A la lectura del «capítulo» seguía una oración larga y seca. No sé si este servicio matinal les parecía a los otros muchachos más superficial, más por cumplir que los que tenían costumbre, pero a mí me llenaba de asombro y repugnancia, habituado como estaba a los cultos domésticos en que mi padre leía «la palabra de Dios» con voz fuerte y apasionada, con énfasis dramático, interrumpiéndose para comentar y parafrasear el texto, y poniendo de relieve cada frase, como si cada una formase parte de un mensaje personal o de una conmovedora historia de familia. En el colegio, «la oración de la mañana» era un ejercicio lúgubre e ininteligible, y con él terminaban los actos religiosos hasta el día siguiente. La discreción de los muchachos es extraordinaria. Estoy absolutamente convencido de

que ninguno de nosotros reveló nunca en casa estos detalles a nuestros piadosos padres.

De hacerlo alguno, hubiera debido ser yo, puesto que hubiese «dado testimonio» el primero de todos. Pero me había hecho reservado en materia de confidencias. Nunca se sabía en qué enojoso sentido podían desarrollarse, ni a qué inquietantes excesos de celo podían precipitadamente conducir. Yo estaba en guardia contra mi padre, porque hartamente deseaba que me acercase a él para pedirle ayuda, ánimos y consejos espirituales. Todavía «delicado», sin perjuicio de ir adquiriendo una solidez de constitución cada vez mayor, estaba sujeto a serios resfriados y a dolores neurálgicos pasajeros. Mi padre deseaba casi furiosamente que estas molestias pudiesen servir para mi santificación, y cuando guardaba yo cama, a menudo deprimido por la enfermedad, era cuando acostumbraba a obtener sobre mí sus más implacables triunfos. Había conservado la singular superstición, estupenda en un hombre de ciencia y de larga experiencia humana, de que todos los sufrimientos y todos los males eran enviados directamente por el Señor en castigo de alguna falta precisa, y no como el simple efecto de una causa física. Las consecuencias de esta manera de ver eran a veces sorprendentes, y recuerdo especialmente que mi madrastra y yo cambiábamos nuestras impresiones, asombrados con motivo del proceder de mi padre con la señora Goodyer, mujer de un joven zapatero y miembro de la comunidad de los «Santos», cuando se rompió ella una pierna. Mi padre, embarazado un instante para descubrir la significación de este accidente, por cuanto la lesionada era el sér más dulce e inofensivo de los miembros de nuestra iglesia, decidió que debía de ser porque se había hecho un ídolo de su marido, e hizo llorar a la pobre criatura poniéndose a su cabecera e implorando al Espíritu Santo para que pusiera de manifiesto este pecado a los ojos de la doliente.

Así, cuando me encontraba en casa, sufriendo una de mis ligeras indisposiciones, la cuestión de mi estado espiritual pre-

ocupaba violentamente a mi padre, y resultaba para mí un verdadero malestar intelectual. Se presentaba junto a mi lecho, con solemne solicitud, y, cayendo de rodillas, rezaba con fervor, en alta voz, a fin de que pudiera serme graciosamente manifestada la intención con la que el Señor me había enviado aquella dolencia. Después se ponía en pie y me hacía sufrir un penetrante interrogatorio espiritual, encaminado a descubrir la falta tan divinamente denunciada y reprobada que se me advertía desde lo alto.

No era sobre detalles de conducta moral sobre lo que hacía este examen contradictorio; creo que faltas tan abyectas le inspiraban un desprecio demasiado grande para que pensara en buscarlas. Pero, incertidumbres de doctrina, algún desfallecimiento de mi fe respecto a la pureza de tal o cual dogma, una tibieza en mi celo para «llevar la cruz de Cristo», un desarrollo de mi orgullo intelectual, tales eran las ofensas insidiosas, por las que suponía que el constipado de cabeza o el dolor de muelas me habían sido enviados como mensajeros celestes, para llamar a la senda del deber a mi conciencia extraviada.

En ocasiones, experimentaba un verdadero tormento al confesarme que estar en cama no era una penalidad. Ganaba con ello no ir al reino del tedio, que era el colegio, estarme en un cuarto iluminado por un buen fuego, con mi bondadosa y sonriente madrastra, que me prodigaba cuidados exquisitos, y gozar largos días ininterrumpidos de lectura. Tenía desagradablemente conciencia de que no osaba el descaro de «acercarme al Trono de Gracia», con la demanda de saber por qué pecado estaba condenado a un tan agradable empleo del tiempo.

El curso de mi vida corría pleno y muy alegremente durante las vacaciones, cuando reanudaba mis ejercicios al aire libre, en compañía de mis amigos del pueblo. Creo que eran más refinados y de mejor educación que cualquiera de mis compañeros de colegio. En todo caso, solamente entre aquellos compañeros familiares continué anudando relaciones simpáti-

cas. En uno de estos muchachos, del que no he vuelto a tener noticias desde hará pronto una generación, hallaba gustos singularmente parecidos a los míos, y juntos andábamos a caza de obras en prosa y en verso, pero particularmente en verso.

Mis músculos habían tomado fuerza, la cual aumenta considerablemente con el ejercicio. Me daban el dinero necesario para tomar el tren que me conducía adonde estaba el colegio y para volver. Pero prefería recorrer a pie diez o doce kilómetros a lo largo de la costa, lo que representaba más de la mitad de distancia por ferrocarril entre el colegio y casa; por lo tanto, podía disponer como dinero de bolsillo lo que economizaba del precio del billete. Si acumulaba sumas tan considerables, era para comprar libros de poesía. Por aquella época no estaba, como hoy, al alcance de todas las bolsas, y la adquisición de cada obrita maestra era un triunfo particular. Y, especialmente, no olvidaré nunca la emoción que sentimos cuando llegamos a la cantidad exorbitante que pedía el librero por la edición, imperfecta por añadidura, de los poemas de S. T. Coleridge. Cuando por fin estuve en condiciones de satisfacerla, mi amigo y yo fuimos a la ciudad a continuar nuestra solemne adquisición. Una vez en posesión de nuestro tesoro, leíamos alternativamente, en alta voz, las estrofas del volumen de color de naranja, mientras que paseábamos. Después tomamos una vereda apartada y nos sentamos en la raíz protuberante de un olmo. Permanecimos allí en una especie de nirvana poético, leyendo, olvidados del tiempo que transcurría, hasta que hubo pasado con mucho la hora del desdeñado almuerzo, y tuvimos que llegar a escape a casa para encontrar allí pan, queso y una reprimenda.

Mis lecturas me originaban de vez en cuando algunos contratiempos que, hasta entonces, no fueron graves ni frecuentes. Tenía bastante cuidado en no poner muy de manifiesto lo que, perteneciente a la literatura, hubiera podido ser un percañe. Pero, al ir a cumplir los diez y seis años, hice una adquisición que me procuró serios disgustos, y fue motivo de una

herida duradera a mi dignidad. Había mucho tiempo deseado un volumen, visto en el escaparate de un librero, en el que se decía que estaban reunidas las obras de poética de Ben Jonson y de Cristóbal Marlowe. Lo compré por fin, y me lo llevé para devorarlo, mientras que marchara por el camino desolado que, los sábados por la tarde, me llevaba a lo largo del acantilado. No pude sacar nada de Ben Jonson, pero cuando llegué a *Hero* y *Leandro*, me vi transportado a un cielo de pasión y de armonía. Era para mí una maravillosa revelación de belleza romántica, y mientras que iba a paso lento por el camino solitario y silencioso—con su perspectiva inmensa sobre el mar, y, de vez en cuando, sus rompimientos sobre la playa que se veía abajo,—alzaba la voz y cantaba los versos, sin dejar de avanzar perezosamente. Pensaba no haber visto nunca nada tan encantador como:

El enamorado Leandro, joven y hermoso,  
cuya trágica suerte cantó el divino Musaeus.

Todo esto se presentaba a mi imaginación más seductor que lo que hasta entonces había soñado, porque aún no había conocido a los románticos modernos.

Cuando llegué a casa, agotado de fatiga y entusiasmo, me fue absolutamente necesario, en cuanto me repuse, ir en busca de mi madrastra para que se asociara a mi contento. Lo que me parece chocante hoy, y una prueba desconcertante de mi inocencia casi infantil todavía, es que, al hallarla ocupada en sus labores, empecé a leer sin vacilación, en alta voz, el voluptuoso poema de Marlowe a aquella noble mujer, a aquella cristiana sin tacha. Fuimos muy bien al principio, pero al llegar al episodio de la languidez de Cupido, las agujas de mi madrastra empezaron a entrechocarse nerviosamente, y cuando, nos embarcamos en la descripción de la persona de Leandro, mi madrastra me interrumpió diciéndome, a la verdad, bruscamente: «Dame ese libro, si gustas; desearía leer el resto para mí.» Muy sorprendido, dejé la lectura, y me quedé estupefac-

to al verla tomar el libro, cerrarlo con un ruido seco y tapanlo con su labor. No logré que me dijese una palabra sobre el asunto.

Pronto se me olvidó el incidente; así fue que me alarmé en extremo cuando aquella noche, después de estar ya acostado, entró mi padre en mi cuarto, pálido, con los ojos inyectados, presa de una turbación violenta. Dejó la vela, permaneció en pie junto a mi cama y, durante algún tiempo, pareció irresoluto sobre el discurso. Luego me acusó, en términos vehementes, de traer a casa, de poseer y leer un libro tan abominable. Explicó que mi madrastra se lo había enseñado, que lo había ojeado y lo había quemado.

La frase que más me afectó del discurso fue la siguiente: «Nos dejarás pronto, dijo, para ir a vivir en Londres. Ahora bien; si tu patrona entra en tu cuarto y ve un libro semejante, te echará inmediatamente como a un libertino.» He aquí lo que no comprendía del todo, y se me antoja hoy, que el hecho de haberseme ocurrido, con tanta sencillez y tan infantil candor, leer aquellos versos a mi madrastra hubiera debido probar a mi padre que no me animaba idea alguna de índole inmoral.

Yo estaba herido y ofendido profundamente, pero mi indignación se atenuó por la sorpresa y la emoción de la noticia de que iba a marchar a Londres a vivir en un cuarto amueblado, y solo evidentemente. Hasta entonces no había llegado hasta mí ninguna alusión, ninguna palabra encubierta referente a tal proyecto. Reflexionando, no pude admitir sino que mi padre, poco familiarizado con la literatura del siglo XVII, debía de haber dado con algún espantoso y escandaloso pasaje de Ben Jonson, y que no había leído *Hero y Leandro*. El efecto artístico de tal poesía sobre un espíritu eminentemente pagano no entraba en el campo de su experiencia. Y no había duda de que juzgaba a los libres poetas del reinado de Isabel con el mismo espíritu que la hipotética patrona de huéspedes.

Tenía yo mucho miedo del mundo exterior, del misterioso y furioso torbellino de Londres, pero estaba dispuesto a dejar gustoso el reducido círculo de Devonshire, a ver por última vez el barro rojo, la sombría calle del pueblo, los antiguos plebóticos, y a oír, por última vez también, las voces gangosas de los «Santos». Sin embargo, me costaba mucho trabajo persuadirme de que podía ser feliz lejos de casa, y de nuevo comparaba mi suerte con la de una de aquellas tortugas que erraban por el acuario de mi padre con la concha a cuestas. Si, por casualidad, sucedía que las sacaran del lugar en que habían elegido domicilio, arrastraban su cuerpo pálido y blando, en busca de otra casa, visiblemente desesperadas, y víctimas de toda suerte de accidentes ignominiosos.

Mi alma se hallaba lastimosamente dividida entre el deseo de permanecer como un niño bajo la custodia de los suyos, y el de ir a través del mundo, como un hombre que se ensancha; en mi absoluta ignorancia, me esforzaba en vano evocar lo que sería mi porvenir inmediato. Mi padre no proyectaba sobre este enigma ninguna luz, porque no se había formado ninguna idea precisa de lo que yo podría hacer para ganarme una existencia digna. Pero todavía iba a permanecer un año en el colegio y en casa.

Este último año de mi vida de muchacho pasó rápida y agradablemente. Mi perezoso cerebro se despertaba al fin, y era capaz de estudiar con aplicación. Salí bastante bien de los exámenes públicos, y pudo pensarse que daba cierta honra a mi escuela. Sin embargo, no me asocié íntimamente a la vida escolar, y hasta, cosa que tuve ocasión de lamentar más adelante, me arreglé para evitar las lecciones que me eran desagradables y, por lo tanto, particularmente preciosas. Pero leía con desenfundada voracidad, aventurándome en diversas direcciones bastante inesperadas. Todo Shakespeare había pasado ya a mi poder bajo la forma de una reimpresión más odiosa y más desagradable a la vista de lo que pudiera imaginarse en estos días. Conocí a Keast, que me cautivó por completo; a

Shelley, cuya *Queen Mab* me rechazó desde luego; a Wordsworth, cuya magia era aún demasiado joven para poder apreciar. Mi padre me regaló la masa entera de los versos pedregosos de Southey, que me fue imposible comprender, mientras que mi madrastra me prestaba *The Golden Treasury*, en el que casi todo me pareció exquisito.

Sin embargo, esta extensión de mis conocimientos intelectuales no entrañaba un espíritu de duda o de hostilidad respecto de la fe. Al contrario, mi fervor pareció al pronto considerablemente vivificador. Mis oraciones se hicieron menos frías y menos mecánicas; ya no evitaba, en cuanto me era posible, la meditación sobre las ideas religiosas; me habitué a escrutar las Escrituras por mí mismo, con interés y con simpatía, si no con ardor. Empecé a percibir sin animosidad la rara estrechez del sistema de mi padre, que parecía no tomar en consideración sino un círculo de personas escogidas, un grupo de discípulos iluminados de manera particular, y no tener relación alguna de ningún género con lo restante de la comunidad cristiana.

Tuve a este propósito algunas conversaciones instructivas con mi padre, al que no encontré opuesto a que sus convicciones fuesen llevadas hasta su último término teológico. No quería formular juicio, protestaba él, pero no podía admitir que un solo unitario, un sociniano, como prefería decir, pudiera por azar salvarse, y no tenía ninguna esperanza de salvación eterna respecto a los habitantes de los países católicos. Recuerdo lo que decía de Austria. Dudaba de que ni un solo súbdito austriaco pudiera esperar recibir la vida eterna, excepto, convenía él, tal vez alguna piadosa individualidad, por extremo ignorante, que, sin darse cuenta de los errores del pontificado, hubiese humildemente estudiado la Biblia. Pensaba que el chino sencillo o el feroz aborígen de Fidji, tenía mayores probabilidades de salvación que cualquier cardenal del Vaticano. Y hasta estimaba que si en el clero de la Iglesia anglicana eran muchos los llamados, pocos, seguramente, serían los elegidos.

Yo no podía simpatizar, ni aun en mi estado de ignorancia, con una concepción tan rígida de la gracia divina. Por poco inclinado que fuese al escepticismo, no pensaba que fuera posible que un secreto de tan capital importancia hubiera sido confiado a un corto número de hermanos de Plymouth, y ocultado a millones de teólogos piadosos y desinteresados. Mi padre no trataba de poner en tela de juicio la sinceridad de los jefes de la cristiandad europea. Pero todos estaban equivocados, todos estaban en el error, y cualesquiera que fuesen la santidad de sus vidas, la abnegación de sus sacrificios, tendrían que sufrir, por su error, eternidades de tormentos sin límites. Hablaba con solemne complacencia, de la religiosa cargada de años, que, tras una larga vida de renunciamiento y abnegación, moría al fin «solamente para descubrir su error».

Mi padre, que era tan tierno de corazón que no podía soportar la vista del sufrimiento o de la miseria de un hombre, por desagradable, por indigno que fuese, admitía perfectamente la creencia de que Dios castigaba a los seres humanos por millones y para siempre, por un error de comprensión puramente intelectual. Esta falta de consistencia en las ideas de mi padre, parece haber sido el resultado de un empleo curiosamente irregular de los dones de su espíritu. Considerando indiscutible, como así lo hacía, la absoluta veracidad de las Escrituras, y aplicando a su interpretación una inteligencia habituada a los métodos de la ciencia, había llegado a ahogar a la vez la actividad de la imaginación, el sentido de la justicia moral, y su ternura de corazón, que era profunda e instintiva.

Ahora bien; en aquellos momentos me vino un vivo deseo de conocer cuáles eran las doctrinas que enseñaban las otras iglesias. Expresé el deseo de instruirme en las prácticas de Roma, o, por lo menos, en las de Canterbury, y tenía la mayor curiosidad por asistir a los servicios anglicanos y romanos, pero me era imposible hacerlo. No era, ciertamente, que

mi padre me prohibiese entrar en la linda iglesia parroquial de nuestro pueblo o en la magnífica catedral puginesca (del arquitecto Pugin), que Roma había erigido al lado; pero sabía que en cuanto se me viese en uno o en otro servicio, se enteraría mi padre y le molestaría mucho. Aunque tenía yo diez y seis años, y me trataban con indulgencia y cariño, yo no era más todavía que un pájaro que revoloteaba en la red de la voluntad de mi padre e incapaz de la menor acción independiente. Abandoné todo pensamiento de asistir a otros oficios que no fueran los de nuestra «sala», pero no consideraba ya este veto como definitivo. Me resignaba, pero estaba en la casa de Rimmon, de la que sabía ahora que había de escapar inevitablemente. No obstante, toda la emancipación que deseaba o con que soñaba, debía limitarse en mi pensamiento a hacer entrar en relaciones con el mundo exterior de la cristiandad, sin despojarme de los principios puros y simples de la fe.

Y ciertamente, había llegado a desear ardientemente tal emancipación, y al contemplarla, me elevaba a un grado de fervor religioso más considerable que el que nunca había alcanzado antes o el que me fue dado conocer después. Nuestros pensamientos estaban muy ocupados entonces por la espera de la venida del Señor, quien, como creían mi padre y los que compartían sus ideas, había de aparecer de pronto, sin la menor advertencia, para volverse a elevar a la gloria eterna con todos los que, habiendo aceptado la Redención, hubieran recibido el sello de la inmortalidad. Estos, en suma, no eran numerosos, y los «Santos» tenían la convicción de que el mundo, después de haber permanecido estupefacto unos días, volvería a sus hábitos de vida, hundiéndose con mayor rapidez en la corrupción moral producida por la marcha de las almas que eran la sal de la tierra. Un examen atento de las profecías, había conducido a mi padre a considerar tal acontecimiento como de inminencia absoluta, y, a veces, cuando nos separábamos por la noche, le ocurría decirme, con un transporte que hacía brillar su mirada: «¡Quién sabe! Puede que nos encon-

tremos la próxima vez en los aires, con todas las cohortes de los Santos de Dios.»

Yo compartía esta convicción sin duda alguna, y hasta, con perfecta inocencia, quiero creerlo; pero tal vez también, no sin una punta de malicia, hice al final de las vacaciones de verano la proposición de quedarme en casa: «¿Para qué he de ir al colegio?—pregunté.—Quédeme a vuestro lado para el momento en que nos elevemos por los aires al encuentro del Señor.» A esto, mi padre replicó vivamente y con firmeza, que nuestro deber era proseguir nuestras ocupaciones hasta el último instante, puesto que no sabíamos el momento de la venida del Señor, y que nos reuniríamos, en un momento, aquel día, cualquiera que pudiese ser la distancia que nos separase sobre la tierra. Quedé confuso; pero su argumento era lógico y juicioso, como se probó con el tiempo. Mi padre vivió todavía un cuarto de siglo sin abandonar la esperanza «de no probar la muerte», y cuando se acercaron sus últimos momentos, sufrió una amarga decepción ante lo que tenía por una mezquina recompensa a su probada fe y su probada paciencia. Pero si, como yo propuse entonces, se hubiera prescindido del trabajo necesario para mi existencia ante el inminente Advenimiento del Señor, me hubiera cerrado el terreno hasta hoy.

Volví al colegio con el cerebro lleno de raras discordancias, con una mezcla de *Eudimión* y el *Libro del Apocalipsis*, los himnos de John Wesley y el *Midsummer Night's Dream*. Pocos muchachos de mi edad, me figuro, llevaban en sí una cantidad tan confusa de impresiones prematuras y esperanzas contradictorias. Por un momento, era piadoso con devoción; al instante después, me veía acosado por visiones de belleza material, y suspiraba ardientemente por impresiones que afectasen mis sentidos. En mi cerebro, caldeado y enfermizo, Jesús y Pan llevaban el cetro ambos, así como en una capilla, al borde de un camino, consagrada de una manera discordante e impía a los ritos paganos y cristianos. Pero, por el momento, lo mismo que en el gran coro que traduce tan maravillosamente

nuestra doble naturaleza, la «estrella de los pastores de Belén» dominaba todavía. Me hice cada vez más pietista. Y como empezaba entonces a hacer versos, escribí una tragedia, pálida imitación de Shakespeare, pero sobre un asunto bíblico de espíritu evangélico; luego odas, parodias del *Prometeo Desencadenado*; pero que se referían al próximo advenimiento de nuestro Señor y a la ascensión de los Santos. Mi excitación malsana, que fermentaba de esta manera violenta, alcanzó su grado más alto y se desbordó hirviente.

Era una tarde de verano, y, gozando ahora de una grandísima libertad de movimientos, me había sustraído a la obligación de acompañar a mis condiscípulos en el ceremonioso paseo que daban bajo la vigilancia de un pasante. Había leído gran cantidad de poesías, pero mi corazón había traducido a Apolo y a Baco en términos de una exaltada fe cristiana. Estaba solo, tumbado en un sofá, junto a un ventanal abierto, en una habitación que servía de cuarto de estudio para los alumnos que «se preparaban a un examen». Paseaba mis miradas por un laberinto de jardines que descendían en pendiente hasta el mar, que brillaba suavemente más allá de las torres del poblado. Cada uno de aquellos jardines encerraba una *villa*, pero todo el paisaje próximo, bajo mi vista, estaba ahogado en el follaje. La maravillosa y tibia luz que precede al ocaso modelaba las sombras y proyectaba sobre las anchas copas de los árboles un suntuoso resplandor. Debajo, y a mi alrededor, reinaba un absoluto silencio; un poder mágico parecía tener en suspenso hasta las más menudas semillas.

Por mi alma pasó entonces una inmensa oleada de emoción. Ahora, seguramente, se aproximaba el gran cambio final. Sumí mis miradas en el cielo suavemente matizado, y me ensanché irresistiblemente en palabras: «Ven ahora, Señor Jesús—exclamé,—ven ahora y llévame para siempre contigo a tu Paraíso. Estoy pronto a ir. Mi corazón está libre del pecado, no hay nada que me tenga arraigado en este mundo perverso. ¡Oh! Ven ahora, ahora, y tómame antes que haya co-

nocido las tentaciones de la vida, antes de que tenga que ir a Londres hacia todas las cosas terribles que allí ocurren.» Y me incorporé en el sofá, y me incliné en el ventanal, y esperé la aparición gloriosa.

Este fue el punto culminante de mi vida religiosa, la cumbre a la que me hizo llegar mi esfuerzo hacia la santidad. Esperé un instante, atento, y entonces, aunque estaba solo, me avergoncé un poco de la actitud teatral que había adoptado. Todavía miraba y todavía esperaba. Luego se alzó una ligera brisa, y las ramas se agitaron. Rumores del camino llegaron hasta mí. Pronto los tintes se obscurecieron; cayó la noche. Creció un lejano murmurio, el de mis compañeros que volvían. La campana sonó para el té, última palabra de prosa para destruir mi poesía mística. «El Señor no ha venido, el Señor no vendrá nunca», murmuré, y, en mi corazón, el edificio artificial de mi extravagante fe comenzó a vacilar y a derrumbarse. En adelante, mi padre y yo, aunque el hecho permaneció afortunadamente largo tiempo oculto a sus ojos, y hasta a los míos, marchamos por los hemisferios opuestos del alma, con «el espesor del mundo entre nosotros».

## EPÍLOGO

No sería admisible, sin embargo, que esta relación terminase con el hijo en primer término. Si este relato tiene un valor, no podría consistir sino en la luz que contribuyera a arrojar sobre la única y noble figura del padre. A medida que avanzaron los años, los rasgos característicos de esta figura acusaron un contorno más severo, y se encerraron más rigurosamente dentro de los límites fijados. En sus relaciones con el hijo que marchó pronto para afrontar a una edad precoz la nueva vida de Londres, el padre continuó demostrando una solicitud extrema que obscurecieron gradualmente la decepción y el desencanto. No disminuyó en nada las exigencias

que imponía a la fragilidad humana. Tenía la cuerda espiritual estrechamente tendida, las riendas bíblicas estaban constantemente en acción, trayendo a posición, con vivas sacudidas la cabeza del neófito descorazonado.

Aquella alma joven, arrebatada a la vigilancia personal del padre, comenzó a desarrollarse bastante confusa e irregularmente en el seno de nuevas provincias de pensamientos, y a través de nuevas capas de experimentos. El mentor laborioso, que se había quedado en la casa del Oeste, mantenía la misma ansiedad capital concerniente al corazón dulce y dócil, consagrado al servicio del Señor, al que era preciso, contra toda eventualidad y con menoscabo de las leyes de la vida, conservar sin tacha en medio del mundo.

El suplicio de una inquisición epistolar empezó desde que estuve instalado en Londres, en un cuarto, de huésped. Para mi padre, cuyos ocios eran numerosos, la aprensión palpitante y la pluma pronta, la expansión de la correspondencia no comportaba ningún inconveniente; constituía una ocupación seria, pero agradable. En cuanto a mí, la misiva de exhortación casi diaria, con su rosario de preguntas sobre mi conducta y su serie de advertencias, llegó a ser una carga casi insoportable, particularmente porque entrañaba una respuesta tan exacta, y en lo posible tan completa. A la edad de diez y siete años, la metafísica del alma está llena de sombras, y es una cosa terrible verse obligado a precisar con exactitud las grandes líneas de lo que es tan ondulante y tan informe. Para mi padre, parecía que no existía ninguna razón que pudiera hacerme vacilar en dar, a sus preguntas implacables y a menudo repetidas, respuestas cuyo sonido tuviera una claridad metálica; pero la tal correspondencia era una tortura para mí. Cuando dejaba percibir una ligera queja; cuando suplicaba que me dejaran un poco a mí mismo, mis demandas avivaban, como automáticamente, las ardorosas alarmas paternas, cuyo fuego arrojaba entonces furiosas llamaradas.

La carta, aquella carta que no esperaba sino con harta cer-

teza, se encontraba infaliblemente sobre la mesa cuando bajaba a almorzar; era de ordinario mi única carta, a menos que no se añadiesen unas líneas agradables y discretas de mi querida y consoladora madrastra, en las que se trataba de asuntos perfectamente apacibles, tales como la recogida de las rosas en el jardín o el estado de salud de los diversos vecinos. Pero la otra carta, la carta solitaria, en su blancura amenazadora, con el sobre de magnífica letra, estaba allí, esperándome, quitándome el gusto de los manjares y haciéndome insípido el perfume del té. Podía yo cometer la impertinencia de diferir su lectura; podía afectar no fijarme en ella: allí estaba, no obstante. Antes de que empezara el trabajo de la mañana, sabía que sería preciso leerla, y peor aún, que sería preciso contestarla. En vano me esforzaba en disimularme a mí mismo lo que contenía. Como todas las anteriores, como todas las siguientes, insistiría, variando de todas maneras sus demandas, para obtener la declaración reiterada de que continuaba plenamente dispuesto, como en los días de mi infancia, «a estar en todo al lado del Señor».

Unas veces contestaba precisamente como se deseaba que contestara, otras eludía la cuestión y hablaba de otra cosa, algunas me volvía hacia mi verdugo y pedía encarecidamente que dejasen a sí misma mi tierna juventud. Poco importaba la forma bajo la que manifestaba mi debilidad, con la esperanza de desconcertar el vigor que mi padre afirmaba francamente, firmemente, resueltamente. Si apelaba de la esclavitud que era una correspondencia tan inflexiblemente solemne, recibía, y con prontitud paralizante, una contestación como ésta:

«Déjame decirte que la «solemnidad», de que te quejas, ha sido sencillamente la expresión de la tierna ansiedad de un corazón de padre, que quiere que su hijo único, lanzado al mundo fuera del alcance de la vista y del oído paternos, marche por el camino de Dios. Recuerda que no es ahora como en los días que estabas en el colegio; cuando permanecíamos en comunión personal con intervalos de cinco días. Ahora, no sa-

bemos absolutamente nada de ti sino por tus cartas; y si ellas no nos informan sobre el estado próspero de tu alma, la más profunda solicitud de nuestros corazones no tiene nada que pueda satisfacerla. Pero quiero probar en adelante tener confianza en ti y prescindir de mis temores. Eres digno, en efecto, de mi confianza, «y tu Dios, que es el Dios de tu padre, te tendrá de su mano».

No me avergüenzo en confesar que cartas como ésta me hacían llorar a veces; el envejecido papel del que acabo de extraer las anteriores líneas revela señales de lágrimas derramadas hace más de cuarenta años, lágrimas en que se confundían mi desesperación frente a mi propia debilidad, mi turbación ante mi falta de voluntad, mi compasión por la desolación manifiesta y patética de mi padre. Quería «tratar en adelante de tener confianza en mí», decía. ¡Ay! el esfuerzo debía ser vano. Uno o dos días más adelante, después de una estéril tentativa para escribir sobre otros asuntos, reaparecía el mismo importante tema; luego, de nuevo, volvían las eternas cuestiones relativas a la Expiación y a los Medios de Gracia, al mismo tiempo que los angustiosos temores de antes ante la idea de que «yo entregase» mi intimidad a agradables compañeros que no estaban «unidos conmigo en Cristo»; en suma, volvían nuevas apremiantes instancias para obtener la seguridad, en cada una de mis respuestas, de que avanzaba en la clara luz del Pensamiento divino.

Paréceme hoy profundamente raro, aunque entonces conociese demasiado poco el mundo para notarlo, que aquellas incessantes exhortaciones se refiriesen, no a la conducta, sino a la fe. He hecho observar anteriormente, en el curso de este relato, con qué desdén, con qué altivez, negábase a abordar mi padre el asunto de mis faltas de conducta. No porque no hubiese cierto número de ellas que señalar, ¡Dios lo sabe!, sino porque era de espíritu demasiado noble para insistir sobre ellas, y, aunque por naturaleza fuese profundamente inclinado a sospechar la posibilidad de frecuentes caídas morales, incluso en-

tre los elegidos, se negaba a rebajarse a nada que se pareciese a espionaje.

Le conservo una deuda de gratitud profunda por la admirable fe que tuvo en mí en ese concepto. En los momentos de estar yo solo en Londres, en aquella delicada época de la vida, «expuesto», como se dice, a toda suerte de peligros, tan desarraigado como un pajarillo lanzado fuera de su nido, aun entonces, mi padre, en su altivo quijotismo, no se permitía imaginar que pudiera yo ser culpable de mala conducta moral, sino que entendía que mi fe fuese el solo objeto de sus temores.

«Háblame más sobre tu luz interior. ¿Es que la antorcha del Señor brilla en tu alma?» He aquí lo que preguntaba sin tregua. O también: «¿Te has creado la compañía espiritual de algunos jóvenes? Has pasado sobre el domingo último sin decir una palabra, y, sin embargo, es el día que más me interesa de toda la semana. ¿Encuentras el ministerio de la Palabra agradable y, sobre todo, provechoso? ¿Conduce tu alma a ejercitarse en la presencia de Dios? La venida de Cristo se acerca. Por esto, vela y ora sin cesar, a fin de que puedas ser juzgado digno de subsistir ante el Hijo del Hombre.»

Si tomo de las cartas que escribía mi padre pasajes como éstos, no es porque trate de sacar algo divertido del contraste entre su fervor, de una parte, y de otra, la indiferencia casuista y la distracción molesta que manifestaba un joven a quien el mundo real ofrecía entonces sus escenas irritantes y estimulantes de vida animal y de vida intelectual, sino para hacer simpático y tal vez digno de admiración el espectáculo de una firmeza romana tan ciega como la que demostraba la actitud espiritual de mi padre.

Sus aspiraciones eran individuales y metafísicas. A la hora actual, la revolución que ha derribado el puritanismo, del que mi padre fue tal vez el último tipo superviviente, es tan completa, que las personas pertenecientes a todas las clases religiosas concuerdan en poner en primer término la actividad filantrópica, la actitud objetiva. El cambio ha tenido un alcance

tal, que hoy en día, una religión que no una a su fe subjetiva un ardoroso esfuerzo por el bien ajeno, pasa difícilmente por hallarse en posesión de algún principio religioso digno de este nombre.

La propaganda de la beneficencia, la constante atención dada al perfeccionamiento moral y físico de las personas que fueron víctimas de algún desfallecimiento, es completamente reciente, como rasgo característico de la religión, aunque, a decir verdad, ese rasgo parezca haber sido uno de los elementos del designio original del Señor. Fue ignorado por los grandes predicadores del siglo xvii, fuesen católicos o protestantes, y mi padre, el último de sus discípulos, no hallaba en el principio dicho sino un escaso atractivo. Cuando Bosuet deseaba que sus lectores prestasen oído «al grito de miseria de nuestro alrededor, que debería partirnos el corazón», instauraba un nuevo elemento en el dominio de la Teología. Podemos escrutar el famoso tratado de las *Reglas y ejercicios de la vida santa*, de tapa a tapa, y no veremos que Jeremy Taylor pensara que la actividad del visitador de los pobres o la de la hija del Ejército de Salvación se elevara a la categoría de santidad.

Mi padre, pues, como un antiguo teólogo, concentraba sus pensamientos sobre el elemento intelectual de la fe. En la obsesión, cuya causa era yo para él, creía que si mi espíritu podía preservarse de los errores seductores del siglo, y mi corazón se ocupaba únicamente en la adoración apasionada de Dios, todo iría bien para mí perpetuamente. Estaba, además, convencido de que, consagrándose a dirigir mis pensamientos, los obligaría a correr por determinado canal, porque no había empezado a aprender la lección, tan desoladora para los santos de su temperamento, según la cual «la virtud no sería la virtud si no pudiera darse por una criatura a su semejante». Había reconocido, a su pesar, que la santidad no era hereditaria, pero continuaba esperando que podía ser coercitiva. Yo era todavía «el hijo de muchas oraciones», y era inadmisibile que estas oraciones se pudieran quedar sin respuesta.

La suprema panacea era entonces, como siempre, el estudio de la Biblia, y mi padre no cesó jamás de exhortarme a él. Me regaló un ejemplar de la edición del Nuevo Testamento griego del Decano Alford, en cuatro tomos, y los había encuadernado tan lujosamente, que la obra, en el pobre estante en que ponía mis poetas de a seis peniques, brillaba como una duquesa entre campesinas. Me arrancó la promesa escrita de que traduciría y meditaría algunos versículos del texto griego todas las mañanas, antes de empezar mis tareas. Falté muy pronto a esta promesa, minadas mis buenas intenciones por un invencible fastidio.

Le oculté esta traición, y el sentimiento de que engañaba a mi padre emponzoñaba mi conciencia. Pero el dilema planteado entonces ante mí no tenía, en casos semejantes, sino una solución posible: o engañar a mi padre o paralizar mi individualidad.

Mi alejamiento creciente de las Santas Escrituras comenzaba a ocupar mis pensamientos, y a sorprenderme tanto como me escandalizaba. Deseaba sinceramente que continuasen haciendo mis delicias aquellas páginas sagradas por las que conservaba aún una veneración instintiva. Sin embargo, no podía menos de observar cuán diferentes eran, de una parte, el ardor con que me apoderaba de un volumen de Carlyle o de Ruskin—esos magos que hasta entonces no se me habían revelado,—y de otra parte, la creciente languidez con que tomaba un volumen de la edición Alford para mi «pasaje» diario. Evidentemente, a mi pesar, y aunque creyese criminal mi avaricia, la razón verdadera por la que encontraba ahora la Biblia tan difícil de leer, no era otra que mi familiaridad con su contenido. Tenía éste la vulgaridad incolora de una historia cien veces repetida. Suspiraba por algo nuevo, algo que satisficiera mi curiosidad y me produjese sorpresa. Que las doctrinas y los hechos contenidos en la Biblia fuesen verdaderos o falsos, la cuestión no me preocupaba. Pero se me habían presentado tan a menudo, se habían arraigado tan profundamente en mí,

que, como han dicho, «yacían inertes en el dormitorio del alma», y no me hacían ya ninguna impresión.

Me he asombrado a menudo, y todavía soy incapaz de comprender que mi padre, durante el curso de su larga vida o casi hasta el final, no cesara de sentir un vivo placer en la lectura de la Biblia. Como ya creo haberlo dicho, desde antes de la edad madura había prácticamente confiado a su memoria el contenido entero de los Santos Libros, hasta el punto de que, partiendo de donde se quiera, aunque fuese en medio de uno de los poetas menores, podía continuar sin interrupción todo el tiempo que gustara prolongar este ejercicio. En ningún momento le pudo, pues, abrumar la saciedad de que he hablado. El que yo la experimentase tan pronto, es sencillamente indicio de una diferencia de temperamento. No era posible, ni aun a través del cristal ahumado de la correspondencia, engañar en esto la mirada de águila de mi padre, y, en consecuencia, sus sospechas tomaron otro giro. Se imaginó que yo había sido o estaba siendo una víctima de la «infidelidad del siglo».

Ante esta nueva dificultad, recurrió a producciones de la literatura de entonces, a cuyo lado las páginas menos atractivas del Levítico o del Deuteronomio me parecían verdaderamente palpitantes. En particular, me recomendó leer una obra que acababa de aparecer, titulada: *La Continuidad de las Escrituras*, y cuyo autor, William Page Wood, fue, más adelante, Lord Chancellor Hatherley. No sé por qué suponía mi padre que las lucubraciones de un jurisconsulto eminente, formuladas en un estilo que recordaba la caída del serrín al serrar madera, me pudieran producir emociones que la brillante retórica del Oriente no había logrado despertar. Es que Page Wood había sido durante treinta años director de una escuela dominical, y a mi padre le impresionó siempre con exceso la penetración de espíritu de los piadosos hombres de ley.

A medida que pasaba el tiempo, que yo crecía, y se hacía mi espíritu más independiente, la ansiedad de mi padre, res-

pecto a lo que llamaba «los lazos y las emboscadas que rodean por todas partes a la descuidada y atrevida juventud de Londres», llegó a serle extremadamente penosa. Reflexionando en su fuero interno sobre estos «lazos»—que evocaban en mi imaginación una viñeta en madera, groseramente grabada, de una antigua edición de Bunyan, en la que se veía un demonio haciendo cabriolás encima de una especie de caja delicadamente metida en el suelo,—mi padre concluyó por colocarse en una disposición de espíritu que no dejaba de ser muy irritante para su infortunado corresponsal, ahora ciertamente cogido en el lazo, enganchado por su pluma como un pájaro por las patas y sin ningún medio de escapar. A cada picotazo, a cada batimiento de alas, el implacable pajarero contestaba:

«Me acusas de ser receloso, y temo no poder rechazar la acusación. Pero puedo presentar a tu espíritu sensible y reflexivo estas excusas, dignas de consideración: el profundo y tierno amor que te tengo, tu juventud y tu inexperiencia, los ejemplos de los otros jóvenes, su alejamiento de los consejeros que son los padres, nuestra absoluta y penosa ignorancia de todos los detalles de tu vida cotidiana, excepto los que nos das tu mismo... Trata de ponerte en la situación de tu padre, y juzga si mis sospechas son irrazonables. Reconozco con alegría que, por lo que veo, prosigues la carrera virtuosa firme y dignamente. Mis sospechas tienen un lado bueno, hacen que me envíes, de vez en cuando, seguridades, que son para mí de un gran consuelo. Además, me conducen a acercarme en tu favor al divino Trono de Gracia. El santo Job sospechaba que sus hijos habían cometido algún pecado, y maldecido a Dios en sus corazones. ¿No era su sospecha semejante a la mía, fundada en los mismos motivos y fecunda en análogos resultados? Porque te condujo a interceder cerca de Dios. He citado anteriormente el ejemplo de este patriarca, y permitirá que nos miremos todavía en él.»

En efecto, el santo Job continuaba siendo mirado, y llegué a tener a este patriarca un odio tan feroz como inmerecido.

¿Pero quién es el joven de diez y ocho años que aceptara gustoso que se le comparase con los hijos de Job? Y ciertamente, por mi parte, me hallaba mucho más parecido con aquel otro personaje justamente exasperado que era Elihu el Bucida, de la familia de Ram.

A medida que transcurría el tiempo, la inquisición singular de que era objeto aflojó su esfuerzo, y sufrí cada vez menos los tormentos de la correspondencia religiosa. Nada soporta una tensión violenta continua, y mi padre, por animoso que fuese, tenía otras preocupaciones. Sus orquídeas, su microscopio, sus investigaciones fisiológicas, sus interpretaciones de las profecías, llenaban las horas de su vida activa y enérgica, y lejos de sus miradas, sino ciertamente lejos de su espíritu, había yo cesado de estar con una preeminencia enojosa. Sin embargo, aunque la reiteración de su ansiedad hubiera podido cansarle un poco, como me había cansado a mí hasta hacerme lanzar gemidos de desesperación, no hubo la más ligera modificación en su manera real de ver las cosas, ni en su actitud conmigo.

Ya he tenido ocasión de decir que mi padre no tenía nada de rústico o de visionario. En ciertos momentos y en ciertos casos, deseaba ardientemente que pudiesen todavía ser dispensados a los fieles signos y prodigios como los que asombraron y alentaron la infancia de la Iglesia cristiana. Pero no tenía la pretensión de ver él mismo semejantes milagros, y no daba menor crédito a los que afirmaban haberlos visto. Felicítase a menudo de que su cerebro, aunque constantemente absorto en las cosas espirituales, no se hubiese visto nunca arrastrado a suspender de una manera cualquiera sus funciones racionales.

Sus interrogatorios por cartas fueron menos apremiantes, pero durante los pocos días de verano que acostumbraba a pasar en Devonshire, tuve que sufrir de manera aguda dialécticas de mi padre. Estaba rodeado de campesinos que eran incapaces de argumentar con él. En el seno de aquella asamblea,

hasta un adolescente sin ningún deseo y recién llegado de Londres, le ofrecía ocasión de agradables debates. Declarábase presto a discutir; más aún, anhelaba hacerlo. Con sus mangas intelectuales remangadas, tomaba una actitud de combate, y me provocaba a un asalto sobre una parte cualquiera del Plan de la Gracia. Su ardimiento me asustaba. Sus golpes, bien dirigidos, daban en una vejiga o un almohadón, más bien que en un bravo antagonista.

Y ciertamente, yo al descubierto, él acorazado por completo con su cota de mallas, se prevalía de las más injustas ventajas, porque había adoptado un método que yo estimaba, y tengo que estimar todavía, desleal en extremo. Pretendía tener un conocimiento personal de la voluntad divina, y, a mis argumentos contemporizadores contestaba con declaraciones solemnes: «¡Tan ciertamente como que Dios está vivo!», o con llamamientos a una autoridad superior: «¿Pero qué me dice *mi* Señor en la Epístola de Pablo a los Filipenses?» El privilegio de su fe era saber, y el de su carácter, aplastar las objeciones; entre estas dos fuerzas, quedaba yo rápidamente reducido a polvo.

Estas discusiones, según el irónico término con que se las designaba, terminaban invariablemente con un desastre para mí. Era expulsado de mi fortaleza de papel, mis murallas de tela vacilaban al primer són del clarín paternal, y el adversario me perseguía a través de la llanura de Jericó hasta caer ignominiosamente al suelo, cubriéndome la faz. Parecíame que me perseguían cuernos de hierro semejantes a los que preparó Sedecías, el hijo de Kenaana, para animar a Achab.

Cuando me daba por vencido y pedía cuartel, mi padre se ponía radiante, y creo oír todavía su voz llena, tan penetrante, tan cálida, tan penosa a mis nervios demasiado tirantes, hacer explosión en una especie de bendición al final de estas disputas que no interesaban más que a mí solo: «Me arrodillo ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, para que se digne concederte según las riquezas de su gloria el ser poderosamen-

te fortificado en el hombre interior; pueda Cristo habitar en tu corazón por la fe; puedas tú, arraigado en el amor y fundado en El, ser capaz de comprender, con todos los santos, lo que es la largueza, la longanimidad, la profundidad y la elevación del amor de Cristo superior a toda inteligencia, a fin de poder estar lleno de la plenitud de Dios.»

Mi padre solía ponerse así, solemne y ceremonioso, sin la menor advertencia, y en circunstancias sencillas y familiares desbordaba repentinamente de emoción, como una piscina invadida y llena con exceso por una invisible entrada de agua.

Deseo vehementemente que ninguna huella de esa absurda conmiseración hacia sí mismo, que podría fácilmente empañar recuerdos de esta naturaleza, venga a dar a los míos un color falso. Mi padre, que se me deje declararlo una vez más, no solamente se interesaba en cuestiones religiosas. Por aquella época, en particular, se dedicó a la acuarela al aire libre, y se puso a un estudio asiduo de la botánica. No era un monómano fanático. Sin embargo, en todo lo que hacía y decía se encontraba su preocupación capital. El lo reconocía francamente: «Para mí, confesaba él, toda cuestión requiere ser considerada desde un punto de vista divino, y la resolución no puede ser satisfactoria sino cuando no pierda de vista el trono de lo Alto desde el que Cristo formula sus fallos.»

Mi padre sostenía esta manera de ver, tratárase de poesía, de la sociedad, de la guerra de Prusia con Austria o del estambre de una flor silvestre. Una vez por lo menos, tuvo conciencia del efecto de cansancio que producía esta insistencia sobre mi temperamento, porque, alzando sus grandes ojos oscuros, por los que pasó el relámpago de una sonrisa, cerró de pronto la Biblia que acababa de comentar muy largamente, e hizo esta cita estupenda de Virgilio:

*Claudite jam rivos, pueri: sal prata biberunt* (1).

Estas eternas conversaciones sobre asuntos religiosos no

(1). Niños, cerrad los arroyos; los prados han bebido bastante.

eran probablemente el aspecto menos incomprensible del carácter paternal, gracias a la educación evangélica a que fui sistemáticamente sometido. El efecto era, no obstante, menos intolerablemente fastidioso, y creo que hubiera exasperado aun a aquel que estuviese dotado de una real y robusta piedad. Para mí, en quien agonizaba una débil fe imitativa, tal insistencia me era profundamente vejatoria. Llévome, ¡ay! a prosternarme a menudo en la casa de Rimmon, a dar pruebas de una hipócrita ingeniosidad para desviar, en lo posible, la atención de mi padre cuando advertía yo la inminencia y la proximidad del tema que me esperaba. En esto, mi madrastra me favorecía con su ayuda; aludía a otro asunto capaz de interesar a mi padre, y lo hacía con una habilidad de prestidigitador mundano que la valía mi gratitud maravillada. Aunque dispuesta ella a acudir de aquella manera en socorro de mi debilidad, no había, sin embargo, inteligencia entre nosotros. Siempre, cuando estaba a solas conmigo, decía de mi padre, que era aquel «cuya trompeta daba un sonido puro y claro». No había la menor huella de infidelidad en la superficie de su alma cándida; pero creo que a veces languidecía de tedio.

Mi padre carecía por completo de esa prudencia que os lleva a desviar la mirada y a pasar lo más rápidamente posible a la dirección opuesta. El drama particular que acoge toda suerte de desgracias sociales antes que admitir la posibilidad de la dicha para los hombres capaces de «vivir una mentira», no había sido imaginado entonces, y no se podría concebir un hombre más diferente de mi padre que Ibsen. Y sin embargo, cuando, mucho más adelante, me ocurrió leer el *Pato salvaje*, los recuerdos del interior familiar desconcertante que fue el de mi infancia, me ayudaron a comprender el personaje de Gregers Werle y su determinación de arrancar el velo de ilusión de todos los compromisos que hacen soportable la vida.

Yo era dócil, usaba de argumentos plausibles, no era nada quisquilloso; si mi padre se hubiera decidido a dejarme a mí mismo; si hubiera podido sencillamente dejar voluntariamen-

te sin analizar mis subterfugios y explicaciones, todo hubiese ido bien. Pero se negaba a ver ninguna diferencia entre un muchacho de veinte años y un hombre de sesenta. No tenía profundas simpatías por la juventud que, en sí misma, carecía de todo encanto para él. No tenía ninguna compasión por la debilidad de lo que todavía no ha llegado a la madurez, y su sola y única ansiedad era encontrarse, al final de su viaje espiritual, en seguridad conmigo en la casa, «donde hay varias moradas». Los incidentes de la vida humana, el trayecto del camino que llevaba a la gloria, no eran nada para él.

Mi padre gustaba, muy especialmente por aquella época, de precisar su actitud respecto de Dios, y no se cansaba nunca de estimular en mí la misma ambición. Considerábase como el fiel intendente de un Amo que podía llegar de un momento a otro y que pediría cuentas de todo. Este amo era Dios, con el que mi padre creía seriamente estar en relaciones mucho más confidenciales que las de las otras personas piadosas. Aguardaba, con una esperanza «ansiosa la venida del Señor», acontecimiento que, diferentes veces, creyó inminente. Calculaba la fecha exacta, ateniéndose a las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento; pasaba la fecha sin el Advenimiento esperado, y mi padre se mostraba más que decepcionado; estaba exasperado. Luego se daba cuenta de que había habido en su cálculo un ligero error, y los placeres de la anticipación volvían a empezar.

En todo esto, trataba conmigo como con una especie de coadjutor inferior, algo a la manera con que un alto servidor responsable trataría a un ayuda de cámara. También yo debía velar. Nada importaba que me absorbiesen seriamente asuntos personales. Debía estar preparado para la venida del Amo, y el incesante interrogatorio de mi padre lo llevaba con el espíritu de un mayordomo que le atormenta el temor de que esté descuidada alguna parte esencial del trabajo de la casa.

Mis vacaciones y todas mis relaciones personales con mi

padre estaban envenenadas por esa insistencia. Nunca me sentía a gusto en su compañía. Continuamente esperaba una serie de preguntas apremiantes, que no podría eludir. Al mismo tiempo, adquiría yo confianza en mí y respeto por la opinión ajena, lo que ocurre naturalmente a un joven de costumbres serias que, con su trabajo, subviene a sus necesidades y lleva una vida independiente. Hacía esta independencia particular, aunque la reconociese gustoso desde los otros puntos de vista; mi padre no sentía respeto ni consideración alguna en cuanto se abordaba la cuestión religiosa. Y entonces, por primera vez, se me ocurrió una reflexión que había de hacer varias veces después y con acento cada vez más triste: ¡qué compañero tan encantador, qué pariente tan delicioso, qué amigo tan afable y simpático hubiera sido mi padre, a no ser por aquella austera piedad que debía arruinar todo!

Que se me permita expresarme con toda franqueza. Después de mi larga prueba, después de mi paciencia y longanimidad, tengo seguramente el derecho de protestar contra la mentira, y quisiera poder emplear otra palabra, de que la religión evangélica o cualquiera otra religión que se afirma por la coacción que impone, sea, para la vida humana, un ayudante saludable, estimable o apetecible. Una religión así divide los corazones. Instituye un ideal vano y quimérico, a cuya estéril persecución todos los afectos indulgentes y tiernos, todo el fuego vivificante de la vida, todos los exquisitos placeres y las dulces resignaciones corporales, todo lo que endulza y ensancha el alma, se sacrifican a cambio de lo que es duro, vacío y negativo. Alienta un espíritu de condenación severo e ignorante; desarregla por completo el saludable mecanismo de la conciencia, inventa virtudes estériles y crueles, como inventa pecados que nada tienen de tales, pero que ensombrecen con inútiles nubes de remordimientos el cielo de la inocente alegría. Si nos esforzamos en mirarle de frente, convendremos que hay algo horrible en ese fanatismo, que se limita a considerar esta existencia patética y fugitiva que es la nues-

tra como la antesala incómoda que se abre sobre un palacio que nadie ha explorado, y cuyo plano nos es enteramente desconocido. Mi padre, cierto es, pretendía de buena fe que estaba íntimamente familiarizado con la disposición y el mueblaje de aquella morada, y que deseaba verme suspirar exclusivamente por la dicha de residir en ella eternamente.

Entonces llegó un momento en que mi orgullo se rebeló contra la vigilancia policiaca de que eran constantemente objeto mis «maneras de ver». Hubo una mañana, en el invernadero de la casa—entre las magníficas orquídeas que recordaban a mi padre su juventud en los trópicos,—en que mi longanimidad, tal vez mi timidez, me abandonaron. Quizá pudo influir algo en ello la atmósfera pesada, penetrada por los embriagadores perfumes de aquellas flores. Mi padre, una vez más, me hacía sufrir el habitual interrogatorio: «¿Marchaba yo estrechamente unido con Dios? ¿Era claro y vigoroso mi sentimiento de la eficacia de la Expiación? ¿Tenían todavía a mis ojos su plena autoridad las Santas Escrituras?» Mis respuestas, esta vez, fueron violentas y nerviosas. No me acuerdo con claridad de lo que dije entonces, y no deseo traer a mi memoria las frases entrecortadas de sollozos en que suplicaba que me dejaran a mí mismo, en que reivindicaba el derecho de pensar por mí mismo, en que rechazaba la idea de que mi padre fuese, ante Dios, responsable de mis secretos pensamientos y de mis convicciones más íntimas.

No replicó nada. Salí del horno embalsamado del invernadero, y metí mi cara en la fresca hierba del césped. Mi estancia en Devonshire, ya cerca de su fin, fue precipitadamente abreviada. Apenas llegué a Londres cuando la carta que sigue, furiosamente lanzada sobre las huellas del fugitivo, venía a clavarse como una flecha en mi corazón:

«Cuando tu santa madre murió, no solamente te confié tiernamente a Dios, sino que te dejó a mí como una carga solemne para educarte con arreglo a la disciplina y el consejo del Señor. Constantemente he tratado de tener presente esta

responsabilidad; puedo afirmar que siempre lo ha estado, y en mi elección de un ama de gobierno, y en mi elección de un colegio, y en la organización de tus vacaciones, y en mi elección de una segunda esposa, y en mi elección de una ocupación para ti, en mi elección de un albergue para ti, y, en fin, en una porción de cosas sin importancia, siempre he tratado de obrar para ti, no a la luz de este mundo presente, sino en vista de la Eternidad.

»Antes de que tu infancia hubiese transcurrido la bendición manifiesta de Dios pareció acompañar nuestros cuidados, porque verdaderamente pareciste haberte convertido a Él; confesaste, en tu bautismo solemne, que habías muerto y resucitado con Cristo, y fuiste recibido con alegría en el seno de la Iglesia de Dios como un vivo resucitado de entre los muertos.

»Todo esto llenaba mi corazón de alegría y de gratitud, siempre que pensaba en ti. ¿Cómo pudiera haber sido de otra manera? Y cuando te dejé en Londres, una triste tarde de invierno, mi corazón, lleno de un amor desolado, halló un refugio, y su recurso en el pensamiento de que tú eras uno de los corderos del rebaño de Cristo, sellado como Sien por el Espíritu Santo, renovado en tu corazón por la santidad, a imagen de Dios.

»Durante un tiempo, todo pareció ir muy bien. Ciertamente, deseábamos vivamente descubrir más de tu corazón en tus alusiones a las cosas religiosas; pero tu manera de expresarte era filial y afectuosa; tu conducta, por lo que podíamos darnos cuenta, era moral y buena; te mezclabas con el pueblo de Dios; hablabas de la delicia y del provecho que hallabas en sus mandamientos, y empleabas tu talento en su servicio.

»Pero recientemente, y con especialidad en el transcurso del último año, se ha manifestado un rápido progreso hacia el mal. Y aquí te ruego que te interrumpas para mirar de nuevo a Dios, a fin de obtener la gracia de pesar lo que voy a decirte; de otro modo, estallará la cólera.

»Cuando viniste a casa este verano, el golpe abrumador

cayó de pleno sobre mí; descubrí lo muy alejado que estabas de Dios. No es que hubieses cedido al curso impetuoso de la sangre de la juventud, y que hubieras caído víctima de los apetitos carnales; en este caso, por triste que fuese, tu conciencia iluminada hubiera hablado altamente, y hubieras encontrado el camino que te habría llevado a la sangre que nos purifica de todo pecado; a la humilde confesión, al mismo tiempo que al rebajamiento voluntario, al perdón y a una comunión nueva con Dios. No era esto, era peor. Era esa espantosa, esa insidiosa infidelidad, que había realizado ya su obra con terrible energía en tu espíritu y en tu corazón. Y era peor aún, ciertamente, sí, porque esa infidelidad destruye los cimientos mismos de la fe sobre los que debe descansar toda verdadera piedad, toda religión real.

»No parecía que quedase nada a lo que yo pudiera apelar. Veía que no teníamos ya ningún terreno común. Las Santas Escrituras no tenían ya ninguna autoridad; habías aprendido a eludir su inspiración. ¿Te apremiaba un oráculo particular de Dios? Te lo explicabas de manera que te desembarazases de él. Y hasta pesabas el carácter de Dios en la balanza de una razón mezquina, y la arreglabas en consecuencia. Descendías así la rápida corriente del tiempo hacia la eternidad, sin un solo guía autorizado, arrojado el mapa por la borda, no teniendo, para dirigirte, sino lo que tú mismo podías forjar en tu propio yunque, es decir, lo que tú podías *conjeturar*.

»No creas que me expreso así en un movimiento de cólera, y que empleo palabras que no podrían justificarse. Si la Palabra escrita no es una autoridad absoluta, ¿qué sabemos de Dios? ¿Qué podemos hacer sino inferir de los fenómenos oscuros y mudos que nos rodean, es decir, conjeturar como conjeturaban los paganos: Platón, Sócrates, Cicerón? ¿Qué sabemos nosotros de la Eternidad? ¿De nuestras relaciones con Dios? ¿Y especialmente de las relaciones de un pecador con Dios? ¿Y de la reconciliación? ¿Qué sabemos nosotros de esta cuestión capital: cómo un Dios, de una rectitud perfecta e inma-

culada, puede habérselas con un pecador corrompido, que ha hollado hasta las leyes que estaban escritas en su conciencia?...

»Luego de haber orado mucho, había tomado la resolución de pasar enteramente en silencio tu espantosa conducta; pero las preguntas, aparentemente sinceras, sobre la causa de mi pena, me han hecho llegar hasta los orígenes, y no podía evitar el desarrollo que tiene esta carta. Con dolor, pero sin ira, te la envió, esperando que podrás examinar de nuevo, bajo la mirada de Dios, el curso entero de los acontecimientos de los que esto no es más que una fase. Si se te concede esta gracia, ¡oh!, con qué alegría sepultaré todo lo pasado, para tener de nuevo, como antiguamente, una dulce y tierna intimidad con mi queridísimo hijo.»

El lector que me haya hecho la merced de seguir este relato del choque de dos temperamentos, no dejará de advertir la importancia suprema de la carta que acabo de citar largamente. Reúne, con la mayor lógica, la historia entera de lo ocurrido, y puedo dejarla como epígrafe de este libro.

No necesito añadir nada, si no es para hacer observar que cuando se lanza un desafío semejante a la inteligencia de un joven digno y reflexivo, sometido a los impulsos normales de los veintiún años, no hay más que dos alternativas posibles: o bien tendrá que dejar de pensar por sí mismo, o bien se confirmará en todo su individualismo, al mismo tiempo que se acentuará formalmente la necesidad de la independencia en materia religiosa.

Ningún compromiso se me ofrecía, como se ha visto; ninguna proposición de tregua hubiese sido aceptable. Este era un caso de «Todo o Nada»; y así, provocado hasta la desesperación, el joven emancipó de una vez por todas su conciencia del yugo de la «consagración», y, tan respetuosamente como le fue posible, sin jactancias ni recriminaciones, usó del privilegio que todo hombre tiene de moldear su vida interior.

# LIBROS PUBLICADOS

POR

## LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración.  
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
513-514. Aguanoo.—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15	2 Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla. ....	3
176 — La Reforma integral de la legislación civil..	4	12 — El Dandismo y Jorge Brummel. ....	3
177 <b>Alcofurado.</b> — Cartas amoratorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly. ....	3	131 — La Hechizada. ....	3
315 <b>Amiel.</b> —Diario íntimo. ....	9	120 — Las Diabólicas. ....	3
178 <b>Anónimo.</b> —¿Académicas?	1	124 — Una historia sin nombre. ....	3
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma. ....	1	110 — Venganza de una mujer. ....	3
327-328 <b>Antoine.</b> —Curso de Economía Social, 2 vols.	16	495 — <b>Barthelemy-Saint-Hilaire.</b> —Buda y su religión. ....	7
180 <b>Arenal.</b> — El Delito colectivo. ....	1,50	130 <b>Baudelaire.</b> — Los paraísos artificiales. ....	3
182 — El Derecho de gracia.	3	163 <b>Becerro de Bengoa.</b> — Trueba. ....	1
181 — El Visitador del preso.	3	174 <b>Bergeret.</b> — Eugenio Mouton (Merinos) ....	1
323 <b>Arnó.</b> —Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales. ....	7	552 <b>Berzeviczy.</b> —Beatriz de Aragón, Reina de Hungría. ....	7
172 <b>Asensio.</b> —Fernán Caballero. ....	1	353 <b>Boccardo.</b> —Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio. ....	10
39 — Martín Alonso Pinzón.	3	311 <b>Boissier.</b> —Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César. ....	8
184 <b>Asser.</b> —Derecho Internacional privado. ....	6	380 — La Oposición bajo los Césares. ....	7
368 <b>Bagehot.</b> — La Constitución inglesa. ....	7	525 <b>Bouchot.</b> —Historia de la literatura antigua. ....	6
391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4	169 <b>Bourget.</b> —Hipólito Taine	0,50
416 <b>Baldwin.</b> —Elementos de Psicología. ....	8	395 <b>Bréal.</b> — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones) ....	5
111 <b>Balzac.</b> —César Birotteau	3	447 <b>Bredif.</b> — La Elocuencia política en Grecia. ....	7
54 — Eugenia Grandet. ....	3		
112 — La Quiebra de César Birotteau. ....	3		
62 — Papá Goriot. ....	3		
76 — Ursula Mironet. ....	3		

del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
399 <b>Bret Harte.</b> — Bloqueados por la nieve. . . . .	2	de la filosofía de Spenser ( <i>dos tomos</i> ) . . . . .	15
484 <b>Brooks Adams.</b> — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7	437 <b>Comte.</b> — Principios de Filosofía positiva. . . . .	2
505-526 <b>Bryce.</b> — La República Norteamericana, dos tomos. . . . .	13	64 <b>Coppée.</b> — Un idilio. . . . .	3
556 — El gobierno de los Estados en la República Norteamericana. . . . .	7	404 <b>Couperus.</b> — Su Majestad.	3
558 — Los partidos políticos en los Estados Unidos. . . . .	6	361 <b>Champcommunale.</b> — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado . . . . .	10
367 <b>Bunge.</b> — La Educación. . . . .	12	515 <b>Chassay.</b> — Los deberes de la mujer en la familia. . . . .	3
185-186 <b>Burgess.</b> — Ciencia política y Derecho constitucional comparados ( <i>dos tomos</i> ) . . . . .	14	40 <b>Cherbuliez.</b> — Amores frágiles. . . . .	3
557 <b>Burnouf.</b> — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7	26 — La tema de Juan Tozudo	3
547-548 <b>Buylla.</b> — Economía ( <i>dos tomos</i> ) . . . . .	10	93 — Meta Holdeins. . . . .	3
533-537-542 <b>Caillaux.</b> — Los Impuestos en Francia, ( <i>tres tomos</i> ) . . . . .	18	18 — Mis Rovet. . . . .	3
520 <b>Cambronero.</b> — Las Cortes de la Revolución. . . . .	4	91 — Paula Meré. . . . .	3
559 — Crónicas del tiempo de Isabel II. . . . .	7	297-298 <b>Darwin.</b> — Viaje de un naturalista alrededor del mundo ( <i>dos tomos</i> ) . . . . .	15
36-37 <b>Campe.</b> — Historia de América ( <i>dos tomos</i> ) . . . . .	6	59 <b>Daudet.</b> — Cartas de mi molino. . . . .	3
156 <b>Campoamor.</b> — Cánovas.	1	125 — Cuentos y fantasías. . . . .	3
79 — Doloras, cantares y humoradas. . . . .	3	13-14 — Jack ( <i>dos tomos</i> ) . . . . .	6
69 — Ternezas y flores. . . . .	3	46 — Novelas del lunes. . . . .	3
317-354-371 <b>Carlyle.</b> — La Revolución francesa ( <i>tres tomos</i> ) . . . . .	24	540 <b>Delorme.</b> — César y sus contemporáneos. . . . .	6
393 — Pasado y presente. . . . .	7	536 <b>Deschanell.</b> — Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres. . . . .	7
189 <b>Carnevale.</b> — La cuestión de la pena de muerte. . . . .	3	425 <b>Dollinger.</b> — El Pontificado. . . . .	6
102 <b>Caro.</b> — Costumbres literarias. . . . .	3	166 <b>Dorado.</b> — Concepción Arenal. . . . .	1
58 — El pesimismo en el siglo XIX. . . . .	3	33 <b>Dostoyusky.</b> — La novela del presidio. . . . .	3
65 — El suicidio y la civilización. . . . .	3	301 <b>Dowden.</b> — Historia de la literatura francesa. . . . .	9
363 — La filosofía de Goethe	6	402 <b>Dumas.</b> — Actea. . . . .	2
293 <b>Castro.</b> — El libro de los galicismos. . . . .	3	340 <b>Eltzbacher.</b> — El anarquismo, según sus más ilustres representantes. . . . .	7
394 <b>Colombey.</b> — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países. . . . .	6	516 <b>Ellen Key.</b> — El amor y el matrimonio. . . . .	6
190-191 <b>Collins.</b> — Resumen		342 <b>Ellis Stevens.</b> — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias. . . . .	4
		326 <b>Emerson.</b> — La ley de la vida . . . . .	5
		332 — Hombres simbólicos. . . . .	4
		413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos. . . . .	3,50

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4	— sión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
459 — Los veinte ensayos..	7	202 — La superstición socialista.....	5
553 Engels.—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7	507 — El delito como fenómeno social.....	4
155 Fernández Guerra.—Hartzenbusch.....	1	539 — Justicia y Civilización.....	4
162 Fernán Flor.—Tamayo..	1	98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
158 — Zorrilla.....	1	167 — Enrique Heine.....	1
92 Ferrán.—Obras completas	3	132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5	121 — Nerval y Baudelaire..	3
534 Fisher.—Economía política y geométrica.....	8	70 Gay.—Los Salones célebres.....	3
357 Fitzmaurice - Kelly.—Historia de la Literatura española.....	10	345 George.—Protección y librecambio.....	9
24 Flaubert.—Un corazón sencillo.....	3	421 — Problemas Sociales..	5
390 Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7	261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
196-197 Fouillée.—Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> )	12	414 — Sociología inductiva..	6
195 — La ciencia social contemporánea.....	8	485 Girard.—La Elocuencia ática.....	4
194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7	546 — El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
451-452—Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> )	12	286 Giuriati.—Los errores judiciales.....	7
554-555 — Compendios de los grandes filósofos ( <i>dos tomos</i> ).....	12	531 — El Plagio.....	8
333 Fournier.—El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3	164 Gladstone.—Lord Macaulay.....	1
198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).....	15	287 Goethe.—Memorias....	5
509 Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda..	6	538 Gómez Villafranca.—Índices de <i>La España Moderna</i> , tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
302-303 Gabba.—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> )..	15	406 Gonblanc.—Historia general de la Literatura.	6
307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana....	9	21 Goncourt.—Germinia Lacerteux.....	3
201 Garofalo.—Indemnización á las víctimas del delito.....	4	204 — Historia de María Antonieta.....	7
200 — La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la repre-		44 — La Elisa.....	3
		61 — La Faustin.....	3
		318 — Las favoritas de Luis XV.....	6
		6 — Querida.....	3
		11 — Renata Mauperin....	3
		358 — La Du-Barry.....	4
		528 — La Clairon.....	6
		543 — La mujer en el siglo XVIII.....	5

N.º del Catal.º	Pesetas
206 <b>González.</b> —Derecho usual	5
282-283 <b>Goodnow.</b> —Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....	14
207 <b>Goschen.</b> —Teoría de los cambios extranjeros...	7
208 <b>Grave.</b> —La sociedad futura.....	8
469, 470, 461-462. <b>Green.</b> —Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> ).....	25
209 <b>Gross.</b> —Manual del juez.	12
502 <b>Guizot.</b> —Abelardo y Eloísa.....	7
210 <b>Gumplowicz.</b> —Derecho político filosófico.....	10
211 — Lucha de razas.....	8
330—Compendio de Sociología	9
527 — La Sociología y la política.....	4
212 <b>Guyau.</b> —La educación y la Herencia.....	8
331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471 <b>Hailman.</b> —Historia de la Pedagogía.....	2
290 <b>Hamilton.</b> —Lógica parlamentaria.....	2
213 <b>Haussonville.</b> —La juventud de Lord Byron.	5
324 <b>Heiberg.</b> —Novelas Danesas.....	3
41 <b>Heine.</b> —Memorias.....	3
314 — Alemania.....	6
396 <b>Höffding.</b> —Psicología experimental.....	9
426 <b>Hume.</b> —Historia de la España contemporánea..	8
412 — Historia del Pueblo Español.....	9
214 <b>Hunter.</b> —Sumario del Derecho romano.....	4
316 <b>Huxley.</b> —La educación y las ciencias naturales..	6
43 <b>Ibsen.</b> —Casa de muñeca.	3
53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423 <b>Jitta.</b> —Método de Derecho internacional.....	9
217 <b>Kells Ingram.</b> —Historia de la Economía política.	7
219 <b>Koch y otros.</b> —Estudios de higiene general.	3
295 bis. <b>Korolenko.</b> —El sector de Sajalín.....	2,50

N.º del Catal.º	Pesetas
322 <b>Kropotkine.</b> — Campos, fábricas y talleres.....	6
299 <b>Krüger.</b> —Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517 <b>Lagerlof.</b> —El esclavo de su finca.....	3
220 <b>Lange.</b> —Luis Vives....	2,50
560 <b>Larcher.</b> —Las mujeres juzgadas por las malas lenguas.....	4
454 <b>Larcher y Jullien.</b> —Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221 <b>Laveleye.</b> —Economía política.....	7
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8
319 <b>Lemcke.</b> —Estética.....	8
288 <b>Lemonnier.</b> —La Carnicería (Sedán).....	3
321 <b>Leroy-Beaulieu.</b> —Economía política.....	8
474 <b>Lester Ward.</b> —Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434 <b>Lewis-Pattée.</b> —Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
382 <b>Liesse.</b> —El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
222 <b>Lombroso.</b> —La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386 — Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	12
223 <b>Lubbock.</b> —El empleo de la vida.....	3
438 <b>Macaulay.</b> —Estudios jurídicos.....	6
460 <b>Mac-Donald.</b> —El criminal tipo.....	3
224 <b>Manduca.</b> —Procedimiento penal.....	5
535 <b>Marie.</b> —Misticismo y locura.....	5
504-510-522 <b>Marshall.</b> —Tratado de Economía política ( <i>tres tomos</i> ).....	21
225-226-227 <b>Martens.</b> —Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> )	22
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La Paz y la guerra...	8
410 <b>Martin.</b> —La Moral en	

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Clásico	Pesetas
China.....	4	336 — La Genealogía de la moral.....	3
481 <b>Mattiroló.</b> — Institucio- nes de Derecho Proce- sal Civil.....	10	350 — Humano, demasiado humano.....	6
173 <b>maupassant.</b> — Emilio Zola.....	1	370 — Aurora.....	7
375 <b>Max-Muller.</b> — La cien- cia del lenguaje.....	8	405 — Ultimos opúsculos...	5
366 — Hist. de las religiones.	8	431 — La Gaya ciencia.....	6
455 — La Mitología compa- rada.....	7	466 — El viajero y su som- bra.....	6
160 <b>Menéndez y Pelayo.</b> — Martínez de la Rosa... 1	1	490 <b>Nisard.</b> — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
152 — Núñez de Arce.....	1	497 <b>Nourison.</b> — Maquiavelo	3
284 <b>Meneval.</b> — María Es- tuado.....	6	355 <b>Novicow.</b> — Los despilfa- rros de las Sociedades modernas.....	8
383 <b>Mercier.</b> — Curso de Fi- losofía: Lógica.....	8	365 — El porvenir de la raza blanca.....	4
387-388 — Psicología ( <i>dos to- mos</i> ).....	12	407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
392 — Ontología.....	10	478 — La guerra y sus pre- tendidos beneficios....	1,50
427 — Criteriología general.	9	473 <b>Papini.</b> — Lo trágico coti- diano y El piloto ciego.	3
418 <b>Merejkowsky.</b> — La Muerte de los Dioses..	2	541 — El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
118 <b>Merimée.</b> — Colomba....	3	157 <b>Pardo Bazán.</b> — Alarcón.	1
133 — Mis perlas.....	3	171 — Campoamor.....	1
450 <b>Merkel.</b> — Derecho penal.	10	151 — El P. Luis Coloma...	2
229 <b>Meyer.</b> — Derecho admi- nistrativo.....	4	168 <b>Passarge.</b> — Ibsen.....	1
230-231 <b>Miraglia.</b> — Filoso- fía del Derecho ( <i>dos to- mos</i> ).....	15	483 <b>Perrot.</b> — Derecho públi- co de Atenas.....	4
170 <b>Molins.</b> — Bretón de los Herreros.....	1	161 <b>Picón.</b> — Ayala.....	1
296 <b>Mommsen.</b> — Derecho pú- blico romano.....	12	549-550 <b>Piepers.</b> — La refor- ma del Derecho ( <i>dos to- mos</i> ).....	10
440-373 — Derecho penal ro- mano ( <i>dos tomos</i> ).....	18	417 <b>Potapenko.</b> — La novela de un hombre sensato..	2
492 <b>Morley.</b> — Estudios sobre grandes hombres.....	5	379, 432 y 433 <b>Prevost Pa- radol.</b> — La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> )..	16
544 — Voltaire.....	6	384 <b>Quinet.</b> — El Espíritu nuevo.....	5
398 <b>Mouton.</b> — El deber de castigar.....	4	235 <b>Renán.</b> — Estudios de historia religiosa.....	6
295 <b>Murray.</b> — Historia de la Literatura clásicagriega	10	422 <b>Ribbing.</b> — La higiene sexual.....	3
312 <b>Nansen.</b> — Hacia el Polo.	6	237-238 <b>Ricci.</b> — Tratado de las pruebas ( <i>dos tomos</i> ). 20	20
472 <b>Nardi-Greco.</b> — Sociolo- gía jurídica.....	9	397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519. — <b>Ricci.</b> Derecho civil ( <i>veinte to- mos</i> ).....	140
232 <b>Neera.</b> — Teresa.....	3	545 <b>Rocco.</b> — La Sentencia Civil.....	4
233 <b>Neumann.</b> — Derecho In- ternacional público mo- derno.....	6		
308 <b>Nietzsche.</b> — Así hablaba Zaratustra.....	7		
335 — Más allá del bien y del mal.....	5		

N.º del Catal.º	Pesetas
285 Rod.—El silencio.....	3
409 Roguin.—Las Reglas jurídicas.....	8
415 Roosevelt.—New-York.	4
523 Rossi.—Sociología y Psicología colectiva.....	6
453 Rozan.—Locuciones, proverbios.....	3
346 Ruskin.—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439 — Obras escogidas, (dos tomos).....	13
530 — Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona.....	6
122 Sainte-Beuve.—Retratos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio	5
49 — Tres mujeres.....	3
512 Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discípulos.....	7
381 Sansonetti.—Derecho constitucional.....	9
518 Sarcey.—Crónica del Sitio de París.....	6
84 Sardou.—La Perla Negra	3
242-344-372 Schopenhauer. El mundo como voluntad y como representación (tres tomos).....	30
241—Fundamentos de la moral	5
465—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología.	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Eudemonología.....	5
508 Scheel y Mombert.—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio....	4
115 Schuré.—Historia del drama musical.....	5
524 — Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....	6
401 Sienkiewicz.—Orso. En vano.....	2
430 Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy.....	2
320 Sohm.—Derecho privado romano.....	14
378 Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....	3
256 Spencer.—De las leyes en general.....	8

N.º del Catal.º	Pesetas
247 — La moral.....	7
253 — El organismo social..	7
254 — El progreso.....	7
257 — Ética de las prisiones.	8
255 — Exceso de legislación.	7
248 — La beneficencia.....	4
246 — La justicia.....	7
260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249 — Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252 — Las instituciones políticas (dos tomos)...	12
258-259 — Los datos de la Sociología (dos tomos)....	12
250 — Las instituciones sociales.....	7
343 — Las instituciones profesionales.....	4
351 — Las instituciones industriales.....	8
488-489 Squillace.—Las doctrinas sociológicas (dos tomos).....	10
561-562 — Problemas constitucionales de la Sociología (dos tomos)...	12
362 Starcke.—La Familia en las diferentes sociedades	5
262 Sthal.—Historia de la filosofía del Derecho...	12
341 Stirner.—El Único y su propiedad.....	9
376-377 Stourm.—Los Presupuestos (dos tomos)..	15
475 Strafforello.—Después de la muerte.....	3
449 Stuart-Mill.—Estudio sobre la religión.....	4
263 Sumner-Maine.—El antiguo derecho y la costumbre primitiva....	7
264 — La guerra según el Derecho internacional.	4
266 — Las instituciones primitivas.....	7
267 Supino.—Derecho mercantil.....	12
403 Suttner.—High-Life...	3
106 Taine.—Florencia.....	3
334-468-476-482-487-529.—Los orígenes de la Francia contemporánea (seis tomos).....	40
268-269-313-337-347.—Histo-	



<u>N.º del</u> <u>Catal.º</u>	<u>Pesetas.</u>	<u>N.º del</u> <u>Catal.º</u>	<u>Pesetas.</u>
		35	— Estudios críticos..... 3
		17	— Estudios literarios... 3
374	Wundt.—Compendio de	47	— Flaubert..... 1
	Psicología..... 9	154	— Gautier ..... 1
503	— Principios de Filosofía 9	141	— Jorge Sand ..... 1
429	— Hipnotismo y suges-	23	— La novela experimen-
	tión..... 2		tal..... 3
532	Zahm.—Biblia, Ciencia y	149	— Los Goncourt..... 1
	Fe..... 6	67-68	— Los novelistas natu-
143	Zola.—Balzac..... 1		ralistas (dos tomos)... 6
148	— Chateaubriand..... 1	30	— Mis odios..... 3
144	— Daudet..... 1	150	— Musset..... 1
146	— Dumas (hijo)..... 1	32	— Nuevos estuds. literarios 3
86-87	— El Doctor Pasqual	165	— Sainte Beuve..... 1
	(dos tomos)..... 6	145	— Sardou..... 1
50-51	— El naturalismo en el	159	— Stendhal..... 1
	teatro (dos tomos).... 6	142	— Victor Hugo..... 1

# CATÁLOGO

per orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados  
per LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración,  
López de Hoyos, núm. 6.—Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 pesetas.  
**Ferri.**—Antropología criminal, 3 pesetas.  
**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.  
**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.  
**Ruskin.**—Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona, 6 pesetas.—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.  
**Schuré.**—Historia del drama musical, 5 pesetas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pesetas.  
**Taine.**—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Florancia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.  
**Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.**—Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.**—Mouton (Merinos), 1 peseta.  
**Berzeviczy.**—Beatriz de Aragón, 7 pesetas.  
**Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.  
**Campeamor.**—Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.**—Nerval y Baudelaire, 3

- pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.  
**Goncourt.**—María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.—La Clairon, 6 pesetas.  
**Gladstone.**—Lord Macaulay, 1 peseta.  
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.**—Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.  
**Maupassant.**—Zola, 1 peseta.  
**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 pesetas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.  
**Nisard.**—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.  
**Nourison.**—Maquiavelo, 3 pesetas.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campeamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.  
**Taine.**—Tito Livio, 4 pesetas.  
**Trevelyan.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macanlay, 7 pesetas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 peseta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor

Hugo, 1 peseta. — Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta. — Sardou, 1 peseta. — Dumas, 1 peseta. — Flaubert, 1 peseta. — Chateaubriand, 1 peseta. — Goncourt, 1 peseta. — Musset, 1 peseta. — Gautier, 1 peseta. — Stendhal, 1 peseta. — Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.** — Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.  
**Giuriati.** — El Plagio, 8 pesetas.  
**Zola.** — Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas. — Nuevos estudios literarios, 3 pesetas. — Estudios críticos, 3 pesetas. — El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas. — Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas. — La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil, 2 tomos, 15 pesetas. — La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.** — El Derecho de Gracia, 3 pesetas. — El Visitador del preso, 3 pesetas. — El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.** — Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.** — Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.** — La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Champcommunale.** — La sucesión abintestato en derecho internacional, 12 pesetas.  
**Fouillée.** — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.** — Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.  
**Gabba.** — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.** — La criminología, 10 pesetas. — Indemnización á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas. — El delito como fenómeno social, 4 pesetas. — Justicia y Civilización, 4 pesetas.

**Giuriati.** — Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.** — Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.** — Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.** — Manual del Juez, 12 pesetas.  
**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.  
**Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.  
**Jitta.** — Derecho internacional, 9 pesetas.  
**Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.  
**Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas. — Medicina legal, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Mac-Donald.** — El criminal tipo, 3 pesetas.  
**Manduca.** — Procedimiento penal, 5 pesetas.  
**Martens.** — Derecho internacional (público y privado), 4 ts., 30 ptas.  
**Mattirolo.** — Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.  
**Merkel.** — Derecho penal, 10 pesetas.  
**Meyer.** — Derecho administrativo. La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, 4 pesetas.  
**Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas. — Derecho penal romano, 2 tomos, 18 pesetas.  
**Mouton.** — El deber de castigar, 4 pesetas.  
**Neumann.** — Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.  
**Perrot.** — El Derecho público de Atenas, 4 pesetas.  
**Piepers.** — La reforma del Derecho, 2 tomos, 10 pesetas.  
**Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas. — Derecho civil, 20 tomos, 140 pesetas.  
**Rocco.** — La Sentencia Civil, 4 pesetas.  
**Roguin.** — Las reglas jurídicas, 8 pesetas.  
**Sansonetti.** — Derecho Constitucional, 9 pesetas.

**Sohm.**—Historia é Instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.

**Spencer.**—La justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Summer-Maine.**—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Supino.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.

**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.

**Vivante.**—Derecho mercantil, 10 pesetas.

**Varios autores.**—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

#### ECONOMÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

**Buylia, Neumann, Kleinwhacter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 2 tomos, 10 pesetas.

**Caillaux.**—Los impuestos en Francia, tres tomos, 18 pesetas.

**Fisher.**—Economía política y geométrica, 8 pesetas.

**George.**—Protección y librecambio, 9 pesetas.

**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.

**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.

**Marshall.**—Economía política, tres tomos, 21 pesetas.

**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.

**Stourm.**—Los Presupuestos, 15 pesetas.

**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

**Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.

#### FILOSOFÍA

**Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.

**Bagehot.**—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia, 4 pesetas.

**Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pesetas.

**Brook Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.

**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.

**Collins.**—Resumen de la Filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

**Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2 pesetas.

**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pesetas.

**Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.

**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.

**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.—La Filosofía de Platón, 2 tomos, 12 pesetas.—Compendios de los grandes filósofos, 2 tomos, 12 pesetas.

**Guyau.**—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

**Höfding.**—Psicología experimental, 9 pesetas.

**Lester Ward.**—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.

**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.

**Marie.**—Misticismo y locura, 5 pts.

**Martin.**—La moral en China, 4 pesetas.

**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas; Psicología, dos tomos, 12 pesetas; Ontología, 10 pesetas; Criteriología, 9 pesetas.

**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la Moral, 3 pesetas.—El viajero y su sombra, 6 pesetas.—La gaya ciencia, 6 pesetas.—Humano, de-

masiado humano, 6 pesetas.—**Anrora**, 7 pesetas.—**Ultimos opúsculos**, 5 pesetas.  
**Papini**.—El crepúsculo de los filósofos, 3 pesetas.  
**Quinet**.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.  
**Saisset**.—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.  
**Schopenhauer**.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación (3 tomos), 30 pesetas.—Estudios de historia filosófica, 4 pesetas.—**Endemonología**, 5 pesetas.  
**Stirner**.—El Único y su propiedad, 9, pesetas.  
**Stahl**.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Strafforello**.—Después de la muerte, 3 pesetas.  
**Taine**.—Los filósofos del siglo xix, 6 pesetas.  
**Tarde**.—Filosofía penal, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Wandt**.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

#### HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg**.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas.—Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.  
**Ribbing**.—La higiene sexual y sus consecuencias morales, 3 pesetas.

#### HISTORIA

**Eagehot**.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.  
**Boccardo**.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.  
**Boissier**.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.—La oposición bajo los Césares, 7 pesetas.  
**Bouchot**.—Historia de la literatura antigua, 6 pesetas.

**Bryce**.—La República Norte-Americana, 2 tomos, 13 pesetas.—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 pesetas.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6 pesetas.  
**Burnouf**.—Religiones, Literatura y constitución social de la India, 7 pesetas.  
**Cambronero**.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.  
**Campe**.—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Carlyle**.—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.  
**Colombey**.—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.  
**Delorme**.—César y sus contemporáneos, 6 pesetas.  
**Dowden**.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.  
**Eltzbacher**.—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.  
**Ellis Stevens**.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.  
**Emerson**.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pesetas.  
**Fitzmaurice-Kelly**.—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.  
**Fournier**.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.  
**Garnet**.—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.  
**Gonblanc**.—Historia general de la Literatura, 6 pesetas.  
**Guizot**.—Abelardo y Eloísa (Estudio histórico), 7 pesetas.  
**Green**.—Historia del pueblo inglés, 4 tomos, 25 pesetas.  
**Heine**.—Alemania, 6 pesetas.  
**Hume**.—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España contemporánea, 8 pesetas.  
**Lewis-Pattee**.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.  
**Murray**.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.  
**Prevost-Paradol**.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.  
**Roosevelt**.—Nueva York, 4 pesetas.  
**Sarcey**.—Crónica del Sitio de París, 6 pesetas.  
**Schuré**.—Historia del drama musical, 5 pesetas.  
**Starke**.—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.  
**Taine**.—Historia de la Literatura

- inglesa, 5 tomos, 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 pesetas.  
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.  
**Waliszewsky.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.  
**Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.  
**Whitman.**—La Alemania imperial, 5 pesetas.  
**Wilson.**—El gobierno congresional, 5 pesetas.  
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.

#### MISCELANEA

- Anónimo.**—¿Académicas?, 1 peseta.  
**Currita Albornoz** al P. Coloma, 1 peseta.  
**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.  
**Breal.**—Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones), 5 pesetas.  
**Bredif.**—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.  
**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución, 4 pesetas.  
**Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.  
**Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.  
**Deschanel.**—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.  
**Girard.**—La elocuencia ática, 4 pesetas.—El sentimiento religioso en la Literatura griega, 7 pesetas.  
**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.  
**Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.  
**Gómez Villafranca.**—Índices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.  
**Goncourt.**—La mujer en el siglo XVIII, 5 pesetas.  
**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.  
**Larcher.**—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 pesetas.  
**Larcher y Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.  
**Max-Muller.**—La mitología comparada, 7 pesetas.  
**Novicow.**—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.  
**Bozán.**—Locuciones y proverbios,

- dichos y frases indispensables en la buena conversación, 3 pesetas.  
**Ruskin.**—Obras escogidas, 2 tomos, 13 pesetas.  
**Schopenhauer.**—La nigromancia, 3 pesetas.  
**Tolstoy.**—Placeres viciosos, 3 pesetas.  
**Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.—Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses, 7 pesetas.  
**Wundt.**—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

#### NOVELA

- Balzac.**—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.  
**Barbey d'Aureville.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.  
**Bret-Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 pesetas.  
**Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.  
**Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.  
**Couperns.**—Su Majestad, 3 pesetas.  
**Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.  
**Dostoyusky.**—La novela del presidio, 3 pesetas.  
**Dumas.**—Actea, 2 pesetas.  
**Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.  
**Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.  
**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 pesetas.  
**Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Lagerlof.**—El esclavo de su finca, 3 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Se-  
dán), 3 pesetas.  
**Merejkovski.**—La muerte de los  
dioses, 2 pesetas.  
**Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—  
Mis perlas, 3 pesetas.  
**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Papini.**—Lo trágico cotidiano y el  
Piloto ciego, 3 pesetas.  
**Potapenko.**—La novela de un hom-  
bre sensato, 2 pesetas.  
**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.  
**Sardou.**—La Perla negra, 3 pesetas.  
**Sienkiewicz.**—Orso. En vano, 2 pe-  
setas.  
**Sieroszewski.**—Yang-Hung-Tsy, 2  
pesetas.  
**Sultner.**—High-Life, 3 pesetas.  
**Tschekhof.**—Un duelo, 1 peseta.  
**Tolstoy.**—La sonata de Kreutzer, 3  
pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.  
—Dos generaciones, 3 pesetas.  
El ahorcado, 3 pesetas.—El prin-  
cipe Nekhli, 3 pesetas.—En el  
Cáucaso, 3 pesetas.—La escuela de  
Yasnaya Poliana, 3 pesetas.—Los  
Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbé-  
cil, 3 pesetas.—El canto del cisne,  
3 pesetas.—El camino de la vida,  
3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
—Los hambrientos, 3 pesetas.  
**Turgeneff.**—Humo, 3 pesetas.—  
Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Ju-  
dío, 3 pesetas.—El rey Lear de la  
Estepa, 3 pesetas.—Un desespera-  
do, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pe-  
setas.—Aguas primaverales, 3 pe-  
setas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.  
El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hi-  
jos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3  
pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pe-  
setas.  
**Varios autores.**—Ramillete de  
cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de  
cuentos, 3 pesetas.—Cuentos es-  
cogidos, 3 pesetas.—Novelas y ca-  
prichos, 3 pesetas.  
**Wadeleigh Chandler.**—La Novela  
Picaresca en España, 4 pesetas.  
**Wharton.**—Los millonarios de los  
Estados Unidos, 5 pesetas.  
**Zola.**—Las veladas de Medan, 3  
pesetas.—La novela experimental, 3  
pesetas.—El Doctor Pascual, 2 to-  
mos, 6 pesetas.

#### PEDAGOGÍA

**Bunge.**—La Educación, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La educación y la heren-  
cia, 8 pesetas.

**Hallman.**—Historia de la Pedage-  
gía, 2 pesetas.  
**Huxley.**—La educación y las cien-  
cias naturales, 6 pesetas.  
**Max Muller.**—La ciencia del len-  
guaje, 8 pesetas.  
**Trevelyan.**—La educación de Lord  
Macaulay, 7 pesetas.

#### POESÍA

**Campoamor.**—Ternezas y flores,  
Ayes del alma, Fábulas; todo en  
un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Can-  
tares, Humoradas; todo en un tomo,  
3 pesetas.  
**Ferrán.**—Obras completas, 3 ptas.

#### RELIGIÓN

**Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Bu-  
da y su religión, 7 pesetas.  
**Döllinger.**—El Pontificado, 6 pese-  
tas.  
**Girard.**—El sentimiento religioso  
en la literatura griega, 7 pesetas.  
**Max-Müller.**—Historia de las reli-  
giones, 8 pesetas.  
**Renan.**—Estudios de historia reli-  
giosa, 6 pesetas.  
**Schopenhauer.**—Ensayos sobre re-  
ligión, Estética y Arqueología, 4  
pesetas.  
**Stuart Mill.**—Estudios sobre la Re-  
ligión, 4 pesetas.  
**White.**—Historia de la lucha entre  
la Ciencia y la Teología, 8 pesetas.  
**Zahn.**—Biblia, Ciencia y Fe, 6 pe-  
setas.

#### SOCIOLOGÍA

**Antoine.**—Curso de Economía so-  
cial, 2 vols., 16 pesetas.  
**Caro.**—El suicidio y la civilización,  
3 pesetas.—El derecho y la fuerza,  
3 pesetas.  
**Engels.**—Anti-Dhüring o revoluc-  
ción de la ciencia de Eugenio-Dhü-  
ring, 7 pesetas.  
**Fouillée.**—La ciencia social contem-  
poránea, 8 pesetas.  
**Garofalo.**—La superstición socialis-  
ta, 5 pesetas.  
**George.**—Problemas sociales, 5 pe-  
setas.  
**Giddings.**—Principios de Sociolo-  
gía, 10 pesetas.—Sociología inducti-  
va, 6 pesetas.

(Continúa.)

B. P. de Soria



61164958  
DR 1012

**Gómez Villafranca.**—Índices de LA ESPAÑA MODERNA, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.

**Gonblanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.

**Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 5 pesetas.—La Du Barry, 4 pesetas.—Querida, 3 pesetas.—René Maupérin, 3 pesetas.—Germínia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La Clairon, 6 pts.—La mujer en el siglo XVIII, 5 pts.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

**González.**—Derecho usual 5 pesetas.

**Goschen.** Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

**Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.

**Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.

**Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.

**Guizot.**—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.

**Gumpowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pts.—La Sociología y la política, 4 pts.

**Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 pts.

**Hailman.**—H.<sup>a</sup> de la Pedagogía, 2 pesetas.

**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.

**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 pesetas.

**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.

**Höfding.**—Psicología Experimental, 9 pts.

**Hume.**—Historia del Pueblo Español, 9 pts.—Historia de la España Contemporánea, 8.

**Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.

**Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.

**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.

**Jitta.**—Método de Derecho internacional, 9.

**Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

**Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

**Korolenko.**—El desertor de Sajalin, 2,50.

**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 8.

**Krüdger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

**Lagerlof.**—El esclavo de su finca, 3 pts.

**Lange.**—Luis Vives, 250 pesetas.

**Larcher.**—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 pesetas.

**Larcher y P. J. Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pts.

**Laveleye.**—Economía política, 7 pts.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.

**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.

**Lemoumier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.

**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.

**Lesterward.**—Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.

**Lewis-Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pts.

**Liesse.**—El Trabajo, 9 pesetas.

**Lombroso.**—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 12 pesetas.

**Lombroso, Ferry, Garofalo y Florenti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.

**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.

**Macaulay.**—La educación, 7 pts.—Vida. Memorias y Cartas, dos tomos, 14 pts.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.

**MacDonald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.

**Manduca.**—Procedimiento penal, 5 pesetas.

**Marie.**—Misticismo y locura, 5 pesetas.

**Marshall.**—Economía política, tres tomos, 21 pesetas.

**Martens.**—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.

**Martin.**—La moral en China, 4 pesetas.

**Mattirolo.**—Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.

**Maupassant y Alexis.**—Vida de Zola, 1 p.

**Max-Müller.**—Historia de las Religiones, 8 pts.—La Ciencia del lenguaje, 8 pts.—La Mitología comparada, 7 pts.

**Menéndez y Pelayo.**—Vida de Núñez de

Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 peseta.

**Meneval y Chantelauce.**—María Estuardo, 6 pesetas.

**Mercier.**—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.

**Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

**Merejkowsky.**—La Muerte de los Dioses, 2 pesetas.

**Merkel.**—Derecho penal, 10 pesetas.

**Meyer.**—Derecho administrativo, 4 pts.

**Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

**Molins.**—Vida de Bretón, 1 peseta.

**Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pts.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pts.

**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.

**Mouton.**—El deber de castigar, 4 pts.

**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

**Nansen.**—Hacia el Polo, 5 pesetas.

**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica, 9 pts.

**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.

**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.—La Genealogía de la Moral, 3 pts.—Más allá del bien y del mal, 5 pts.—Humano, demasiado humano, 6 pts.—Aurora, 7 pts.—Últimos apócrifos, 5 pts.—La Gaya ciencia, 6 pts.—El viajero y su sombra, 6 pts.

**Nisard.**—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.

**Nourrison.**—Maquiavelo, 3 pesetas.

**Novicow.**—Los desfiladeros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.

**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3 pesetas.—El crepúsculo de los Filósofos, 3 pts.

**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Vida de Campaomar, 1 peseta.—De Alarcón 1 peseta.

**Passarge.**—Vida de Ibsen, 1 peseta.

**Perrot.**—El derecho público en Atenas, 4 p.

**Picón (J. O.).**—Vida de Ayala, 1 peseta.

**Piepers.**—La reforma del Derecho, dos tomos, 10 pesetas.

**Potapenko.**—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.

**Prévost-Paradol.**—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.

**Quiet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.

**Rendu.**—Estudios de Historia Religiosa, 6.

**Stibbing.**—La higiene sexual, 3 pesetas.

**Stiegl.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 20 tomos, 140 pts.

**Rocco.**—La sentencia civil, 4 pesetas.

**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

**Rod.**—El silencio, 3 pesetas.

**Roguin.**—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.

**Roosevelt.**—Nueva York, 4 pesetas.

**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva, 6.

**Roza.**—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.

**Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 pts.—Las piedras de Venecia, 6 pts.

**Sainte-Beuve.**—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retraitos de mujeres, 3 pesetas.

**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.

**Sansonetti.**—Derecho Constitucional, 9 ps.

**Sarcey.**—Crónica del sitio de París, 6 pts.

**Sardou.**—La perla negra, 3 pesetas.

**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.

**Shopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 8 vols. 30 pesetas.—Eudemonología (tratado de mundología á

- arte de bien vivir, 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 pesetas.—La Nigromancia, 3 pts.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 pts.
- Schuré.**—Historia del drama musical, 5 pesetas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pts.
- Sienkiewicz.**—Orso. En vano, 2 pesetas.
- Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tsy, novela, 2.
- Sombart.**—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pts.—La Moral, 7 pts.—La Beneficencia, 4 pts.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Instituciones sociales, 7 pts.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pts.—El Organismo social, 7 pts.—El Progreso, 7 pts.—Exceso de legislación, 7 pts.—De las Leyes en general, 8 pts.—Ética de las prisiones, 8 pts.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pts.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pts.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.
- Stamm.**—Derecho privado romano, 14 ps.
- Squillace.**—Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.—Problemas constitucionales de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Starke.**—La Familia en la diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 pts.
- Stourn.**—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ps.
- Strafforello.**—Después de la muerte, 3 ps.
- Stuart Mill.**—Estudios sobre la Religión, 4.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho Internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Suttner.**—High-Life, 3 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 6 tomos 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 pts.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pts.—Notas sobre París, 6 pesetas.—El arte en Grecia, 3 pts.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Tito Livio, 4 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 pts.
- Tchekhof.**—Un duelo, 1 pta.
- Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.
- Tolstoy.**—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 5 pesetas.—Los cosacos, 3 pesetas.—Iván el imbecil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—El trabajo, 3 pesetas.
- Turgueneff.**—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Agua primaveral, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Vaccaro.**—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.
- Valera.**—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.
- Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
- Varios autores.**—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pts.
- Videm.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 ps.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.** 7 pesetas.
- Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
- Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.
- Wadleigh Chandler.**—La novela picaresca en España, 4 pesetas.
- Wallace.**—Rusia, 4 pesetas.
- Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos ó el país del placer, 5 pesetas.
- White.**—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 8 pesetas.
- Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Walliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
- Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Whitman.**—La Alemania Imperial, 5 pts.
- Willoughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
- Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 pts.
- Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 pts.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.
- Zahn.**—Biblia, Ciencia y Fé, 6 pesetas.
- Zola.**—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teófilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Las veladas de Médan, 3 pesetas.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

### OBRAS RECÍEN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

**Berzeviczy:** Beatriz de Aragón, 7 pesetas.—**Engels:** El Anti-Dhüring o revolución de la ciencia de Eugenio Dhüring, 7 pesetas.—**Fouillée:** Compendios de los grandes filósofos, dos tomos, 12 pesetas.—**Bryce:** El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 pesetas.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6 pesetas.—**Burnouf:** Religiones, Literatura y Constitución social de la India, 7 pesetas.—**Cambronero:** Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.—**Larcher:** Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 pesetas.—**Squillace:** Problemas constitucionales de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.

### LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintiséis años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

#### Condiciones de suscripción.

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año, 24 pesetas. El número suelto en España 1,75 pesetas, en el extranjero dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López de Hoyos, 6, esquina á la de Serrano, Madrid.

---

EDMUNDO GOSSE

---

PADRE  
E HIJO  
ESTUDIO  
DE DOS  
TEMPERAMENTOS

---



---

Precio:

3 pesetas.

---

LA  
ESPAÑA  
MODERNA

---

(564)

---

DR  
1012